léon-e. halkin

# iniciacion a la critica historica

EB
VC

OBRAS DEL AUTOR

1. *Le Cardinal de la Marck, prince-évêque de Liège (1505-1538)*, Lieja-París, 1930. Premio Thérouanne de la Academia Francesa.

2. *Les conflits de juridiction entre Erard de la Marck et le Chapitre cathédral de Chartres*, Lieja-París, 1933.

3. *Charles de Lannoy, vice-roi de Naples (1482-1527)*, Bruselas-París, 1934. En colaboración con Georges Dansaert. Prefacio de Henri Pirenne.

4. *Introduction à l'histoire paroissiale de l'ancien diocèse de Liège*, Bruselas, 1935. Prefacio de Gabriel Le Bras.

5. *Histoire religieuse des règnes de Corneille de Berghes et de Georges d'Autriche, princes-évêques de Liège (1538-1557)*, Lieja-París, 1936. Premio de la Academia del Instituto de Francia.

6. *Apologie pour l'humanisme chrétien de la Renaissance*, Lieja, 1941.

7. *Les colloques d'Erasme. Textes choisis, traduits et annotés*, primera edición, 1942; segunda edición, Bruselas, 1946.

8. *Les sources de l'histoire de la Belgique aux Archives et à la Bibliothèques Vaticanes*, Bruselas-Roma, 1951. En colaboración con Denise Van Derveeghde.

9. *Inventaire analytique de documents relatifs à l'histoire du diocèse de Liège sous le régime des nonces de Cologne (1584-1606)*. Bruselas-Roma, 1957. En colaboración con Henri Dessart y Jean Hoyoux.

10. *La Réforme en Belgique sous Charles-Quint*, Bruselas, 1957.

11. *La technique de l'édition*, primera edición, 1940; sexta edición revisada, Bruselas, 1960.

12. *Initiation à la critique historique*, primera edición, 1951, con prefacio de Lucien Febvre. Premio Perret del Instituto de Francia; tercera edición refundida, París, 1963. Edición inglesa en preparación.

13. *A l'ombre de la mort.* (Recuerdos del cautiverio); segunda edición, Gembloux, 1965. Edición americana en preparación.

14. *Eléments de critique historique*, primera edición, 1960; segunda edición revisada, Lieja, 1965.

15. *Le Premier Congrès International des Etudiants à Liège en 1865*, Lieja, 1966.

16. *Les archives des nonciatures*, Bruselas-Roma, 1968.

# A L

## LÉO


EDICIONES DE LA BIBLIOTECA

UNIVERS

*évêque de Liège*
emio Thérouanne

*ard de la Marck*
*rtres,* Lieja-París,

*oles (1482-1527),*
ión con Georges
ne.

*iale de l'ancien*
Prefacio de Ga-

*de Corneille de*
*e, princes-évêques*
*s,* 1936. Premio
rancia.

*en de la Renais-*

*oisis, traduits et*
segunda edición,

*gique aux Archi-*
*s,* Bruselas-Roma,
Van Derveeghde.

*relatifs à l'his-*
*égime des nonces*
selas-Roma, 1957.
y Jean Hoyoux.

*harles-Quint,* Bru-

ra edición, 1940;
1960.

primera edición,
re. Premio Perret
edición refundida,
preparación.

s del cautiverio);
5. Edición ame-

primera edición,
ieja, 1965.

*des Etudiants à*

selas-Roma, 1968.



# INICIACION A LA CRITICA HISTORICA

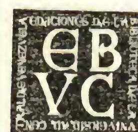
**LÉON-E. HALKIN**

Traducción y prólogo:

*Germán Carrera Damas*

De la Facultad de Humanidades
y Educación

**EDICIONES DE LA BIBLIOTECA**



**UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA**

OBRAS DEL AUTOR

1. *Le Cardinal de la Marck, prince-évêque de Liège (1505-1538)*, Lieja-París, 1930. Premio Thérouanne de la Academia Francesa.
2. *Les conflits de juridiction entre Erard de la Marck et le Chapitre cathédral de Chartres*, Lieja-París, 1933.
3. *Charles de Lannoy, vice-roi de Naples (1482-1527)*, Bruselas-París, 1934. En colaboración con Georges Dansaert. Prefacio de Henri Pirenne.
4. *Introduction à l'histoire paroissiale de l'ancien diocèse de Liège*, Bruselas, 1935. Prefacio de Gabriel Le Bras.
5. *Histoire religieuse des règnes de Corneille de Berghes et de Georges d'Autriche, princes-évêques de Liège (1538-1557)*, Lieja-París, 1936. Premio de la Academia del Instituto de Francia.
6. *Apologie pour l'humanisme chrétien de la Renaissance*, Lieja, 1941.
7. *Les colloques d'Erasme. Textes choisis, traduits et annotés*, primera edición, 1942; segunda edición, Bruselas, 1946.
8. *Les sources de l'histoire de la Belgique aux Archives et à la Bibliothèques Vaticanes*, Bruselas-Roma, 1951. En colaboración con Denise Van Derveeghde.
9. *Inventaire analytique de documents relatifs à l'histoire du diocèse de Liège sous le régime des nonces de Cologne (1584-1606)*. Bruselas-Roma, 1957. En colaboración con Henri Dessart y Jean Hoyoux.
10. *La Réforme en Belgique sous Charles-Quint*, Bruselas, 1957.
11. *La technique de l'édition*, primera edición, 1940; sexta edición revisada, Bruselas, 1960.
12. *Initiation à la critique historique*, primera edición, 1951, con prefacio de Lucien Febvre. Premio Perret del Instituto de Francia; tercera edición refundida, París, 1963. Edición inglesa en preparación.
13. *A l'ombre de la mort.* (Recuerdos del cautiverio); segunda edición, Gembloux, 1965. Edición americana en preparación.
14. *Eléments de critique historique*, primera edición, 1960; segunda edición revisada, Lieja, 1965.
15. *Le Premier Congrès International des Etudiants à Liège en 1865*, Lieja, 1966.
16. *Les archives des nonciatures*, Bruselas-Roma, 1968.



# INICIACION A LA CRITICA HISTORICA

---

LÉON-E. HALKIN

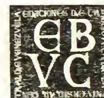
Traducción y prólogo:

*Germán Carrera Damas*

De la Facultad de Humanidades y Educación

---

EDICIONES DE LA BIBLIOTECA




UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

La Librairie Armand Colin, de París, publicó esta obra en francés, en 1963 en la colección Cahiers des *Annales,* bajo el título de *Initiation à la critique historique.*



Diagramación: VILMA VARGAS

# *PROLOGO*

*Esta es una de las ocasiones en que la ardua tarea del traductor lleva en sí su plena compensación. Traducir la obra del notable historiador belga Léon-E. Halkin, y más que traducirla el estudiarla con todo detenimiento, ha constituido la extraordinaria experiencia de permanecer por largo tiempo en estrecho contacto con el producto de una extensa labor de historiador, cargada de sólido sentido histórico y de perspicacia crítica. Combinados con una vasta erudición y un dominio poco común de la metodología de la historia, esos elementos han dado por resultado una obra a la que cuadra, en plenitud, su sencillo título.*

*Sería más fácil decir lo que no es la obra de Halkin que precisar su naturaleza. Bien lo comprendió así su autor cuando en su prólogo comienza por advertir que su obra no pretende ser un tratado técnico. Efectivamente, no es un manual de metodología de la historia; al menos no de esos que codifican de manera meticulosa y en forma didáctica las tareas del investigador de historia, pero que suelen carecer de la virtud de transmitir el calor propio de la investigación y que desembocan en una fría enumeración y descripción de los pasos metodológicos, ilustrados con ejemplos tan perfectamente engranados que terminan por crear la falsa imagen de una suerte de mecánica de precisión para cuya práctica se requiere sobre todo una gran dosis de paciencia.*

*Muy lejos de todo eso, esta* Iniciación a la crítica histórica *consigue colocar al lector común, y mucho más al historiador experimentado, en contacto directo con una perspectiva de la investigación histórica en la cual toca el papel principal al ejercicio de la capacidad creadora, como factor primordial de la investigación, respecto del cual técnicas y recomendaciones cumplen la exacta función que les corresponde: la de auxiliares cuya eficacia depende de una destreza que es, con mucho, algo diferente de la práctica reiterada e inteligente en el uso del instrumental metodológico. Más que a formar las manos del historiador esta obra tiende a enriquecer su espíritu, su aptitud intelectiva, su sentido crítico, su conciencia histórica.*

*Para alcanzar tan alta meta, Halkin hace un recorrido crítico por cuestiones fundamentales del quehacer historiográfico y culmina con alguna reveladoras muestras de la aplicación de lo mismo que preconiza. Logra d esta manera transmitir una vivencia de la investigación histórica que supera tanto en fuerza expresiva como en valor formativo, el habitual uso de ejemplos ilustrativos.*

*Son muchos los valores que esta obra posee. Pero no tienen igual significación, sobre todo si se les sitúa en los términos concretos de historiografías determinadas. Es posible que para el investigador enclavado en un historiografía rica, y con fuertes bases metodológicas, sobresalga como valo el hecho de que se trata del fruto de una madura reflexión, al cabo de u prolongado y creador ejercicio del oficio de historiador, y que por serl constituya un testimonio útil para el contraste crítico de propias experiencias Y tal sería el valor sobresaliente, también, para los historiadores todos qu hayan alcanzado altos niveles de experiencia y de reflexión en su práctic profesional.*

*Pero es otra la perspectiva cuando nos situamos en el ámbito de historiografías que aun se resienten del peso de vicios metodológicos que traducen un desenvolvimiento frecuente e intensamente ajeno a lo que suele denominarse concepción científica de la historia. Y ha sido precisamente l visión de la obra de Halkin desde esta perspectiva lo que nos indujo a gestionar y a realizar su traducción al castellano, convencidos de que su difusió entre los docentes y estudiantes de historia estimulará la búsqueda de respuestas adecuadas a inquietudes cognoscitivas que se originan en la profund insatisfacción causada por la historia tradicional.*

*He aquí, pues, un valioso instrumento formativo.*

*Caracas, julio de 1968.*

GERMÁN CARRERA DAMAS
*Profesor Titular de la U. C. V.*
*Director de la Escuela de Historia*

A LA MEMORIA
DE
LUCIEN FEBVRE

# *NOTA PRELIMINAR*

Este libro no pretende ser un tratado técnico: las palabras ecdótico, palimpsesto y arquetipo no se encontrarán en ninguna parte de él. La técnica de la historia presupone el conocimiento teórico y práctico de las ciencias auxiliares y se aprende con la práctica. Este libro no es, pues, ni una suma didáctica ni mucho menos un "compendio". Aun siendo el fruto de mi enseñanza, no es un manual. Su objeto es el de iniciar a sus lectores en la crítica histórica, es decir, presentarles una selección de nociones y ejemplos adecuados para hacer comprender mejor las dificultades de la historia y la misión del historiador.

La obra se divide en dos partes. En la primera se exponen los principios fundamentales de la crítica histórica, limitándolos a lo esencial de la teoría y sin pretensión ni deseo algunos de apurar la materia. Ya se trate de la causalidad o de la certeza, o bien del deslinde entre los terrenos de la sociología y de la historia, existen auténticos problemas más allá de las contiendas verbales.

Las aplicaciones de la crítica histórica son innumerables. En la segunda parte del libro se encontrarán algunas de ellas, allí agrupadas en virtud de su pertinencia. Diversas por su objeto, están reunidas justamente en una envoltura común pues de su estudio se desprenden algunas de las reglas críticas. En cada caso me he remontado hasta las fuentes y, después de haber comparado los pareceres divergentes de mis predecesores, me he preocupado por hacer que mis conclusiones personales sean fácilmente discernibles. Algunos de los temas tratados en este volumen los he abordado ya en artículos de revistas y ahora los he refundido para convertirlos en un conjunto inédito.

El *Institut de France* me ha conferido el honor de premiar este ensay cuyas primeras ediciones se han agotado en pocos meses. Si esta edición : menos imperfecta que las precedentes, ello se debe a las sugestiones ( mis colegas y alumnos.

Ojalá que el escepticismo metódico de este libro no desilusione a m lectores. Este escepticismo no tiene nada de incompatible con la simpati sin la cual no puede haber crítica constructiva.

PRIMERA PARTE

# NOCIONES DE CRITICA HISTORICA

# *HISTORIA Y CRITICA*

"No se debe criticar por criticar, lo que sería bajeza de espíritu y efecto del mal humor, pero se debe criticar para avanzar en el conocimiento y allanar sus caminos".

JEAN MABILLON

Se denomina historia a la vez la realidad histórica y el conocimiento histórico. Trátase de dos existencias distintas. La primera nada debe a la crítica. Nos interesa sobre todo la segunda, aunque no se pueda concebir una sin la otra.

La historia es la disciplina que estudia el pasado de los hombres y presenta un cuadro de sus acciones de alcance social.[1] Representa para la humanidad lo que la memoria para la persona; responde a la universal necesidad de conocer los propios orígenes, de comprender su evolución, de asegurar la identidad profunda de los seres por encima de su diversidad y a través de su evolución; ella es el nexo de toda personalidad.

Desde que se concede ese papel a la historia, su éxito se comprende y se explica. Hay en ella una fuerza y una seducción que cada uno quiere captar: de esta manera la historia se vuelve, según el propósito que la guíe, un arte, una filosofía e incluso una ciencia. Estos diversos puntos de vista son legítimos, pero suscitan todos enormes objeciones. La historia es un arte difícil, una ciencia contestable. Alimenta filosofías peligrosamente imprecisas cuyo desarrollo perjudica a veces el trabajo del historiador. En

1. Hay definiciones más ambiciosas. "Cosmología, geología, paleontología, arqueología, estudio de las civilizaciones, etc., todo eso es historia". Cfr. W. Deonna, "Terminologie historique", en *Revue de synthèse historique,* t. 42. p. 72. París, 1926. La distinción entre historia y prehistoria es convencional y puramente pedagógica: el documento escrito es la principal pero no la única fuente de la historia.

cierto sentido, puede decirse que la historia ha tenido demasiado éxito, q[ue] a cada instante está llamada a opinar sobre todas las cosas.

Este éxito no deja de inquietar a los defensores desinteresados q[ue] Clío conserva aún, quienes no pueden admitir que se haga a la histor[ia] responsable de una imagen, a menudo solicitada, a veces falseada, de la ev[o]lución de la humanidad. Les parece indispensable afirmar cada vez más l[as] exigencias de la crítica histórica.

La historia capaz de satisfacer la curiosidad reflexiva de los hombre[s] no podría reducirse a coleccionar las indagaciones eruditas; no tiene dere[cho] a contentarse con ofrecer un espectáculo de museo. La historia quier[e] conocer algo del pasado de los hombres, como hombres y entre los hombres ella es el pasado viviente.

No habría historia-conocimiento y, por consiguiente, crítica histórica si los hombres, conscientemente o no, no se interesasen por la historia, n[i] le pidiesen una enseñanza o una distracción. Algunos se apegan al pasad[o] por sí mismo, mientras otros se interrogan sobre su papel en la evolución. Aquéllos buscan en la historia una posibilidad de evasión, éstos esperan d[e] ella un valor de explicación. Los motivos del interés por la historia son, pues, muy variables. Actúan aislada, sucesiva o simultáneamente.[2]

En primer lugar, hay en los hombres un gusto instintivo mantenid[o] por la memoria, —el gusto de los recuerdos—, trátese de los recuerdos del individuo, de la familia, del grupo o del medio social.

A esta razón elemental, añádese una atracción sentimental por los relatos, verdaderos o falsos, las leyendas, las epopeyas, las historias.

Finalmente, no es raro que una aspiración metafísica hacia lo verdadero impulse a los hombres hacia una historia seria —la historia explicativa—, cuyo coronamiento es la síntesis histórica.

El sentido del complejo humano, de la riqueza y de los límites de la historia actúa como un estimulante sobre el pensamiento de los hombres. Las filosofías de la historia y los mitos etiológicos han nacido de esta inquietud, mientras que, por otra parte, el espíritu científico propone a los historiadores métodos siempre más rigurosos y un perpetuo control de sus conclusiones mejor fundadas.

* * *

Con el nombre de filosofía de la historia no designamos ni todas las especulaciones a propósito de la historia, ni su epistemología, o su criteriología, ni la síntesis histórica misma. Nos referimos a los sistemas explicativos generales que pretenden sacar las lecciones de la historia, al mismo tiempo que recurren a consideraciones extrañas a la documentación histórica. Sin remontarnos a Tucídides o a San Agustín, y sin descender hasta la actualidad, recordaremos que Bossuet, Vico, Herder, Comte, Hegel y Marx nos dieron ilustres ejemplos de esos sistemas. Las filosofías de la historia presentan explicaciones globales de la evolución humana, son ante todo filosofías —incluso teologías—, ya sea que se vinculen al providencialismo, al mito del progreso o a todos los determinismos. Además, las filosofías de la historia dan un sentido a la historia, en función de una visión del mundo y de una idea del hombre; en una palabra, de una metafísica. Incluso tienen una resonancia profética, pues no se limitan al pasado acabado, sino que abarcan un pasado comprometido si es que no dirigido. "La dimensión filosófica es la tercera dimensión de la historia".[3]

Ciertamente que la fragilidad de las "lecciones de la historia" salta a los ojos del observador atento. La crítica de los procedimientos de la historia dogmática y el análisis de su proceso interno bastarían para quebrantar su crédito. La menos imperfecta historia no puede ser sino la explicación provisional de una evolución inconclusa cuya peripecia se desconoce.[4] Hay historiadores que, —no queriendo hacer filosofía de la historia—, osan sin embargo dar el por qué de todo, sin sospechar su subjetividad esencial, sin preocuparse por la participación del azar, del papel de la libertad, sin tomar en cuenta las lagunas de su información y las debilidades de su inducción.

No creemos en absoluto, sin embargo, que se pueda prescindir de la filosofía de la historia. Todo historiador que tiene ideas hace filosofía de la historia y no hay ninguno que logre no hacerla desde el momento en que se arriesga a explicar o incluso a exponer el pasado.

El historiador más prudente está amenazado en su propio juicio en cuanto que conoce por adelantado el desenlace de la evolución que describe. Es la conclusión de los acontecimientos lo que hace aparecer en su relato la lógica y la necesidad.

A veces la historia parece obedecer a una especie de predestinación, porque el historiador la representa después de sucedida en la perspectiva de su culminación.[5]

A estos enfoques quizá se les oponga la enigmática frase de Péguy cuando escribía su *Juana de Arco*: "Mi gran superioridad sobre Michelet, decía, ¡es que llego a ignorar que fue quemada!" [6] ¡Qué no nos embauque

2. P. Janet, *L'evolution psychologique de la personnalité*, p. 538. París, 1929.

3. H. Gouhier, "Vision rétrospective et intention historique", en *La philosophie de l'histoire de la philosophie*, pp. 140 ss. París, 1956. W. Dilthey, *Introduction à l'étude des sciences humaines* (trad. del alemán por L. Sauzin), p. 119. París, 1942.
4. P. Ricoeur, *Histoire et vérité*, p. 8. París, 1955.
5. Véase (p. 78).
6. Citado por J. Benda, *Un régulier dans le siècle*, p. 110. París, 1937. Incluso se puede sostener que esta pretensión es detestable en un biógrafo digno de ese nombre (Ver pp. 74-75). Claudel, —para citar a otro "historiador"—, parece haber comprendido mejor el problema cuando escribió: "Para comprender una vida, como para comprender un paisaje, es necesario esco-

en absoluto esta paradoja! El poder olvidar el desenlace del drama que e describe no está dado al hombre, no es humano. Péguy menos que nadie habría podido hacerlo, pero ¡cuánta razón tiene en intentar pensar que a historia habría podido acontecer de otra manera!

La historia, es cierto, no adquiere su sentido pleno sino cuando está concluida. Las reducciones conceptuales de los acontecimientos no se hacen posibles sino después de la terminación de la serie a la cual pertenecen en la medida que se pueda aislar esas series.

La historia del período entre las dos guerras mundiales se aclara solamente a partir de Danzig, porque entonces termina la gran tregua. Acontecimientos pasados adquieren por fin su verdadero relieve en la perspectiva histórica, como sucede, por ejemplo, con los preliminares del cuarto reparto de Polonia, mientras que algunos hechos que se benefician, como los precedentes, de una virtualidad histórica —citemos, por ejemplo, el acuerdo francoalemán de 1938—, pierden todo interés causal tan pronto se pasa la página.

El presente ilumina francamente el pasado. Nos informa sobre la importancia relativa de las preguntas por formular a la historia. Hoy comprendemos mejor, gracias a los tiempos atormentados que vivimos, cómo nacen las naciones y cómo mueren. Ahora que la "técnica del golpe de Estado" ya no tiene secretos para nosotros, la fortuna de un Bonaparte aparece bajo una luz más brutal y menos favorable. ¿No ayuda el pánico de mayo de 1940 * a explicar la *Grande Peur* de 1789? También presenciamos, fuera de los relatos retrospectivos, el advenimiento de nuevas razas, y hemos experimentado la violencia incoercible de las invasiones.

La verdad de estas consideraciones es particularmente patente en el dominio del arte o de la literatura. El éxito de un día no es una consagración valedera[7]... Cuando se discute la posibilidad de una historia del presente no es tanto el retroceso histórico lo que debe invocarse, sino la necesidad de aguardar los resultados de un movimiento llevado a su término.

Esta no es la única dificultad, lamentablemente. En rigor, la realidad histórica es inaccesible. El conocimiento de esa realidad es fatalmente indirecto. A través del espesor de los documentos es como el historiador se acerca al hecho de que no ha sido testigo; es por medio de conceptos y de juicios como él representa su conocimiento. Además, esta representación torna ilusoria la objetividad perfecta que algunos pretenden. La historia es inseparable del historiador que encadena las causas y los efectos. Haga lo que hiciere por reaccionar honestamente contra sus tendencias, el historiador —como todo escritor—, se expresa a sí mismo en sus obras. No renuncia a desear y a buscar la mayor objetividad posible, pero no puede mirar sin atribuir forma y color a lo que ve. La realidad es diversa según el punto de vista, el tiempo, la iluminación, y también según el ojo de quien se esfuerza por captarla. "No existe una realidad histórica, ya completa antes de la ciencia, que simplemente convendría reproducir con fidelidad. La realidad histórica, por ser humana, es equívoca e inagotable".[8]

No hay historia impersonal, neutra o indiferente; jamás han aceptado los hechos "hablar por sí mismos".[9] La historia no es sino afirmación y, por consiguiente, juicio. Todo depende de la perspectiva del juez, que varía, ella también, indefinidamente, y que, para evocar el pasado, le impone primeramente sus categorías actuales.

La historia organiza el pasado a partir del presente, en función de cada presente de cada hombre que piensa el pasado,[10] pues, como dice Valéry, "entramos en el porvenir a reculones". Así, una infinidad de puntos de vista diferencia la historia. Sucede con la realidad para el historiador como para el pintor: no hay *una* historia, como no hay *un* paisaje. El pasado se nos presenta como una irradiación de verosimilitudes entre las cuales cada espectador escoge, no arbitrariamente, por cierto, pero según su perspectiva.

Pero no nos apresuremos a concluir de ello que los diversos relatos de la misma historia se oponen irreductiblemente. Muchos se parecen y hasta coinciden, al menos en lo esencial. Frecuentemente las diferencias son más superficiales que profundas. Sería un error creer que los hombres están encerrados en visiones contradictorias e incomunicables. El deber de los historiadores es precisamente hacer la crítica de las aproximaciones personales y reducirlas tanto como sea posible.

El historiador menos subjetivo no es necesariamente el más imparcial. No discutimos los límites de la imparcialidad sino en un historiador honesto. Todo hombre tiene sus preferencias. Las siga o las combata, no puede permanecer impasible. Sensible a esta dificultad, Fénelon quería que el historiador no fuese "de ningún tiempo ni de ningún país". ¡Anhelo irrealizable y hasta desrazonable! Todo hombre pertenece a un medio que le ha legado, a veces sin que lo sepa, sus categorías morales y sus imperativos sociales.

---

ger el punto de vista y no lo hay mejor que la cima. La cima de la vida de Juana de Arco es su muerte, es la pira de Ruán". Cfr. Paul Claudel, *Jeanne d'Arc au bûcher*, p. 7. París, 1939.

7. G. Picon, *Introduction à une esthétique de la litérature*, T. I, p. 209. París, 1953.

* El autor se refiere al pánico que se produjo como consecuencia de la invasión alemana de Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia, comenzada el 10 de mayo de 1940. (N. del T.).



8. R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, p. 120. R. G. Collingwood, *The idea of history*, p. 257. Nueva York, 1956, 5ª ed.

9. E. Dardel, *L'histoire, science du concret*, p. 7. París, 1946.

10. "La historia es hija de su tiempo". Cfr. F. Braudel, "Les responsabilités de L'histoire", en *Cahiers Internationaux de sociologie*, t. 10, p. 3, París, 1951. Ph. Aries, *Le temps de l'histoire*, p. 286, Mónaco, 1954. A. Schaff, "pourquoi rétrit-on sans cesse l'histoire?", en *Diogène*, Nº 30, p. 82, París, 1960.

Los más independientes historiadores no escapan a esta herencia que es la vida misma: cuando pretenden rechazarla, sus reacciones los vuelven injustos para con el medio que los formó. Se puede ser parcial, a pesar suyo, sin ser partidario.

* * *

Hemos dicho que la historia es juicio. Pretender atenerse a la "pura historia" sería hipocresía o ingenuidad. Pero, aparte de la "pura historia" hay algo más que la pura subjetividad:[11] hay el rigor de la técnica y de la autocrítica. Es por ello que, como veremos, un método prudente y comprensivo es la más preciosa de todas las adquisiciones.

En realidad, las cualidades requeridas de un buen historiador son las más banales que pueda haber, y las más escasas. Veo cuando menos cinco que no se pueden omitir ni separar: el conocimiento de la cuestión, la simpatía por el tema escogido, la sumisión a la crítica histórica, y, en fin, la sensatez y la imaginación.

Nada sobra en el morral del historiador, ni la agudeza de análisis ni la claridad de estilo. Tampoco nada será indiferente a su juicio para hacer inteligible el pasado sin deformarlo, traducirlo sin traicionarlo, explicarlo sin extrapolarlo. Michelet hablaba de una resurrección del pasado. Que no nos engañen en absoluto las palabras. En todo rigor de términos, no se puede pretender "resucitar" el pasado sin denotar arbitrariedad o ignorancia. La historia no puede pretender más que una reconstitución imperfecta de un pasado que ella no alcanza en sí misma.

Más de una vez habrá que renunciar a un "conciliacionismo" imposible. Frente a testimonios inconciliables, el historiador no siempre podrá concluir positivamente. Frecuentemente se verá obligado a no retener sino un solo testimonio, según un criterio de veracidad: tal testigo es superior a otros por todo lo que sabemos de su información, de su perspicacia y de su honestidad.

Por otra parte, los hechos aislados o simplemente yuxtapuestos no son sino la materia de la historia, no constituyen toda la historia. Por supuesto nadie niega la existencia de esos hechos brutos. La Bastilla fue tomada el 14 de julio de 1789. La primera bomba atómica arrasó Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Lo que más importa es el alcance histórico y el valor relativo de estos hechos vueltos a colocar en su contexto.

Hay también una certidumbre histórica que rebasa la pura comprobación y que, tras demostración, elimina la duda. Es cierto que Juana de Arco murió sobre la pira de Ruán. Es cierto que la *santa casa* de Loreto es una piadosa impostura. Es cierto que Trotsky desempeñó en la revolución rusa un papel muy diferente del que le atribuía Stalin.

11. H.-I. Marrou, *De la connaissance historique,* p. 226, París, 1959, 4ª ed.



Esta certidumbre capta fenómenos sin extenderse a su completa explicación. En efecto, la explicación del pasado no puede pretender un rigor absoluto. El historiador quiere saber el cómo y el porqué: no podría conseguirlo sino penetrando el encadenamiento de los hechos. Explicar la historia es determinar, gracias a las analogías de lo vivido, las condiciones de los acontecimientos, es ayudar a comprender los móviles del sujeto vuelto a colocar en su medio. En historia toda relación causal es una relación parcial. Toda explicación se reduce a una correlación entre dos fenómenos; ningún hecho histórico es la causa única y exclusiva de otro hecho histórico.[12] A veces nos sucede que tocamos, y quizá asimos, una cadena de causas: no vemos su fin. La historia de la rivalidad franco-alemana nos lleva hasta el tratado de Verdún; si los manuales se detienen en esa etapa es sólo porque es necesario detenerse...

Digamos, en fin, que la historia es arte por su esfuerzo de reconstitución y de exposición de un pasado caducado. Incluso para los historiadores menos artistas o más indiferentes a la forma, la historia es más que una técnica impersonal: reclama el concurso constante de la sensibilidad, de la creación verbal y, por consiguiente, de la imaginación.

* * *

Frecuentemente se ha preguntado si la historia es una ciencia. En el sentido estricto del término, la historia no es una ciencia, —ya Leibniz lo había demostrado.[13] No culmina en leyes, a menos que se llame leyes las relaciones habituales de condicionamiento de los hechos pasados. La historia no es "un conocimiento racional que, basado en la observación del mundo sensible y verificado por la experimentación, descubre constantes que permiten la previsión y atestiguan, mediante los resultados que así procuran, a la vez la exactitud y la utilidad de la formulación".[14] En sentido amplio, la historia puede ser una ciencia por el rigor de su modo de investigación, de explicación y de control, apartándose cada vez más de un conocimiento vulgar y superficial. Es "una ciencia que no tiene por objeto descubrir leyes, sino permitirnos comprender".[15]

12. H. Gouhier, *L'histoire et sa philosophie,* p. 81. París, 1952. R. Aron, *Essai sur la théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine,* pp. 238 ss. París. 938, P. Geyl, *Use and abuse of history,* p. 70. New-Haven, 1965. C. B. Joynt y N. Rescher, "The problem of uniqueness in history", en *History and Theory,* t. 2, pp. 151-162, La Haya, 1961.

13. Después de Santo Tomás y Descartes. Cfr. L. Davillé, *Leibniz historien,* p. 340. París, 1903.

14. G. Lefebvre, "Avenir de l'histoire", en *Revue historique,* t. 197, p. 58. París, 1947. Véase también la crítica de las "leyes" de Buckle y de Herder en la obra de A. D. Xénopol, *La théorie de l'histoire,* pp. 196 ss. París, 1908, 2ª ed. J. Huizinga, *De Wetenschap der geschiedenis.* Haarlem, 1937.

15. L. Febvre, "Sur une forme d'histoire qui n'est pas la nôtre", en *Combats pour l'histoire,* p. 117. París, 1953.

Erróneamente el astrónomo Charles Nordman, historiador improvisado piensa que "el fenómeno batalla es, como todos los fenómenos naturales justiciable con respecto a la experimentación". La historia se hace con textos, no con experimentos. No se observan los aspectos de una batalla como se observan con el telescopio las fases de la luna. En absoluto se repite una batalla en un laboratorio; para que fuese posible una dosificación eficaz habría que considerar demasiadas variables.

Por otra parte, la crítica histórica es más que la sensatez y el conocimiento de la cuestión, porque es ella quien controla las ciencias auxiliares al mismo tiempo que establece las conexiones del objeto tratado con los objetos vecinos en el tiempo, en el espacio y en el pensamiento: es un conjunto ordenado de operaciones de conocimiento.

La crítica histórica aprecia y mide la originalidad de los acontecimientos, presentando así el cuadro de una normalidad diferencial. En efecto, la crítica precisa en cada caso los criterios de lo normal, pues lo normal es relativo a la época, a la sociedad, a las circunstancias, incluso a los individuos. En la explicación de los fenómenos el historiador parte de lo normal que le es dado por su sentido común. El papel de la crítica histórica consiste en afinar ese sentido común, matizarlo, conferirle suficiente fuerza y precisión, no sólo para orientar las búsquedas del historiador sino para eliminar, hasta donde sea posible, los errores de su interpretación de los testimonios. Asimismo, como la crítica artística es un reflejo de defensa contra la fealdad, la crítica histórica se fortifica en el contacto con proposiciones hostiles o extrañas a la verdad.

La crítica histórica no busca solamente la verdad de los fenómenos sino también su originalidad relativa. "El historiador", decía Henri Pirenne, "no es sino un hombre que se da cuenta de que las cosas cambian".

No es la crítica histórica la que demuestra que la Inquisición es hoy anormal. La crítica histórica no es necesaria para esta demostración. Pero toca a la crítica histórica demostrar en qué y hasta dónde la Inquisición fue normal en la Edad Media, en qué y a partir de cuándo ya era anormal en la Edad Media. No era normal otrora y no sería normal hoy que una joven de diecinueve años condujera un ejército, pero era normal, en tiempos de Juana de Arco, que una visionaria pudiera ser condenada por bruja por la Inquisición. En suma, es lo excepcional lo que primero nos impresiona; retendrá nuestra atención si es representativo de un valor social.

* * *

La crítica histórica no es creación de una mente genial; es resultado de la experiencia laboriosa de los siglos; no podría olvidarse lo que ha recibido de otras disciplinas y lo que debe a las indagaciones anteriores o paralelas de los especialistas en diplomática, de los exegetas y de los filólogos, desde Conring hasta Mabillon, desde Richard Simon hasta Griesbach, desde Erasmo hasta Wolf.[16]



La crítica histórica es un método científico destinado a distinguir lo verdadero de lo falso en la historia y en su dialéctica, a distinguir el documento verdadero del falso, a distinguir lo que de falso puede haber en el documento verdadero, a distinguir lo que de verdadero puede haber en el documento falso.[17] También le corresponde discernir lo que es probable, posible, inverosímil o que no se puede verificar.

Como la historia no se hace sino sobre la base de los testimonios, distinguir lo verdadero de lo falso se reducirá para el historiador a tres operaciones fundamentales: primero buscar y clasificar los testimonios; luego verificarlos y controlarlos; y finalmente comprenderlos e interpretarlos.

Los documentos que han atravesado victoriosamente las pruebas de la crítica no son todos de igual riqueza, y esta observación vale tanto para los documentos originales como para las copias más alteradas.

Los historiadores saben también que en los silencios de los documentos, e incluso bajo sus mentiras, puede esconderse una fuente imprevista. Para utilizar adecuadamente los testimonios, la crítica histórica, —apoyada por las ciencias auxiliares—, sigue siendo absolutamente indispensable.

* * *

No se trata en absoluto de refutación sistemática. Hacer labor crítica no significa manifestar su hostilidad a un autor. Si para algunos una mente crítica es vista como una mente maligna, este abuso del lenguaje es imputable a confusiones, lamentables y demasiado comprensibles, entre el buen carácter y la inercia, o entre la buena crítica y la agresividad. Muy por el contrario, la crítica exige discernimiento y respeto.[18] Ella no es menos opuesta al espíritu de contradicción que a la credulidad ingenua o premeditada. La ética del historiador compensa su escepticismo mediante la autocrítica y la simpatía. En efecto, lo que más importa al historiador no es el detalle de la técnica [19] sino la calidad de su crítica. Ya Cicerón lo había afirmado

---

16. Sobre estos autores, véase el siguiente capítulo.
17. "No hay verdaderos falsarios"; Cfr. H. Lévy-Bruhl, "Qu'est-ce qu'un fait historique?", en *Revue de synthèse historique,* t. 13, p. 55. París, 1926. H. Silvestre, "Le problème des faux au Moyen Age", en *Le Moyen Age,* t. 66, pp. 351-370. Bruselas, 1960.
18. H.-I. Marrou, *De la connaissance historique,* pp. 97 ss.
19. Me parece imposible detallar aquí los procedimientos técnicos. El lector encontrará algunas muestras de ellos dispersos en este libro. Para lo demás deberá remitirse a las obras especializadas citadas en la bibliografía. Por otra parte, creo que el arte de la historia se aprende generalmente como el de la pintura. El maestro expone a sus discípulos los rudimentos del oficio. Les hace conocer la historia y la filosofía de su arte. Les advierte de los escollos. Luego pinta ante ellos y con ellos. "No es mirando la naturaleza, sino mirando los cuadros, como uno se hace pintor", decía Renoir.

en términos inolvidables.[20] No aceptar sin pruebas las generalizaciones i ciles, no consentir sacrificios a la política, permanecer en estado de ale crítica, he allí algo que importa más que las distinciones entre la crí de veracidad y la crítica de autenticidad. Querer tener razón por todos l medios polémicos; ser incapaz de reconocer el error en los suyos; no esf zarse por comprender incluso a los enemigos de su patria, de su raza o su fe; poner la historia al servicio de sus prejuicios o de su mal hum tales son los escollos más comunes que amenazan peligrosamente al hist riador, si no está decidido por anticipado a reducir los inevitables prejuicio

En su trabajo de análisis la historia es guiada por la hipótesis, com lo es la ciencia por la experimentación. Pero una hipótesis que se repi se entorpece sin fortalecerse. Es pues necesario someter a prueba todas l hipótesis, sacrificar las que no serán verificadas, suputar las analogías y l probabilidades, controlar las inducciones y las deducciones, someter tant los argumentos como las conclusiones a las objeciones de otro.

* * *

La crítica es "el alma de la historia. En la larga serie de esfuerzos de tanteos que tratan de reconstruir ante nuestra mente la vida de las pa sadas generaciones y las figuras individuales que se destacan sobre esta se rie de cuadros, ella desempeña un papel análogo al de la lógica induci va que hace progresar el estudio de la naturaleza. Ella es el hilo de Aria na que guía al investigador a través de la masa siempre más o menos co fusa y caótica de los hechos observados".[21]

La primera tarea de la crítica histórica es negativa: tendrá que ir mi adelante. Luchar contra las falsas certidumbres es ya servir la verdad. Lueg viene el entusiasmo del descubridor, pues en el transcurso el historiado exhuma jirones de verdad, y toda verdad merece respeto y amor. ¡Eviden temente que el todo consiste en la verdad histórica! Ella es tan inaprensib en su realidad como el volumen del cual el analista posee la complicada fó mula y que no puede estudiar sino gracias a cortes seleccionados. De est manera limitado, ¿es menos cautivante el trabajo?, ¿requiere menos cuidado y probidad? El historiador sitúa lo verdadero por encima de lo útil. Pon todo su esfuerzo en dar testimonio de la verdad, aunque no alcance sin algunos fragmentos de ella. Lo que hay de menos subjetivo en historia es su método crítico, y por lo mismo que la historia no es una ciencia, este mé todo debe ser tanto más exigente.[22]

---

20. Cicerón, *De l'orateur,* 11, 15, 62-65. P. Ricoeur, *Histoire et vérité,* p. 4( París, 1955.
21. P. Peeters, "Les aphorismes du droit dans la critique historique", en *Bulle tin de la Clase des Lettres et des Sciences morales et politiques de l'Aca démie Royale de Belgique,* 5ª serie, t. 32, p. 81. Bruselas, 1946.
22. Recordemos algunas definiciones clásicas: la crítica externa, o crítica de au tenticidad, controla el valor extrínseco de los documentos históricos, los ad



¿Para qué sirve la historia? La historia ayuda a conocer al hombre. He allí lo que le gana las mentes más exigentes. Pero, ¿qué significaría esta fórmula si no tuviésemos previamente el sentido de la duración? Conocer al hombre no significa separarlo de sus raíces, no significa convertirlo en un hijo sin padre. Ningún hombre se ha hecho a sí mismo. El ser más nuevo es una culminación. No por reverenciar las tradiciones o por renegar de ellas está menos marcado por esas tradiciones. La historia está presente ante nosotros como la tierra misma. Todo se recibe de ella, se vive de lo que ella aporta, en ella terminaremos. El hombre es un animal histórico.

Si bien el pasado no arroja luz sobre el presente tanto como lo creímos, es necesario reconocer que la historia conserva el sentido más elevado de la tradición. La historia no es "útil", es cierto, pero no por ello puede convertirse en juego de mandarines, en pasatiempo de ociosos o de egoístas; no llegaremos ciertamente hasta el "vértigo de lo inactual". La historia es humana. Bien que mal, la historia ilumina a través del tiempo y del espacio a los hombres y a nosotros mismos.[23] ¡Es mucho y poco a la vez! La pretensión del historiador no va más allá.

La historia no es sino un fragmento de un conjunto que abarca también el presente y el porvenir.[24] No es más que un caso particular del problema general del hombre. La historia no aporta soluciones para todos nuestros problemas, pero los historiadores que interpretan sus conclusiones proponen enseñanzas inagotables a nuestra curiosidad o a nuestra inquietud. La reflexión sobre la historia contribuye a la formación del espíritu crítico. La historia es con respecto a las ciencias humanas lo que las matemáticas son con respecto a las ciencias experimentales: una garantía de exactitud. Tanto mejor conoce el hombre su pasado, menos es su esclavo. Allí reside la verdadera grandeza de la historia.

---

mite o los rechaza. La crítica interna, o crítica de veracidad, aprecia el valor intrínseco de los mismos documentos y mide su aporte a la historia. Estas operaciones son lógicamente separables, pero sería un error creer que lo están realmente. La crítica externa querría estudiar los textos independientemente del significado de su contenido, pero esta pretensión basta para revelar la vanidad de la oposición entre crítica externa y crítica interna: en ninguna de sus etapas reales puede la crítica hacer abstracción del conocimiento del contenido de los documentos. Si tal o cual manuscrito no fechado plagia desfigurándolo, imita o utiliza un texto bien conocido, el manuscrito no puede ser anterior a ese texto.

23. G. Lukács, *Histoire et conscience de classe.* (Trad. del alemán por U. Axelos y J. Bois), p. 273. París, 1960: "Todo conocimiento histórico es un conocimiento de sí".
24. La historia es invocada con razón tan pronto se quiere explicar las transformaciones de nuestra época; Cfr. J. Fouraistié, *La Grande métamorphose du XXe siècle,* pp. 11 ss. París, 1961.

# *HISTORIA DE LA HISTORIA*

"No estudiamos la historia para desembarazarnos de ella, sino para salvar de la nada todo el pasado que allí se ahogaría sin ella; es para hacer que lo que sin ella no sería ni siquiera pasado renazca a la existencia en este único presente fuera del cual nada existe".

ETTIENNE GILSON

Si bien la curiosidad histórica es tan vieja como la propia humanidad, la crítica es por cierto menos antigua. Sin duda siempre ha habido mentes críticas, como habrá siempre inteligencias inertes, pero la traducción de las experiencias humanas y la codificación de la sensatez constituyen una obra de lenta maduración.[1] ¿Herodoto tenía ya nociones de crítica histórica? Sería más prudente decir que tenía la intuición parcial de ella. La historia está normalmente precedida por los relatos mitológicos y cosmogónicos: por ser la historia la menos científica de las ciencias es la más antigua. Cuando un pueblo toma conciencia de sí mismo, poco a poco aparece la historicidad. La epopeya abre la vía a los anales; la crítica le sigue sin prisa y sin ruido.

En el siglo IV antes de Cristo el griego Eforo enunció el primer principio de crítica que haya encontrado su fórmula: la abundancia de detalles precisos denota un testigo bien informado, si se trata de un hecho cercano, mientras que nos hace desconfiar del narrador de un pasado lejano.[2]

Casi dos mil años después, el humanista Josse Clichtove redescubrió y definió una regla crítica más elemental y más importante: debe concederse el máximo de crédito a los escritores contemporáneos de los hechos que relatan.[3]

1. G. Gusdorf, *Mythe et métaphysique,* pp. 98 ss. París, 1953.
2. F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* t. 2, p. 45. Berlín, 1926. G. L. Barber, *The Historian Ephorus,* Cambridge, 1935.
3. En 1519, en la *Disceptationis de Magdalena defensio;* citado por J. A. Clerval, *De Judoci Clichtovei vita et operibus,* p. 77. París, 1894. Otras fór-

Estos dos ejemplos demuestran que no fue de un golpe cómo analistas, e incluso los eruditos, comprendieron que para reconstituir el sado era necesario primeramente remontarse a las fuentes. Más difícilm todavía aprendieron a filtrar esas fuentes.

La crítica histórica ha sido pues practicada a veces desde la Antig dad,[4] no desapareció por completo en la Edad Media,[5] y correspondi Renacimiento[6] el comenzar a darle la expresión que hoy nos es famil Leonardo Bruni, en Florencia, y Lorenzo Valla, en Nápoles, fueron iniciadores de este movimiento que se extendió poco a poco a toda Europ

El Gran Siglo francés prosiguió esta evolución: el término "críti que hasta entonces no había designado sino una cualidad del gusto, adq rió también el sentido de un juicio de veracidad. Se organiza entonces sabia erudición, gracias a los oscuros trabajadores calificados desdeño mente de anticuarios, lejos del ruido de la multitud, aparte incluso de historiadores patentados leídos por el hombre común.[7]

Mientras, Tito Livio con sus discursos, sus sentencias, sus paralelos sus análisis, seguía siendo el modelo de los historiadores agradables: M zeray, Daniel o aquel Vertot a quien se le señalaron nuevos docum sobre el sitio de Rodas y respondió que era demasiado tarde y que su sit ya estaba terminado...

Esos historiadores muy gustados del público no hablaban de las ind gaciones de detalle de un Mabillon, de un Papebroch, de un Du Cang o incluso de un Leibniz; el público prefería la narración histórica. ¿Narr ción o erudición? ¿Es insoluble esta antinomia? El problema ha atravesad los siglos, sigue vivo, y las más sosegantes soluciones teóricas no han p dido suprimirlo.

---

mulas de crítica histórica en L.-E. Halkin, *Eléments de critique historiqu* pp. 47 ss. Lieja, 1960.

4. B. Lacroix, *L'histoire dans l'Antiquité.* París, 1951 (importante sobre tod para Tucídides, Luciano y Polibio). W. Peremans, "La critique historiqu appliquée aux sources de l'Antiquité gréco-romaine", en *Les Études class ques,* t. 19, pp. 14-27. Namur, 1951.

5. H. Delehaye, *Les légendes hagiographiques,* pp. 62-63. Bruselas, 1927, 3ª ed P. Rousset, "La conception de l'histoire à l'époque féodale", en *Mélange Louis Halphen,* pp. 623-633. París, 1951, J. Préaux. "Rodulphe de Saint Trond et les principes de la critique historique", en *Latomus,* t. 5, pp. 141 153. Bruselas, 1946.

6. Y particularmente a Jean Bodin; cfr. J. Bodin, *La méthode de l'histoire* (trad. del latín por P. Mesnard). París, 1941. Véase también, para Erasmo: M. Wilmotte, "Sur la critique des textes", en *Le Correspondant,* t. 279, pp. 393 ss. París, 1920.

7. E. Fueter, *Histoire de l'historiographie moderne* (trad. de E. Jeanmaire). París, 1914. La tercera edición alemana fue publicada en Munich en 193. J. W. Thompson y B. J. Holm, *A History of Historical Writing.* Nueva York, 1942, 2 vols. K. Brandi, *Geschichte der Geschichtswissenschaft,* Bonn, 1952, 2ª ed. W. Den Boer, F. W. N. Hugenholtz y Th. J. G. Locher, *Geschieden der geschiedenis.* La Haya, 1960.



Es justo apuntar que los primeros técnicos de la historia se revelaron en publicaciones de interés limitado. Se llamaba *bella diplomatica* * a las sabias polémicas orquestadas en torno a la autenticidad, supuesta o controvertida, de las cartas que contenían los privilegios de las ciudades, de los Estados, de las familias o de las órdenes. En esos combates sin grandeza germinaba la Diplomática.

En 1655 John Marsham escribió en el encabezado de su historia monástica de Inglaterra esta aserción que testimoniaba de una cruel experiencia con la mentira de los textos: *Tanto minus eis adhibendum fidei quanto plus prae se ferunt antiquitatis.*** En el mismo sentido, el bolandista Papebroch tuvo el mérito de constituir, en las *Actas Sanctorum,**** un verdadero cuerpo de doctrina crítica, mientras que Herman Conring formulaba la regla de oro según la cual deben compararse actas sospechosas con actas no dudosas emanadas de la misma autoridad.[8]

Papebroch dio al benedictino Dom Jean Mabillon el pretexto y la ocasión de publicar, en 1681, el primer tratado del *ars diplomatica.***** Al igual que Papebroch y Conring, Mabillon emplea el método comparativo, pero niega que la antigüedad de un documento pueda ser en sí una causa de sospecha. Los solecismos en el lenguaje de las cartas no deben tampoco hacer dudar de su autenticidad; incluso pueden ser, —si la falsedad del documento no es establecida en otro sentido—, pruebas de su antigüedad y testigos de su fecha.

Mediante el análisis de un número muy grande de cartas, Mabillon reconstituye la historia de las cancillerías. Muestra cómo fueron redactados los documentos, sellados, confirmados. Su conclusión más importante, —si bien es empírica—, es que una carta es verdadera o falsa según sea o no conforme a los usos diplomáticos determinados por medio del estudio de las cartas auténticas.[9]

El rigor demostrado por los especialistas en diplomática en el dominio jurídico, constituyó también la ambición de los exegetas, bajo el imperio de preocupaciones religiosas, y de los filólogos deseosos de procurar textos literarios correctos. El siglo XVII fue, en verdad, el gran siglo de las ciencias auxiliares. Por todas partes triunfaba el documento, sin el cual no hay historia en absoluto. La crítica histórica iba a enriquecerse con las experien-

---

8. H. Delehaye, *L'oeuvre des bollandistes,* pp. 29 ss. Bruselas, 1959, 2ª ed. L. Levillain, "El «De re diplomatica»", en *Archives de la France monastique,* t. 5, pp. 199 ss. Ligugé, 1908. H. Leclercq, *Mabillon,* 2 vol., París, 1953-1957. G. Tessier, en la obra colectiva *L'histoire et ses méthodes,* pp. 640 ss. París, 1961.

9. J.-U. Bergkamp, *Dom Jean Mabillon and the Historical School of Saint-Maur.* Washington, 1928.

* Guerras de los diplomas o documentos.

** Hay que darles tanto menos crédito cuanto más antiguos son.

*** Hechos de los santos.

**** El arte de los documentos.

cias de sabios tales como Richard Simon, Jean-Jacques Griesbach y Fre
Auguste Wolf.[10]

Dom Claude Martin, uno de los más grandes eruditos de Saint
main-des-Prés, escribía en 1685 a uno de sus discípulos: "Puesto que
tiene manuscritos de San Jerónimo, podría coleccionarlos después de l
la crítica del manuscrito, de su antigüedad, de su exactitud y de sus
circunstancias. Para hacer algo bueno sobre las obras de este padre, [
sería necesario todavía haber leído todos los autores que le precedi
pues él tomó mucho tanto de los cristianos como de los profanos sin
los, y es necesario que quienes trabajan en ello suplan esto, estableci
de dónde tomó lo que cita". Algunos años más tarde, el canciller D'Ag
seau pudo proponer una definición que situaba la crítica, en el sen
restringido del término, entre la heurística y la hermenéutica. Ella es, d
"el juicio de los autores, de su tiempo, de la autenticidad, de la autor
de sus escritos, de las fechas y otras notas cronológicas, de la verdad y
la exactitud de los hechos que relatan".

La Academia de las Inscripciones recogió el legado de esos eru
admirables y continuó su obra en el siguiente siglo,[11] mientras Voltai
Gibbon despertaban el interés del público, incluso lo estimulaban con
excesos, ampliaban el campo del conocimiento histórico tanto en el esp
como en el tiempo y echaban las bases de una historia universal.[12]

Precisemos finalmente que no fue sino poco a poco que la histo
como tal, penetró en los programas de enseñanza. El *trivium* y el *quadrivi*
la ignoraban; los humanistas se contentaron por mucho tiempo con l
y hacer leer a los historiadores antiguos. Fue sólo en el siglo XVIII cua
la historia conquistó su lugar entre las humanidades clásicas.[13] Finalmen
hubo que esperar la Revolución para promover, en todos los grados,
enseñanza de la historia nacional.

* * *

El siglo XIX es el siglo de la historia, la época privilegiada dura
la cual la historia florece, busca sus caminos, precisa sus ambiciones.[14]

10. Sobre Simon, véase J. Steinmann, *Richard Simon*. París, 1960. Sobre Griesba véase H. Quentin, *Essais de critique textuelle*, pp. 30 ss. París, 1926. Sol Wolf, véase Fueter, *Op cit.*, pp. 587 ss.
11. R. Simon, *Nicolas Fréret*, pp. 120 ss. Ginebra, 1961. Véase también Je Leclercq, cuya obra *Ars critica* apareció en Amsterdam en 1697.
12. J.-H. Brumfitt, *Voltaire Historian*. Oxford, 1958. Sobre Gibbon, véase Fu ter, *Op. cit.*, pp. 458 ss. Sobre la historia de la historia, desde Montesqui y Voltaire hasta Febvre y Toynbee, véase L.-E. Halkin, *Eléments de critiq historique*, pp. 117-192. Lieja, 1960.
13. F. de Dainville, "L'enseignement de l'histoire et de la géographie et «Ratio studiorum»", en *Analecta Gregoriana*, t. 70, pp. 123-156. Roma, 1954.
14. G. P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century*. Londre 1954, 3ª ed.



Paralelamente a las indagaciones eruditas continuadas por algunos entusiastas, la historia narrativa era entonces considerada favorablemente, a veces con ternura, como un arte familiar, como el espejo de la vida.

El engolosinamiento con la historia, tan característico del romanticismo, no es una simple consecuencia de ello. Lo propio del romanticismo fue rehacer de la historia narrativa un género literario en momentos cuando el desarrollo de la instrucción centuplicaba el número de sus lectores. Un género literario preocupado por el color local y el detalle pintoresco, con los desarrollos retóricos de la filosofía de la historia; en suma, con más de arte que de ciencia.[15]

Para estos escritores la objetividad no era el término de la curiosidad histórica. Incluso los grandes historiadores pensaban más en glorificar la patria o la Revolución que en abrir nuevas vías a la investigación.

Desde Chateaubriand hasta Michelet, pasando por Augustin Thierry, Macaulay, Mérimée y Ozanam, las obras imaginativas triunfan y se hacen leer. Concedida su parte a un meritorio esfuerzo científico, —el legado de los eruditos del siglo de Luis XIV—, parece que lo novelesco y lo histórico se aproximan hasta confundirse. ¡Cuánta verdad en las novelas de Walter Scott,[16] de las que se dirá que son "más verdaderas que la historia"! Este elogio es merecido en cuanto que las mejores novelas históricas transponen diestramente en el pasado los resultados de la investigación científica, escogiendo para ello los hechos más significativos, que no siempre fueron perceptibles para los contemporáneos de esos hechos.[17] Por el contrario, a diferencia de la novela de costumbres contemporáneas, la novela histórica[18] es la que más pronto envejece, pues ella no vale sino cuanto vale la erudición de su autor, llámese Hugo o Flaubert.

"¿Qué es la historia?", exclamaba Dumas. "—Es un clavo del que cuelgo mis cuadros". Y gloriaba a los *Girondinos*, de Lamartine, por haber "elevado la historia a la altura de la novela".[19] Por cierto que Balzac no pensaba diferentemente. En 1865 Edmond y Jules de Goncourt escribieron en el prefacio de *Germinie Lacerteux*: "Hoy, cuando la novela se ensancha y crece, cuando comienza a ser la gran forma social, cuando gracias al análisis y a la investigación psicológica se convierte en la historia moral contemporánea; hoy, cuando la novela se ha impuesto en los estudios y los

15. V.-L. Saulnier, *La littérature française du siècle romantique*, p. 53, París, 1948. L. Halphen, *L'histoire en France depuis cent ans*, p. 43, París, 1914.
16. La influencia de Walter Scott no se ejerció solamente sobre los historiadores ingleses, sino también sobre los del continente. Cfr. G. M. Trevelyan, *An Autobiography*, p. 200. Londres, 1942. Véase L. Maigron, *Le roman historique a l'époque romantique*, París, 1898.
17. Falta en el original.
18. De tan elaborada, la novela histórica resulta falsa. Debe recordarse la expresión de Aldous Huxley: ¡El criterio de la realidad es su intrínseco deshilvanado!
19. P. Moreau, *L'histoire en France au XIXe siècle*, p. 125. París. 1935.

deberes de la ciencia, puede reivindicar sus libertades y sus franqui-
No tuvo Zola una menos elevada opinión de su "novela experimental"

Los novelistas picados de lo pintoresco dejaban a los historiador filosofía de la historia, una filosofía todavía muy literaria y retórica, cierto, pero que satisfacía la predilección de sus lectores por las idea nerales. Chateaubriand había dado el tono con su *Essai sur les révolu Le génie du christianisme* y los *Etudes historiques,* sin olvidar *Les ma* esa epopeya en la cual galos, romanos y francos, reunidos sin ningún crúpulo cronológico, parecen los héroes simbólicos de las civilizaciones aparecidas. Los primeros años de la *Revue des deux mondes* no son m sugestivos a este respecto. Fue así cómo se pudieron leer en ella los en de un discípulo de Chateaubriand, Augustin Thierry, explicando las vulsiones del pasado por la lucha de razas, al igual que, más tarde páginas vibrantes en que Michelet esclarecía la evolución de Francia diante la historia de la plebe.[20]

A esta evocación del factor romántico debe añadirse, —en su estel otro factor: el espíritu nacional, incluso nacionalista, creciente sin cesa la historia durante el siglo XIX, ese siglo que no es solamente el de la toria sino también el de las nacionalidades. Es la época de la *Monum Germaniae historica,** obra admirable que supera la de los benedict franceses del Antiguo Régimen. Es también la época de innumerables blicaciones, —más ligeras, ciertamente—, a través de las cuales el pu revé y revive su pasado. El nacionalismo contrajo el horizonte de los toriadores del universo a la patria, mientras se adaptaba maravillosam al estilo retórico de Thiers, de Niebuhr o de Carlyle.

Sin embargo, vino un día cuando se observó que el color local no toda la verdad y que la filosofía de la historia podía, por fin, desprend de la literatura. En cuanto al historiador, ya no debe devorarle la preoc ción por lo pintoresco, sino la pasión por la exactitud. No es la vida que debe buscar sobre todo, sino la verdad. No es el patriotismo lo conviene servir, sino la ciencia.

La corriente romántica fue entonces refrenada por el positivismo Auguste Comte, mientras que las lecciones y los ejemplos de la Alem científica, desde Ranke hasta Lamprecht, despojaban a Clío de los p tigios del arte para prometerle los austeros atractivos de la ciencia. adelante, los discípulos de Clío envidian e imitan a los discípulos de Ura que rechazaron la astrología medieval para hacer de la astronomía ciencia. La historia también quiere sobrepasar lo individual, formular le leyes absolutas, objetivas y universales; pretende convertirse en una cie de laboratorio, una disciplina experimental.[21] Ya Auguste Comte soñ con una "historia sin nombres propios".

20. A. Augustin-Thierry, *Augustin Thierry,* París, 1922. G. Monod, *La vi la pensée de Jules Michelet,* París, 1923, 2 vols.
21. H. Gouhier, "La philosophie de l'histoire d'Auguste Comte", en *Cah d'histoire mondiale,* t. 2, pp. 503-519. París, 1955. Ya Joseph de Mai
* Monumentos históricos de Alemania.



Una nueva filosofía de la historia halló, entre los sabios, inesperados virtuosos: Buckle en Inglaterra; en Francia, Renan y tantos otros que podríamos citar. Por supuesto que la tradición romántica no cedió en un día. Hubo eruditos escrupulosos como Godefroid Kurth [22] que se mostraron impermeables a la influencia de Comte y siguieron las lecciones, a un tiempo, de Ozanam, de Ranke y, más tarde, de Fustel.

Las leyes imprudentemente formuladas por los historiadores cientificistas no podían ser, desgraciadamente, sino pedantescas traducciones de la sensatez, perogrulladas psicológicas más o menos adecuadas o atrevidas paradojas. Sus autores no escapaban a la banalidad de sus descubrimientos sino para sumirse en temerarias previsiones.

Incluso en los grandes intelectos la nueva concepción de la historia frecuentemente delataba sus ambiciones desmesuradas y vanas. Fue entonces cuando Taine [23] esbozó el cuadro de su determinismo, famoso en el momento, del medio y de la raza. Hasta llegó a escribir en el prefacio de la segunda edición de sus *Essais de critique et d'histoire:* "La filosofía de la historia repite, como una fiel imagen, la filosofía de la historia natural". El propio Renan, profeta de *L'Avenir de la Science,* incurría en el mismo dogmatismo ingenuo. Anunciaba: "Dentro de un siglo la humanidad sabrá casi todo lo que puede saber de su pasado". A continuación esperaba redimirse mediante una ironía fácil: decía que la historia no es sino una "pequeña ciencia conjetural", lo que en cierto sentido puede sostenerse. Luego iba más lejos y, sacrificando la firmeza del juicio a una astuta prudencia, declaraba negligentemente al comienzo de una de sus obras: "Toda frase debe ir acompañada de un puede ser. Creo usar suficientemente estas palabras. Si no parece suficiente, que se supongan los márgenes profusamente sembrados de ellas; se tendrá entonces la medida exacta de mi pensamiento". Este pensamiento no era la última palabra en crítica, pero aparentemente ya nada debía al positivismo: no hay ley que soporte un puede ser.

enumerando los años sangrientos de la humanidad, proponía esta reflexión: "Si se tuviesen registros de masacres, como se tienen registros meteorológicos, ¡quién sabe si no se descubriría su ley al cabo de algunos siglos de observación!". Con intención completamente diferente, y con menos agudeza, pudo decir Stalin: "La ciencia que estudia la historia de la sociedad puede adquirir, pese a toda la complejidad de los fenómenos de la vida social, la misma precisión que la biología, por ejemplo, ofreciéndonos la posibilidad de dar una aplicación práctica a las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad". J. Stalin, *Matérialisme dialectique et matérialisme historique,* p. 14. París, 1945.

22. F. Neuray, *Godefroid Kurth.* Bruselas, 1931.
23. Aunque haya formalmente opuesto su filosofía a la de Comte, Taine era positivista en cuanto a su concepción de la ciencia. Acerca de sus concepciones históricas, véase V. Rubow, *Hippolyte Taine. Etapes de son oeuvre.* París, 1930; A. Chevrillon, *Taine, formation de sa pensée.* París, 1932; P. Geyl, *Use and Abuse of History,* p. 46. Sobre las leyes de la historia según Littré, cfr. E. Seillière, *Auguste Comte,* p. 58. París, 1924. Una visión general del problema criteriológico en W. Dray, *Laws and Explanation in History,* Oxford, 1957; A. Choulguine, *L'histoire et la vie.* París, 1957.

El determinismo se transparenta igualmente en la teoría de las teras naturales, de Albert Sorel, y, sobre todo, en el materialismo hist de Karl Marx, cuya influencia no sería posible exagerar.[24] Más cerc nuestros días, ¿acaso no pretendía aun Jullian recibir de la ciencia "la ley de las edades desaparecidas, que será la ley de las edades futur

En contrapartida, la confianza ciega en la ciencia no podía deja apartar de las generalizaciones presuntuosas a los historiadores decepc dos o clarividentes, para hacerlos inclinarse hacia un método más dign sus ambiciones científicas conservadas intactas, con un afán de la prec y un espíritu crítico que recuerda a aquellos eruditos que, en el siglo tuvieron en la pila la "ciencia" de la historia.

En Francia, Fustel de Coulanges reaccionaba contra Taine al m tiempo que contra Michelet, y daba el mejor ejemplo de fidelidad a textos.[25] Tras él, Monod, Lavisse, Langlois y Seignobos enseñaron a i merables discípulos un oficio difícil, erizado de análisis, cargado de dición. En historia, como por doquier, triunfa la ciencia alemana, predor la técnica, o más bien las técnicas: la filología y demás ciencias auxili desde la lingüística hasta la estadística, ocupan una parte cada vez m en la labor del historiador y no solamente en su formación. La hist dogmática cede la primera fila a la historia documental. El científic se vuelve "tecnicista". Cada vez hay menos lugar para un arte o para filosofía de la historia.[26] Los trabajos previos a la síntesis taponan el h zonte, el análisis absorbe el trabajo y ocupa la vida del historiador. Ve desplegarse ante nuestros ojos las consecuencias de esta evolución. Parec que al mismo tiempo que se desarrolla la ciencia, el campo de la histo se hubiera angostado frente a cada uno de sus obreros.

Los espantosos progresos de la erudición hacen de los libros de hi ria libros ilegibles, de una micrografía reparona, escritos por especiali para especialistas. Aunque captan bien lo que ven, los eruditos no ven le tienen miras precisas pero cortas.

No debía tardar en producirse una reacción contra este esoterismo la historia, apreciable sobre todo en las monografías de historia econón y social. En Alemania, donde la erudición había sido más precoz y poder la oposición se manifestó rápidamente. Desde 1874 Nietzsche denunciab

24. E. R. A. Seligman, *L'interprétation économique de l'histoire* (trad. de H Barrault). París, 1902. K. Federn, *The Materialist Conception of Hist* Londres, 1930. F. von Hayek, *Scientisme et sciences sociales* (trad. de Barre), p. 85. París, 1953. G. Plejanov, *Essai sur le développement d conception moniste de l'histoire* (trad. de L. Galinskaia), p. 157. Mo 1956. Carlos Marx no fue un historiador sino un filósofo de la histo véase M. Rubel, *Karl Marx devant le bonapartisme*. París, 1960.

25. P. Guiraud, *Fustel de Coulanges*. París, 1896. J.-M. Tourneur-Aum *Fustel de Coulanges* (1830-1889). París, 1931.

26. Decía Fustel: "Existe una historia de la filosofía, pero no existe f sofía de la historia".



"enfermedad histórica" que padecían sus contemporáneos, y particularmente sus compatriotas, por causa de las exigencias sin cesar crecientes del análisis crítico. Ya la vida no podía, afirmaba, encontrar en la historia un "alimento sustancioso". Por su parte —bajo la influencia de Kant—, Wilhelm Dilthey instruía el proceso del conocimiento histórico, cuyo relativismo subrayaba.[27] Además, el arte de un Richard Wagner, por desdén hacia los escrúpulos y las vacilaciones de la historia, buscará en la leyenda una síntesis rica en valor poético.[28] En seguida del Tratado de Versalles, Oswald Spengler no se expresaba en otra forma: los vencidos no gustan de la historia, aunque se remitan gustosos a su juicio.[29]

La historia con pretensiones científicas perdió, pues, una parte de su audiencia en Alemania, por razones, entre otras, de educación nacional, y también en Francia, bajo la acción no menos eficaz de los más agudos críticos. En esto es palpable la influencia de Bergson. Su esfuerzo lúcido demostró que la historia no estaba terminada, que no era fatal.[30] La historia no podía llegar a ser una ciencia de laboratorio. Puesto que, como lo dijo magníficamente La Bruyère, el mundo "está aún en plena lozanía y apenas comienza", la historia es demasiado joven para que de la consideración de su movimiento puedan nacer leyes. Jamás nos asombraremos lo bastante, jamás correremos el riesgo de formarnos una conciencia suficiente de la magnitud de la duración. La historia no sobrepasa los cinco mil años; luce muy corta al lado de la prehistoria, cuyo dominio se extiende por milenios; es todavía más minúscula si se la compara con la edad de la tierra, que se mide por decenas de millones de años. "Si nos representamos el tiempo transcurrido desde los orígenes por un día de veinticuatro horas, es necesario esperar veintitrés horas y media para ver surgir el hombre de Pekín; veintitrés horas cincuenta para ver surgir el hombre de Neanderthal y cinco para las doce de la noche para presenciar la aparición del *homo sapiens*. . .".[31]

La historia parece demasiado joven a los filósofos y a los sabios, pero el público de los lectores apresurados la encuentra demasiado vieja. La ciencia árida y los resultados limitados de investigaciones herméticas ya no le infunden respeto. Por la crueldad de este fallo podrá medirse el descrédito que hoy amenaza a la historia, y que los propios historiadores ya no discuten sino con una modestia a diario fortalecida por sus decepciones.

27. R. Aron, *Essai sur la théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine*, pp. 21 ss. París, 1938. H.-I. Marrou, *De la connaissance historique*, p. 19.

28. M. Boucher, *Les idées politiques de Richard Wagner*, p. 106. París, 1947.

29. P. Geyl, *Op. cit.*, p. 36.

30. H. Davenson (H.-I. Marrou), "Bergson et l'histoire" en *Henri Bergson. Essais et témoignages*, recogidos por A. Béguin y P. Thevenaz, pp. 205 ss. Neuchâtel, 1943.

31. J. Guitton, *"L'homme a commencé"*, en *La Table Ronde*, Nº 84, p. 183. París, 1954. "En la realidad de las cosas, el ascenso de la vida no puede aparecérsenos sino captado a partir de un instante muy breve, es decir, a través de un enorme espesor de tiempo transcurrido". Cfr. P. Teilhard de Chardin, *Le phénomène humain*, p. 127. París, 1955.

Por otra parte, la guerra, sin disminuir la curiosidad por la hist: zapó la confianza en su valor moral, en sus métodos y en sus resulta Las previsiones de quienes (no siempre eran historiadores) invocaban tecedentes históricos fueron defraudadas con demasiada frecuencia: el es ticismo no razonado vuelve a tomar vigor cada vez que la humanidad afectada violentamente en su sentido innato del progreso social.[32]

Pero, entonces, ¿qué espera el mundo actual de la historia? Ideas nerales y vida; una respuesta a los problemas esenciales de la evolu humana, mediante principios al mismo tiempo que mediante ejemplos v dos. En una palabra, nuestra generación, como la de las revoluciones la edad romántica, espera una filosofía y un arte de la historia.

Los historiadores de oficio, los profesionales de la historia, no pue corresponder entera ni alegremente a esta aspiración.

En primer lugar, los grandes objetos de la angustia humana son temas más difíciles de tratar: el amor, la guerra, el hambre, el miedo esperanza, la virtud, el mal, en fin. ¿Quién no advierte que estas pala evocan problemas que sobrepasan la historia?

Por otra parte, nada mejor pedirían los historiadores que ofrece sus lectores, cuando los tienen, un "alimento sustancioso", pero rehú seguir a Nietzsche, cuando éste justifica la historia en la medida en ella da al presente "lecciones de grandeza, objetos de veneración, moti de rebelión". Demasiado bien saben los historiadores que el pasado no pertenece, y que ya es deformarlo el ajustarlo así a las necesidades soci ¿Cómo, por lo demás, pasar de lo individual a lo social, de lo anecdó a lo sintomático?

Tampoco a Péguy, quien añoraba el colorido de los historiógrafos la Edad Media, pueden los historiadores concederle plena y entera satis ción. Vivir una época, como lo hicieron los cronistas, no basta para c prenderla. Los cuadros históricos y las vidas noveladas pertenecen a la ratura; no son hoy más dignos de preocupar a los hombres de ciencia lo que lo fueron hace un siglo. Ya no es la historia del mundo lo que anhela abarcar. El enciclopedismo, necesariamente superficial, no crea e siasmo. El alimento esencial del entusiasmo los historiadores lo descubr precisamente en la belleza funcional de su disciplina, en los laboriosos canos de las ciencias auxiliares, en los oscuros combates de una téc complicada.

Barrès ponía en boca de un estudiante francés, alumno de historia la universidad de Berlín, estas palabras llenas de ardiente poesía inéd "Es el placer de salir de sí mismo. Se llega a los puntos extremos, al mento en que la respiración cesa. Se trata de estudios pacientes, duro fuertes. Me hacen desagradables los ornamentos literarios, las afirmaci retóricas y todos esos materiales que se pudrirán. Estoy enamorado de la adustez".

32. H. Butterfield, *History and Human Relations*, p. 160. Londres, 1951.



Cuanto podían hacer los historiadores, —y no dejaron de hacerlo—, era ampliar su visión, abrir a todo lo ancho las avenidas de la historia general y comparada, era, en fin, aceptar la ayuda de la psicología y de la sociología. Bello programa, por cierto, pero que no habría de detener ni el movimiento de la pesada erudición, ni las reacciones irreflexivas de una opinión perezosa. Los historiadores se sentían cruelmente decepcionados por no poder conciliar siempre sus escrúpulos profesionales y los anhelos de los lectores. ¿Cómo derramar ideas generales sin caer en las generalizaciones apresuradas? ¿Cómo dar a los lectores la emoción de la vida sin hacer concesiones a la novela?

Un escritor inglés cuya audacia iguala el talento, Arnold J. Toynbee, se creyó capaz de realizar la síntesis de la historia universal.[33] Cuenta veinte experiencias humanas elevadas al rango de civilizaciones distintas. La historia comparativa así manejada tiene por cierto la ventaja y el mérito de "desoccidentalizar" la perspectiva histórica, pero no siempre escapa a la temeridad o a la banalidad. Pese a ingeniosas aproximaciones, Toynbee no logró encontrar las leyes del fenómeno civilización.

* * *

La historia no puede vivir únicamente de privaciones. Se concibe, entonces, que las cuestiones dejadas por los historiadores "tecnicistas" sin una respuesta juzgada suficiente, han tenido que tentar a los publicistas ungidos de filosofía, de ciencias o de literatura.

De esta manera, metafísicos, estetas, psicoanalistas y hasta matemáticos, se han aventurado a través de los más vastos problemas, mientras que los memorialistas y los aficionados retornaban con entusiasmo al rasgo pintoresco, al color local, a los sucesos sugestivos, incluso a la leyenda.

Se ha visto a sabios matemáticos dibujar curvas ondulatorias y levantar teorías cíclicas respecto a la sucesión de los "pueblos-jefes". Uno de ellos, con extrema ingeniosidad y una buena fe inigualada, corta todo el pasado (e incluso el futuro) en lonjas "quinquaseculares". Después de la Francia napoleónica, comienza Inglaterra su período de hegemonía. ¡La "ley de

33. *A Study of History*. Londres, 1945-1954, 7 vols. Se hizo una edición francesa abreviada, revisada por el autor: A-J. Toynbee, *L'histoire. Un essai d'interprétation*. París, 1951. Geyl, *Op. cit.*, p. 65. H.-I. Marrou, *De la connaissance historique*, p. 202. L. Febvre, "De Spengler a Toynbee", en *Combats pour l'histoire*, pp. 119-143. K. Popper, *Misère de l'historicisme* (trad. de H. Rousseau), pp. 168 ss. París, 1956. A. Montagu, *Toynbee and History*, Boston, 1956. *L'histoire et ses interprétations. Entretiens autour de Arnold Toynbee*, publicados bajo la dirección de Raymond Aron, París y La Haya, 1961.

precesión" del Este al Oeste, exige que el "centro dominador del munc esté actualmente, y durante los próximos cuatro siglos, en Londres![34]

Los psicoanalistas han ido más lejos todavía para reducir a la unic las actuaciones de los grandes hombres y de los héroes.[35]

Nunca en siglos pasados se vio tantas biografías y memorias. En más diversos dominios la nueva tendencia se ha manifestado por una pro sión de "vidas heroicas", de "vidas atormentadas", al igual que de "vi edificantes".

Desconcertados, intrigados, y también con un poco de humor y n cho de curiosidad profesional, los historiadores han presenciado esta traordinaria proliferación de teorías y de historietas. Han admirado có filósofos y sociólogos, desafiando las mil complejidades de lo individ y de lo fortuito y reemplazando el conocimiento personal del oficio por muestrario especioso, se han erigido en árbitros de la civilización. Han tado, con irónico interés, los éxitos imprevistos de la amplificación d mática y la prodigiosa credulidad de los lectores, para los relatos "vivido aunque fuesen falsos o simplemente inverosímiles. En efecto, los erudi son como los combatientes: apenas son conocidos, pues no se les ve. el contrario, quienes se dicen filósofos de la historia ven desde lejo desde lo alto, como los jefes que dominan la acción sin mezclarse en el al igual que ellos, a veces confunden un arroyo con una trinchera o trinchera con un arroyo.

Cada cierto tiempo, un crítico se enoja, y resulta un grueso lil que causa algún ruido, como *Témoins*, en el que Jean-Norton Cru[36] sinfla el inmerecido éxito de los relatos de guerra; los "testimonios" p feridos del público figuran entre los más sospechosos.

Hastiados, los "tecnicistas" continúan trabajando según sus viejos todos. Los sucedáneos de la historia no han podido quitarles el gusto la historia. Aparte de los autores de manuales o de algunos especialis en historia comparada, ningún historiador "se consagra a la historia u versal, al igual que ningún químico ni ningún físico se consagra al es dio total de la química o de la física. Lo esencial es tener por ideal unidad de la ciencia; en esto la especialidad no es sino una necesidad sultante de la insuficiencia de las capacidades del hombre".[37] He allí, pu

34. R. E. Gérard, *La loi mathématique de l'histoire et Napoléon I*. Charle 1939. Véase también G. Georgel, *Les rythmes dans l'histoire*. Besan 1947, 2ª ed. J. Groffier, *La mathématique de l'histoire*. París, 1957.
35. Véase p. 73.
36. París, 1929. El mismo autor publicó un complemento: *Du témoigna* París, 1931. Véase Mme. Vogel, "Jean-Norton Cru", en *Annales de Faculté des Lettres d'Aix*, t. 35, pp. 37-68. Aix, 1961.
37. H. Pirenne, "La tâche de l'historien", en *Le Flambeau*, t. 14, p. 7. B selas, 1931. Por otra parte, hay positivo interés en considerar la sín



por qué los historiadores perseveran en sus monografías favoritas, en trabajos de zapa, en la erudición invisible, con algunas ilusiones de menos y preocupaciones nuevas de más. Actualmente, ellos corrigen mediante la colaboración[38] los defectos inherentes a la especialización; ya no niegan el interés histórico de las leyendas; han dejado de creer en la virtud de una historia puramente "episódica"; en fin, la historia comparada les abre nuevas perspectivas.[39]

El siglo XX casi no ha aportado formulaciones inéditas a la crítica histórica. Sin embargo, le debemos inestimables progresos: técnicas tan actuales como la psicología y la estadística han logrado imponerse, mientras que, por otra parte, la crítica de la crítica preserva a los historiadores mejor que antes de las asechanzas del cientificismo.

* * *

Debe excusarse al historiador si pasa por escéptico, pero no por ello puede convertirse en un desesperado. Los chascos del romanticismo, del cientificismo positivista y del "tecnicismo" no le permiten refugiarse en un antiintelectualismo cómodo, perezoso y, en suma, disolvente. En el fondo de este escepticismo extremoso, —que llega hasta negar la posibilidad de una historia valedera—, hay tanta vanidad como despecho. Una y otro son malos consejeros. La cuestión esencial ya no es discutir nuestra subjetividad, sino superarla aceptándola.[40]

Ya la historia no pretende reinar sobre el futuro o sobre el presente, ni siquiera sobre el pasado. Cualquiera que sea su amoralismo, conserva sin embargo un valor educativo, —cuando menos para quienes saben escucharla—, en el sentido muy sencillo de que nos ayuda a comprender a los hombres y la vida. Importa que no cese de corresponder a esta tenaz aspiración que aún la llama "la memoria de la humanidad".

La historia no tiene en absoluto por función aplastar al hombre bajo el peso de su pasado, sino mostrarle ese pasado, recordarle discretamente que somos sus herederos. La historia presenta un espectáculo alternativamente horripilante, enternecedor, entretenido, a veces hasta instructivo, porque ella es la medida del hombre eterno y cambiante.[41]

que de la historia del mundo presenta una gran inteligencia (Spengler, Toynbee, Gonzague de Reynold, Jacques Pirenne).

38. L. Febvre, "Vers une autre histoire", en *Combats pour l'histoire*, p. 427.
39. A. Choulguine, *L'histoire et la vie*, pp. 171 ss. París, 1957.
40. Sobre la "buena" subjetividad del historiador, véase P. Ricoeur, *Histoire et vérité*, pp. 26 ss. París, 1955. J. Hours, *Valeur de l'histoire*, p. 64. París, 1954.
41. En sus *Poèmes des Colombes*, p. 135 (París, 1929), Tristan Derème evocó diestramente el prestigio duradero de la musa de la historia: "Nada existe, decía Clío, salvo lo que la historia / Escribe en el libro que llevo. / Sobre ello realizaréis esta noche doctas conversaciones; / Sabréis meditar sobre la nada de las cosas / Y besar el polvo al pie de mis altares. / El más poderoso renombre se marchita con las rosas / Si yo no conservo su huella en las hojas inmortales".

# *DIVISIONES DE LA HISTORIA*

"No hay más historia que la Universal".

NOVALIS

Hubo tiempo en que los hombres ignoraban todo lo que no fuese su tribu, su ciudad o su país. Los siglos transcurrieron y se necesitó la epopeya de Alejandro para que se conociesen las tres grandes civilizaciones: la griega, la china y la hindú. Alejandro derribó la barrera que separaba el Oriente del Occidente.[1]

Lentamente, los hombres han aprendido a conocerse, mediante la guerra, el comercio, la evangelización. Hoy el mundo entero está presente en la conciencia de cada quien. Los progresos del conocimiento histórico han vuelto la historia apasionante y desmesurada: es tan vasta que quien desea estudiarla se siente obligado a abordarla sesgadamente y trozo a trozo. Por supuesto que sólo hay una historia, pero es fatal, es natural, que su estudio permita una partición razonable.

Las divisiones de la historia son numerosas. Divisiones en profundidad: historia política, económica, intelectual, artística, social o religiosa de los grupos y de los individuos. Divisiones en anchura: historia de los países, de las regiones, de las ciudades. Divisiones en longitud: historia por períodos cronológicos. En suma, estos tres puntos de vista corresponden a tres tablas ideales que resumen la historia: una tabla analítica, una tabla geográfica y una tabla cronológica.

* * *

Poco hay que decir sobre la tabla analítica de la historia. Es reciente, y se atribuye a Voltaire la invención del primer "sistema de ga-

1. R. Grousset, *L'homme et son histoire,* pp. 79 ss. y 206 ss. París, 1954.

vetas". En ello se trasluce lo arbitrario, es cierto, como en toda term logía histórica. A veces las etiquetas tradicionales son reemplazadas nuevas denominaciones que no son mejores: historia de la civilizac historia de las ideas, historia de los sentimientos, historia moral, etc. esencial es, sin duda, admitir un perpetuo enriquecimiento de nuestras tegorías y de las definiciones de nuestras categorías. La historia soci la historia de las ideas se complementan, encajan, no se contradicen. el historiador no existe un sistema exclusivo del mundo.

Por lo demás, observaciones de igual orden se aplican a todos intentos de división de la historia. Por doquier y siempre el peor migo de la historia es el que la mutila para encerrarla en sus marcos sonales, como si la historia no fuese movimiento y expansión. Las c siones de la historia no son necesarias, pero es necesario que las hay

* * *

La crítica del corte en anchura, —las divisiones geográficas—, es nal cuando apunta a innumerables monografías de historia local; se v ve apasionante cuando se refiere a la enseñanza de la historia. ¿Se señará historia general, nacional o regional? El problema se plantea sc todo en los primeros años de estudio. Nadie duda de que la hist general sea la meta del esfuerzo, nadie tampoco querría reducir la hist a la local, pero, ¿por dónde iniciar una enseñanza histórica digna ese nombre?

La historia nacional conserva el primer papel en casi todos los ses, incluso bajo las apariencias de la historia general, a la que frecu temente estorba. Actualmente a muchos les parece preferible una pres tación más equilibrada. De allí la preeminencia de la historia genera cuando menos la preocupación por volver a colocar la historia nacio en el marco de la historia universal.

Ciertamente que estas miras son sensatas; constituyen un progre pero me parecen coincidir dificultosamente con la realidad de la evoluc histórica en nuestros países desde hace mil años. Es indispensable enc trarle a la enseñanza de la historia una base que nada tenga de a ficial, una base que sea fácilmente conocible, tan concreta como sea sible, en una palabra, una *unidad* histórica, antigua y duradera. Esta u dad no la da jamás la raza, la lengua la da pocas veces, la nación la tardíamente; sólo el regionalismo feudal puede ofrecerla con seguridad curso de historia se iniciará, pues, con una historia de la provincia, elevará progresivamente hasta la historia de la nación, y luego hasta problemas más generales de la historia universal.

Piénsese lo que se quiera del feudalismo: por mi parte, no sier ninguna atracción por su constitución social; el feudalismo no es régimen ideal, pero me proporciona la figura adecuada que busco. No



una creación de mi mente, es un hecho. Un hecho del pasado, pues la historia ignora el recomenzar y no quiero resucitar los feudos. Pero no puede negarse que durante siglos el feudalismo fue la osamenta política de nuestros países.

La evocación inteligente del pasado de una de nuestras provincias muestra cómo se forma una nación, cómo se convierte en un mosaico de principados y en una encrucijada de pueblos. La historia regional nada tiene de mezquino o de recortado, puesto que se eleva por sí misma hacia la historia nacional y hacia la historia universal.[2]

La descentralización no es agresiva ni siquiera en historia, y no es ser particularista el admitir para nuestros antiguos principados lo que todo el mundo acepta para el antiguo Luxemburgo, del cual procede legítimamente el Gran Ducado de Luxemburgo. En los manuales de historia de este pequeño país, la historia nacional se confunde con la historia feudal. No es poco el asombro que produce el ver que los períodos gloriosos de la historia luxemburguesa, —es decir, sus períodos de independencia—, son anteriores a los borgoñones o posteriores al desmembramiento del Gran Ducado y de los Países Bajos. Después de todo, ¿por qué no? El punto de vista luxemburgués es coherente y perfectamente defendible, desde el momento en que se le completa con un recurso constante a la historia comparada.

* * *

El problema de la división de la historia en períodos es el más ostensible y quizá el más difícil. Hace siglos que se le trabaja sin llegar a una solución satisfactoria. Incluso puede decirse que la dificultad es cada día mayor, puesto que la materia a dividir es más larga y extensa.

La división de la historia en períodos, —la *Periodisierung,* como dicen los alemanes—, es sin embargo una necesidad para la razón, una necesidad para el estudio y la explicación de la historia, una necesidad que la enseñanza recarga todavía más con sus irrefutables consideraciones pedagógicas.[3] "El conocimiento histórico no es alcanzado por el pensamiento sino en los marcos «periodológicos», pues el saber histórico, como todo saber, encierra conceptos generales que, en materia de historia, son todos de orden «periodológico». Si no lo son de manera explícita, como

2. Sostuve conceptos pedagógicos en el artículo "L'enseignement de l'histoire nationale en Wallonie", en *Bulletin trimestriel de l'Association des amis de l'Université de Liège,* t. 11, pp. 129-145, Lieja, 1939. Véase también J. Stengers, "Quelques notes sur la genèse et la conception de notre histoire nationale", en *Mélanges Georges Smets,* pp. 595 ss. Bruselas, 1952. Sobre Luxemburgo, véase P. Weber, *Histoire du Grand-Duché de Luxembourg,* Bruselas, 1957, 3ª ed.

3. Una visión de conjunto del problema en la obra de J. H. J. van der Pot, *De periodisering der geschiedenis,* La Haya, 1951.

lo son los conceptos de Edad Media, Renacimiento o Romanticismo, lo de manera implícita [...]. Resulta, pues, que la «periodología», todos sus defectos de exactitud congénitos, sigue siendo una categoría cesaria del conocimiento histórico".[4] El corte del pasado en lonjas cro lógicas se traduce en fórmulas cómodas: Prehistoria, Antigüedad, E Media, Renacimiento, etc. ¿Fórmulas cómodas e indispensables? Sí. ¿I mulas verdaderas? Es otra cosa: cabe controlar y revisar en caso necesa una clasificación que depende más del calendario que de la lógica, y después de todo no queda sino como un sistema de símbolos abstrac Pasar de un período a otro es volver una página, no terminar un lib es pasar al siguiente acto, pero la pieza continúa.

La calificación de las edades históricas es todavía más sospecho hablar del "oscurantismo medieval" es tan vano como tildar el bloque siglo XIX con el epíteto de "estúpido".

No olvidemos que las divisiones clásicas de la historia, —trátese las seis épocas de San Agustín o de las cuatro edades de Hegel—, no aplican sino a la historia general del Mediterráneo y de Occidente.[5] A no se han imaginado divisiones válidas a la vez para el arte y para instituciones, para China, México, Rusia y Francia. Las divisiones us les han sido obra de europeos; están hechas para europeos. Por ello mis disminuye su importancia. Su exactitud no es mucho mayor, incluso p la sola Europa.[6]

* * *

Veamos, para limitarnos a un ejemplo, lo que debemos pensar término Renacimiento, opuesto al de Edad Media.

---

4. B. Jasinowski, "Sur les fondements logiques de l'histoire", en *Travaux IXe Congrès international de philosophie,* t. 5, p. 40. París, 1937.
5. O. Rousseau, "La typologie augustinienne de l'hexaéméron et la théol du temps, en *Festgabe Joseph Lortz,* t. 1, pp. 47-58, Baden-Baden, 19 Es sabido, además, que Hegel distinguía cuatro fases en la historia p gresiva del mundo: la oriental, la griega, la romana y la germánica.
6. H. Sée, *Science et philosophie de l'histoire,* pp. 263-275, París, 1933. ed. W. Deonna, "Terminologie historique", en *Revue de synthèse hist que,* t. 42, pp. 69-82. París, 1926. "Projets d'articles sur les mots Divis et Moyen Age", en *Bulletin du Centre international de synthèse. Sec de synthèse historique,* Nº 2, pp. 10-28. París, 1926. Se encontrará buen ejemplo de las dificultades insolubles de la división de la hist del globo en períodos, en el sumario de una obra que es por lo de recomendable: E. Cavaignac, *Chronologie de l'histoire mondiale,* París, 19 3ª ed. Sobre la división de la historia en los manuales rusos de la act lidad: D. Eeckaute, "La périodisation de l'histoire russe", en *Revue torique,* t. 206, pp. 196-212. París, 1951. Toynbee ("Ce que j'ai essayé faire", en *Diogène,* Nº 13, pp. 11 ss. París, 1956) también ha criticado divisiones tradicionales de la historia, pero el alemán O. Spengler (*Le clin de l'Occident,* París, 1948) denunció todavía mejor la "nostalgia progreso" de las civilizaciones.



Primeramente, esta denominación de Renacimiento, —entendamos renacimiento de la Antigüedad—, conlleva dos errores cuando menos: que la cultura estaba muerta, puesto que reapareció bajo su aspecto de antaño, uniendo, por medio de uno de esos milagros que la historia ignora, el siglo de Augusto con el de Francisco I. No es falso decir que entre Fra Angelico y Leonardo de Vinci hay más de mil años, y sin embargo el Renacimiento hereda tanto de la Edad Media como de la Antigüedad porque hereda de la Antigüedad a través de la Edad Media: el nuevo arte es un arte de discípulos, no de copistas.[7]

Para algunos, ya Dante era un hombre del Renacimiento, mientras que, para otros, la Edad Media sólo termina con el concilio de Trento.[8] Ha habido historiadores que han opuesto "mil años de pesimismo medieval" al florecimiento maravilloso del optimismo durante el Renacimiento, como si ese optimismo no hundiese sus raíces hasta el Evangelio, a través de una Edad Media infinitamente rica y diversa; bastará, sin duda, recordar a San Francisco de Asís, sus *Fioretti* y su risueño amor de la naturaleza. Igualmente se ha querido subrayar lo que habría de irreductible entre el idealismo gótico y el realismo del Renacimiento. Pero Giotto, Van Eyck y Sluter, ¿no son realistas?... Incluso dos contemporáneos pueden pertenecer ideológicamente a dos épocas diferentes. Adriano VI parece vivir todavía en la Edad Media; sin Erasmo no podría comprenderse el Renacimiento. He allí lo que debe ponernos en guardia contra esas visiones de fuerte contraste que nuestra mente solicita con incómoda predilección.

El término Renacimiento, puesto de moda por Balzac y por Michelet,[9] tiene algo de ingenuamente pretencioso; es el eco de un entusiasmo intelectual, de una embriaguez colectiva análoga al orgullo de las primeras generaciones del siglo XIX. Stendhal se burlaba del Antiguo Régimen de igual manera que, tres siglos antes, Rabelais hacía decir a Gargantúa: "La época era aún tenebrosa y denotaba la infelicidad y la calamidad de los Godos, que habían destruido toda buena literatura, pero, por la bondad divina, la luz y la dignidad han sido en mi época devueltas a las letras".[10] Michelet, dividido entre sentimientos contradictorios, decía de la Edad Media: "Triste criatura arrancada de las propias entrañas del cristianismo,

---

7. W. K. Ferguson, *La Renaissance dans la pensée historique* (trad. del inglés por J. Marty). París, 1950. H. Baeyens, *Begrip en probleem van de Renaissance.* Lovaina, 1952. F. Simone, "Nuovi contributi alla storia del termine e del concetto di Renaissance", en *Studi Francesi,* t. 2, pp. 353-378. Turín, 1958.
8. J. Burckhardt, *La civilisation italienne au temps de la Renaissance* (trad. del alemán por M. Schmitt), p. 86. París, 1885. G. Schnürer, *L'Eglise et la civilisation au Moyen Age* (trad. del alemán por G. Castella), t. 3, p. 8. París, 1938. Observaciones concordantes de R. Aubenas y R. Ricard en *l'Histoire de l'Église* de A. Fliche y V. Martin, t. 15, p. 209. París, 1951.
9. Jasinowski, *op. cit.,* p. 42.
10. A. Pauphilet, *Le legs du Moyen Age,* p. 24. Melun, 1950.

que nació en medio de lágrimas, que creció en medio de la oración ensueño, en medio de las angustias del corazón, que murió sin ter nada, pero que nos ha dejado un recuerdo tan punzante que toda alegrías y todas las grandezas de las edades modernas no bastan consolarnos".[11]

Boileau y Fénelon no habían sido más favorables a la Edad M y el epíteto de «gótico», en el pensamiento de esos autores, no esta absoluto destinado a halagar a los anónimos arquitectos de nuestra mirables catedrales. El término mismo de Edad Media, tomado en tamo a la decadencia de la lengua latina, respira injusticia.[12]

Fue honra del romanticismo el recordar al mundo que la Edad día fue grande y bella. El *Richard Coeur de Lion,* de Grétry, es ya nificativo de un cambio que consagrará el *Génie du christianisme.* El XIX, que tan frecuentemente careció de gusto, supo reconocer, supo cubrir la Edad Media: si oso decirlo, se produjo entonces el renacim de la Edad Media, si bien es cierto que con demasiados torreones, demasiadas ojivas y demasiados trovadores.

Pero, por haber tenido que restaurar en su dignidad la Edad M los Thierry, los Ozanam y los Gautier guardaron rencor al gran Re miento. A su vez, fueron injustos con él, al igual que con la Antigü Por su lado, Viollet-le-Duc nos legaba entonces un falso gótico, que aboga por su Edad Media, la cual, por cierto, no tenía mayor autenti El propio Huysmans, tan picado de la Edad Media mística, sólo encon "frutas almibaradas" en la poesía salesiana. Consideraba que despué la catedral de Chartres, después de santa Lydwine, no había más bel religiosas dignas de ser elogiadas por su pluma.

La Edad Media que nos presentan esos historiadores y publicist realmente demasiado bella, acabada encarnación del cristianismo, pe de esplendor y de armonía, inverosímil obra maestra de la civiliz eterna. Es necesario recortarle y, por desgracia, mucho.

Los discípulos de Chateaubriand reprochaban al Renacimiento el ber roto las tradiciones de la Edad Media. La orientación actual de estudios tiende a demostrar, por el contrario, que el Renacimiento, — sin darse cuenta—, en numerosos puntos completó o continuó la

11. Sobre las ideas de Michelet acerca de la Edad Media: O. A. Haa *principes inspirateurs de Michelet,* pp. 46 ss. París, 1951; J. Cornuz, *Michelet,* pp. 353 ss. Ginebra, 1955. M.-E. Johnson, *Michelet et le tianisme,* pp. 37 ss. París, 1956.

12. El término "barroco" no será menos peyorativo en la intención de creadores. Las nociones correlativas de Edad Media y Renacimiento s cisan a partir del siglo XVI. Cfr. Ferguson, *op. cit.,* pp. 63, 76; E. G "Notes sur une frontière contestée", en *Archives d'histoire doctrin littéraire du Moyen Age,* t. 33, pp. 59-88. París, 1958; J. Hubert obra colectiva *L'histoire et ses méthodes,* p. 281.



Media. Por otra parte, antes del Renacimiento hubo varios renacimientos: con Alcuino, por ejemplo, con Abelardo, con Santo Tomás de Aquino.[13] Nunca fue extraña a los mejores intelectos la idea de salvar una vieja y noble civilización. "Los Tiempos Modernos salen del alma misma de la Edad Media".[14]

¿Y el Renacimiento? Conservemos la insignia, utilicémosla sin creer demasiado en ella, puesto que hubo florescencia más bien que renacimiento y que, por otra parte, también puede sostenerse que hubo, a la vez, varios renacimientos. En suma, el Renacimiento fue un período de transformación de la sociedad occidental; separa, o mejor, reúne, la Edad Media y nuestra época; fue una brillante época histórica; el siglo XVI entendido en sentido amplio, iniciado por el Renacimiento italiano y prolongado hasta este otro ente de razón, el Siglo de Luis XIV.

En ese marco convencional, —¿podríamos prescindir de él?—, agruparemos mil conceptos más o menos dispares que expresan la verdadera riqueza del Renacimiento, desde la Reforma y la Contrarreforma hasta la economía capitalista, pasando por los grandes descubrimientos y, finalmente, por la expresión literaria y moral del Renacimiento, el humanismo.[15]

Si, no obstante, esforzándonos por conservar algo del sentido original del término, queremos introducir en su definición el llamado de la Antigüedad, diremos que el Renacimiento, marcado por la influencia estimulante de la Antigüedad sobre la vida, el pensamiento y el arte, fue por consiguiente una concepción más libre, más humana y menos exclusivamente religiosa de la cultura, aunque también lleve la marca imborrable de mil años de cristianismo medieval.

Parece más sensato, y también más seguro, considerar estas denominaciones de Renacimiento y de Edad Media como simples puntos de referencia para la memoria, como expresiones que siempre debemos superar.

13. J. Nordström, *Moyen Age et Renaissance* (trad. de T. Hammar). París, 1923. E. Gilson, *Les idées et les lettres,* pp. 171 ss. París, 1932. P. Renucci, *L'aventure de l'humanisme européen au Moyen Age.* París, 1953. R. R. Bolgar, *The Classical Heritage and its Beneficiaries.* Cambridge, 1954. A. Hyma, *Renaissance to Reformation,* Michigan, 1951. G. Ladner, "Die mittelalterliche Reformidee und ihr Verhältnis zur Idee der Renaissance", en *Mitteilungen des Instituts für Oesterreichische Geschichtforschung,* t. 61, pp. 31-59. Viena, 1952. A. Sapori, "Moyen Age et Renaissance", en *Archivio storico Italiano,* t. 115, pp. 135-164. Florencia, 1957.

14. J. Huizinga, *Le déclin du Moyen Age* (trad. del holandés por J. Bastin), p. 406. París, 1932. Acerca de las relaciones entre humanismo, Renacimiento y Reforma católica, véase la vigorosa puntualización de J. Dagens, *Bérulle et les origines de la restauration catholique,* pp. 71 ss. París, 1952.

15. No puedo compartir las opiniones de Friederich y de Haydn, quienes consideran que el Barroco es una especie de Contra-Renacimiento, o que el propio protestantismo es un Contra-Renacimiento; cfr. W. P. Friederich, "Late Renaissance, Baroque or Counter-Reformation?", en *The Journal of English and Germanic Philology,* t. 46, pp. 132 ss. Urbana, 1946. H. Haydn, *The Counter-Renaissance,* Nueva York, 1950. J. Alazard, "Spätre-

No creamos que la dificultad de los conceptos «periodológicos» da ser salvada mediante el recurso de los siglos, pues también los están calificados. "Nos cuesta trabajo no concebir un siglo como u vivo, negarle un parecido con el hombre mismo. Cada uno de ellos s aparece con su color y su fisonomía, y proyecta la sombra de algu lueta".[16] El Gran Siglo de Voltaire no es más largo que los demás, se le tiene por más importante; ¡es el siglo de Luis XIV! No log escapar de las fechas célebres. Luis XIV murió en 1715; por lo tanto, glo de Oro francés se prolonga hasta entonces. Es cierto que n mienza sino con la muerte de Enrique IV, o, incluso, quizá con la m de Luis XIII.[17] Por otra parte, el siglo XVIII, —el Siglo de Oro, Michelet—, se inicia en 1715 y concluye ya en 1789. Es el más pec de los grandes siglos... En cuanto al siglo XIX, —el siglo de Euro termina con las guerras hispano-norteamericana y ruso-japonesa que lan la decadencia del viejo continente.

Finalmente, se ha pensado en dividir la historia según las gene nes, es decir, según los grupos cuya unidad es resultado de una menta propia de ciertos momentos de la historia. Tres generaciones forma siglo. Es así como la primera generación del siglo XVII francés es l Luis XIII, Richelieu, Descartes y Cornielle, cuyas grandes obras comie alrededor de 1630. La segunda es la de 1660, que entra en escena Luis XIV, Colbert, Boileau, Racine, Molière y La Fontaine. Luego la generación de 1890: La Bruyère, Fénelon, Vauban, etc.

Este ejemplo clásico ilustra el interés relativo de esta divisió la historia, —la más humana de sus divisiones—, pero resulta impo generalizar el procedimiento sin incurrir en una presentación todavía artificial que las precedentes. Las generaciones no concuerdan en todo países, ni siquiera en los países más cercanos entre sí,[18] y esta repart del tiempo no presenta ningún carácter de necesidad.

* * *

Las divisiones de la historia corresponden en exceso a la nece de unidad de nuestra mente, a su innata exigencia de orden y clarida en fin, al gusto por las ideas generales. "Saber, es clasificar", decía S Mill. Pero clasificar no es el todo del saber y las mentes claras no s pre piensan atinadamente.

naissance, Contre-Réforme et Baroque", en *Bulletin of the Interna Committee of Historical Sciences,* t. 10, pp. 620 ss. París. 1939. V.-L. pié, *Baroque et classicisme.* París, 1957.

16. H. Focillon, *La vie des formes,* p. 113. París, 1939, 2ª ed.

17. Al menos según H. Bremond, *Histoire littéraire du sentiment religie France,* t. 1, p. 1. París, 1916.

18. Exposición y crítica del sistema en Y. Renouard, "La notion de ge tion en histoire", en *Revue historique,* t. 209, pp. 1-23. París, 1953.



La crítica de estas divisiones muestra bien la deformación, involuntaria y fatal, de la historia, por quienes tienen como misión explorarla y trasmitirla. Las demarcaciones demasiado nítidas no tienen sino un valor pedagógico, pues cada sección o parte se prolonga en sus vecinas. No existe historia de un país totalmente independiente de la historia de otros países. No hay períodos cuyos caracteres no estén presentes en el período que precede o en el siguiente. No existe un fraccionamiento lógico de la historia que pueda aislar completamente un problema.

El más reducido aspecto del más pequeño problema involucra toda la historia universal. Si bien es necesario estudiar la historia en sus detalles y por sus detalles, es indispensable cambiar de punto de vista para hacer numerosas observaciones que se corregirán entre sí.[19]

Para hacer "avanzar la ciencia" es necesario enseñarla. Y para enseñarla es necesario hacerla accesible, simplificarla; es decir, falsearla forzosamente en algunos de sus puntos. Por ello, después de haber profesado alguna de las fórmulas aproximativas mencionadas en este estudio, es necesario también proporcionar el medio de no dejarse engañar por ella. También allí importa ayudar la inteligencia mediante la crítica histórica.

19. P. Ricoeur, "Husserl et le sens de l'histoire", en *Revue de métaphysique et de morale,* t. 54, p. 309. París, 1949.

# *LAS CIENCIAS AUXILIARES*

"Se afirma que es por ser la historia demasiado científica que no tiene contacto con la vida; yo estoy convencido de que es, por el contrario, por no serlo suficientemente".

HENRI BERR

"El arte de la historia", proclamaba Fustel de Coulanges, "consiste en extraer de los documentos todo lo que contienen". Una afirmación tan rotunda está plena de consecuencias. La historia es, por definición, ilimitada. El historiador completo, omnisapiente y perfecto, capaz de sacar él solo de los documentos *todo* lo que contienen, no existe. Forzoso nos es precisar los conocimientos necesarios a un historiador hecho a la medida del hombre y no a la de la historia.

Si se trata de historia militar, el historiador deberá informarse sobre estrategia y táctica. Para escribir correctamente la historia de una cuenca carbonífera es necesario recurrir a la geología. Evidentemente, la historia de las diversas ciencias postula el conocimiento de esas mismas ciencias.

Es imposible saber de todo. Consciente de sus límites, el historiador recurrirá francamente a los especialistas cuando encuentre problemas que sobrepasan su competencia.[1]

* * *

Si bien todas las ciencias pueden ser ocasionalmente útiles al historiador, hay unas cuantas que le son más o menos familiares, pues las emplea a diario.[2]

---

1. A. Ducrocq, *La science à la conquête du passé.* París, 1957.
2. Sobre las ciencias auxiliares en general, véase: A. von Brandt, *Werkzeug des Historikers. Eine Einführung in die historischen Hilfswissenschaften.* Stuttgart, 1958; *L'histoire et ses méthodes,* volumen colectivo bajo la dirección de Ch. Samaran. París, 1961.

La historia se hace con documentos: es necesario estudiarlos po dio de la paleografía, la filología, la diplomática, la arqueología, e historia describe y explica la actividad de los hombres: disciplinas ticulares estudiarán la naturaleza del hombre, su carácter y su co tamiento, el hombre en sociedad, los grupos humanos, en fin, el ho subordinado al medio físico y actuando sobre él. Tales son los objetos psicología, la sociología y la geografía humana.

Existen ciencias auxiliares recientes que participan de manera vez más importante en la técnica histórica. Por ejemplo, la estad permite constituir auténticos documentos de un género nuevo sobre tiones tan difíciles como el hambre en el mundo, la difusión de la trucción y la práctica religiosa. Y ¿qué decir de la toponimia, la a ponimia y la economía política?

¿Ciencias auxiliares? El término es cómodo pero ambiguo. Esas ciplinas han conquistado su autonomía desde hace mucho tiempo, a hasta primero que la historia. La filología y la geografía, —para sólo las más importantes—, antes de ser ciencias auxiliares de la his son ciencias.

La clasificación de todas estas disciplinas es dificultosa. Se ha puesto dividirlas en dos grupos, según su relación más o menos est con las fuentes escritas. Así, cinco ciencias auxiliares principales est al servicio del historiador que lee un documento: paleografía, filo diplomática, cronología y geografía. Por otra parte, la arqueología, l ráldica, la numismática, la epigrafía y la sigilografía están llamadas a cilitar el estudio de los testimonios históricos diferentes de las fu escritas.

Este agrupamiento no deja de suscitar objeciones. ¿Cómo separa diplomática de la sigilografía? ¿No están los sellos colocados sobre cartas?... ¿Por qué limitar la arqueología a la explicación de los docu tos no escritos, cuando tantos textos citan monumentos, instrumentos objetos cuya explicación requiere la ayuda de la arqueología? ¿Cómo fin, no colocar la psicología[3] en la primera fila de las ciencias a liares?

Los problemas planteados por la definición de estas disciplinas son menos irritantes. Hay definiciones que parecen hechas para me y confundir las nociones más claras. Por su parte, algunos filólogos vindican el estudio de todas las manifestaciones de la mente hum Geógrafos afirman que todo cuanto sucede sobre la tierra y en la ti pertenece en propiedad a la geografía. Vista con altura, ¿no es la hist

---

3. Z. Barbu, *Problems of Historical Psychology*. Londres, 1960.



el capítulo más reciente de la historia natural?...[4] Tales opiniones están muy indicadas para contrarrestar las opuestas ambiciones de esos historiadores que gustosamente se anexarían el pasado planetario en forma integral:[5] cosmología, paleontología, geología, etc.

En nombre de la sensatez, rechacemos esas definiciones invasoras que parecen luchar por un espacio vital ilimitado. La historia estudia en el pasado la acción de los hombres como hombres y entre los hombres. Su carácter existencial la distingue de las demás ciencias humanas. La historia no es la psicología, porque la psicología considera al hombre a través de la conciencia y fuera del tiempo, hasta el subconsciente. No es la sociología o la geografía, que hacen abstracción de las condiciones individuales. No es la filología o la arqueología, porque estas disciplinas se interesan respectivamente en los documentos y en los monumentos para limitarse a su explicación.

Renunciaremos a jerarquizar las ciencias auxiliares con relación a la historia, como renunciaremos incluso a limitar su número. Además, el verdadero problema no consiste en aislar las ciencias. Por el contrario, es necesario asociarlas para la investigación. Todo cantonalismo sería una regresión, puesto que no existe ciencia autónoma, puesto que todas las ciencias son solidarias, puesto que todas las ciencias son auxiliares las unas con respecto a las otras.[6]

* * *

La historia sólo es científica gracias a la crítica histórica y a las ciencias auxiliares. Pero la crítica se mantiene como esencial a la historia, —ni siquiera puede concebírsele fuera de ella—, mientras que las ciencias auxiliares no le son todas y siempre necesarias. Es la crítica la que elige las ciencias auxiliares. Es ella la que decide su intervención, aprecia sus resultados y las hace contribuir a la síntesis histórica.

---

4. P. Teilhard de Chardin, *Le groupe zoologique humain*, pp. 114 ss. París, 1956.
5. "La historia es la descripción narrativa del pasado humano y, más ampliamente, del pasado planetario; y más ampliamente aún, del pasado cósmico". Cfr. P. Mouy, *Logique et philosophie des sciences*, p. 153. París, 1944.
6. Recordemos, además, que durante siglos historia, filología y arqueología estuvieron estrechamente asociadas. Todavía en tiempos de Walter Scott un "anticuario" utilizaba a la vez esas tres disciplinas.

# *HISTORIA Y FILOLOGIA*

"El arte del historiador consiste en extraer de los documentos todo lo que contienen, y en no añadir nada de lo que no contienen".

FUSTEL DE COULANGES

Las páginas siguientes evocan algunos problemas planteados por la más antigua de las ciencias auxiliares de la historia, indispensable tanto en la formación como en el trabajo del historiador: la filología. La filología y la historia están aliadas incluso fuera de la historia literaria, donde esta asociación es evidente.[1]

La filología, como lo dice con precisión Vendryès, es "la ciencia que tiene por objeto establecer e interpretar textos. Quienquiera que trabaje con un texto, teniendo como finalidad de su estudio el texto mismo, hace tarea de filólogo". Por otra parte, la filología tiene sus propios desarrollos, se prolonga tanto en la estilística como en la lingüística.

Para el historiador los textos son documentos, materiales destinados a la reconstrucción del pasado; para el filólogo los mismos textos tienen valor en sí mismos y por sí mismos: la filología se detiene en ellos, mientras que la historia los utiliza. Todos los textos en los que la historia no entra llanamente debe someterlos primeramente a la filología. Beneficia al historiador el poder recurrir al juicio de una disciplina independiente que

---

1. Todos los libros que tratan, de manera general, de filología o de historia tocan, directa o indirectamente, el problema que nos interesa. Citaré solamente dos artículos que tienen por objeto preciso el tema del debate: P. Peeters, "Philologie et histoire", en *Revue des humanités,* t. 14, pp. 131-149. Malines, 1911; P. Thomas, "Histoire et philologie", en *Revue belge de philologie et d'histoire,* t. 2, pp. 183-187. Bruselas, 1923. Véase también G. Rudler, *Les techniques de la critique et de l'histoire littéraire en littérature française moderne.* Oxford, 1923.

estudia los textos independientemente de su valor documental. Al ay a la historia, la filología conserva propio papel, pero puede afirmarse razón que todo historiador digno de ese nombre debe ser también filólo

Los historiadores, —me refiero a los historiadores de oficio—, no sean en absoluto hacer el papel de Aristarco; sin embargo, saben muy cuanto deben a la formación filológica para renegar de un método que demostrado su efectividad, aunque con demasiada frecuencia se le red al estudio de lo infinitamente pequeño. Existe un ascetismo de la m que le proporciona fuerza, precisión, exactitud. Renan decía que todo e tor serio debería edificar, una vez cuando menos en su vida, una obra pura erudición, con el fin de adquirir la indispensable disciplina intelec La filología está tan íntimamente ligada a la historia que no se podría c prender la actual crisis de la historia sin haber primeramente esclarecid papel creciente y verdaderamente excepcional de la filología en la h histórica.

Los eruditos trabajan con documentos, repitámoslo. Aplican a los te la crítica, a veces hasta la hipercrítica. Algunos, con una temeridad increíble, han reducido la historia de la Antigüedad a una polvareda hipótesis. Los Mommsen y los Païs no vieron muchas veces en los te sino soportes para sus arriesgadas conjeturas. Los propios textos desap cían bajo las glosas, las interpolaciones y las correcciones. Triunfaba hipercrítica, celosa quizá de los laureles de Hardoin,[2] aquel erudito emp dedor que, en el siglo XVII, asomaba la idea de que después de todo clásicos de la Antigüedad debían haber sido inventados por monjes de Edad Media.

Siempre ha habido sabios hipercríticos, como siempre los habrá dulos, pero el método hipercrítico se ha visto abandonado por sus defe res, uno tras otro. Sus estragos abrieron los ojos a los hombres sensa Mientras que la hipercrítica lanzaba por encima de la borda, sin disce miento, todos los textos, historiadores amoscados se aplicaban con ve dero espíritu filológico a comprender los documentos antes de preten reconstituirlos, a leer las líneas antes de leer entre las líneas. El respeto los textos es la ley fundamental del método crítico. Ya Fustel de Coular lo presentía, —él, que tanto hizo para enriquecer la historia gracias a filología—, y los exegetas modernos lo han proclamado más de una Desde 1888, escribía Fustel: "Existe un abismo entre la lectura pura y ple y del todo literal y los sistemas que se han edificado".[3]

La inteligencia de los textos es cosa sencilla mas no fácil. "Expli un texto consiste esencialmente en despejar su sentido, es decir, en co

2. He aquí su epitafio literario, por un contemporáneo: "In expectatione iu iacet hominum paradoxotatus, natione gallus, religione iesuita, docte febricit credulitate puer, audacia juvenis, deliriis senex...".
"En expectación del juicio, yace aquí la paradoja de los hombres, galo de nac de religión jesuita, sabiamente enfebrecido, niño por su credulidad, por osadía mozalbete, viejo por sus chocheces...".

3. J.-M. Tourneur-Aumont, *Fustel de Coulanges (1830-1889)*, p. 30. París, 1



prender sus frases y palabras en igual sentido que las entendía el autor. Pero no es todo, pues más allá de lo dicho por el escritor está lo que sugiere, pero, en filosofía como en literatura, el peligro permanente que acecha al historiador es la tentación de adivinar lo que un escritor sugiere antes de haber establecido lo que dice. Imprudencia cuyas consecuencias son lamentables, pues jamás se adivina a los demás sino suponiéndolos tal como es uno mismo, jamás se les atribuye otra cosa, ni más, que lo que ya se tenía. El castigo de esta culpa, verdadero pecado mortal del historiador de las ideas y de las letras, es el *comentario basado en el contrasentido:* todos lo hemos merecido; todos lo hemos recibido; ello no es razón suficiente para que nos alegremos, ni siquiera para resignarnos".[4] Además, con mucha razón se ha apuntado que la hipercrítica es a la crítica lo que la viveza a la agudeza.[5]

Los textos deben pues ser sometidos a una crítica vigilante,[6] pero esta vigilancia exige de los eruditos que disciernan el género literario de las obras y que no adopten los mismos criterios para apreciar el valor histórico del *Génesis* o del *Memorial de Santa Helena,* de Salustio o de Gregorio de Tours.

Todavía es necesario que la interpretación se esfuerce en permanecer fiel al texto, en no corregirlo en virtud de una especie de virtuosidad técnica que compromete la propia técnica. No debe olvidarse que "toda crítica de texto es conjetural, incluso cuando no inventa una nueva lección. Optar por una variante es hacer una conjetura, es presumir y por lo tanto conjeturar, que la variante que se rechaza es la alteración de la que se admite".[7]

No nos está permitido corregir un texto sino después de haber hecho todo por comprenderlo tal como está, aunque para ello se deban sacrificar las más brillantes conjeturas. Es lo que justifica la regla clásica *lectio difficilior, lectio melior.** En los textos representados por varias copias, si una lección parece inteligible a primera vista, mientras otra, —sin ser ininteligible—, no puede ser comprendida sino a costa de un esfuerzo, esta última lección será preferida, pues la primera podría ser una corrección del copista, debida a la sugestión del contexto o a una preocupación de verosimilitud.

4. É. Gilson, *Les idées et les lettres,* p. 2. París, 1932. También del mismo autor (p. 3): "En primer lugar está la crítica puramente objetiva del sentido de las palabras, el estudio del vocabulario del autor [...]; no hay sugestiones o hipótesis, por lisonjeras que sean para la imaginación, que resistan los hechos morfológicos o semánticos debidamente establecidos".
5. Ch.V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques,* p. 107. París, 1898.
6. Buenos ejemplos en W.-M. Lindsay, *Introduction à la critique des textes latins* (trad. de J.-P. Waltzing), pp. 31-38. París, 1898; L. Bouyer, *Autour d'Érasme,* p. 152. París, 1955; P. Benoit, "Réflexions sur la «Formgeschichtliche Methode»", en *Revue biblique,* t. 53, pp. 497 ss. París, 1946.
7. L. Havet, *Manuel de critique verbale,* p. 22. París, 1911.
* Cuanto más difícil sea una lección, mejor será.

En el relato que dejó Tácito del envenenamiento de Claudio, J Lipso corregía *cibo boleto* * por *cibo leto,*** suponiendo erróneam que se trataba de una ditografía, puesto que *cibo boleto* conserva un sen aceptable.[8]

Por el contrario, la corrección legítima es la que se subordina a dos condiciones siguientes: ser indispensable para la inteligencia del t y modificar al mínimo la lección inicial.

En una de sus cartas, Erasmo escribe a un corresponsal, si debe creer al manuscrito: *Saluta bis canonicum.**** Esta fórmula no tiene nificado alguno y el sabio editor de la correspondencia erasmiana lo adv tan bien que gasta mucha erudición[9] para encontrarle sentido a la ex sión *bis canonicum*: "el que es dos veces canónigo". Esta lectura crea contrasentido, mientras que un retoque mínimo basta para devolver texto una completa inteligibilidad. En lugar de *Saluta bis canoni* debe leerse *Salutabis canonicum.* **** Sin añadir ni sustituir una letra, esta corrección responde adecuadamente a las exigencias más estri

Lo que dijimos más arriba de la *lectio difficilior* sólo concierr los pasajes aislados de los documentos. Por el contrario, cuando se trata determinar cuál es la mejor copia de un texto,[10] se procederá diferenteme

Un documento no debe su autoridad al aspecto antiguo bajo el nos ha llegado. Los testimonios con los cuales se construye la historia son necesariamente originales; muchas veces nos llegan a través de nu rosos intermediarios. El riesgo de error crece en proporción al número esos intermediarios: en igualdad de circunstancias, por otra parte, una cc hecha recientemente con base en un original es más preciosa que una tigua copia de copia.

La copia que puede servir de base a una edición es la que conti menos faltas evidentes, lo que en absoluto dispensa al editor de tener cuenta también otras copias e incluso de considerar la hipótesis de copia deliberadamente mejorada por un intermediario demasiado celos

Cuando el historiador, ayudado por el filólogo, posee un texto ra nablemente seguro, todavía tiene que comprenderlo en su contexto y todos sus matices, lo que exige el conocimiento de la lengua de otro tiem de una región, de un autor.

---

8. Atenta comunicación de mi lamentado colega Jean Hubaux.
9. P. S. Allen, *Opus epistolarum Desiderii Erasmi,* t. 3, p. 148. Oxford, 1
10. Evidentemente, un texto cuyo original se ha perdido.
11. H. Quentin, *Essais de critique textuelle,* p. 37. París, 1926.

* Por haber comido una seta.
** Muerte causada por una comida.
*** Saluda al que es dos veces canónigo.
**** Saludarás al canónigo.



Es correcto comparar la historia con un tribunal, pero los textos no comparecen ante él como acusados; merecen el respeto debido a los testigos. A un autor se le supone normal y honesto hasta prueba en contrario. En sentido opuesto, el argumento llamado del silencio —que, de la ausencia de un hecho en las relaciones contemporáneas infiere la inexistencia de ese hecho—, no es lícito sino tras la demostración del valor pleno de las relaciones en cuestión.[12] Veamos un ejemplo entre mil de esta contraprueba indispensable: la versión staliniana de la historia rusa ignora a Trotsky; sin embargo, no por ello nos autoriza a desconocer al verdadero creador del Ejército Rojo.

También es un peligro de todos los días el coleccionar los documentos concediéndole más al número que a su valor. Desgraciadamente, el propio Fustel de Coulanges se equivocó en este caso por haber sumado sus textos en lugar de compararlos. *¡Non numerantur sed ponderentur!** ¿Todos los textos son dignos de igual crédito? ¿Son independientes entre sí? ¿No están vinculados con un "ancestro" desaparecido? El respeto de los textos es una cosa, y otra el culto de los textos: lo que buscamos no es la repetición de los mismos testimonios, sino un concierto de testimonios a la vez independientes y convergentes, diversos en su forma y parecidos en cuanto al fondo.[13]

Ya Mabillon observaba que la palabra de un testigo único, hombre serio, perspicaz y leal, predomina sobre la de cien que carezcan de las mismas cualidades. El adagio jurídico *testis unus, testis nullus,*** carece aquí de valor obligatorio.[14]

* * *

La clasificación sistemática de las fuentes, llevada al extremo, corre el riesgo de convertirse en igualitaria, de desconocer el papel creador del

---

12. Ch. De Smedt, *Principes de la critique historique,* pp. 213 ss. Lieja y París, 1883. Excelente demostración por R. Snoeks, *L'argument de tradition dans la controverse eucharistique entre catholiques et réformés français au XVIIe siècle,* pp. 502 ss. Lovaina, 1951.
13. Langlois y Seignobos, *op. cit.,* p. 172. Sobre las reglas editoriales de los textos y sobre la clasificación previa de los manuscritos, véase L. Havet, *Manuel de critique verbale,* París, 1911; H. Quentin, *Essais de critique textuelle.* París, 1926; P. Collomp, *La critique des textes.* Estrasburgo, 1931; R. Marchal, en la obra colectiva *L'histoire et ses méthodes,* pp. 1.247 ss. París, 1961; P. Maas, *Textkritik.* Leipzig, 1957, 3ª ed.; G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo.* Florencia, 1934; A. Severyns, "Quelques remarques sur la tradition imprimée des textes anciens", en *Bulletin de la Classe des Lettres et des Sciences morales et politiques de l'Académie royale de Belgique,* 5ª serie, t. 42, pp. 508-530. Bruselas, 1956; F. Masai, "Principes et conventions de l'édition diplomatique", en *Scriptorium,* t. 4, pp. 177-193. Bruselas, 1950.
14. A pesar de lo que parecen creer Halphen (*op. cit.,* p. 38) y Langlois y Seignobos (*op. cit.,* p. 169).

* ¡Que no sean numerados sino ponderados!
** Un solo testigo, ningún testigo.

hombre y particularmente, como es debido, del hombre de genio, al
en vano se tratará de hacer entrar a la fila. Por el contrario, se debe
tinguir entre las influencias sufridas y el impulso que ninguna búsq
exterior a él podría explicar. ¿Es Lutero solamente un hombre represent
de las inquietudes místicas de su país y de su tiempo? ¿Hizo Calvino
más que traducir y adaptar a Lutero?...

A Charles Péguy debemos la demostración más incisiva de la sobe
autonomía de la obra maestra frente a la continuidad abstracta de las
nealogías literarias. Reacciona vigorosamente contra esta pretendida hist
Para el poeta, quien mejor comprende *Le Cid* es quien lo toma al ras
texto, y "sobre todo quien ignora la historia del teatro francés".

La salida es admirable, al punto que la conclusión misma parece
batar nuestra convicción y, con ella, el error que corona el trozo,[15] pues
fin, si la historia del teatro francés es conducida sin prejuicios igualita
sin clasificaciones mezquinas, no puede perjudicar la comprensión de *Le*
No es indiferente considerar una obra dentro de su marco original, es d
en su medio histórico. Un prado florido prevalecerá siempre sobre un
bario, y si bien una obra maestra tiene en sí misma su principal centr
interés, no debe olvidarse que las obras maestras son escasas. ¿E in
para las obras maestras? Sin duda que nos agradaría poder descubr
Corneille sin pasar por la escuela, entrar por caminos no hollados en
dominios de Racine. Pero el deslumbramiento de esta primera lectura s
pagada demasiado caro. Pese a todo, sigue siendo necesario deletrear a
autores para conocer el idioma, someter a prueba el estilo y formarse el g

"Que nada haya entre el texto y ustedes", decía también Péguy.
siempre estaremos nosotros mismos entre el texto y nosotros. Ciertam
que debemos tratar de suprimir las pantallas que nos esconden el te
pero sería incurrir en una engañosa ilusión, en otro error, el pretender
gar a captar el texto mismo.

---

15. Péguy, *Oeuvres complètes,* t. 14, pp. 23 ss. París, 1932. Sainte-Beuve,
*veaux lundis,* t. 8, pp. 86 ss. París, 1867. G. Picon, *Introduction à une*
*tique de la littérature,* t. I, p. 203. París, 1953. Péguy ha tenido eco en
tras Facultades; el estudio interno de las obras literarias, por sí mismas
sido preconizado por S. Étienne, *Défense de la philologie.* Lieja, 1933.
sentido contrario: H. Brugmans, "Défense de la dialectique", en *Neophi*
*gus,* t. 21, pp. 1-16. Groninga, 1936; H. P. H. Teesing, *Das Problem*
*Perioden in der Literaturgeschichte.* Groninga, 1949. Añadamos que la infl
cia de Bergson sobre Péguy era demasiado intensa como para que él no
zase toda la historia, en la que volvía a encontrar el mito del progreso
dogmas del intelectualismo. Cfr. G. Friedmann, *La crise du progrès,* p.
París, 1936; J. Onimus, *Péguy et le mystère de l'histoire.* París, 1959.
con Lanson, Péguy es injusto. Cfr. R. Rolland, *Charles Péguy,* t. II, p. 71.
rís, 1944. Lanson se resignaba a dejar explorar, por su cuenta y riesgo,
espantosa incógnita" de la belleza literaria y del genio individual. Cfr. M. P.
"Sur Verlaine et l'explication littéraire", en *Annales de l'Université de*
t. 21, p. 356. París, 1951.



Péguy era demasiado afecto a las paradojas para dejar de sembrar de ellas sus *Cahiers.* Sin embargo, entendamos lo que quiere decirnos: que la erudición marginal no dispensa jamás de la explicación directa del texto, que el hecho estético no se reduce al hecho biográfico. Cuidémonos de una concepción simplista de la evolución, estigmaticemos los alineamientos arbitrarios y las clasificaciones forzadas, dejemos "vacíos".

Además, en historia literaria no es el tema lo que más importa sino su interpretación, su forma artística. Eurípides, Racine y Goethe escribieron, cada uno, una *Ifigenia:* la comunidad del tema es menos interesante que la diversidad de sus interpretaciones, pues es allí donde se revela el genio propio del escritor.

* * *

En el trabajo del erudito hay lugar para una crítica que no establezca más separación entre el autor y la obra estudiada que entre la historia y el historiador que la escribe.

La historia es deudora de la filología por una ayuda práctica de cada instante, tal como se puede esperarlo de la principal de las ciencias auxiliares. Le debe también el considerable complemento de una fuerte disciplina intelectual que puede preservarla de las desviaciones banales de la historia considerada como un ejercicio literario. La fidelidad al texto sigue siendo el primer deber del historiador.

# *HISTORIA Y GEOGRAFIA*

"La naturaleza propone y el hombre dispone".
VIDAL DE LA BLACHE

¿Las relaciones de esa joven ciencia auxiliar que es la geografía humana con la historia serán más fáciles de establecer que las de la historia y la filología? En uno y otro caso las fronteras están mal definidas y frecuentemente se les discute.

Una parte de la geografía clásica estudia la génesis y la evolución de la superficie terrestre, el clima, la vida animal y vegetal: es la geografía física.[1]

Otra parte estudia la génesis y la evolución de las sociedades en relación con el medio físico en que viven, sea desde el punto de vista de la acción de los factores naturales sobre el hombre, sea desde el punto de vista de la acción del hombre sobre los factores naturales: es la geografía humana.

No fue sino en época reciente cuando el pensamiento científico logró discernir en la geografía estos dos compartimientos contiguos, uno de los cuales comunica directamente con las ciencias naturales y el otro con las disciplinas históricas y sociales. En la geografía física reina el dinamismo riguroso de las causas materiales. La geografía humana, que nos interesa más particularmente, debe mostrar la influencia del suelo, del medio y hasta de la raza, sin padecer su determinismo: tal es su peligroso destino.

Está fuera de dudas que cuando Ratzel fundó la geografía humana la consideraba como una extensión de las ciencias naturales. "El medio hace

1. R. Daude, "La géographie et l'unité de la science", en *Travaux du IX$^{e}$ Congrès international de philosophie,* t. 5, pp. 56-61. París, 1937.

# *HISTORIA Y GEOGRAFIA*

"La naturaleza propone y el hombre dispone".
VIDAL DE LA BLACHE

¿Las relaciones de esa joven ciencia auxiliar que es la geografía humana con la historia serán más fáciles de establecer que las de la historia y la filología? En uno y otro caso las fronteras están mal definidas y frecuentemente se les discute.

Una parte de la geografía clásica estudia la génesis y la evolución de la superficie terrestre, el clima, la vida animal y vegetal: es la geografía física.[1]

Otra parte estudia la génesis y la evolución de las sociedades en relación con el medio físico en que viven, sea desde el punto de vista de la acción de los factores naturales sobre el hombre, sea desde el punto de vista de la acción del hombre sobre los factores naturales: es la geografía humana.

No fue sino en época reciente cuando el pensamiento científico logró discernir en la geografía estos dos compartimientos contiguos, uno de los cuales comunica directamente con las ciencias naturales y el otro con las disciplinas históricas y sociales. En la geografía física reina el dinamismo riguroso de las causas materiales. La geografía humana, que nos interesa más particularmente, debe mostrar la influencia del suelo, del medio y hasta de la raza, sin padecer su determinismo: tal es su peligroso destino.

Está fuera de dudas que cuando Ratzel fundó la geografía humana la consideraba como una extensión de las ciencias naturales. "El medio hace

---

1. R. Daude, "La géographie et l'unité de la science", en *Travaux du IXe Congrès international de philosophie,* t. 5, pp. 56-61. París, 1937.

al hombre, era la divisa del determinismo geográfico —curiosa contrapa tida del materialismo histórico.[2] Vidal de La Blache reaccionó contra e doctrina simplista estableciendo el papel preponderante del hombre y de libre arbitrio. De los mejores trabajos de su escuela se desprende que naturaleza propone" y que "el hombre dispone". El punto de vista ini ha sido, pues, invertido[3] y el «posibilismo» prevalece sobre el detem nismo.

Los nexos entre la geografía y la historia son evidentes, sus domi están inextricablemente unidos, pero ¡guardémonos de generalizaciones i prudentes! "Si se han expuesto tantos criterios erróneos concernientes los nexos entre la geografía y la historia, no es porque esos nexos no se legítimamente susceptibles de ser sometidos al análisis geográfico, si porque se ha querido atribuir a conexiones tan flexibles una excesiva co tinuidad en el tiempo o una demasiado rigurosa similitud en el espac Cierto que la tierra rige la actividad humana, pero, a su vez, el homb rige la tierra".[4]

"La naturaleza propone y el hombre dispone". Ya se puede superar e aforismo que se ha vuelto banal. En las investigaciones de geografía h mana se manifiesta una nueva corriente. Lo que más importa de ahora adelante es dosificar las influencias respectivas y recíprocas de la naturale y el hombre.

* * *

Ya Montesquieu, —después de Bodino—, creía leer la historia Grecia en su geografía: "La esterilidad del terreno de Atica estableció ella el gobierno popular, y la fertilidad del de Lacedemonia el gobie aristocrático". Hegel, por el contrario: "Que no se me venga en absol a hablar del cielo de Grecia, puesto que son los turcos los que viven al donde antes vivían los griegos. ¡Que no se hable más del asunto y que nos deje tranquilos!".

2. Se observará, sin embargo, que el determinismo geográfico está gustoso a l derecha, mientras que el materialismo histórico está a la izquierda por funda
3. Excelentes puntualizaciones: P.-A. Sorokin, *Les théories sociologiques conte poraines,* pp. 142-149. París, 1938; C. Morazé, *Introduction à l'histoire é nomique,* p. 38. París, 1948, 2ª ed.
4. J. Brunhes y C. Vallaux, *La géographie de l'histoire,* p. 440. París, 19 2da. ed. En igual sentido: L. Febvre, *La terre et l'évolution humaine.* Pa 1923; J. Brunhes, *La géographie humaine.* París, 1934, 3ra. ed. en 3 vo A. Demangeon, *Problèmes de géographie humaine.* París, 1942; R. Cl *Les étapes de la géographie.* París, 1942; M. Lefèvre, *Principes et problèm la géographie humaine.* Bruselas, 1946; O. Tulippe, *Principes de géogra humaine.* Lieja, 1949; M. Le Lannou, *La géographie humaine.* París, 19 F. Braudel, "La géographie face aux sciences humaines", en *Annales,* pp. 485-492. París, 1951; J. Gottmann, *La politique des États et leur géog phie.* París, 1952; J. Gottmann, *La géographie française au milieu du X siècle.* París, 1957.



Hegel no convenció a Taine, —como tampoco Montesquieu había convencido a Voltaire—, pero ¿podría ello asombrarme? Cuando defiende la influencia del medio y le atribuye un carácter absoluto, Taine combate en favor de una tesis: "Echemos una mirada al mapa, dice. Grecia es una península triangular que, apoyada en su base sobre la Turquía europea, se desprende de ella, se alarga hacia el sur, penetra en el mar, se estrecha en el Istmo de Corinto, para formar más allá una segunda península más meridional aún, el Peloponeso, especie de hoja de morera que un delgado pedúnculo une al continente. Añadidle un centenar de islas, con la costa asiática que tiene al frente: una franja de pequeños países cosida a los grandes continentes bárbaros, y un plantío de islas desperdigadas sobre un mar azul que la franja abriga, he allí la región que nutrió y formó ese pueblo tan precoz e inteligente. Era singularmente apropiada para esta obra. Un pueblo formado en semejante clima se desarrolla más rápida y armoniosamente que otro; el hombre no está abrumado o ablandado por el calor excesivo, ni atiesado y congelado por el rigor del frío. No está condenado a la inercia soñadora ni al continuo ejercicio: no se rezaga en las contemplaciones místicas ni en la barbarie brutal".[5]

¿Cómo elegir entre estas contradictorias proposiciones? Entre juicios tan sumarios como perentorios no se elige. Basta comenzar por mirar a nuestro alrededor. La geografía es primero descriptiva. Ahora bien, el campo, la ciudad, el paisaje, son aspectos diversos de una historia materializada. Los labrantíos han remplazado el bosque, las aglomeraciones urbanas han invadido los campos. Los monjes roturaron, los mercaderes fundaron las ciudades. Y no temamos tomar nuestros ejemplos muy por lo bajo: el cultivo de la patata es un testigo geográfico del descubrimiento de América, como el de la remolacha es consecuencia del Bloqueo Continental.

La acción humana es tanto más visible cuanto más numerosos son los hombres, mayor la densidad, más activos y más industriosos. Hace ya mucho que fueron trazados los primeros senderos. Las aldeas primitivas se habían agrupado en una encrucijada, en las márgenes de un río, cerca de un vado o de una fuente. Vinieron luego los caminos y puentes, la circulación se desarrolló indefinidamente. El hombre es un factor geográfico sin par, que utiliza o domina los recursos naturales, que conoce sus límites, que se adapta a lo que no puede sobrepasar. Otrora cubierta de bosques, Normandía se ha convertido en una región de ricos pastizales. Los holandeses han conquistado tierra ganándosela al mar, poco a poco y no sin riesgos.

Existe, pues, entre la historia y la geografía una doble serie de nexos, una secuencia complicada de acciones y reacciones. La historia de un país se graba en su suelo mediante ciertos trazos de su geografía, y recíprocamente su geografía tiene una continua influencia sobre su historia. Recor-

5. Citas de J. Brunhes y C. Vallaux, *op. cit.,* pp. 1-2. Comparar: A. Demangeon, "La géographie humaine", en *Les sciences sociales en France.* París, 1937; M. Sorre, *Géographie psychologique.* París, 1954.

demos aquí la famosa teoría de las fronteras naturales, inagotable fuente de guerras y tratados.[6]

Por otra parte, una teoría más reciente, la del desplazamiento de las zonas climáticas, ha pretendido explicar las civilizaciones y su decadencia. El clima de Roma habría sido el más propicio de la Italia de los siglos v a III antes de Cristo, pero, —trátese de Roma o de cualquier otro imperio—, observaremos que los períodos de prosperidad no han sido deducidos lógicamente de los datos climáticos. Al contrario, los datos climáticos son supuestos a partir de los períodos de prosperidad. El desplazamiento de las zonas climáticas es una hipótesis que carece extrañamente de precisión documental. Aun si esta hipótesis tuviese fundamento, todavía sería indispensable probar que los cambios de clima fueron lo suficientemente grandes como para acarrear la decadencia de Roma o la prosperidad de Londres. En el Japón, desde 1845 hasta 1890, no hubo ninguna modificación apreciable del clima, y sin embargo el país experimentó entonces una evolución rápida, profunda y decisiva. Sin duda que puede haber una correlación rápida entre la civilización y el clima, pero ella sigue siéndonos desconocida en su mayor parte. La tesis del determinismo geográfico no puede hacer las veces de demostración. Nadie tiene derecho a apoyar conclusiones generales en premisas particulares.

El hombre, por el contrario, no es jamás totalmente dueño de sus destinos. Sabemos que no puede transformar el clima. Si excava túneles, rellena valles, perfora istmos, no hace sino modificar, sin suprimirlos, hechos naturales. Y esos hechos subsisten a pesar suyo, persisten en tanto fuerza: se requerirá un trabajo continuo para que las modificaciones se mantengan. La historia del canal de Suez, antes de Lesseps, ilustra bien este criterio, pues ¡cuántos intentos fueron vencidos por la contraofensiva de la naturaleza! "Expulsad lo natural...".

Igualmente aun, la historia de las ciudades muestra ese combate incesante entre el hombre y las fuerzas físicas. Las necesidades de la vida social y del comercio impulsan a veces a los habitantes a instalarse en una región amenazada por inundaciones o invadida por el enarenamiento. La situación no es buena desde todos los puntos de vista. Esto compensa aquello.

Quizá por reacción, Toynbee ha llegado hasta imaginar que la historia

6. R. Dion, *Les frontières naturelles de la France*. París, 1947.
7. E. Huntington, *Civilization and Climate*. New-Haven, 1915. Crítica de esa obra y de otras del mismo autor por Sorokin, *op. cit.*, pp. 142-149. Cuando Renan dice que "el desierto vuelve monoteísta", profesa un determinismo semejante. Véase también: M. Sorre, *Les fondements biologiques de la géographie humaine*. París, 1943-1952, 3 vols.; E. Le Danois, *Le rytme des climats dans l'histoire de la terre et de l'humanité*. París, 1950; J.-A. Van Houtte, *Géopolitique*, pp. 16-31. Bruselas, 1946; E. Le Roy Ladurie, "Histoire et climat", en *Annales*, t. 14, pp. 3-34. París, 1959.



podría ser renovada por una teoría del "infortunio geográfico".[8] Las condiciones desfavorables del medio explicarían los éxitos mejor que los fracasos, pues para vencer el hombre debe ser estimulado. Atica es una región ingrata, Beocia una región fértil. Cuanto más dura sea la prueba, más fuerte será el impulso. Se adivina el resto. La teoría divierte, incluso interesa, pero no convence. Ya Montesquieu había señalado una relación entre la esterilidad de Atica y el progreso de la democracia, pero no llegó hasta esbozar una suerte de determinismo a la inversa.

* * *

La geografía no es el factor único de la civilización. Jamás debe perderse de vista la oposición fecunda, que es una de las formas dramáticas de la condición humana. La tierra sola no es nada: requiere trabajo e inteligencia. Tampoco el hombre basta si no se mide a diario con la naturaleza nutricia, encontrando aquí su provecho sin esfuerzo o ganándolo allá con mucho.

La geografía humana describe y explica esta movida cooperación del hombre y la naturaleza. Su propio papel no es enunciar leyes, como lo hace la geografía física, sino ilustrarnos sobre las condiciones y las consecuencias de la ocupación de la tierra. ¿Qué sería la tierra si el hombre no hubiese aparecido?

La ayuda de la geografía humana no es requerida solamente por la historia económica y social, pero sobre todo por la historia económica y social.[9] Es allí donde mejor puede pretender la geografía humana convertirse en una "geografía de los valores", en un estudio de la conducta del hombre "ante las riquezas que le son ofrecidas o las carencias que padece".[10]

* * *

La geografía humana describe y explica. Ciertamente, pero aún debe medir las influencias recíprocas del factor físico y del agente inteligente. Sin este trabajo de precisión que exige innumerables monografías, la geografía humana casi no sobrepasaría los lugares comunes de la antigua sociología. Sabemos que la tierra ayuda al hombre, que lo estimula y que lo decepciona: lo que deseamos conocer es la importancia real de las influencias geográficas y de las reacciones humanas en el desarrollo de la historia.

8. A.-J. Toynbee, *A Study of History*, t. 1 y 2. Oxford, 1945. Réplica de P. Gourou, "Civilisation et malchance géographique", en *Annales*, t. 4, pp. 445-450. París, 1949.
9. J. de Castro, *Géopolitique de la faim* (trad. por L. Bourdon). París, 1952. Hasta la historia religiosa tiene su geografía. Cfr. P. Deffontaines, *Géographie et religions*. París, 1948; G. Le Bras, "La géographie religieuse", en sus *Études de sociologie religieuse*, t. 2, pp. 490 ss. París, 1956.
10. C. Morazé, *op. cit.*, p. 71. L. Febvre, "Géographie et civilisation", en *Annales*, t. 4, pp. 73-77. París, 1949; E. Callot, *L'histoire et la géographie au point de vue sociologique*. París, 1957.

# *UN GENERO HISTORICO: LA BIOGRAFIA*

"Este problema de las relaciones entre el individuo y la colectividad, entre la iniciativa personal y la necesidad social, que es quizá el problema capital de la historia".

LUCIEN FEBVRE

Los géneros históricos son numerosos y diversos: manual de historia general, monografía de historia local, memorias y recuerdos, crónica de una época o anales de un pueblo, la historia de una idea o de una institución. La lista es larga y podría aumentarse indefinidamente. La historia es lo bastante grande como para poder acoger todos los procedimientos de exposición, todos los puntos de vista presentes y futuros.

La biografía [1] es un género histórico como los demás, un género menor, quizá, ni más ni menos arbitrario, uno de los más antiguos, uno de los más actuales. "El objeto de la biografía", decía Sidney Lee, "es la transmisión verídica de una personalidad".[2] Esta definición aparentemente anodina atraerá todos los votos; puede llevarnos lejos, hasta la encrucijada de la historia con la psicología. Una biografía válida sobrepasa lo particular y no culmina sino en una forma artística.

El autor de tal biografía respeta a quien describe, no aísla artificialmente su personalidad; se esfuerza por alcanzar la verdad histórica a propósito de un hombre y a través de él. Estudia a la vez la época, el medio y el individuo. Pero, ¿quién será capaz de dosificar exactamente estos componentes? ¿Conduce el hombre de Estado la nación o la nación se

1. Sobre los principios de la biografía, véase J. Romein, *De biografie. Een inleiding*. Amsterdam, 1946; A. Maurois, *Aspects de la biographie*. París, 1928; R. Grousset, *Figures de proue*. París, 1949; S. Dresden, *De structuur van de biografie*. La Haya, 1956.

2. Citado por Maurois, *op. cit.*, p. 40. Sobre Sidney Lee, véase Romein, *op. cit.*, p. 139.

expresa a través del hombre de Estado? Ya Montesquieu creía, al contrario de Voltaire, que la sociedad produce los grandes hombres que necesita: "Si Pompeyo y César hubieran pensado como Catón, otros habrían pensado como Pompeyo y César". Pero más de un escritor ha sugerido que si Napoleón hubiese triunfado en Waterloo, la faz de la tierra no habría cambiado.[3]

Esta teoría subestima el papel del individuo. Ha sido recogida y desarrollada por la filosofía marxista, en nombre de la preeminencia de los factores anónimos de orden económico. Tocó a Engels escribir: "El hecho de que en un momento dado surja en la escena de un país una personalidad notable es sin duda resultado del azar. Pero, suponiendo que ese azar no se hubiese producido, habría aparecido otro personaje que tomase su lugar. Si la República Francesa, agotada por sus propias guerras, no hubiese encontrado un dictador militar como Napoleón, habría entrado en escena algún otro personaje. La prueba es que en el curso de la historia casi siempre el personaje apropiado a las circunstancias ha surgido cuando la situación lo exigía: César, Augusto, Cromwell, etc.".

Esta tesis merece ser discutida. ¿Qué es ese "personaje apropiado a las circunstancias"? El determinismo histórico no alcanza a imponérnoslo, ni siquiera a título de "futurible". La conveniencia de tal personaje a tal situación depende del juicio político, —esencialmente variable—, de los historiadores. Sin embargo, la interpretación marxista de la historia tiene la ventaja de atraer la atención sobre la sociedad y sobre sus imperativos económicos.[4]

Frente a esta explicación de tendencia sociológica, la concepción individualista persiste. Ni siquiera parece quebrantada en la conciencia de las multitudes. La personalidad del Príncipe, según Maquiavelo, puede transformar los destinos de su pueblo.

Son los "grandes hombres" quienes hacen la historia, son los "mascarones de proa" los que modifican el curso de la evolución social, incluso con los detalles de su vida o de su personalidad. "¡Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado!"

* * *

Cualquiera sea la filosofía de la historia que pretenda explicarla, la biografía es el retrato de un hombre que lleva los vestidos de su tiempo,

3. Después de Trevelyan, Robert Aron y Marcel Thiry han desarrollado con agudeza esta excitante visión "futurible": G. M. Trevelyan, *Clio, a Muse, and Other Essays.* Londres, 1913; R. Aron, *Victoire à Waterloo.* París, 1937; M. Thiry, *Échec au temps.* París, 1945.

4. En ello consiste su verdadera y bienhechora influencia sobre la historiografía. No todos los historiadores marxistas piensan como Engels, Cfr. J. Bruhat, *Destin de l'histoire,* p. 44. París, 1948. Véase también: F. Engels, *Socialisme utopique et socialisme scientifique* (trad. del alemán por P. Lafargue), pp. 15 ss. París, 1945; M. Rubel, *Karl Marx. Essai de biographie intellectuelle* pp. 256 ss. París, 1957.



y que se destaca sobre un fondo que es su tiempo mismo. Aunque el hombre sea representativo de su tiempo u opuesto a él, la biografía se interesa tanto en el tiempo como en el hombre. Ejemplos famosos demuestran que el papel de los individuos pesa grandemente en la historia. Entre la colectividad y su conductor existe un constante ir y venir de energía. Puede decirse que la historia crea los héroes, los profetas y los conductores de pueblos, en el sentido de que el jefe no puede triunfar si no encuentra condiciones favorables y un medio que lo llame. Pero un Aníbal o un Tamerlán son sin embargo algo muy diferente de testaferros que encubrirían fuerzas colectivas. Para que Edouard Drumont pudiera suscitar el antisemitismo que hizo del caso Dreyfus "el Caso", era necesario que su tentativa de agitación respondiese a un cierto estado de ánimo diseminado a través de Francia. Pero fue Drumont quien, prestándole su voz, hizo del antisemitismo una fuerza social.[5] La Alemania del *Diktat* secretó a Hitler. A su vez, Hitler modeló la nueva Alemania; la condujo a la ruina pese a los consejos, las advertencias y las amenazas. ¿Se dirá que Hitler fue el "personaje apropiado"?

No, el verdadero problema no consiste en zanjar entre la masa y el individuo, sino en medir la influencia de una y otro. Eso es la historia. Ya Goethe lo presintió, cuando escribía que la tarea principal de la biografía consiste en "mostrar hasta qué punto el mundo resiste al hombre, hasta qué punto lo favorece".[6] Se necesita todo el genio de un Lytton Strachey para acercarse a la solución de semejante problema.

Pero, infortunadamente, ese problema desesperante no es el único. Si bien el objeto de la biografía es la transmisión verídica de una personalidad, y si bien esa personalidad depende de un medio, no es menos cierto que la personalidad sigue siendo el último término de la biografía.

Ahora bien, la personalidad no es solamente la cantidad de energía que un hombre desarrolla en su teatro. Está compuesta de sus sentimientos, de sus veleidades, de mil cosas que se nos escapan. No hay archivos de la personalidad. ¿Cómo ser verídicos en este dominio imponderable? Sabemos, lo confesamos, "que la verdad tiene la solidez de la piedra y que la personalidad tiene la ligereza del arco iris".[7]

5. G. Tarde, *L'opinion et la foule,* p. 15. París, 1901. Juiciosas observaciones críticas sobre el individuo representativo y el individuo heroico, sobre Emerson y Carlyle, en E. Callot, *L'histoire et la géographie au point de vue sociologique.* París, 1957.

6. Goethe, *Souvenirs de ma vie. Poésie et vérité* (trad. del alemán por P. du Colombier), p. 13. París, 1941. Romein, *op. cit.,* p. 156.

7. Maurois, *op. cit.,* p. 42. Acerca de las relaciones entre el acto y la persona en la biografía téngase en cuenta las observaciones de Ch. Perelman y L. Olbrechts, *Rhétorique et philosophie,* pp. 49-84. París, 1952. Acerca de las relaciones entre historia y psicología, véase G. Duby, "Histoire des mentalités", en *L'histoire et ses méthodes,* volumen colectivo publicado por Ch. Samaran, pp. 937 ss.

Para el historiador, como para el pintor, existe un arte del retrato. Este arte nos ha dado millares de libros; algunos detestables; no pocos logros; algunas obras maestras.

La historia de la biografía ayuda a comprender sus reglas y sus límites. Su aspecto más primitivo es el elogio: vida de los césares y de los sabios, hagiografía de los taumaturgos, epopeya de los héroes. Le sigue el panfleto, sin duda como antídoto. En estos relatos ocupa poco lugar la crítica histórica: ¡un elogio no es una historia; tampoco lo es un panfleto! Las más antiguas biografías ignoran los escrúpulos de la erudición; prefieren los atractivos de la fantasía y las exageraciones del "culto a la personalidad".

Platón escribe así la historia de Sócrates y Jenofonte la de Ciro. Suetonio se consagra a las vidas de los emperadores. Plutarco relata las proezas de los héroes de la Antigüedad. La Edad Media está abarrotada de vidas de santos, frecuentemente más edificantes que verídicas. Los modernos no cambian esas tradiciones literarias tan rápido como podría creerse. Boccaccio inaugura un nuevo período con sus biografías de Dante y de Petrarca. Commynes pinta el retrato más realista de Luis XI. Fontenelle brilla en el elogio académico, arquetipo de la obra corta, abstracta, sin mayor verdad psicológica. Finalmente, Voltaire hace de la historia de Carlos XII el modelo de la nueva biografía: en ella el héroe es voluntariamente escogido fuera de la historia clásica, nacional o sagrada. El rey de Suecia no es de ninguna manera el "Honnête Homme"* del Siglo de Oro francés. Al contrario, "mitad Alejandro, mitad Don Quijote", "excesivamente grande, desgraciado y loco", es un magnífico caso para un biógrafo que se pretende independiente.

En lo concerniente a nuestra época, debemos reconocer que los ingleses se han convertido en los maestros en materia de biografías. Carlyle, Rosebery, Aldous Huxley, Hilaire Belloc, Gilbert Keith Chesterton, Duff Cooper y, sobre todo, Lytton Strachey, son los virtuosos del género, los delicados acuarelistas por quienes se deja pintar el propio arco iris.[8]

* "Para aclarar este término intraducible de «honnête homme», suerte de ideal del hombre del siglo XVII, citamos aquí a V. Saulnier, *La Littérature française su siècle classique*. París (1958), págs. 45 y sig.: «El *honnête homme* debe saber mucho, pero también ir más allá de su saber; ejercicios ecuestres, talentos artísticos, ciencia libresca, virtud, no le falta nada; más la elegancia del vestido y de la conversación; y, sobre todo, cierta gracia natural, enemiga de toda afectación de gravedad. Pero este ideal evoluciona en el sentido mundano... hacia 1660... Las cualidades fundamentales son de ahora en adelante la fineza y la discreción (no *jactarse* de nada) que sobrentienden todas las cualidades del espíritu y hasta cierta sensibilidad, pero les imponen un desprendimiento, una elegante simplicidad superior a su fondo mismo»". (Nota de Jean Catrysse a su versión castellana de Philippe Van Tieghem, *Pequeña Historia de las grandes doctrinas literarias en Francia*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, Colección Temas, 1963, p. 39). (N. del T.).

8. Sé que se acostumbra (cfr. Maurois, *op. cit.*, p. 16) hacer arrancar de Strachey el esplendor del género biográfico, pero habrá que admitir que algunos de



Las grandes biografías son las de algunos grandes de la tierra. Rosebery pintó un Napoleón visto por los ingleses en la serena seguridad de su victoria. La personalidad del Emperador, evocada sin odio y sin adulación, gana en profundidad. Cuando Napoleón llega a Santa Elena aún infunde miedo. Cuando lo afecta su última enfermedad, ya no es más que un inválido. Duff Cooper mostró en Talleyrand una lastimosa víctima de su educación y, en el plano diplomático, uno de los precursores de la concepción europea. La emperatriz Victoria halló en Lytton Strachey un historiador que no le habría agradado, pero que le ha restituido una grandeza más humana que la de los retratos oficiales. Victoria es una mujer que sólo tiene de extraordinario su buena voluntad, su aplicación al trabajo, su vejez aureolada, pero nada se le parece menos que una muñeca de cera. Finalmente, el verdadero Padre José, según Aldous Huxley, no es sólo el diplomático que uno se imagina, la Eminencia Gris de las imágenes: es un místico cuya mirada está sin cesar ocupada por el pensamiento en Dios.[9]

Poco importa a nuestros fines que esas visiones sean impugnables en algunos aspectos. Las biografías citadas, entre otras, despojan a los héroes de la magia de la leyenda y los vuelven a hacer hombres. Son logros que testimonian en favor de un arte de la biografía.

* * *

Por otra parte, ya sabemos que la historia es un arte difícil entre todos. No por ello han renunciado los historiadores a aplicar a sus investigaciones un método crítico riguroso: todas sus afirmaciones deberán ser controladas por ellos y controlables por sus lectores.

La exactitud documental es el deber de los biógrafos y su cruz. "Nos encontramos ante sorprendentes contradicciones", escribe un historiador de Josefina de Beauharnais. "Para unos, ya a los treinta años Josefina era una vieja demasiado acicalada; para otros, había conservado, a esa edad, todos los atractivos de la juventud, mediante hábiles artificios. Ni siquiera el color de sus cabellos y el de sus ojos ha dejado de motivar controversias. Morena según algunos de sus familiares, su cabellera pareció castaño claro o castaño dorado a otros que igualmente podían acercársele, y sus ojos, que algunos pintores vieron color de avellana o café quemado, parecían azul oscuro y hasta azul-violeta a testigos que estuvieron en situación de admirarlos".[10]

Pese a heroicos esfuerzos de exactitud y de objetividad, la historia sigue siendo un arte por la elección que realiza el historiador entre los do-

sus predecesores fueron precursores. Acerca de Strachey, su arte de utilizar los "hechos menudos", su libre ingenio y su ironía, véanse las puntualizaciones de Dresden, *op. cit.*, pp. 92 ss.

9. Lord Rosebery, *Napoleon. The Last Phase*. Londres, 1900. G. L. Strachey, *Queen Victoria*. Londres, 1921. A. Huxley, *Grey Eminence*. Londres, 1941. Duff Cooper, *Talleyrand*. Londres, 1935.

10. R. Régis, *Joséphine, femme de Napoléon Ier.*, p. 3. Bruselas, 1944.

cumentos, los testimonios, los rasgos; como también por la iluminación dada a esos documentos, a esos testimonios, a esos rasgos. Y lo que es cierto para la historia en general es singularmente ostensible en la biografía.[11]

Observemos que el arte del retrato no se ocupa de todos los temas posibles. Siempre son los "grandes hombres" los que posan para el biógrafo. ¿Por qué no personajes más modestos? Sin embargo, la deformación infligida a la historia por la biografía sería tanto menor cuanto su tema fuese una persona cualquiera. Pero, piénsese lo que se piense, la historia de un hombre "sin historia" a nadie interesa:[12] no existe sino en plural; se convierte entonces en la historia de los grupos, ya no es la de los individuos.

Los "grandes", —se les halague o se les haga burla—, ¿serían los únicos cognoscibles? La objeción, a veces pertinente, no siempre es fundada: es posible reconstruir la vida de un mercader o de un funcionario. Sin embargo, el valor de una biografía, como el de todo estudio histórico, varía en proporción con su interés social. A este respecto son privilegiadas las carreras excepcionales; sólo ellas excitan el apetito y satisfacen la curiosidad. A este respecto puede invocarse con razón el psicoanálisis del lector de historia. Cada quien busca oscuramente en el pasado la realización de su sueño, o más bien su sublimación en un tipo superior de humanidad. De allí el inagotable éxito de las vidas noveladas, edificantes o escandalosas, que contribuyen a fijar en la mentalidad popular los rasgos, —verdaderos o falsos, pero siempre nítidos y contrastados—, de los personajes históricos o legendarios. De allí, sobre todo, la utilización de los grandes hombres por un instinto elemental. Recientes encuestas han probado que al francés medio le agrada en Napoleón el hombre que se hizo a sí mismo; en Juana de Arco el milagro de la Patria; en Pasteur la tranquilizadora potencia de la ciencia. Incluso se ha observado que los admiradores de Vercingetorix se sitúan con mayor frecuencia en la derecha, y que Juana de Arco encabeza la lista en los tiempos agitados, a izquierda como a derecha.[13]

* * *

Podemos llegar más lejos. No siempre se contenta el biógrafo con adivinar los apetitos de sus lectores para satisfacerlos mejor. A veces su propio temperamento le impone el tema de su obra. Un joven escritor a quien un editor le pedía una "Vida" para una colección, respondió: "Gustosamente, pero no sé historia. Escoja usted mismo un personaje. Sólo quiero que sea un hombre o una mujer que siempre haya tenido el deseo de dar

11. Véase p. 17.
12. También en la pintura el retrato de un desconocido carece de interés como retrato. El interés del retrato —en la historia al igual que en la pintura—, consiste en su verdad, es decir la relación adecuada de la obra al hombre.
13. M. Choisy, "Le héros, surmoi français" en *Psyché*, t. 5, pp. 98 ss. París, 1950. No garantizo lo bien fundadas de todas las deducciones, siempre ingeniosas, del autor.



a su vida una cierta dirección, y siempre también haya tropezado como con una puerta cerrada". François Mauriac escribió en el prefacio de su *Racine* que "un autor no se decide a escribir una biografía, entre mil otras, sino porque se identifica con el modelo escogido", y que "para intentar el acercamiento con un hombre desaparecido desde hace siglos, el mejor camino pasa por nosotros mismos".

El propio Valéry, tan presto a denunciar la subjetividad del historiador, nos dio con treinta años de separación dos retratos de Leonardo de Vinci. Uno mostraba en Vinci un sabio cuya formación científica sería la de los últimos años del siglo XIX. El segundo hace de Leonardo un precursor de Einstein y de la física de lo discontinuo.[14] Estas dos interpretaciones corresponden a las lecturas y a las reflexiones de Valéry en 1894 y en 1929.

El caso límite sería el de Chesterton, historiador de Browning. Pero habría que concederle su parte al humor en esta singular confesión: "En este libro hay muy pocos hechos puramente biográficos, y casi todos los que hay son inexactos. Pero hay algo enterrado en alguna parte de él; temo que sea más bien mi propia infancia que la biografía de Browning".

La explicación psicológica encierra otras dificultades propias del género biográfico. Todo historiador del individuo hace psicología, aunque pretenda lo contrario.

El psicoanálisis ha querido ir más lejos que la psicología clásica y poner remedio al subjetivismo esencial de la biografía, estableciendo objetivamente el carácter del héroe considerado. El estudio de su conducta, particularmente de su infancia y de su vida sentimental, abre la vía a un análisis de los actos fallidos, de las crisis morales, de los diversos complejos a los cuales ningún hombre escapa.[15]

Es legítimo pensar que el psicoanálisis ofrece a la historia una parte del auxilio que ella da a la literatura. En la psicología profunda hay una búsqueda audaz de la verdad de los caracteres y un nuevo sentido de la complejidad moral.

No obstante, las aplicaciones del psicoanálisis a la biografía no han aportado todavía las revelaciones que algunos esperaban. El análisis del carácter de un muerto no permite verificaciones, salvo en las muy escasas ocasiones en que se conservan palabras exactas, diarios íntimos o cartas personales. Es imposible profundizar mucho la interpretación de la personalidad de Alejandro. Por el contrario, la psicología de la angustia y del escrúpulo esclarece el caso de Felipe II. En suma, los grandes contemporáneos cuya voz podemos escuchar, cuyas memorias leemos, y que conocemos hasta en su vida más secreta, —un Amiel, un Churchill, un Hitler, un Dalí—, constituyen sin duda admirables temas para biógrafos formados en el método psicoanalítico.

14. F. E. Sutcliffe, *La pensée de Paul Valéry*, p. 137. París, 1955.
15. C. G. Jung, *Types psychologiques* (trad. del alemán por Y. Le Lay). Ginebra, 1950.

Es así como Jean Delay describió la juventud de André Gide,[16] con la ayuda de numerosos testimonios, a veces contradictorios, a veces reveladores de las tendencias más recónditas. Pero cuando se trata de héroes menos pródigos en confidencias, la tarea del biógrafo-psicoanalista es realmente ingrata. San Vicente de Paul ponía luego de su firma estas palabras: "sacerdote indigno". Uno de sus historiadores [17] ve en esta fórmula de humildad la acción del subconsciente que le reprocha el haberse hecho ordenar sacerdote antes de la edad canónica... Igualmente, se ha pretendido explicar el hecho de que Napoleón se incorporase a Francia mediante el complejo de Edipo:[18] ¡la orientación final del futuro emperador se justificaría por las complacencias de su madre para con el gobernador francés de Córcega!

* * *

No todos los biógrafos se contentan con escribir la vida de los muertos. Los hay que tratan de fijar el destino histórico de los vivos. Incluso los hay que se convierten en sus propios biógrafos, pero la autobiografía es un género distinto, es una fuente, no es propiamente un trabajo de historiador.[19]

Para escribir la vida de un hombre conviene esperar que haya muerto. No solamente para poder hablar de él con total franqueza, ni siquiera tampoco porque es difícil recoger una documentación completa sobre contemporáneos, sino porque la muerte es una claridad retrospectiva, la única que permite la "ubicación" de los elementos duraderos de una vida humana.[20] El hecho histórico no adquiere su significación sino cuando se cierra la serie a la que pertenece. Trafalgar no adquiere su significación sino después de Waterloo. Franco no se parece al general Boulanger sino en tanto no ha triunfado. ¿Se podría, sin artificio, detener la biografía de Pétain en Verdún, la de De Gaulle en Argel o la de Stalin en Stalingrado?...

Una vida es un conjunto, una vida es un todo. El papel desempeñado hasta el final se ilumina con una claridad que antes se nos escapaba, que

16. J. Delay, *La jeunesse d'André Gide*. París, 1949, 2 vols. Véanse también los curiosos ensayos de P. Mesnard, *Le vrai visage de Kierkegaard*. París, 1948. *Le cas Diderot*. París, 1952.

17. S. Juva, *Monsieur Vincent. Évolution d'un saint*. Bourges, 1939. El propio Freud no es convincente: S. Freud, *Un souvenir d'enfance de Léonard de Vinci* (trad. del alemán por M. Bonaparte). París, 1927. Algunas notas útiles sobre Lutero en E. H. Erikson, *Young Man Luther*. Londres, 1958.

18. L. Jekels, *Der Wendepunkt im Leben Napoléons*. Leipzig. 1914.

19. G. Misch, *Geschichte der Autobiographie*. Frankfort, 1949-1959, 3 vols. P. Lehmann, "Autobiographies of the Middle Ages", en *Transaction of the Royal Historical Society*, t. 3, pp. 41-52. Londres, 1953. M. Leleu, *Les journaux intimes*. París, 1952. G. Gusdorf, *La découverte de soi*. París, 1948. Maurois, *op. cit.*, pp. 129 ss. H. Gouhier, *L'histoire et sa philosophie*, p. 94. París, 1952.

20. J. Guitton, *L'existence temporelle*, p. 175. París, 1949. La vida de Lyautey por Maurois es menos buena que la de Disraeli. Se sabe por qué.



muchas veces escapa a aquel cuya vida escrutamos, "tal como en sí mismo finalmente lo transforma la eternidad".

Los dos Napoleones quisieron someter Prusia: todo sucedió como si hubiesen deseado su grandeza. Colón buscaba especias, perfume y oro: encontró un Nuevo Mundo, sin saberlo. La importancia de los resultados, previstos o imprevistos, no aparece el primer día y el carácter de un hombre sigue dibujándose hasta el momento de su muerte.

* * *

La biografía es un arte difícil. Tiene su técnica, sus exigencias, sus límites. Su técnica que controla y presenta los rasgos elegidos. Sus exigencias, sobre todo las que tienden a poner de relieve la verdad psicológica. Sus límites, que son los de la historia y los del historiador.

Carlyle decía que una vida bien escrita es tan rara como una vida bien gastada. Es difícil resistir a la tentación, tan natural en todo autor ante un tema que lo atrae, de olvidar sus exactas proporciones y exagerarse su alcance. Las dificultades del género constituyen su mérito y, a veces, aumentan su encanto. La historia del mundo representada únicamente por las vidas de los grandes hombres sería una espectáculo falso pero agradable. La mejor biografía no dispensa jamás del estudio de los grupos, de las instituciones, de los hechos económicos.

Buena o simplemente banal, la biografía, —si al menos es crítica—, enseña siempre más y menos de lo que dice. Menos, por estar inclinada a exagerar el papel del héroe. Más, porque la biografía, mejor que cualquier otro género histórico, ilustra a la vez el papel creador del individuo y su dependencia con respecto a la sociedad.

En suma, la biografía muestra y demuestra la libertad de la historia. Las diversas "Vidas" de un mismo hombre pueden ser todas verdaderas, si son visiones igualmente valederas, —es decir, informadas, juiciosas y honestas—, de una personalidad compleja y multiforme. La libertad de la historia no es la arbitrariedad del historiador, sino su derecho de escoger un punto de vista: ese derecho pertenece tanto al biógrafo como al pintor. Con los mismos documentos que Lacour-Gayet, y a través de su libro, Duff Cooper escribió un *Talleyrand* diferente del de Lacour Gayet y no menos verosímil.[21] En la confrontación de los puntos de vista, la historia nada tiene que perder sino todo a ganar. La historia no está hecha; siempre está por rehacer.

21. Lo mismo podría decirse de las biografías de Lutero, entre otras, por Scheel, Grisar, Strohl o Febvre.

# *SINTESIS*

> "Toda investigación histórica supone, desde sus primeros pasos, que la búsqueda tenga ya una dirección. En el comienzo es la mente".
>
> MARC BLOCH.

El historiador ha concluido sus trabajos preparatorios. Las fuentes del tema han sido filtradas cuidadosamente. Se han adquirido los primeros resultados: falta darles una forma válida mediante el empleo artístico de los materiales pacientemente acumulados.

Apartemos de inmediato la ilusión que consistiría en denominar historia una colección de textos. Los testimonios yuxtapuestos no serían sino elementos preparados para la crítica. La historia no se contenta con recoger los testimonios, ella los controla, los explica. La historia se elabora a través de esos testimonios, gracias a ellos, a veces a pesar de ellos.

André Maurois, al prologar una compilación de textos sobre la Revolución,[1] escribe: "No se trata de los anexos de la historia, sino de la historia misma, humana y palpitante". Para revivir la época trágica, he aquí el 14 de Julio relatado por uno de los asediadores de la Bastilla, luego por uno de sus defensores y finalmente por un turista que se detuvo por el tumulto. He aquí la fuga de Varennes descrita por el aya de los príncipes, que estaba en la berlina real, luego por el que detuvo esa berlina. He aquí el Terror narrado por el verdugo y he aquí París, al día siguiente de Thermidor, visto por el joven Bonaparte...

Sin duda que tales testimonios no pueden ser, en ningún caso, desdeñados. Su lectura es particularmente enriquecedora y estimulante. Sin embargo, la obra propia del historiador va más allá, hasta la crítica de los textos y su utilización en la síntesis. Hay testigos que hablan para

1. *La Révolution,* en colaboración con G. Pernoud y S. Flaissier. París, 1959.

no decir nada; otros que farfullan o se repiten; los hay que simplemen inventan; algunos nos aportan verdaderamente algo nuevo: corresponde historiador el darnos ese elemento válido, después de decantarlo.

* * *

Tomemos otro ejemplo: el de la batalla, ese hecho histórico mil v ces repetido, siempre nuevo en su singularidad. Allí también el histori dor comienza por llamar a los testigos. Primero a los generales, y ambos campos; luego a los soldados. Es cierto que el soldado no sal mucho del drama que lo arrastra.[2] En cuanto al general, le es imposib captar el detalle vivido por el soldado.[3] Por su parte, el historiador formará una opinión y relatará una batalla que ya no será la del jefe m litar ni la del combatiente.

¿Será, pues, el historiador más afortunado que los testigos? Relata lo que habría podido observar simultáneamente, y por doquier a la ve en ambos ejércitos. Desde lo alto de su observatorio ideal describe una b talla ideal, si no idealizada, reconstituida en su mente en función los planos previos, de los informes de los testigos, y sobre todo del fin conocido de esa batalla.

Es bien sabido que, pese a su cuidado de objetividad, el relato d historiador varía según pertenezca a uno u otro campo. Es más notab todavía que ese historiador, cualquiera sea su bando, sitúe la historia perspectiva y tienda a no retener del pasado sino lo que ha preparado solución final. El historiador es un "profeta después del acontecimiento" mientras que los contemporáneos del pasado que él evoca no podían p ver en todos sus elementos un porvenir indeterminado.[5]

* * *

Las consideraciones precedentes demuestran a la vez la sumisión d historiador a los documentos y su deber de superarlos. Sin esa sumisi y sin esa superación, no habría síntesis, ni siquiera habría historia.[6]

---

2. Tal es el caso, célebre, de Fabricio en *La Chartreuse de Parme,* de Stendh
3. Otro buen ejemplo literario: J. Romains, *Prélude à Verdun,* p. 42. Pa 1939.
4. R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire,* p. 138. París, 1938. Bergson observaba que a veces lo imprevisible sale de los posibles. Cfr. Bergson, *La pensée et le mouvant,* pp. 23 ss. París, 1934. Consideraciones recidas, aunque en términos totalmente diferentes, en P. Theilhard de Chard *Le phénomène humain,* p. 129. París, 1955.
5. D. Parodi, "Nécessité et contingence en histoire", en *Revue de métaphysiq et de morale,* t. 54, p. 275. París, 1949. H. Gouhier, "Vision rétrospective intention historique", en *La philosophie de l'histoire de la philosophie,* 133 ss. París, 1956.
6. Hay títulos engañosos. Para nuestros propósitos, el libro de H. Berr *synthèse en histoire.* París, 1953, 2ª ed.), no aporta sino pocos elemen



Ya hemos tratado del respeto debido a los testimonios.[7] Preguntémonos ahora cuál es el papel del historiador en el momento cuando, —releídas todas sus fichas—, ya no escribe para sí mismo sino para sus lectores.

Sin duda que desde hace mucho ha establecido el plan de su estudio, pues es ese plan previo el que guía la investigación y permite la clasificación de los materiales. Un plan siempre provisional, siempre sujeto a revisión, hasta el momento de la redacción definitiva. Es un plan *a priori* más vasto que la documentación, que plantea todas las cuestiones, incluso aquellas que habrá que dejar sin respuesta. En esto también el historiador supera el documento, pero no lo remplaza jamás.

Plan *a priori,* ¿por qué no? "Una idea preconcebida", afirmaba Claude Bernard, "ha sido y será siempre el primer impulso de una mente indagadora". Como todo hombre de ciencia, el historiador tiene derecho a escoger problemas, a formular hipótesis de trabajo. "Describir lo que se ve, puede pasar, pero ver lo que se debe describir, he allí lo difícil".[8]

Por medio de la hipótesis es como el historiador, apoyándose en los hechos, los explica.

El elogio que hacemos de la hipótesis no se justificaría sin un llamado complementario a la prudencia. Todas las hipótesis no son admisibles y al historiador se impone una verificación incesante. Debe someter a prueba numerosas hipótesis, pero debe ser capaz de sacrificar las que no sean confirmadas. De casi todas las teorías puede decirse que concuerdan con *ciertos* hechos: es una de las razones por las cuales no se debería decir que una hipótesis ha sido verificada sino cuando somos incapaces de descubrir hechos que la refuten, más bien que si podemos encontrar hechos que la apoyen.[9]

---

constructivos. Para este autor la síntesis es la explicación científica por medio de las leyes de la historia, pero Berr termina sin concluir (p. 254): "Estudiar y precisar el papel de los diversos elementos explicativos en el conjunto del pasado humano, sería hacer la síntesis de la historia. El error de la filosofía de la historia fue improvisar semejante obra cuando, para realizarla, ni los hechos habían sido reunidos y comprobados en cantidad suficiente, ni estaban maduras las ideas directrices. Esta síntesis total, —la Historia universal, la *Weltgeschichte*—, que, para satisfacción de la mente y para la inteligencia del destino humano, sería de infinito valor; que, al mismo tiempo que exige una unidad de pensamiento sobrepasa las fuerzas individuales, ¿es realizable? y ¿cómo? ¿Lo es en el actual estado de la erudición? Son cuestiones que por el momento bastará plantear. Remitimos a la posteridad su resolución".

7. Véase p. 57.
8. Febvre, *Combats pour l'histoire,* p. 8.
9. K. Popper, *Misère de l'historicisme* (trad. del inglés por H. Rousseau), p. 167. París, 1956.

El historiador indicará, pues, claramente lo que en su obra parec cierto y lo que sigue siendo probable; no disfrazará sus vacíos; en suma dará a otros los medios de controlarlo.

* * *

La síntesis no debe preocuparse menos por la exactitud que el aná lisis; debe además buscar la perfección de su orden. Ahora bien, el cono cimiento es inseparable de su expresión. El historiador no publica toda sus notas ni las reproduce tal cual las clasificó; no obliga a su lector repetir su itinerario intelectual, sino escoge para él los rasgos caracterís ticos y lo conduce a sus conclusiones de la manera más apropiada par hacérselas compartir.

Por otra parte, no ha habido un gran historiador que no haya sid al mismo tiempo un buen escritor. ¿Cómo hacer de la historia un instru mento de conocimiento si el historiador no es en absoluto capaz de prc poner una síntesis armoniosa, artística [10] y, por ello mismo, seductora?. .

No por ello deja de ser menos conjetural la síntesis con que historiador corona su obra. En efecto, el trabajo del historiador se parec al del mosaiquista, un mosaiquista paciente que se pretendiese cada ve más artista. Él ensambla fragmentos muy numerosos, muy diversos, a ve ces muy menudos. Los coloca conservando su sello de origen, pero so tan delicados que sus tintes conservan siempre la huella de sus dedos. I historiador sabe también de las piedras sin color, es decir, la confesió de carencias en sus investigaciones o en sus conclusiones: también est humildes piedras contribuyen a hacer resaltar el dibujo. La imagen a revelada no da del pasado lo que puede esperarse de más seguro e historia, sino lo más completo, como en nuestros museos esos pavimer tos antiguos en los que, sobre un fondo neutro, se vuelven a colocar lc fragmentos salvados. Lleno de respeto por esta imagen, el historiador esfuerza por mostrar su color, por definir su aspecto general y por pr cisar su carácter. Su ambición no llega más lejos.

La síntesis es lo que de más difícil hay en historia, y de más fr gil.[11] Nuestro deber constante para con la verdad es no considerarla a quirida.

10. Es un tema que Benedetto Croce, entre otros, desarrolló con particular aciert Cfr. F. Battaglia, *La valeur dans l'histoire* (trad. del italiano por M. L. Roure pp. 40 ss. París, 1955.
11. Marrou, *De la connaissance historique*, p. 277. M. Halbwachs, *La mémoire co lective*, p. 38. París, 1950.



# *EL PROCESO A CLIO*

"La historia es inseparable del historiador".

PAUL VALÉRY.

En diferentes ocasiones, pero con igual agudeza, Paul Valéry trató de la historia y de sus límites. En sus *Regards sur le monde actuel* consagra a la historia algunas páginas que figuran entre las mejores, y también entre las más conocidas: "La historia, dice, es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado. Sus propiedades son muy conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus viejas llagas, los atormenta en su reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas. La historia justifica lo que se desee. En rigor, nada enseña, pues lo contiene todo y da ejemplos de todo (. . .) En el estado actual del mundo, el peligro de dejarse seducir por la historia es mayor de lo que lo fue jamás".[1]

Las observaciones de Valéry no son tan nuevas como podría pensarse,[2] pero son una expresión clara del escepticismo del hombre cultivado de la actualidad, desde Marinetti hasta Camus y desde Benda hasta Jaspers, como si la aceleración de la historia la vaciase de su gravedad y no nos dejase sino azar, discontinuidad, caos. Es precisamente por ser representativas de una mentalidad extensamente propagada que estas observaciones merecen ser escuchadas, meditadas y criticadas, pese a lo que la filosofía de su autor pueda tener de decepcionante y, a veces, hasta de pueril.

1. P. Valéry, *Regards sur le monde actuel*, pp. 63-64. París, 1931.
2. El pirronismo histórico ha sido denunciado desde comienzos del siglo XVIII; cfr. P. Hazard, *La crise de la conscience européenne*, t. 1, pp. 45 ss. París, 1935. Para Bayle, el hombre es "el juguete de la malicia y de la igno-

¿A quién se dirigen los reproches de Valéry? ¿A Clío, a la Histori como tal, con mayúscula? Ciertamente que no, pues no se conoce la his toria. El propio Valéry no conoce sino a los historiadores y sus libros Es, pues, con ellos con quienes se mete, con algunos de ellos, aunque hay omitido esta distinción que, sin embargo, no es en absoluto sutil.

De tantos libros, y cuán diversos, Valéry, como la mayoría de quie nes denigran de la historia, no quiere conocer sino aquellos que, antiguo o modernos, se dirigen al público en general. También desde este punto de vista él es un representante particularmente refinado del mundo que lee y piensa, pero ignora las obras de pura erudición, y los historiadores sin preocupaciones políticas atrajeron menos su atención que Michele, Taine o Aulard, los cuales se corrigen entre sí.

Lo que Valéry critica con más aspereza, —después de otros, per mejor que muchos—, es primeramente las fechorías de la historia par tidaria, es, en suma, las excesivas pretensiones del cientificismo históric la historia, —sobre todo la historia que se enseña—, no puede pretende ni a la verdad objetiva en la evocación del pasado, ni a la codificación d una experiencia directamente utilizable por el hombre.

Todos los historiadores de oficio quizá no confesarían fácilmente s acuerdo con él sobre estos puntos. Sin embargo, existen los elemento esenciales de este acuerdo, pues es imposible rechazar la tesis fundamen tal de Valéry: la subjetividad del historiador. La historia es, desgracia damente, inseparable del historiador, incluso del historiador más despe gado de sus ideas y de su obra.[3]

La unanimidad, al menos teórica, es patente con respecto a la histo ria partidaria y sería inútil hablar de ello. ¿Quién reduciría hoy el de

rancia [...], una lo agarra cuando la otra lo suelta"; cfr. É. Labrousse, "L méthode critique chez Pierre Bayle", en *Revue internationale de philosophi* t. 2, p. 463. Bruselas, 1957. Mucho antes que Valéry, Trevelyan había aler tado contra la religión de la historia; cfr. G. M. Trevelyan, *Clio a Muse an Other Essays*. Londres, 1913. Sobre la crítica alemana, véase R. Aron, *Ess sur la théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine*. París, 1938. Com párense los reproches de Valéry con los refutados por B. Croce, "Antihistori cisme", en *Revue de métaphysique et de morale*, t. 38, pp. 1 ss. París, 1931 Véase también J.-L. Ferrier, "La pensée anhistorique de Sartre", en *L'homm et l'histoire*, pp. 171-175. París, 1952.

3. Mala refutación, entre otras, de Valéry, superficial y pedestre, por A. Lebe *Nécessité de l'histoire*. París, 1933. En esta inmensa bibliografía abundan l obras sin valor: cfr. E. Driault, *Les leçons de l'histoire*. París, 1921. Ob de título engañoso, resumen honesto de la historia de Francia, sin más. Con tituye la excepción una inteligente puntualización: M. Leroy, *Introductio à l'art de gouverner*. París, 1935. La polémica parece no tener fin: G. Rou nel, *Histoire et destin*. París, 1943. Réplica de F. Lot, en la recopilación t tulada *Hommage à Ferdinand Lot*, pp. 7-16. París, 1946. Buenas observaci nes de A. Paul, "La crise de l'histoire", en *Revue de synthèse historique*, 38, pp. 113-124. París, 1924. Ampliación del debate: A. Piganiol, "Qu'est- que l'histoire?", en *Revue de métaphysique et de morale*, t. 60, pp. 225-24 París, 1955.



terminismo histórico a la edificación de una historia exclusivamente socialista? Por el contrario, ¿quién repetiría siguiendo a Guizot que fue la burguesía quien hizo Francia y que es pues a la burguesía a quien corresponde dirigir sus destinos? ¿Quién daría por misión al historiador, con Luis XIV, la de hacer la apología del trono; con Condorcet la de luchar contra la tiranía y la superstición; o con Stalin la de glorificar a los sobrevivientes del Partido? La explicación exclusivamente providencialista, materialista, racista o, más frecuentemente, nacionalista, tampoco puede satisfacer nuestra mente. En efecto, la historia partidaria, bajo el nombre y la apariencia de la historia, no es historia sino una falsificación de la historia, "un excitante de orden práctico que satisface otras necesidades que no son las del conocimiento".[4]

La crisis del cientificismo histórico tampoco es un misterio. La quiebra de la historia pragmática, tal como la entendía Hippolyte Taine, —la historia-diagnóstico—, es completa. La historia real no puede hacer abstracción de los datos concretos de lugar y de tiempo. No existe una geometría histórica que desarrolle sus teoremas y los aplique al devenir. La historia defrauda a quienes le exigen demasiado, o que esperan de ella la solución de todos los problemas. Por ejemplo, las guerras, pasadas por la más fina de las cribas del historiador, revelan algunas de sus causas, algunos de sus planos, algunos de sus resultados. Pero la historia no explica el todo de la guerra, como tampoco la hace imposible. De la historia no se extrae la razón última de las cosas.

Por supuesto que Valéry se entrega a su demonio cuando niega a la historia una virtud esclarecedora, al pretender que ella "justifica lo que se desee".[5] El pasado condiciona el presente, como lo enseña toda evolución, aunque no siempre sepamos mediante qué secreto mecanismo.[6] La historia, respaldada por la psicología y por la sociología, ofrece ejemplos sugestivos, comparaciones útiles; tiene, para quien reflexione sin demasiada pasión, un innegable valor educativo, pero a las multitudes, a los aventureros, les enseña también el éxito del crimen y la fuerza de la mentira.

Salvo en los libros expurgados, la historia no es una moral en acción. No es una escuela de virtud. Sin duda, de la consideración del

4. B. Croce, "L'historiographie et la vie pratique et politique", en *Revue de métaphysique et de morale*, t. 45, p. 617. París, 1938. A. Chamson, *L'homme contre l'histoire*, pp. 77, 127. París, 1927. Fue Hitler quien escribió y demostró que "la mentira en fuertes dosis tiene, al cabo de cierto tiempo, el mismo efecto que la verdad".

5. P. Valéry, *op. cit.*, p. 64. P. Valéry, *Variété*, t. 1, pp. 153-165. París, 1934.

6. El pasado condiciona el presente, pero es difícil decir en qué medida. Al respecto puede leerse una instructiva polémica: J. Benda, "Les morts nous gouvernent-ils?", en *Revue de Paris* del 1º de agosto de 1934, pp. 585-603; L. Madelin, "Devons-nous écouter les morts?", en la misma Revista, el 15 de agosto de 1934, pp. 721-731. Sobre el papel de los móviles humanos en his-

pasado saca lecciones el moralista, pero también el inmoralista, y cuando quienes tienen la paz y la guerra en sus manos se sirven de la historia, y sobre todo de sus mitos, con demasiada frecuencia es para mejor realizar sus ambiciones. Se amparan en la filosofía de la historia, pero esta pretensión capciosa disfraza mal la más cínica intención partidaria. Napoleón estaba empapado de historia romana y no por ello su epopeya fue menos sangrienta.

La historia es una biblioteca, con sus buenos y sus malos libros; también es un arsenal; es un tesoro de experiencias, no es jamás un oráculo. Valéry era demasiado agudo para reprocharle a la historia el no ser una «ciencia útil», aunque mentalidades tan desemejantes como Jacques Bainville y Albert Mathiez hayan, ambos, saludado en la historia la escuela de la política. Pero, a todos los que llaman a la historia una ciencia, Valéry replica no sin ironía: "La historia es la ciencia de las cosas que no se repiten".[7] Sí, la historia estudia cosas que no se repiten; cuenta y contempla las singularidades; se renueva siempre, pues el hombre es eterno; no recomienza jamás, se prosigue, porque es vida. La Revolución Rusa no es la Revolución Francesa, pese a semejanzas inevitables que llaman más la atención que las diferencias profundas.[8] Si bien los acontecimientos se prolongan, si bien se sobreviven a sí mismos en sus consecuencias, jamás las situaciones reaparecen idénticas a sí mismas. Un relato inteligente de la Revolución Rusa insistirá en lo que la caracteriza, la especifica y la distingue de las demás revoluciones. El papel de la historia es desprenderse de las analogías superficiales y discernir lo que de irreductible hay en una experiencia singular por definición. Su interés radica precisamente en ese devenir irreversible.

Curado del cientificismo del siglo pasado y habiendo renunciado a formular leyes, el historiador colecciona modestamente hechos, hechos individualizados tanto en el tiempo como en el espacio. Esos hechos, —más exactamente los testimonios relativos a esos hechos—, los clasifica primeramente según el orden más sencillo, el del calendario. Si se contentase con esto, su obra sería puramente descriptiva, no explicativa. "El orden de las milésimas tiene el grande y restringido valor del orden alfabético".[9] ¡Lo que es hacer mucho honor al alfabeto! Sin volver al *post hoc ergo*

---

toria, véase G. Duveau, "Les mobiles humains en histoire", en *Diogène,* N° 22, pp. 42-44. París, 1958.

7. P. Valéry, *Variété,* t. 1, p. 162. A. J. Toynbee, "Est-ce que l'histoire se répète?", en *La civilisation à l'épreuve* (trad. del inglés por R. Villoteau). pp. 39 ss. París, 1951. Agudas observaciones de A. de Saint-Exupéry, *Citadelle,* p. 87. París, 1948.
8. Ya Malebranche observaba: "Hay dos tipos de mentes. Unas advierten fácilmente las diferencias de las cosas, y esas son las buenas mentes. Las otras imaginan y suponen semejanzas entre ellas, y esas son las mentes superficiales".
9. P. Valéry, *Variété,* t. 1, p. 157.



*propter hoc,** la anterioridad de los hechos expresa a veces relaciones de causa a efecto. Ya François Simiand afirmaba, mucho antes que Valéry, que esas relaciones cronológicas no son esenciales para la explicación.[10]

Fatalmente, el historiador escoge los hechos que considera notables. "¿Cómo juzga el historiador si un hecho es notable o no? Juzga arbitrariamente, según su gusto y su carácter, según su parecer, en suma, como artista".[11] ¡Pero uno se pregunta cómo se las arreglaría el historiador para no escoger en el caos que se le presenta! ¿No tiene derecho el historiador, como todo hombre de ciencia, de tener un problema preciso que resolver, una hipótesis de trabajo que verificar? Y es allí, en la determinación del problema, en la sensatez de la hipótesis, donde se reconoce al verdadero hombre de ciencia.[12] En este campo, la imposibilidad de experimentación no puede ser compensada sino por el rigor del método crítico y por incesantes verificaciones.

Las épocas más discutidas son particularmente propicias a esas oposiciones de escogimientos arbitrarios aunque razonados. De esta manera, la historiografía de la Revolución da a Paul Valéry la ocasión de anotarse un punto más: "Si escucháramos a Mme. Degas o a Mme. Le Bas, o al noble, puro y tiernamente severo Joseph de Maistre; o al grande y ardiente Michelet; o a Taine, o a Tocqueville, o al Sr. Aulard o al Sr. Mathiez, tendríamos otras tantas personas, otras tantas certidumbres; otras tantas visiones, otras tantas lecturas de textos. Cada historiador de la época trágica nos presenta una cabeza cortada que es objeto de sus preferencias".[13]

Se podría pensar, en fin, que una visión más completa de los acontecimientos suprimiría los compartimientos estancos y crearía una unidad de juicio. Para ello sería necesario que los historiadores conocieran todos los hechos, no solamente los hechos brutos sino también los fenómenos de opinión que los deforman y que actúan más aún sobre la historia que deviene: el mito de Napoleón hizo más por Napoleón III que el Napoleón de la historia. Todos los hechos: los que todo el mundo sabía y que, por consiguiente, nadie se tomaba el trabajo de escribir.[14] También aque-

---

10. F. Simiand, "Méthode historique et science sociale", en *Revue de synthèse historique,* t. 6, p. 133. París, 1903. G. Matisse, "Le hasard et les phénomènes orientés", en *Revue de métaphysique et de morale,* t. 45, p. 12. París, 1938.
11. A. France, *Le jardin d'Épicure,* p. 139. París, s. d. A propósito del criterio de importancia de los hechos: "La importancia es completamente subjetiva. La importancia se encuentra a nuestra discreción, como lo está el valor de los testimonios"; cfr. P. Valéry, *Variété,* t. 1, p. 156.
12. L. Febvre, *Combats pour l'histoire,* p. 8.
13. P. Valéry, *Variété,* t. 1, p. 155.
14. Opinión concordante de un "científico": H. Bouasse, *Géographie mathématique,* p. XIX. París, 1923.

* Después de esto, luego a consecuencia de esto.

llos que su lentitud hace imperceptibles.[15] Se necesitaría, finalmente, que la indagación de las causas no se viese irremediablemente comprometida por inevitables errores iniciales, desviaciones desdeñables en su principio pero mortales en sus desarrollos lógicos.

* * *

Tales son las principales observaciones, —a veces severas y frecuentemente irónicas—, que Valéry hace a los discípulos de Clío. ¿Quién no advierte que, reserva hecha de algunas fórmulas demasiado tajantes o de algunos juicios históricos inadecuados, estas observaciones agudas y matizadas no son en absoluto inconciliables con enfoques históricos positivos, e incluso con una filosofía de la historia que vale tanto como otras?

* * *

Por otra parte, Valéry, por ser buen crítico del mundo actual, posee un aguzado sentido de la historia. El filósofo, que a veces parece hacer padecer a la historia los errores de los historiadores, se revela por momentos historiador. Para él la historia es una abuela cuyas gafas hacen reír, pero que es imposible no querer. Nadie ha expresado mejor lo que la evolución humana tiene de móvil. Para él la historia no es el pasado aislado, sin relaciones con la vida social. El historiador debe ocuparse del pasado porque puede prolongarlo hasta el presente, incluso hasta el futuro. La historia es el pasado comprometido. Un mundo cuyas huellas encontráramos, pero sin poder establecer nexo alguno entre ese mundo y el de los hombres, no nos interesaría en tanto histórico; no sería más que un sueño, como el reino de Liliput; no sería sino un excelente campo más para la evasión espiritual".[16]

El historiador no puede ser un soñador, —lo sospechábamos—, ni un "pasadista". La ruptura, aunque fuese en nombre de la ciencia, entre el pasado y la vida, constituye el gran peligro que siempre se acompaña de la ruptura entre el historiador y el lector. Muy cierto es que sólo hay historia del pasado, y que es falaz proyectar en la historia nuestras pasiones actuales. Más cierto es todavía el reconocer que la vida nos

15. "Un acontecimiento que se dibuja en un siglo no figura en ningún diploma, en ningún volumen de memorias. Tal el papel inmenso y singular de la ciudad de París en la vida de Francia a partir de la Revolución. Tal el descubrimiento de la electricidad y la conquista de la tierra por sus aplicaciones. Estos acontecimientos inigualables en la historia humana aparecen, cuando aparecen, menos perfilados que tal o cual asunto más *escénico* y, sobre todo, más conforme a lo que tiene por costumbre informarnos la historia tradicional". P. Valéry, *Regards sur le monde actuel,* p. 25.

16. F. von Hayek, *Scientisme et sciences sociales* (trad. del inglés por R. Barre), p. 93. París, 1953.



arrastra, que la historia jamás termina y que "el pasado no es sino el presente vuelto invisible y mudo".[17]

El propio Valéry respondió diestramente a quienes sólo esperan de la historia visiones estrechas, afirmaciones rígidas y conclusiones definitivas: "Todas las veces, dice, que la historia se apodera de vosotros, que pensáis históricamente, que os dejáis seducir para revivir la aventura humana de alguna época pasada, el interés que tomáis está por completo impregnado del sentimiento de que las cosas hubieran podido salir de otro modo, desarrollarse muy diferentemente. A cada instante suponéis un *instante-siguiente* diferente del que siguió: en cada presente imaginario en que os colocáis, concebís un porvenir diferente del que se realizó. *¿Si Robespierre hubiese triunfado? ¿Si Grouchy hubiese llegado a tiempo al campo de Waterloo? ¿Si Napoleón hubiese tenido la marina de Luis XVI y algún Suffren?... Si... Siempre si...* Esta pequeña conjunción *si* está llena de sentido. En ella reside quizá el secreto de la más íntima ligazón de nuestra vida con la historia. Ella comunica al estudio del pasado la ansiedad y los motivos de expectativa que nos definen el presente. Ella da a la historia las potencias de las novelas y los cuentos. Nos hace participar del suspenso ante lo incierto, en lo que consiste la gran sensación de las grandes vidas, la de las naciones durante la batalla en que se juega su destino, la de los ambiciosos en el momento cuando ven que la siguiente hora será la de la corona o la del cadalso, la del artista que va a quitar el velo a su mármol o a dar la orden de quitar las cimbras y los puntos que aún sostienen su edificio".[18]

Definir el presente parece la preocupación fundamental de Valéry. Diga lo que diga, se esfuerza en ello mediante hábiles confrontaciones con el pasado, no solamente con el pasado posible sino también con el pasado real y conocido, es decir, con la historia. El es un admirable intérprete de las más altas angustias del período entre las dos guerras. Empezó por precisar claramente las diferencias entre las edades históricas separadas por una guerra que debía ser la última: "Los fenómenos políticos de nuestra época se acompañan y se complican con un cambio de escala sin ejemplar, o más bien de un cambio de orden de las cosas. El mundo al cual comenzamos a pertenecer, hombres y naciones, no es una figura semejante al mundo que nos era familiar. El sistema de causas que gobierna la suerte de cada uno de nosotros, al extenderse en adelante a la totalidad del globo, lo hace resonar por completo a cada sacudida; ya no hay cuestiones locales, ya no hay cuestiones acabadas por haber finalizado en un punto [...] Las consecuencias de la reciente guerra[19] nos presentan acontecimientos que otrora habrían determinado durante largo

17. M. Webb, *Sarn* (trad. del inglés por J. de Lacretelle), p. 15, París, 1930.

18. P. Valéry, *Variété,* t. 1, p. 159. H. Butterfield, *History and Human Relations,* p. 178. Londres, 1951. Véase también R. Aron, *La sociologie allemande contemporaine,* p. 114. París, 1950.

19. Escrito entre 1918 y 1931.

tiempo y en el sentido de su decisión la fisonomía y la marcha de l política general, transcurrir en algunos años, debido al número de la partes, a la ampliación del teatro, a la complicación de los intereses, com vaciados de su energía, amortiguados o contradichos por sus consecuen cias inmediatas".[20]

Así armado de prudencia crítica, Valéry es tanto más fuerte par conocer su tiempo, para juzgarlo o para lamentarlo. Hay en él una diver sidad de dones que desconcierta y que encanta. La profundidad de la perspectivas, la calidad de la emoción, la combinación audaz de elemen tos dispares, se agrupan en la visión del lector formando una síntesis inol vidable.[21]

Valéry se burló de los historiadores: contra ellos, defendió la historia Desilusionado y todavía entusiasta, él es de los que se burlan de Cli pero no escapan a su seducción.[22] Recordemos sus mejores páginas, l fragilidad de las civilizaciones, la sugestiva evocación del Europeo, afor tunado habitante del gran cabo asiático,[23] y, de paso, destaquemos est precisión que resume bien la postura crítica del autor: "Pero no vayáis a creer que sea inútil la meditación sobre el pasado en lo que tiene de acabado. [...] Temo que la historia casi no nos permite prever, pero asociada a la libertad de espíritu, puede ayudarnos a ver mejor".[24]

Ver mejor, ¿es eso el todo de la historia? No, Valéry va más lejo cuando describe, no sin audacia, cómo la historia misma nos ayuda a pinta un porvenir que ella ignora: "El porvenir, por definición, carece e absoluto de imagen. La historia le da los medios de ser pensado. Ell forma, para uso de la imaginación, una tabla de situaciones y de ca tástrofes, una galería de ancestros, un formulario de actos, de expresio nes, de actitudes, de decisiones ofrecidas a nuestra inestabilidad y a nuestra incertidumbre, para ayudarnos a devenir".[25] En este sentido, pues y sin caer en ningún determinismo, la historia es preformadora del fu turo. Incluso si en ello no siempre hay por qué felicitarse, —pues ciert

20. P. Valéry, *Regards sur le monde actuel*, pp. 64, 68. Ya Michelet, en 187? había hecho consideraciones semejantes; cfr. D. Halévy, *Essai sur l'accélé ration de l'histoire*, p. 9. París, 1948.

21. P. Valéry, *Variété*, t. 1, pp. 13-17: "Nosotras, las civilizaciones, ahora sa bemos que somos mortales...".

22. "Quizá sea que la historia es sobre todo Musa, y que se prefiere que lo sea. De ser así, nada más tengo que decir... Honro a las Musas"; cfr. P Valéry, *Variété*, t. 1, p. 158. Véase también F. E. Sutcliffe, *La pensée de Paul Valéry*, p. 172. París, 1955.

23. P. Valéry, *Variété*, t. 1, pp. 31-49.

24. P. Valéry, *Variété*, t. 1, pp. 163, 165.

25. P. Valéry, *Regards sur le monde actuel*, p. 19. P. Masson-Oursel, *La morale et l'histoire*, p. 102. París, 1955.



historia hace al hombre prisionero de su pasado—[26], no se puede poner en duda este hecho: la historia alimenta la historia, la historia se nutre de sí misma. Ella se revela así profunda y esencialmente humana. Si el presente ilumina el pasado, el pasado mismo ilumina el futuro. Cada generación se forma una filosofía de la historia a su imagen y a su medida, puesto que ella califica su pasado por medio del presente que se aleja y piensa su futuro en función del pasado.

* * *

Los historiadores, que no creen en absoluto poseer la verdad pero que no se cansan de buscarla, no podrían negar el relativismo de la historia y la subjetividad del historiador.[27] El juicio crítico debe esclarecerlos acerca de sí mismos; les muestra que el más objetivo sigue siendo siempre un impresionista. Valéry hizo un apreciable servicio a los eruditos al obligarlos a repensar las condiciones de su oficio, a vigilar los procedimientos de su mente.

* * *

La historia es inseparable del historiador, dice Valéry. En lugar de querer refutarlo, completemos su fórmula inspirándonos en su propio ejemplo.[28] Es más fácil denigrar de la historia que prescindir de ella. Amada o difamada, nos toca tan de cerca que no podemos eludirla. Es una función del espíritu, una categoría del conocimiento, una parte de nosotros mismos, vive de nuestra vida y no podrían arrancárnosla sin empobrecernos. ¡Cuánto supo guardarse Valéry de semejante mutilación! Si la historia es inseparable del historiador, el hombre es inseparable de la historia.

26. Al igual que la experiencia personal, la historia puede volverse paralizante, sugerirle a los políticos y a los militares soluciones superadas, suplantar un esfuerzo indispensable de imaginación.

27. R. Aron, *Introduction a la philosophie de l'histoire*, p. 120. París, 1938.

28. Por otra parte, el propio Valéry, cuando se convierte en biógrafo, cede a la presión de sus opiniones variables; cfr. p. 73.

SEGUNDA PARTE

# APLICACIONES DE LA CRITICA HISTORICA

# *RETRATOS DE FELIPE II*

"De mí se dice siempre demasiado mal o demasiado bien. Gozo de los honores de la exageración".

TALLEYRAND

Felipe II es uno de los grandes hombres más discutidos de la historia. No es poco lo que han contribuido a consolidar su reputación, a acrecentar su prestigio misterioso, las polémicas que alrededor de su nombre se desarrollan desde hace tres siglos. Sobre el éxito y la actualidad misma de Felipe II basta como prueba el número de las publicaciones más diversas, —desde el análisis erudito hasta el reportaje histórico—, que mantiene el recuerdo del infortunado soberano.[1]

Hijo del flamenco Carlos V y de una princesa portuguesa, Felipe fue regente de España a los dieciséis años. Doce años más tarde recibió de su padre la corona española; su reino se prolonga hasta los confines del siglo. En vísperas de su muerte es todavía el príncipe más poderoso de Europa, rey Católico, rey de España, rey de Portugal, rey de las Dos Sicilias, soberano de los Países Bajos y del Franco Condado, pretendiente de los tronos de Inglaterra y de Francia, dueño del primer imperio colonial del mundo. Es uno de los cinco grandes monarcas de su tiempo, junto con Isabel, Solimán el Magnífico, Iván el Terrible y Akbar. Gracias a las victorias de sus tenientes, contuvo a Francia en San Quintín y al Islam en Lepanto. El siglo de Felipe II es el siglo de la hegemonía española y el Siglo de Oro de España, el del Greco y Calderón, de Góngora y Cervantes, de San Igna-

1. He reducido al mínimo las referencias. Todas las citas textuales están tomadas de publicaciones muy conocidas que enumero sucintamente. Casi está por demás nombrar las historias generales de España de Altamira, Ballesteros, Merriman y Menéndez Pidal. Estado actual de la controversia: H. Lapeyre, *Autour de Philippe II*, en *Bulletin hispanique*, t. 59, pp. 152-175, Burdeos, 1957.

cio y Santa Teresa. Edificado por voluntad del rey, un inmenso, extraño y espléndido palacio, el Escorial, lleno de sus recuerdos y de su pensamiento, testimonia aún hoy la gloria de un reinado cuyos grandes hechos perduran en todas las memorias.

Se ha escrito mucho sobre Felipe II. Entre los historiadores modernos, —me refiero a los biógrafos a los que limito mi indagación—, es fácil discernir dos tendencias principales. Unos son, en suma, más bien fieles a la tradición histórica del siglo XIX y, por consiguiente, poco favorables a Felipe II.[2] Otros, por el contrario, —nuestra época es golosa de rehabilitaciones—, llegan valientemente hasta hacer la apología del rey.

En pro de Felipe II, pues, se alistan Charles Bratli, Julián Juderías, Fernández Montaña y, finalmente, Louis Bertrand, Louis Pfandl y Reinhold Schneider.[3] Además, argumentos extrínsecos como la victoria de Franco no han dejado de aportar coronas al rey unificador. Podemos decir que la tendencia actual de los estudios, así como de la opinión, se revela en su conjunto simpatizante de Felipe II. Es un hecho notable de la historiografía: el Rey Católico gana al ser estudiado con mayor cuidado y objetividad.

En efecto, el Felipe II que conocemos, que creemos conocer, quizá no sea tanto el de la historia como el de la novela y la poesía, el de Saint-Réal, de Schiller, de Verlaine, de Verhaeren o de Hugo.

La atroz reputación de Felipe II data de su tiempo. La política confesional del rey lo convierte en el defensor ciego, a ultranza e inflexible de la unidad cristiana a toda costa. En España, los judíos, los moros, los luteranos; en los Países Bajos, los calvinistas; en Inglaterra, los protestantes; en Francia, los hugonotes; en el Mediterráneo, los turcos, tales son los enemigos que no pudieron perdonar a Felipe II su pretensión de obligarlos a todos a pensar y a creer como él.

En vida del rey, dos hombres enriquecieron y fijaron la "leyenda negra" sobre él. Guillermo de Orange, jefe de los rebeldes de los Países Bajos, es autor del primer retrato literario de Felipe II; por cierto, un retrato singularmente poco parecido. La *Apología* del príncipe de Orange acusa al rey, —"el demonio del Mediodía"—, de todos los crímenes, incluso bigamia, incesto e infanticidio.

Pocos años después de esta publicación retumbante, Felipe II se ganó un adversario más peligroso, su propio secretario de Estado, Antonio Pérez. Este personaje enigmático, convertido en enemigo íntimo de su amo, publicó en París unas *Relaciones* que conmovieron toda Europa. En ellas, Pérez recoge los alegatos más escabrosos y se jacta, lo que es más grave, de haber sido testigo de las fechorías de su rey.

Incuestionablemente que se trata, en esos casos, de obras de partidarios. Su valor histórico se ve por ello muy disminuido, pero no por ello su éxito fue menos considerable, mientras Isabel de Inglaterra y Catalina de Médicis se ocupaban de propagar semejantes acusaciones.

Salvo en España, la posteridad se mostró implacable con la memoria de Felipe II. En los Países Bajos, especialmente, se hizo recaer en su persona tanto la impopularidad de Granvelle como los excesos del duque de Alba. El historiador norteamericano Motley osó escribir que Felipe II "¡había resuelto hacer del asesinato de Montigny una obra maestra!".[4] En Inglaterra se prefería a la cruel Isabel. En Francia, el "bien vale París una misa" atribuido a Enrique IV parecía menos desagradable que la fidelidad bravía del Rey de España a su religión. Enemigo de Inglaterra y de Francia, incluso detestado en los Países Bajos, Felipe II fue mal defendido. La mayoría de los autores, imbuidos de prejuicios religiosos o nacionales, no tuvieron para él sino críticas impregnadas de reprobación. El propio siglo XIX, el siglo de la historia, le fue desfavorable en su conjunto; le condenó sin concederle las circunstancias atenuantes que cabía esperar de una filosofía histórica que se amparaba en aquella teoría de los términos medios, de la cual el infortunado rey habría podido proporcionar un ejemplo impresionante.

Llegan, al fin, los modernos. Entre los trabajos que enumeré los que han tenido más repercusión son sin duda la tesis del danés Bratli, elogiosamente acogida por el mundo de los eruditos, y los volúmenes alertas de Louis Bertrand, que propagan hasta en el público en general, siempre dispuesto a seguir a un escritor de la Academia Francesa, la idea de un Rey Católico verdaderamente católico.

Llevado del entusiasmo de una demostración original, Charles Bratli exageró inconscientemente los méritos de su héroe y disimuló las taras de su carácter.[5] De escucharlo, las más oscuras páginas de su reinado, —incluso los asesinatos políticos—, se justificarían por "los más altos intereses, los destinos de la Iglesia y del Estado", en una palabra, por "la prudencia política".[6] Más todavía, Felipe II se vuelve "el mártir de su ideal".[7]

---

2. J. L. Motley, *La révolution des Pays-Bas au XVIe siècle* (trad. del inglés), Bruselas, 1860. M. A. S. Hume, *Philip of Spain*, Londres, 1897. J. Cassou, *La vie de Philippe II*, 15ª edición, París, 1929. D. Loth, *Philippe II*, París, 1933. C. J. Cadoux, *Philip of Spain and the Netherlands*, Londres, 1947. H. Kesten, *Philippe II, le démon de l'Escurial* (trad. del alemán), París, 1958. O. Ferrara, *Philippe II* (trad. del español), París, 1961.
3. Ch. Bratli, *Philippe II, roi d'Espagne. Etude sur sa vie et son caractère*, París, 1912; la edición danesa es de 1909, la española de 1927. J. Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*, Madrid, 1914, 2ª ed., 1917. J. Fernández Montaña, *Felipe II el Prudente y su política*, Madrid, 1914. L. Bertrand, *Philippe II à l'Escorial*, París, 1929. W. Th. Walsh, *Philip II*, Londres, 1937. J. M. March, *Niñez y juventud de Felipe II*, 2 v., Madrid, 1941-1942. L. Pfandl, *Philippe II (1527-1598). Une époque, un homme, un roi* (trad. del alemán), París, 1942. R. Schneider, *Philippe II ou pouvoir et religion* (trad. del alemán), París, 1943. Completar con G. Marañón, *Antonio Pérez*, 3ª ed., 2 v., Madrid, 1951.

4. J. L. Motley, *op. cit.*, t. 3, p. 256.
5. Bratli, *op. cit.*, pp. 104, 114.
6. Bratli, *op. cit.*, pp. 107, 109.
7. Bratli, *op. cit.*, p. 119.

Se concibe el éxito de un libro tal en la católica España de ante de la Primera Guerra Mundial. Seguidamente, dos publicistas de la Penínsu desarrollaron, dirigidos a sus compatriotas, los capítulos un tanto sumario de Bratli. El propio título de esas publicaciones revela sus tendencias: *L leyenda negra y la verdad histórica,* por Julián Juderías; *Felipe el Pruden y su política,* por el padre Fernández Montaña. De ahora en adelante l que está planteado ya no es la rehabilitación del hijo de Carlos V, sino s apología.

Viene luego Louis Bertrand con todas las seducciones de su estilo. N es el innovador que quizá se imagine, sino el vulgarizador literario de l tesis defendida antes que él. Cierto que el juicio de Bertrand está influid por sus ideas políticas, —las de un absolutista extraviado en nuestro mun do democrático—, como antes Voltaire se reveló incapaz de juzgar serena mente a un hombre que se le parecía muy poco, un rey devoto, escrupu loso, de espíritu geométrico si alguna vez los ha habido.

Lo excesivo en las conclusiones del célebre académico le enajenó numerosos historiadores de valor, pero no debe velar a nuestros ojos la cualidades de su esfuerzo de simpatía. Sin embargo, lo que desconcier en Louis Bertrand es su método. Sensatamente, pone en duda lo que llam la "versión oficial" del reinado, es decir, las disertaciones de oscuros hi toriógrafos reales del siglo XVI, tan halagüeñas para con Felipe II com severas para con sus enemigos. Luego, tras habernos advertido acerca de l fragilidad de esos tributos, y haber hecho este reconocimiento al espírit crítico, los repite: conocemos este método que consiste en volver a toma numerosas veces la misma fórmula dubitativa, como si se hiciese más pesad repitiéndola, haciéndola penetrar en las mentes hasta que pase, de dud en duda, por verdad demostrada. Se tendrá una idea de los procedimiento críticos de Louis Bertrand por lo que nos dice de la muerte de don Jua La acusación de envenenamiento del príncipe, no por Felipe sino por u adversario del rey, no ha sido jamás probada ni refutada. Sería de la mayo ingenuidad el admitir como pruebas "científicas" los alegatos de los mé dicos de entonces. "En regla general", continúa doctoralmente Louis Be trand, "en los siglos XVI y XVII, cuando se trata de envenenamiento, es se sato comenzar por creerlo, hasta tal punto era entonces el veneno de u corriente, a reserva de verificar el asunto, si posible". Todo historiador s rio, no obsesionado por el romanticismo de los "gabinetes secretos de la historia", escribirá, por el contrario: es prudente rechazar esos relatos, a re serva de creerlos si su verdad es demostrada.[8]

Tanta confianza en algunos textos elegidos está acompañada en Louis Bertrand por el culto a la originalidad. "Para este estudio estrictamente his tórico —dice en su prefacio—, me esforcé por no utilizar sino documentos originales".[9] Nuestro historiador quiso solamente anunciar que a nadie debí

8. H. Hauser, reseña de *Philippe II et Antonio Pérez,* por L. Bertrand, en *Revu historique,* t. 162, p. 156, París, 1929.
9. Bertrand, *Philippe II à l'Escorial,* p. 7.



su tesis, que había retomado la historia de Felipe II a partir de las fuentes. Este meritorio designio se vuelve sospechoso cuando se advierte que justifica, según el parecer del autor, el silencio sistemático en que sume a sus predecesores.[10]

Felipe es "casi un santo", y el monasterio del Escorial es el perfecto espejo de su devoción.[11] Es "humilde", pues mendiga dinero, ¡hasta de sus súbditos![12] "Jamás conoció la duda ni la inquietud. Su conciencia estaba tan tranquila como la inmensa llanura de ondulaciones coaguladas sobre la que edificó su monasterio".[13] En suma, no hay en absoluto sombra en el cuadro, y en Felipe "resplandece un tipo de humanidad por completo superior". Tal es la conclusión poco matizada de esta obra, conclusión que Ludwig Pfandl habría de ampliar todavía más sin darle mayor justificación.

Someter semejantes apreciaciones a una crítica severa es un deber. ¿No es Felipe II "una de las almas más herméticas, más envuelta en tinieblas, de que la historia nos haya legado recuerdo"?[14]

* * *

Quien después de haber escuchado tanto a los abogados como a los acusadores de Felipe II se esfuerza, sin prejuicio, por puntualizar, se siente antes que nada muy embarazado por tantas contradicciones entre sus autores. ¿Es Felipe un santo o un libertino, un hombre confiado o un político cauteloso, una brillante inteligencia o un papelista mediocre, un hombre de genio o un degenerado, un rey cristiano o un orgulloso tirano? ¡Todas estas opiniones han sido defendidas! Es cierto que es difícil analizar ese carácter, cuando se tienen sobradas buenas razones para sospechar tanto de sus detractores como de sus turiferarios. A nuestra vez, intentemos sin embargo esbozar el retrato del Rey Católico en la plena madurez de su vida y de su reinado.

Previamente, veamos al rey tal lo vieron pintores como Antonio Moro, el Ticiano, el Greco y Pantoja de la Cruz. Felipe no era un hombre apuesto; era bajo de estatura, de cara larga, la barba y el cabello muy rubios, de grandes ojos azules, nariz recta, y boca gruesa y sensual con el prognatismo de los Habsburgo. En toda su persona se marcan el sentido soberano de la dignidad, el gusto de la exactitud y el amor al orden.

Escuchemos ahora el testimonio de los médicos. Se dice a veces que Felipe II fue un degenerado, un loco coronado. Hay en esto un prejuicio

10. Bertrand ni siquiera nombra a Bratli, pero sí a Mignet. En *Philippe II à l'Escorial,* p. 265, dice: "muchos de nuestros historiadores", condenándolos en conjunto y sin nombrarlos.
11. Bertrand, *Philippe II à l'Escorial,* p. 22.
12. Bertrand, *op. cit.,* p. 212.
13. Bertrand, *op. cit.,* p. 17. Schneider, *op. cit.,* p. 64.
14. Bertrand, *op. cit.,* pp. 17, 265.

que es necesario apreciar con justicia. La ascendencia del rey estaba tara por matrimonios consanguíneos, trastornos mentales y diversas enfermedade Esta pesada herencia no impidió a Felipe sobrepasar los setenta años si entregar a otros la dirección efectiva de sus Estados. En este campo, a la v psicológico y fisiológico, el rey gana cuando se le conoce mejor. Cuand más señalaremos más adelante un aspecto, bastante benigno por cierto, de psicastenia propia de Felipe II. La famosa degeneración de los Habsbur le es posterior: él forma parte de la causa sin sufrir sus efectos, mientr que su desmedrado sucesor, Felipe III, nacido del cuarto matrimonio Felipe II (con una de sus sobrinas), fue un verdadero anormal.[15]

Después de haber evocado la personalidad física del rey, pasemos examen de su carácter. Puesto que Felipe quiso ser, en toda la fuerza d término, Rey Católico y reformador, observémosle en su fe y en sus co tumbres. El ideal de Felipe II era ser un soberano religioso. "No se le apr ciará de una manera equitativa si no se está familiarizado con la conce ción católica del mundo y de la vida. Presentar a Felipe como un hipócr en materia de religión es equivocarse groseramente y calumniarlo. Es ver símil que en este espíritu desprovisto de audacia y hasta un poco lento jamás penetrase la sombra de una duda sobre las verdades religiosas". F lipe II no tenía cabeza filosófica. La entera sinceridad de sus conviccion religiosas tiene como garantía no solamente su larga vida plena de labor y de tribulaciones y pobre de disfrutes, sino también la paciencia heroi y la resignación completa con que soportó los más espantosos sufrimient corporales.

Quizá fue con ocasión de la muerte de su hijo Diego cuando se revel mejor la profundidad de sus sentimientos religiosos. El infortunado pad escribió entonces al cardenal Granvelle: "Es un golpe tanto más terrib cuanto que sigue de muy de cerca a otros. Pero doy gracias a Nuest Señor por todo lo que le plazca hacer; me resigno a su divina voluntad le suplico que baste con este sacrificio".

La sinceridad de Felipe II no parece menos evidente en su deseo d ser útil a sus súbditos, cuya suerte le preocupa constantemente. ¿La maje tad real no es para él una institución divina? Mucho más, el rey es vicario de Dios, y piensa que defender el trono es también defender altar. El duque de Alba expresa todo el pensamiento de su señor cuand proclama ante Catalina de Médicis escandalizada: "Antes que consent en reinar sobre herejes, el rey preferiría perder la corona y la vida".

En su retiro monástico del Escorial, Felipe se entrega a la piedad qu con el trabajo, lo libera de sí mismo. Asiste a los oficios de los religios como un simple monje. En su habitación, donde mantiene al alcance de l

15. Cabanès, *Fous couronnés*, p. 49 ss., París, s. d.

16. R. Baumstark, *Philippe II, roi d'Espagne* (trad. del alemán por G. Kurth), 187, Lieja, 1877. Hacemos notar que Baumstark, cuya publicación en alem data de 1875, puede ser considerado como el precursor de Bratli.



mano tratados de ascética y de mística, un cuadro sugestivo de Jerónimo Bosch representa los siete pecados capitales y las torturas del infierno. Cuando se hace retratar, posa desgranando un rosario entre sus dedos gotosos.

Su preocupación religiosa no juzga indiferente el menor detalle y lo conduce a exigencias pueriles. Parece envidiar a Enrique VIII de Inglaterra, el rey-papa, y presagiar a José II, el rey-sacristán. "Me parece —escribe Felipe— que la fiesta del Angel de la Guarda debe celebrarse el primero de marzo. Ver si, en el oficio de Santa Ana, no convendría introducir la epístola *Mulierem fortem;* en el oficio de las Once Mil Vírgenes, ver si no sería necesario hacer figurar la conmemoración del santo. [. . . ] En los misales impresos por Plantin se dice por una parte que en las misas de difunto se debe decir *Lavabo inter innocentes,* sin el *Gloria Patri,* y por otra que ese salmo no debe ser cantado".

Fue mucho peor cuando quiso asegurar su paso al otro mundo: pidió treinta mil misas, y "¡lo más pronto posible!". Tan sólo para este servicio perpetuo, cuyo ceremonial es minuciosamente pautado por el rey, se necesita un verdadero ejército de sacerdotes. Es lo que nos explica que el Escorial, la más notable fundación religiosa del rey, sea más un monasterio que protege una tumba, que un castillo injertado sobre un trono.

En cuanto a la moral de Felipe II, es incognoscible, de tan sospechoso que son los relatos que lo acusan, con un lujo de detalles que asombra a la imaginación más calenturienta. No estaría lejos de creer en los desbordamientos de Felipe, en ciertas épocas de su vida, pero mientras que Carlos V exhibía a sus favoritas y a sus bastardos, su hijo, si los tuvo, no se jactó jamás de ello.[17]

Se pensará que cuando menos su crueldad no es discutible, pero en esto también se plantea un problema. Felipe II no fue un monstruo sin entrañas, un egoísta satisfecho. Se ha llegado hasta imputarle la trágica muerte de su hijo don Carlos, pero lo que se puede reprochar a Felipe II en este tenebroso caso, es la enclaustración atroz impuesta a un hijo anormal por su propio padre, en nombre de la razón de Estado.

No obstante, el rey habitualmente se muestra tierno para con sus hijos. La lectura de su correspondencia íntima es edificante desde este punto de vista.[18]

He aquí, por ejemplo, lo que escribió a sus hijas durante uno de sus escasos viajes: "Me alegro de saber que vuestro hermano sólo tuvo una

17. Ver también Pfandl, *op. cit.*, p. 519 ss. Cadoux, *op. cit.*, p. 115.

18. L. P. Gachard, *Lettres de Philippe II à ses filles, les infantes Isabelle et Catherine (1581-1583)*, París, 1882. H. Delehaye, *Philippe II d'après sa correspondance intime*, en *Précis historiques*, t. 35, pp. 175-194, Bruselas, 1882. Schneider, *op. cit.*, p. 67. Recientes exposiciones de Gh. De Boom, *Don Carlos, l'Héritier de Jeanne la Folle*, p. 102 ss., Bruselas, 1955, y de Ferrara, *op. cit.*, pp. 121 ss.

fiebre leve y que ya se recuperó. Mi hermana me mostró la pintura de un caballo que me parece mejor que sus obras precedentes; decídselo y añadid que tengo libros de pintura que le llevaré a mi regreso. Mi hermana me dice que su retrato no está logrado, que se ve mejor de lo que el pintor lo presentó. [. . .] Al examinar ese retrato me pareció que vuestro hermano ha crecido, pero no que tenga mejor aspecto. Querría veros a todos en lugar de vuestros retratos. [. . .] Me dan muy buenas noticias de vosotros y me dicen que estáis muy grandes; según eso es necesario que hayáis crecido mucho, al menos la menor. Si tenéis medidas, hacedme saber cuánto habéis crecido desde que os vi, y enviadme vuestras medidas tomadas exactamente con cintas de seda o de hilo; añadid las de vuestro hermano. Estaré encantado de verlas, pero lo estaría más de veros a todos. Espero que Dios me concederá muy pronto esta alegría; rogadle y suplicadle que disponga las cosas de manera que eso pueda hacerse y que os guarde como lo deseo".*

¿No es encantador? Ese lenguaje sencillo y humano no es el de un corazón seco, y si Felipe II no se aproxima a la proverbial jovialidad de un Enrique IV, es porque la conciencia de sus responsabilidades y el imperio que ejercía sobre sus sentimientos lo contenían en sus efusiones. Como muchos tímidos, sólo era elocuente pluma en mano.

¿Las violencias que marcaron el gobierno de Felipe II serían incompatibles con la bondad que el rey demostraba a sus hijos? ¡Ciertamente que no! Felipe creía cumplir los deberes de su cargo dando a la represión de los disturbios el aspecto de una expedición colonial. Compenetrado hasta el escrúpulo con la importancia de su misión, usó con intemperancia de las severidades que el régimen penal de su tiempo ponía a su disposición. Nada permite creer que haya experimentado el menor sentimiento de crueldad. Había en Felipe varios hombres, uno nutrido por el Evangelio, otro formado por Maquiavelo; había el que leía a Santa Teresa y enviaba flores a sus hijitas, pero había también el que quemaba a los herejes y castigaba a los "salvajes", fuesen moros o flamencos.

Aparte de sus cartas familiares, es necesario convenir en que Felipe II no irradiaba en absoluto alegría. De Madrid, que le debe su verdadera grandeza, hizo la capital más solemne de Europa, y del Escorial hizo una piadosa prisión, una especie de museo para reliquias. No importa que Louis Bertrand nos diga que el rey, en las grandes ocasiones, rogaba a los seminaristas que danzasen; la vida que llevaba y que sus familiares debían llevar con él era asombrosamente burguesa y devota, dominada por la calma espantosa de un señor que ya no recordaba haber sido joven. Felipe reinaba a través del silencio de la Corte y la rigidez de la etiqueta.

El Rey Católico carecía del prestigio que confiere a los jefes un aspecto marcial, la elocuencia incluso hueca, la destreza del jinete y del

* Nos fue imposible localizar el original español (*N. de T.*).



torero. A Carlos V le gustaba y sabía lidiar personalmente el toro; sus súbditos españoles apreciaban altamente esas proezas que Felipe II ni siquiera intentó igualar. El hijo de Carlos V tomaba su desquite en el terreno de las artes. Era un conservador de museo en potencia. Un hombre tan ordenado no podía menos que adorar las colecciones. Rico con todo el oro de América, ponía su orgullo de rey en los tesoros reunidos en el Escorial, "la octava maravilla del mundo". En el siglo XVII un elegante escritor, Baltasar Gracián, alabó en Felipe II al hombre de gusto y al mecenas. He aquí su relato: "Presentóle un mercader portugués una estrella de la tierra, digo un diamante de Oriente, cifra de la riqueza, pasmo del resplandor; y cuando todos aguardaban, si no admiraciones, reparos en Filipo, escucharon desdenes, no porque afectase al gran monarca lo descomedido, como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre a milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¡Qué paso éste para una hidalga fantasía! 'Señor —dijo—, setenta mil ducados que abrevié en este digno nieto del sol, no son de asquear'. Apretó el punto Filipo, y díjole: '¿En qué pensábais cuando disteis tanto?' 'Señor —acudió el portugués—, como tal, pensaba en que había un rey Filipo II en el mundo'. Cayóle al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y mandó luego pagarle el diamante y premiarle el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el precio y en el premio".[19]

Tales rasgos son raros en la vida uniforme de Felipe II. No podía agradarle lo excepcional: hasta lo imprevisto le chocaba. No gustaba de los viajes, pues contrariaban sus hábitos caseros; no le agradaban las armas, puesto que jamás participó en un combate; tampoco le agradaban los discursos, que no le permitían la reflexión lenta y laboriosa en su despacho solitario, "la cámara del rey, el nudo vital del Escorial y de España, el centro desde el cual Felipe teje su tela y su sudario. Desde su lecho puede contemplar, por la ventana, el desierto, y, por un vano ingeniosamente dispuesto, el gran altar de la basílica".[20]

Así, en la celda que había elegido, el rey trabajaba todo el día abriendo él mismo el correo diplomático, anotando despachos, cartas y peticiones, como si nada más hubiese tenido que hacer. Le era más fácil escribir que reinar, y garabateaba sin descanso observaciones de todo orden, políticas, filosóficas, morales. Respondía por escrito a las preguntas que se hacía a sí mismo mientras leía sus documentos. Esta actividad satisfacía su inquieto deseo de hacerlo todo por sí mismo, mientras disimulaba bastante hábilmente el raquitismo de su espíritu.

Nada escapaba a su crítica minuciosa, ni las cartas familiares ni los textos litúrgicos, ni los informes de los embajadores. A su hija le escribía seriamente: "Me decís, hija, que vuestro hermano se ha distinguido; queréis decir probablemente vuestra hermana, como lo indica lo que escri

19. Cassou, *op. cit.*, p. 21; no garantizo la autenticidad del diálogo.
20. Cassou, *op. cit.*, p. 47.

bís más adelante. Habéis puesto una *o* en lugar de una *a;* también habéis olvidado una palabra. Estábais seguramente de prisa cuando escribisteis la carta".

Cuando emprende la edificación del Escorial, regula personalmente, mediante ordenanzas minuciosas, el turno de los equipos, el abastecimiento de los obreros, la manera de cuidar los bueyes, al igual que el régimen de los enfermos del hospital: nada escapa a su genio meticuloso.[21]

A veces recomienda a sus ministros caligrafiar personalmente sus cartas. Extremaba hasta tal punto su manía de las anotaciones que si en texto descifrado de un documento encontraba un nombre de lugar o de persona mal escrito, se tomaba el trabajo de rectificarlo; si algún pasaje, aunque fuese insignificante, le parecía oscuro, lo señalaba a sus secretarios.

Godefroid Kurth, que pasó unas cuantas horas en los archivos de Simancas, describió muy bien la manera como trabajaba Felipe II. "La primera pieza que llamó mi atención —relata— fue un despacho español remitido al rey desde Bruselas por el duque de Alba, con fecha 19 de enero de 1569. Esta pieza, que figura en el legajo con el número 16, es parcialmente directa y parcialmente cifrada. En uno de los pasajes directos el Duque se expresa de esta manera: «Envié a don Fadrique a Amberes para situar allí como guarnición ordinaria una parte de las tropas españolas recién llegadas: ocuparán el castillo. En cuanto a las demás, debe acantonarlas en sus alojamientos respectivos. Con el fin de castigar la irreverencia de los habitantes de Diest y de Léau, envío a alojarse allí a diez banderas de infantería que vivirán unos cuantos días a costa de la población; eso servirá de escarmiento a las demás ciudades». Este pasaje dio que hacer al rey. Escribió al margen: «No comprendo esa palabra *Leo* [sic] y jamás oí mencionar un lugar con ese nombre. Ver si no es una palabra cifrada y si no tiene otro sentido, lo que bien podría ser». E inmediatamente debajo de esta primera nota, sin duda algunos días más tarde, añadió la siguiente: «Después examiné nuevamente el pasaje; quiere decir *y les embio;* sin embargo, la *s* se parece más a una *o* que a una *s*». Me parece que esto vale la pena comentarlo. Leyendo el despacho, Felipe II, sospecha un poco de que *Leo* sea un nombre de ciudad; el contexto bastaba para indicárselo. Pero, no habiendo oído jamás mencionar una localidad de tal nombre, ignorando que tal ciudad existiese en las provincias de los Países Bajos, el solitario escribano se lanza a conjeturar y se pregunta si *Leo* no es una palabra cifrada y si no tiene otro sentido. «Examinaremos esto con la mente descansada», se dice, y pasa a otros papeles. ¿Cuánto tiempo necesitó? ¿Meditó durante sus insomnios sobre el problemita de criptografía que acababa de plantearse, o fue solamente al regresar a la mesa de trabajo, y al encontrar sobre ella el documento puesto en reserva, cuando imaginó su intento de descifrarlo? No lo sé... El monarca en cuyos estados no se ponía el sol no logró, pues, saber que en su Ducado de Brabante existía una ciudad llamada Léau. Y continuando sus laboriosas reflexiones sobre el despacho de su corresponsal llega, ¡el pobre!, a una conjetura filológica, como un humanista de profesión. En lugar de *Leo,* se dice, es necesario sin duda leer *les,* es decir, *a ellos.* Entonces la frase del duque de Alba adquiere el sentido siguiente: «Para castigar la insubordinación de los Diest, *les* envío diez banderas de infantería». Pero esto no es aun del todo satisfactorio, pues en fin de cuentas el Duque escribió *Leo* y no *les,* según observa el propio regio comentador, puesto que la conjetura deja subsistir en la frase una *y* que resulta completamente parásita. ¡No importa! Logró dar a la frase que lo intrigó un sentido cualquiera; se da por satisfecho y pasa a otras cosas".[22]

En la celda de Felipe II, "la máquina del mundo se reduce a una monstruosa combinación administrativa".[23] Razonando sobre las noticias, recargando con sus comentarios los despachos de los ministros, el rey pospone el momento de la decisión; sólo sabe tomar partido ante los acontecimientos, sin dirigir su curso. Ahora bien, la historia no se hace con fichas, —sólo los historiadores vuelven a pensar de esa manera el pasado—, y se podía esperar de Felipe II algo diferente de un rey de los archivistas, el burócrata coronado. Parece haberse aturdido entre los secretos de su gobierno, y su verdadera falla fue que sabiendo verlo todo nada supo impedir.

Su ambición, pues la tuvo, estaba más secundada por un temperamento irresoluto. El cuidado demasiado meticuloso que ponía en la preparación de todas sus empresas le impedía actuar rápidamente. No fue capaz de intervenir a tiempo para proteger a María Estuardo; lanzó demasiado tarde la Armada Invencible contra Isabel, y, en Francia, sólo sostuvo la Liga luego que ésta se hubo deshonrado por causa de sus propios excesos.

"El tiempo y yo —habría dicho Felipe—, valemos por cuatro". Se equivocaba. A fuerza de querer encerrar todos los asuntos públicos en su espíritu solitario y concentrado, a fuerza de darles vuelta, de revolverlos en sí mismo y de esperar sin cesar el momento propicio, de ordinario dejaba pasar ese momento sin aprovecharlo, y ello en las circunstancias más importantes. Fue así como quizá hubiera podido salvar a don Carlos si, en lugar de observarlo silenciosamente durante varios años, hubiese

---

21. P. Guinard, *Madrid,* p. 115, París, 1935. Minucia del mismo orden y carácter, en la correspondencia relacionada con su cuarto matrimonio: L. Pérez Bueno, *Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria,* en *Hispania,* t. 7, p. 386, Madrid, 1947.

22. G. Kurth, *Comment Philippe II travaillait,* en *Mélanges Paul Fredericq,* pp. 290-292, Bruselas, 1906. P. Devos, *Les chiffres de Philippe II,* Bruselas, 1950. Un informe anotado por el rey es reproducido por R. B. Merriman, *The Rise of the Spanish Empire,* t. 4, tabla 1, Nueva York, 1934.

23. Cassou, *op. cit.,* p. 190.

sabido decidirse a actuar con prontitud y energía. Fue así como hab podido conjurar la ruina de los Países Bajos, si, en lugar de recurrir d masiado pronto a las medidas violentas con el duque de Alba, y dem siado tarde a los medios de conciliación con don Juan, se hubiese decidi a trasladarse personalmente a ellos desde el comienzo. El propio Granv lle no pudo impedirse el hacer esta acerba observación respecto a su s ñor: "En todos los asuntos, su única decisión consiste en permanecer et namente indeciso".[24]

Felipe II no era un hombre de acción, comparable a Guillermo ( Orange, su enemigo; a don Juan, su hermano; o incluso a su mejor gu rrero, el célebre duque de Alba.

Era tan celoso de su autoridad que los laureles del joven Alejand Farnesio le quitaban el sueño. La carta de revocación de este excelen general fue redactada tres veces; felizmente, Farnesio murió antes ( conocer la magnitud de su desgracia.[25]

Este rasgo revela los aspectos más tristes del carácter del rey: disimulo, la dureza. Ahora bien, creo que estos defectos, inseparables ( Felipe de su espíritu de deber y de su ideal cristiano, no se explican s ficientemente ni por el orgullo ni por una desviación de la sexualida ni por la impericia, ni por ninguna circunstancia exterior. Solamente u enfermedad de la conciencia, banal pero temible en un soberano, puede mi juicio dar la razón de ello: es el escrúpulo. El escrúpulo, —vicio no virtud—,[26] condujo a Felipe II a una labor absurda, indigna de u rey. La obsesión del escrúpulo, —indecisión ansiosa e irrazonable—, vo vió inquieto a Felipe a pesar de su calma aparente, lento por horror a precipitación, cruel por temor a la debilidad, suspicaz e inflexible pa no ser engañadizo, en suma, desgraciado.

"Mucho más que mis llagas —gemía Felipe II muriendo de una atr enfermedad— me hacen sufrir mis pecados". En el momento de confesar por última vez, se dirigió al sacerdote en estos términos: "Padre, ocupá el lugar de Dios. Es, pues, en su divina presencia que me declaro d puesto a hacer todo lo que creáis necesario por la salvación de mi alm

24. Baumstark, *op. cit.*, p. 201. Sobre el mismo asunto, una buena página en l Forneron, *Histoire de Philippe II*, t. 4, p. 293, París, 1882.

25. L. Van Der Essen, *Alexandre Farnese*, t. 5, p. 373, Bruselas, 1937. R. K netzke, *Zur Biographie Philippe II von Spanien*, en *Historische Zeitschrift*, 164, pp. 316-331, Munich, 1941. Felipe II también envidiaba al duque Alba, cfr. Ferrara *op. cit.*, pp. 194 ss.

26. Pese a lo que dice Bertrand, *op. cit.*, p. 22. El escrúpulo no impidió a Feli II entrar en conflicto con el papado, el episcopado español, los jesuitas y timular las crueldades de la Inquisición. Sobre el escrúpulo: G. Arnauld d'A nel y Dr. d'Espiney, *Le scrupule*, 2ª ed., París, 1929; J. Jérome, *Le scrupu* París, 1950. Felipe II hubiera podido formar parte de la lista de "sentime tales históricos" hecha por R. Le Senne, *Traité de caractérologie*, p. 24 París, 1945.



Pondré en ello toda mi buena voluntad, y, por consiguiente, si omitiese alguna cosa seréis vos quien responderéis por ello". Estas últimas palabras son significativas: esclarecen la dolencia de que padecían la religión de Felipe II y su carácter. Para el destino de su alma como para el de sus Estados, ¡necesitaba garantías en buena y debida forma!

Felipe II padecía "rumias mentales". ¡Cuántos psicasténicos no hay, entre los escrupulosos, en quienes la atonía de las facultades superiores se expresa en crisis de esfuerzo, manías de búsqueda, de retorno, de repetición, de conjuración, y otras más! Todos estos síntomas los observamos en Felipe, ya sea que imagine no comprender los discursos más claros sin releer el texto varias veces, ya sea que satisfaga su espíritu por medio de conjeturas incoherentes y apaciguadoras, ya sea, en fin, que conjure a su confesor para que sobrelleve el peso de su alma.

Felipe II, —quien parece haber adquirido conciencia de su estado—,[27] habría podido ser curado de su escrúpulo como el último de sus súbditos, pero él era rey. Habría necesitado, cuando menos, un confesor muy sensato y con un poco de buena voluntad. Ahora bien, ¡para su perdición tenía tres! Para no hablar de los médicos y los psiquiatras de la época...

De esta manera, sólo el escrúpulo coronado puede aportar la clave del carácter de Felipe. Este no es ni un monstruo ni un santo, sino un hombre de deber, moroso y temeroso, sincero y vulnerable, tironeado por mil dificultades y dotado de una inteligencia mediocre. El gusto del rey por los pequeños manejos y las intriguillas no podía hacer las veces, ¡al contrario!, de esa agudeza de espíritu indispensable para realizar grandes obras, de ese dominio que da a una vida humana su unidad. Se debe ser capaz de hacer justicia a Felipe II; no se llega a amarlo.

Carecía del don de mando. Atleta indeciso, no tenía rápidos los reflejos. Sin embargo, las circunstancias hicieron de él un autócrata, para desgracia de sus súbditos y para la suya; en un país en el cual no existía Constitución, él encarna la dictadura real en todo su horror; en una época en la que no había en absoluto libertad de conciencia, él personifica la religión de Estado con toda su crueldad. De este papel aplastante, él es la primera víctima, digna de piedad más que de odio, el galeote del absolutismo y de la teocracia.[28]

Y sin embargo el reinado de ese pobre rey fue grande y glorioso. Grande lo fue por el aspecto de cruzada que Felipe, —el único, entre los príncipes del Renacimiento—, supo y quiso darle a su gobierno.

27. El mismo Bertrand (*op. cit.*, p. 247) cita, entre los libros de cabecera del rey, un tratado teológico para uso de almas escrupulosas. Pfandl, por el contrario (*op. cit.*, p. 506), niega el valor de la explicación por medio del escrúpulo.

28. El jesuita Juan Mariana, preceptor de Felipe III, se declaraba ya en contra de la aplicación intemperada del principio monárquico, causa de la debilidad de Felipe II; cfr. P. Mesnard, *L'essor de la philosophie politique au XVIe siècle*, 2ª ed., p. 561, París, 1951.

Glorioso ciertamente, gracias a reales cualidades de laboriosidad, de va-lentía y de fidelidad a su ideal, gracias a las guerras religiosas y a las querellas dinásticas que debilitaban en aquella época tanto a Francia como a Inglaterra, gracias también a la explotación de las colonias americanas por España, gracias sobre todo a la influencia de Carlos V, quien desde su retiro de Yuste, había orientado los primeros pasos de su sucesor.[29] Felipe II se benefició de la política de su padre, heredó sus consejos e incluso sus consejeros. Los grandes éxitos del reino español son obra de Carlos o de los suyos; obra diplomática: el matrimonio de Felipe con María Tudor; obra militar: las victorias de San Quintín y de Lepanto, ganada una por Manuel Filiberto de Saboya, un general del Emperador, y la otra por su hijo natural, don Juan.

Felipe II no se aparta de los ejemplos paternales sino en virtud del exclusivismo de su carácter. Menospreciando en este punto las lecciones del Emperador, Felipe desdeñó las lenguas extranjeras, que quizá le hubie-ran permitido comprender a sus súbditos de los países de "más allá". Más piadoso que Carlos V, se dedicó con más fuerza, pero frecuentemente con torpeza, a defender la fe católica.[30] Algunos historiadores dan reconoci-miento a la Iglesia por el celo de Felipe II, mientras otros le reprochan amargamente el haber alimentado su fanatismo. Felipe II era prudente, devoto y penitente, pero ¿dónde están su sencillez, su caridad, su ale-gría?...

Este rey católico quería sinceramente imitar al rey de Francia, San Luis IX. Por su disimulo, su dureza, su inquietud, su devoción estrecha, ¿no evoca a Luis XI, de siniestra memoria, más bien que a Luis IX, el rey humilde y pacífico? Y es sin duda por haber sido demasiado escru-puloso que, por una última contradicción, Felipe II recuerda, más que a San Luis, a un Luis XI sin escrúpulos.[31]

---

29. R. Altamira, *Philippe II d'Espagne*, en *Hommes d'Etat,* t. 2, p. 518, París, 1937. F. Braundel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, p. 723 ss., París, 1949. J. Hamilton, *Decline of Spain,* Nueva York, 1938.
30. Braudel, *op. cit.,* p. 1.085.
31. Que no se diga que considero iguales a Luis XI y Felipe II, pues de la sinceridad de este último no puede dudarse. Queda por hacer una constatación de hecho: con demasiada frecuencia Felipe II actuó en contradicción con su ideal cristiano, en nombre de la misma razón de Estado que proporcionó a Luis XI todos los pretextos que podía necesitar para su política. Y en 1936 Pierre Champion, en su *Louis XI,* escribe este juicio inesperado: "Así es Luis XI tan parecido a Luis IX...". Un historiador más reciente de Luis XI, que lo trata sin miramientos, no pone en duda su fe, su piedad, su cinismo y su cruel-dad; cfr. P. Héliot, *Louis XI et le Bourbonnais,* en *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,* t. 100, pp. 112-114, París, 1939.



# *EL MITO DE NAPOLEON*

"El gusto que se tiene por el poder absoluto está en exacta relación con el desprecio que se tiene por sus conciudadanos".

TOCQUEVILLE

Napoleón, sucesor de Carlomagno, pensaba en el ilustre carolingio al restablecer el Imperio.[1] Con mil años de intervalo, su obra será toda-vía más extraordinaria y más frágil. "Hijo de sus hechos", como gusta llamarse, Napoleón sabrá organizar Francia, Europa y su propaganda. Una política de conquista y de magnificencia lo obligará a desplegar to-dos los recursos de su genio creador.

La Revolución había destruido el equilibrio político de Europa, y el Imperio irá mucho más lejos por esta vía. Desde el solo punto de vista social, Napoleón adopta resueltamente una actitud retrógrada; desde el Consulado abandonó el programa de la Revolución. Jamás quiso vencer a sus enemigos suscitando sublevaciones populares entre ellos; rehusará lla-

---

1. La bibliografía napoleónica es inmensa. Se encontrarán útiles indicaciones en L. Villat, *La Révolution et l'Empire,* t. 2: *Napoléon,* 3ª ed., París, 1947; J. Godechot, *La Grande Nation,* 2. v., París, 1956. La biografía más sólida parece ser la de G. Lefebvre, *Napoléon,* 4ª ed., París, 1953. No deben des-cuidarse algunas obras de gran popularización: L. Madelin (1935); J. Bain-ville (1931); E. Tarlé (1937). También vale la pena comparar biografías sicológicas, como las de Lord Rosebery (1906), E. Faure (1921) y E. Lud-wig (1924), sin olvidar la de F. M. Kircheisen (1934). El mito de Napoleón triunfa en apologías como la de A. Lévy, *Napoléon intime,* París 1893; en las numerosas obras de F. Masson, y en la *Revue des études napoléoniennes.* El más reciente vástago de esta literatura hagiográfica: F. Pietri, *Napoléon et le Parlement ou la dictature enchaînée,* París, 1955.

mar a los mujiks a rebelarse contra sus señores.[2] La Revolución y el I
perio sólo están indisolublemente ligados por la obligación de conser
los países conquistados. Sólo en este sentido es el Imperio la "Revoluc
con botas", y Napoleón el albacea testamentario de la República.

Las explicaciones oficiales o populares del reinado insisten, demasi
lo sabemos, en el carácter épico de las campañas napoleónicas. No nos
gañemos: la guerra sólo es épica en los partes de victoria o en los
mances. Vayamos más lejos, descendamos hasta las causas profundas: lo
mejor define al Imperio no es la historia militar, es la historia eco
mica. El sistema continental, necesario a Francia después de Abuki
Trafalgar, constreñirá a Europa a vivir en una economía cerrada:[3]
violenta tensión muestra claramente cuál era el verdadero motivo de
guerra y de las coaliciones.

Valmy y Jemappes habían abierto la lucha de Francia contra Euro
¡una guerra de veintitrés años! Con Pitt y Cobourg se levantaron las
primeras coaliciones contra la República, en 1793 y en 1799. La terc
después de la ruptura de la Paz de Amiens, fue constituida por Inglate
Austria y Rusia. Napoleón, que había "encontrado la corona de Fran
en el arroyo y la había sacado con la punta de su espada", acababa
hacerse consagrar emperador por el Papa en París. Todavía la gloria
se le había subido a la cabeza. No ha olvidado las duras lecciones de
campaña de Egipto y quiere primeramente invadir Inglaterra, centin
de Europa, irreconciliable desde la ocupación de Bélgica. Para perm
el desembarco de los 150.000 soldados concentrados en el campamento
Boulogne, le es indispensable la supremacía en la Mancha, aunque no
sino por algunas horas: "Ocho horas de noche que nos fueran favorab
decidirían el destino del universo"... Cuando Nelson aniquila la f
francesa en Trafalgar,[4] el 21 de octubre de 1805, Napoleón se ve obliga
lleno de ira, a renunciar a su gran designio. Al igual que Felipe II, N
poleón es incapaz de derrotar a Inglaterra en su propio suelo, en su i
inexpugnable. En el continente, los rusos pasan a la ofensiva. Inmedi
mente, el Emperador parte con su ejército para Baviera. Vencedor en U
toma Viena y busca la batalla decisiva más allá del Danubio. Unos d

---

2. E. Tarlé, *Napoléon* (trad. del ruso por Ch. Steber), p. 325, París, 19
Napoleón decía a Las Cases: "Yo no podía ni quería ser el rey de las m
liones campesinas". Cfr. Comte de Las Cases, *Le Mémorial de Sainte-Hél*
(ed. M. Dunan), t. 1, p. 439; t. 2, p. 300, París, 1951. Revelador par
lo entre la revolución de Robespierre y la de Bonaparte, en G. Ferrero,
*deux révolutions françaises,* p. 192, París, 1951.
3. M. Dunan, *Napoléon et l'Allemagne,* París, 1942. Acerca del prodigioso
nio guerrero de Napoleón y sus campañas, ver entre otros, H. Bernard,
*guerre et son évolution à travers les siècles,* t. 1, p. 202 ss., Bruselas, 19
H. Bernard, *Bonaparte en Italie,* en *Revue belge de philologie et d'histo*
t. 39, pp. 437-466, Bruselas, 1961.
4. R. Maine, *Trafalgar,* París, 1955.



más tarde Napoleón logra cerca de Austerlitz su más bella victoria, —la batalla de los tres emperadores—, exactamente a un año de su coronación.

Por cálculo político, Napoleón negocia en 1805 una alianza con Prusia, la primera de las tres grandes alianzas —igualmente vanas—, de su política realista. Quiere proteger a Francia contra Austria y Rusia. En ese momento, Austerlitz aparece ante el mundo como una victoria decisiva. No obstante, dos meses antes se había producido Trafalgar; pero la importancia del triunfo marítimo inglés había pasado inadvertida para todos, salvo para el Emperador. Exigió silencio sobre esta derrota que habría de costarle todas sus colonias y la victoria final. "Nelson cogió la llave; diez años más tarde, Wellington la hizo girar en la cerradura". Sin embargo, el propio Pitt no adivinó la influencia de Trafalgar sobre la continuidad de los acontecimientos y, decepcionado por Austerlitz, se abandonó a la desesperación: "¡Quitad ese mapa de Europa —decía—, la guerra ha terminado!" Pero la guerra no hacía sino tomar un nuevo aspecto: en 1806 Napoleón crea la Confederación del Rin, que, junto con Prusia, debía servir de escudo a la Francia imperial. Por otra parte, suprime el Sacro Imperio, dejando sólo Austria a su emperador humillado.

Muy pronto sacude Prusia el protectorado francés y entra en la cuarta coalición, que es aplastada en Jena, Eylau y Friedland. El Decreto de Berlín,[5] en nombre de un colbertismo exasperado, instituía el Bloqueo Continental y lo denominaba precisamente "el principio fundamental del imperio". Al emperador sin flota no le quedaba más que "conquistar el mar por medio de la potencia de la tierra".

Con ocasión de la Paz de Tilsit el emperador hizo más manifiesta aún la temible movilidad de su política. La alianza prusiana está destrozada, pero se vuelve dulce y conciliador para con los rusos vencidos: "Es necesario que esta guerra sea la última..." Es sobre todo necesario romper la amenaza de cerco de Francia por Europa. Durante la entrevista, que se efectuó en una balsa en medio del Niemen, Napoleón muestra un mapa a Alejandro: en él aparece el Vístula como la frontera del Imperio. "El oriente para usted —dice en sustancia—, para mí el occidente", y el zar acepta.

Parece que la alianza franco-rusa debe transformar el mundo, —pese al escepticismo profético de Talleyrand—, pero la amistad no es sincera. Los dos emperadores se ponen muy bien de acuerdo para reducir a la impotencia al Habsburgo y al Hohenzollern; sin embargo, Alejandro no puede aplicar el bloqueo, ruinoso para su país. Esta segunda alianza concertada por Napoleón acaba por defraudarlo, pese a todas sus precauciones. Había permitido a Alejandro codiciar Polonia, al mismo tiempo que continuaba

---

5. 21 de noviembre de 1806. Cfr. F. Crouzet, *L'économie britannique et le Blocus Continental (1806-1813),* 2 v., París, 1958. B. de Jouvenel, *Napoléon et l'économie dirigée,* Bruselas, 1942.

haciendo entrever a este país su independencia; a cada leva de tropas, t ne el cuidado de recordar que los soldados polacos deberán merecer l prometida autonomía de su país. El cinismo del conquistador aparece ta en sus planes maduramente preparados como en sus improvisaciones r jor logradas.

La potencia de Napoleón está en su apogeo. El bloqueo alcanza máximo de eficacia. En Francia crece la esperanza, mientras Inglate comienza a experimentar nuevos temores. Napoleón está en lo alto de cucaña. Quiere asfixiar a su enemiga, pero él mismo debe reconocer q "el Bloqueo Continental sólo es eficaz si se establece en todas partes a vez". El plan de batalla económico llevaba en sí los gérmenes de un fra so. La extensión del sistema perjudicaba su buen funcionamiento; desc daba los intereses vitales de varias naciones y terminó por arrastrar al E perador, a su pesar, a aventuras imprevistas y fatales. Todos los puert europeos debían ser cerrados. Holanda se niega. Napoleón la ocupa coloca en el trono a su hermano Luis. Es la cuestión del bloqueo lo q provoca la agresión de Inglaterra contra Dinamarca. En Italia el bloqu arruina los grandes puertos y trastorna toda la economía. La guerra España no tiene diferente origen, pero es de otro alcance general. De pués de España, Napoleón invade Portugal y da a los ingleses un moti para desembarcar en el continente. Por causa del bloqueo, pues, mete mano en lo que llamará más tarde el "avispero español", y padece s primeros fracasos en el continente europeo. Finalmente, los franceses te drán que abandonar la partida y, en 1813, Wellington cruzará los Pi neos. La aventura española dividió las fuerzas de Napoleón, le hizo perd sus tropas de élite, lo privó de su caballería, que habría podido salvar más tarde en Alemania, abre Europa a los ingleses y desmiente su rep tación de invencibilidad. Pero esa campaña era inevitable. Arrastrado p los acontecimientos que había suscitado, Napoleón se convierte en su e clavo y, muy pronto desbordado por ellos, será su víctima.[6]

En Santa Elena, el Emperador juzgó la guerra de España con la mi ma lucidez que demostró después de Trafalgar. "Esa combinación fue r perdición. Todas las circunstancias de mis desastres confluyen en ese nu fatal; destruyó mi prestigio en Europa, complicó mis dificultades, abr una escuela a los soldados ingleses. Fui yo quien formó el ejército ingl en la Península".

No obstante, en 1809 Napoleón triunfa sobre una quinta coalició Entra en Viena después de Essling y Wagram. Dueño de Europa entr el Emperador, conociendo la fragilidad de la amistad rusa, trata de rem

6. Albert Sorel *(L'Europe et la Révolution française,* t. 8, París, 1904) demo tró brillantemente que la aventura napoleónica fue una guerra de límite una guerra que hubiera podido encontrar solución únicamente mediant victoria total sobre Europa. Intento de refutación por J. E. Driault, *Napoléc et la paix en 1813,* en *Revue d'histoire moderne et contemporaine,* t. 8, p 177-199, París, 1906-1907.



plazarla. El nuevo trastrocamiento de las Alianzas facilitará su matrimonio con María Luisa, engañará al mundo pero no salvará ni la dinastía ni el Imperio.

Desde entonces van a sucederse los reveses. Incluso para Francia es ineluctable la crisis económica:[7] estalla en 1810. En Holanda, Luis rehusa aplicar rigurosamente el bloqueo. Su hermano le quita su reino y anexa Holanda al Imperio. El año termina con una verdadera catástrofe: el 31 de diciembre Alejandro publica el ucase por el cual se permite a los navíos neutrales la entrada a sus puertos y se gravan las importaciones francesas. Era la ruptura, a la vez, del bloqueo continental y de la alianza rusa.[8]

En 1812, meditando un desquite, el Emperador busca la batalla decisiva. Su objetivo bélico, y sus planes para alcanzarlo, no han cambiado: vencer a Inglaterra por medio del bloqueo, escollo contra el cual se han estrellado sus alianzas sucesivas. Pero la campaña de Rusia es el sepulcro del Gran Ejército, el fin del sistema continental.

La sexta coalición, formada en 1813-1814 por la unión de Inglaterra, Rusia, Suecia, España, Portugal y Prusia, será la primera coalición victoriosa. Todo el genio de Napoleón no pudo más que prolongar una lucha perdida por anticipado.

Austria ofrece su mediación. Feliz de ofrecer la paz, Metternich viene a Dresde, ante el Emperador, quien lo rechaza acusándolo de preparar la entrada de su país en la guerra. Las condiciones propuestas le dejaban todas sus conquistas salvo Varsovia y Hamburgo. Napoleón rehusa: "Vuestros reyes, nacidos sobre el trono, pueden volver a ellos vencidos; yo, para mantenerme necesito victorias". Muy juiciosamente, Metternich responde que en esas condiciones la guerra jamás finalizará, y, sabiendo que Francia aspira a la paz, muy hábilmente opone el país a su emperador, le muestra su pueblo fatigado, su ejército debilitado, sus enemigos cada vez más amenazantes. "¿De manera que —replica el Emperador— queréis la guerra?; muy bien, ¡la tendréis! Os doy cita en Viena. ¿Qué se pretende de mí? ¿Que me deshonre? ¡Jamás! No sois soldado, no sabéis lo que sucede en el alma de un soldado". Ante el insulto, Metternich[9] palidece, pero no contesta. Y Napoleón: "¿Sabéis lo que sucederá? No me haréis la guerra". Metternich responde gravemente: "Estáis perdido, Señor. Al venir aquí lo presentía. Ahora tengo la certidumbre de ello". El Emperador se obstina; su suegro le declara la guerra: vendrá la Batalla de las Naciones, en Leipzig, el 19 de octubre de 1813, y la disgregación de la Confederación del Rin.

7. O. Viennet, *Napoléon et l'industrie française,* París, 1947.
8. M. Dunan, *Napoléon et le système continental en 1810,* en *Revue d'histoire diplomatique,* t. 60, p. 98, París, 1946.
9. G. Bertier de Sauvigny, *Metternich et son temps,* París, 1959.

En Francia, los aliados comienzan la invasión. Los desalentados generales abandonan al conquistador de ayer. El zar entra en París. El Senado declara la destitución del Emperador y, en el mismo castillo de Fontainebleau donde había tenido cautivo al Papa durante tanto tiempo, Napoleón abdica. A cambio de la promesa de no volver a perturbar la paz de Europa, se le deja la soberanía de la isla de Elba y el título de emperador. El primer Tratado de París, del 30 de mayo de 1814, redujo Francia a sus fronteras del 1º de enero de 1792.

Mientras tanto, el Congreso de Viena se eterniza y el nuevo régimen decepciona a Francia. Napoleón, sabiendo que sus antiguos soldados no lo han olvidado, que su popularidad es mayor que nunca y que los Borbones se sienten preocupados por ello, permanece sordo a las miles de voces que le suplican no derramar más sangre; se precipita hacia la aventura. Primeramente, todo le sonreirá. Mediante un prodigio que tanto debe al cálculo como a la audacia, es el único conquistador que haya tomado un país sin combatir.[10] Al desembarcar en Golfo Juan, el 1º de marzo de 1815, es acogido con gritos de "¡Viva el Emperador!". Esta vez juega, provisional pero resueltamente, la carta revolucionaria. "Franceses —dice en sus proclamas—, soy el hijo de la Revolución". Francia no ve el peligro, sólo ve el gesto, admira la frase sin discernir la astucia. Las tropas enviadas para detener al rebelde se alinean a sus lados. Ney cae de rodillas. París pasa sucesivamente por todas las fases de la emoción. Cada día tienen los diarios que modificar la denominación que endilgan al emperador de ayer y de mañana. El primer día sólo se habla del "monstruo corso"; al día siguiente, del "ogro"; al tercer día, del "usurpador"; al cuarto, de "Bonaparte"; al quinto, de "Napoleón"; y, al sexto, de "Su Majestad".

Instruido por la experiencia, Napoleón se propone constituir un imperio liberal. Para aplacar los ánimos, se presenta bajo un nuevo aspecto: envía a los soberanos de Europa una carta en la cual promete respetar el Tratado de París. En respuesta, el Congreso de Viena le declara fuera de la ley y organiza la séptima coalición.

Napoleón se ve obligado a atacar. Entra en Bélgica, derrota los prusianos en Ligny y, dos días más tarde, se encuentran con Wellington en Waterloo. Por largo tiempo tuvo la ventaja, luego fue el desastre irremisible, irreparable.

Como hiciera el 18 de Brumario, Napoleón envía a su hermano Luciano ante la Asamblea. Pero habían pasado quince años, quince años de conscripción y de muerte. Cuando Luciano reprocha a los diputados faltar a sus deberes para con el Emperador, La Fayette le responde, no sin exageración: "¿Habéis olvidado todo lo que hemos hecho por él? ¿Habéis olvidado que las osamentas de nuestros hijos, de nuestros hermanos, atestiguan por doquier de nuestra fidelidad, en las arenas de África, a orillas del Guadalquivir y del Tajo, a orillas del Vístula y en los helados desiertos de la Moscovia? ¡Desde hace más de diez años tres millones de franceses han perecido por un hombre que todavía hoy quiere luchar contra Europa! Bastante hemos hecho por él: ¡Ahora nuestro deber es salvar la patria!".

10. F. Sieburg, *Napoléon. Les Cent-Jours*, París, 1959.



Tras el fracaso de su *pronunciamiento* de los Cien Días, Napoleón abdica por segunda vez y se rinde a la merced de Inglaterra. Mientras tanto los aliados avanzan sin encontrar resistencia. En noviembre de 1815 el segundo Tratado de París impone a Francia los últimos sacrificios. Ha terminado la guerra, el Imperio ha dejado de existir.

* * *

Napoleón había exaltado la idea de nación en el Imperio y fuera del Imperio, pero sacrificó Venecia, Finlandia y Polonia, y declaró la guerra a Europa. La Revolución que él había deshecho en Francia se extendió con sus conquistas. Como lo había previsto Robespierre, los pueblos oprimidos hicieron su revolución contra la Francia guerrera. El espacio vital del imperio napoleónico abarcaba el continente; para conquistarlo o para preservarlo, sus soldados avanzaron hasta los extremos del mundo occidental. Pero los pueblos de Europa, desde el más pequeño hasta el más grande, desde Bélgica hasta Inglaterra, rehusaron someterse. "Napoleón había sublevado las nacionalidades; las nacionalidades se lo engulleron".[11]

¡Napoleón contra Europa! Pero, ¿qué es Europa para Napoleón? "Europa es una topinera —decía—, jamás ha habido grandes imperios y grandes revoluciones salvo en Oriente".

Al exilar en Santa Elena al emperador dos veces depuesto, Inglaterra cometió una gran imprudencia; ¿no habría tenido alguna excusa si hubiese hecho fusilar a ese héroe del bandidismo internacional? Durante cinco años Napoleón aboga por su política. Dicta sus memorias; crea una nueva imagen de sí mismo. Esta transfiguración, —en la cual poco espacio ocupa el bloqueo continental—, es de un alcance histórico considerable, pues hace posible el bonapartismo[12] que triunfará, a mediados de siglo, con el Segundo Imperio. Así nace el mito de Napoleón, escondiendo bajo una máscara de idealismo la aspereza de sus codicias y su fatalidad.

"No había vencido y conquistado sino en defensa propia —osa decir Napoleón—. Es una verdad que el tiempo desarrollará cada día más. Euro-

11. La frase es de Lamartine.

12. A. Tudesq, *La légende napoléonienne en France en 1848*, en *Revue historique*, t. 218, pp. 64 ss., París, 1957. J. Lucas-Dubreton, *Le culte de Napoléon (1815-1848)*, París, 1960.

pa jamás cesó de hacer la guerra a Francia, a sus principios, a mí. Tenía mos que abatir, so pena de ser abatidos".[13]

Sobre su roca perdida, Napoleón se gana a los corazones sensible El Cabito se hace demócrata y hasta un poco jacobino, bienhechor popula humano y sobrehumano; traicionado por la fortuna, superior al infortuni Ningún conquistador ha sido, como él, objeto de un culto. No se sabe qu admirar más: si el hecho de que esa devoción comenzase en vida su o que ella se mantenga y se desarrolle después de su caída. Nadie escap a su seducción. Las desgracias y las mentiras del exilado hacen olvidar lo millares de muertos caídos en tantos campos de batalla. Su gloria se puri fica: en ocasión del Regreso de las Cenizas, los hijos de quienes perecieron por él sólo recuerdan las banderas ganadas al enemigo. Napoleón y su veteranos entran en la epopeya, con los poemas de Hugo y las canciones de Béranger.

Francia debe al Emperador el incomparable prestigio de un héroe qu no envejeció. Todo es asombrosamente rápido en esta carrera asombrosa mente corta. Napoleón es general a los veinticuatro años, emperador a lo treinta y cinco, muere a los cincuenta y dos. Todo coadyuva a su gloria sus defectos favorecieron su reputación tanto como sus cualidades: en él l imaginación creadora era tan viva como era de agudo su sentido político su ambición conquistó incluso a sus enemigos; su orgullo deslumbró hast tal punto a sus contemporáneos que Hegel lo llamó "el alma del mund la encarnación del genio universal".

El Napoleón de las imágenes de Epinal no es el de la historia.[14] Sería injusto olvidar la obra inmensa y las instituciones duraderas del Con sulado, —el período menos espectacular y más fecundo del régimen— pero es justo reconocer también que Napoleón se ocupaba demasiado d su gloria para pensar en el bien de su pueblo, en la sangre de sus soldados en el futuro de su país. Sin duda, mucho se jactaba ante una asamblea d

13. E. de Las Cases, *Le Mémorial*..., t. 1, p. 439. Es importante recordar qu Napoleón no fue el único responsable de la ruptura de la paz de Amiens que no fue él quien conquistó a Bélgica..., ni bombardeó a Copenhagu Es interesante comparar los destinos de Napoleón y Talleyrand. Sus defecto y cualidades son grandes, pero Talleyrand no tuvo la suerte de ser favore cido por la indulgencia de la opinión pública. Sus memorias aparecieron de masiado tarde, cuando ya su leyenda negra estaba hecha por el *Mémorial de Sainte-Hélène*. G. Lacour-Gayet, *Talleyrand*, 4 v., París, 1933-1934. I Dard, *Napoléon et Talleyrand*, París, 1935. A. Duff Cooper, *Talleyrand* (trad del inglés por H. y R. Alix), París, 1937. M. Missoffe, *Le coeur secret d Talleyrand*, París, 1956. E. Tarlé, *Talleyrand* (trad. del ruso por J. Champe nois), Moscú, 1958. Y finalmente, *Mémoires de Talleyrand*, ed. P.-L. y J.-P Couchoud, 2 v., París, 1957.

14. Su política eclesiástica no es menos realista. Cfr. A. Latreille, *Napoléon e le Saint-Siège*, p. 600, París, 1935. Y su política económica: "Colbert fu asfixiado por Luis XIV, y Bonaparte por Napoleón". Cfr. R. Grousset, *Fi gures de proue*, p. 225, París, 1949.



reyes de haber sido un simple teniente de artillería. Nadie verá modestia en estas palabras arrogantes. Para el consumo de la plebe, el antiguo teniente toleraba que genealogistas complacientes hiciesen descender a los Bonaparte de los reyes de Treviso.

El destronado emperador tuvo el cinismo de decir que si su padre hubiese vivido, su carrera gloriosa habría sido "enteramente trastornada y perdida". En cuanto al pueblo, despreciaba tanto su honesto candor como su pasión de independencia. "Erais de esos imbéciles que creían en la libertad", decía burlonamente al general Dumas. Y añadía: "Siempre he observado que las gentes sencillas para nada sirven".

Por otra parte, con frecuencia disfrazaba su pensamiento;[15] tenía la convicción de que es necesario comprometer a las gentes para controlarlas y que sólo se obedece bien en la inquietud.[16]

Estas actitudes y estas expresiones eran moneda corriente en Napoleón. ¡Poco importa! El sentimiento ciego y generoso de la multitud le atribuyó aquello de que carecía.

Napoleón quiso hacer su propio retrato. Funesto y magnífico, se comparó con Prometeo. El romanticismo, —olvidando al hombrecito descolorido, irascible y caprichoso que tantos de sus contemporáneos habían caricaturizado—, reconocerá en él el éxito más prodigioso de un hombre que nada debe a otro, que es en toda la acepción del término el "hijo de sus hechos", y cuya ruina misma mueve a admiración. De esta manera, la historia de Napoleón debe conllevar un esfuerzo de "desmitización" e incluso de "desmistificación", del más célebre genio de los tiempos modernos.

Aun hoy Napoleón tiene innumerables fervientes, no todos bonapartistas, que se emocionan mediocremente con las obras maestras de su estrategia, las bondades del Código Civil, del Concordato o de la Paz de Amiens. Con frecuencia se trata de almas simples a las que espanta la dictadura y que odian la guerra, pero a las que seduce sin embargo la aventura estilizada de un héroe de leyenda, soldado, legislador, conquistador, fundador de imperio, providencia y azote de Dios.[17]

El destino de las familias reinantes es diverso. Trátese de los Orléans, de los Habsburgo, de los Hohenzollern o de otras dinastías destronadas, el

15. F. Ponteil, *Napoléon Ier et l'organisation autoritaire de la France*, p. 209, París, 1956.

16. E. Dard, *op. cit.*, p. 57.

17. En 1948, una vasta encuesta fue hecha entre franceses de toda condición, haciéndoles la siguiente pregunta: "Si usted pudiera conversar durante una hora con un personaje célebre de la historia de Francia, ¿cual escogería usted?". El 32 por ciento de los votos puso a Napoleón a la cabeza, mientras que Juana de Arco y Enrique IV lograron solamente un 11 por ciento. Cfr. J. Stöetzel, *Enquête sur les hommes représentatifs de l'histoire de France*, en *Psyché*, t. 5, p. 145, París, 1950.

interés se concentra en el pretendiente. Entre los Bonaparte, por el contra, el fundador de la descendencia ha absorbido toda la atención: ¡Napol Unico!

El mito de Napoleón no es solamente un tema épico que nos es m familiar que su propia historia. Se puede sostener que tiene más im- tancia y, a largo plazo, más eficacia que el Bloqueo Continental, a cu fracaso sobrevivió. Como todos los mitos, tiene una función histór; pertenece, como tal, a la historia. Ha influido en ella. Es, en verdad, ge- rador de historia.

# *HITLER Y LA RESISTENCIA ALEMANA*

"La historia considerará como criminales a los jefes militares que no actúen según sus conocimientos técnicos y políticos y según su conciencia".

Ludwig Beck

Quince días después del frustrado atentado de Stauffenberg, Churchill declaraba en la Cámara de los Comunes: "Los acontecimientos del 20 de julio y las ejecuciones en masa que les siguieron no tienen para nosotros sino un solo interés: ver a los potentados del Tercer Reich agarrarse mutuamente por la garganta".

Esta interpretación de la historia es audaz y más que tendenciosa. Pese a los informes del *Intelligence Service,* Churchill no creía, pues, o simulaba no creer, en "otra Alemania", quiero decir en una Alemania diferente del imperio nacionalista y conquistador de Adolfo Hitler.

Hoy, después de la publicación del proceso de Nuremberg, después de la publicación de las memorias de los generales y estadistas alemanes, después de la publicación de trabajos serios sobre la historia de la guerra, es posible un juicio diferente.[1] Este juicio nuevo, más matizado y equitativo que el de Churchill, se le plantea imperiosamente al hombre de buena fe.

* * *

La Resistencia alemana constituye el más antiguo de los movimientos de oposición al nazismo, porque desde 1933 no hay lugar en Alemania

1. La bibliografía general de la historia de la guerra sería demasiado larga. Sencillas aclaratorias en los planos militar, diplomático y político respectivamente, en las obras siguientes: H. Bernard, *La guerre et son évolution à travers les siècles,* t. 2, Bruselas, 1957; Ch. Terlinden, *Impérialisme et équilibre,* Bruselas, 1952; J. Pirenne, *Les grands courants de l'histoire universelle,* t. 7. Neuchâtel, 1956.

para una oposición legal. Todos los que no pueden aprobar los princip hitlerianos, la política nacionalsocialista, el partido único y el régim totalitario, enmudecen, frecuentemente se resignan, y a veces entran en oposición clandestina.

No nos extraviamos comparando la Resistencia en Alemania con Resistencia en Francia o en Bélgica. En nuestro país, —después de l titubeos iniciales—, los patriotas se levantaron durante cinco años cont un ejército y una administración ocupantes. De fuera venían los recurs y las directivas, descensos en paracaídas de hombres, armas, volantes billetes de banco. La unidad de la Resistencia se impuso poco a poco a l mayoría de la población.

En Alemania, por el contrario, la oposición debía conspirar o comba contra el gobierno legal, —o aparentemente tal. ¡Ninguna ayuda exterio ¡Ningún armamento secreto! ¡Hombres aislados frente a un aparato form dable de policía del Estado, durante más de diez años!

El partido Comunista era ilegal. El partido Socialista y el partido d Centro, muy divididos, habían perdido la audiencia de las multitudes. L iglesias buscaban su camino, denunciando el neopaganismo que envenenab el alma alemana. Las figuras más ilustres de esta resistencia espiritual s guen siendo la del pastor Niemöller y la del obispo von Galen.

Unicamente el ejército alemán poseía al mismo tiempo cuadros, arm e información, condiciones esenciales de una oposición eficaz. Entre lo hombres con quienes Hitler trataba cotidianamente, los jefes del ejércit eran los únicos que no pertenecían al partido o que no le debían su ascens Eran también los únicos capaces de medir el valor estratégico del Mesí alemán. Mientras que demasiados políticos caían bajo el misterioso presti gio de Hitler y comulgaban con su culto, los generales alemanes, cuale quiera fuesen sus debilidades o sus orejeras, no podían dejar de constatar la vez el cinismo del jefe, la inmoralidad de su política y su ignorancia d las técnicas militares. En una palabra, los generales sabían que Hitle pese a su genio intuitivo y a sus primeros éxitos, conducía Alemania a l deshonra y a la ruina. Lo sabían, pero no podían decirlo, so pena de muert No obstante, algunos de ellos lo dijeron, tendieron la mano a aliados c viles: el drama más sombrío del Tercer Reich no tiene otro origen.

Para comprender bien el excepcional alcance del problema, es nec sario remontar a los orígenes del nazismo y trazar sumariamente sus etap decisivas.[2]

El 30 de enero de 1933, tras diez años de agitación, Adolfo Hitler e canciller del Reich, por la gracia del anciano presidente Hindenburg. Es mismo año, elecciones bien orquestadas le garantizan la mayoría y plen poderes. La República de Weimar ha dejado de existir. Alemania abandon ruidosamente la Sociedad de las Naciones.

2. W. L. Shirer, *Le Troisième Reich* (trad. del inglés), 2 vol., París, 1961.



El 30 de junio de 1934, —"la noche de los cuchillos largos"—, Hitler se deshace de sus principales adversarios, tanto de izquierda como de derecha. Un mes después ataca Austria. El canciller Dollfuss es asesinado. Mussolini salva provisionalmente a Austria.

Cuando, el 2 de agosto, Hindenburg acaba de morir, Hitler hereda el poder supremo. Lo añade al suyo, sin abandonar nada. Es entonces, a la vez, jefe del partido, jefe del Gobierno, jefe del Estado, y también jefe del ejército.

En la noche de ese mismo día, bajo el resplandor de las antorchas y ante los despojos mortales del gran soldado de la Primera Guerra Mundial, Adolfo Hitler exige el juramento de fidelidad de los oficiales. La escena transcurre en una atmósfera wagneriana que impresiona de manera imborrable a todos los participantes.

La fórmula del juramento incluía un elemento inédito que debía pesar grandemente sobre el destino del país. En vez de jurar, como antes, "fidelidad al pueblo y a la patria", cada oficial debía precisar: "Ante Dios, por este juramento prometo obediencia absoluta al *Führer* del Estado y del pueblo alemanes, Adolfo Hitler, comandante supremo del ejército. Como soldado valeroso, estoy presto en todo momento a dar mi vida por este juramento".

¿Cuáles eran el valor y el alcance de un juramento tal? Los generales se lo preguntaron durante los años terribles. Algunos todavía se plantean la cuestión, pero la mayoría se escudaron con la fórmula de su juramento para seguir a Hitler hasta en sus más mortíferas locuras.[3]

¿Sus locuras? La expresión no es demasiado fuerte, cuando se piensa en la gravedad de las decisiones impuestas a la Alemania nueva por su amo irresponsable: 1935, persecución de los judíos; 1936, remilitarización de Renania; marzo 1938, anexión de Austria.

La secuencia favorable de estos golpes de audacia pudo engañar a las masas y desconcertar a los jefes. En el fondo de sí mismos, éstos sabían que el éxito del dictador sólo era posible por la debilidad de Francia e Inglaterra. En 1936 el ejército alemán no habría resistido mucho tiempo un contrataque en el Rin.

¿Quién podía curar a Hitler de su delirio bélico? ¿Quién podía abrirle los ojos o cerrarle el camino?

El general Ludwig Beck, adjunto de Brauchitsch, Jefe del Estado Mayor, no vaciló en dirigir a la cancillería del Reich valientes informes sobre los peligros de su política militar. Alentado por sus amigos civiles, —el ex antiguo burgomaestre de Leipzig, Goerdeler; el ex embajador en Roma, von Hasell, y algunos más—, el general Beck quiso persuadir a

3. Entre otros, por ejemplo, Keitel, Manstein, Guderian y Kesselring.

su jefe de rehusar al *Führer* la colaboración del Estado Mayor. Preconizab en suma, una especie de "huelga de generales", y la justificaba en est términos: "Las máximas decisiones, de las cuales depende la existenc misma de la nación, están en juego. La historia considerará como criminal a los jefes militares que no actúen de acuerdo con sus conocimientos té nicos y políticos y según su conciencia. El límite de su obediencia de so dado se encuentra allí donde sus conocimientos, su conciencia y su sentic de responsabilidad les prohiben la ejecución de una orden. Un soldad situado en un alto puesto, que en las actuales circunstancias concibe s tarea únicamente dentro del estrecho marco de las órdenes recibidas, si tomar conciencia de su más alta responsabilidad ante el conjunto del puebl falta a su deber. Tiempos excepcionales exigen actos excepcionales".

Convencido más que a medias, Brauchitsch no puede sin embargo reso verse a actuar. ¡La ocasión perdida no volverá a presentarse jamás! I Estado Mayor sufrió su primera gran derrota moral cuando aceptó los pl nes hitleristas para la invasión de Checoslovaquia en setiembre de 1938.

Beck presentó su renuncia, pero continuó trabajando en la sombr Junto con Goerdeler será el alma de todas las conspiraciones. Su suceso en el Estado Mayor, el general Halder, preparó un *Putsch* militar, co ayuda del futuro mariscal von Witzleben. La insurrección debía prod cirse a las pocas horas de declarada la guerra, de tal manera que el ejércit salvaría la paz. La capitulación de Daladier y Chamberlain aniquiló est audaz proyecto. Los acuerdos de Munich traicionaron los intereses de un paz duradera, para el solo beneficio de Hitler. Daladier y Chamberlai retornaron de Munich como triunfadores. En aquel entonces Churchill levar taba contra él la opinión general cuando osaba proclamar en los Comunes "Hemos sufrido un completo desastre".

En marzo de 1939 Checoslovaquia desapareció del mapa. En setiem bre del mismo año, la toma de Dantzig inició la Segunda Guerra Mundial

¿Cómo hacer que el pueblo alemán admitiese los crímenes de un jef que en todo tenía éxito? Los éxitos diplomáticos y las victorias militare no solamente embriagaban al amo, hacían cada vez más inasimilable el espíritu crítico y el pesimismo realista de quienes leían el porveni del país.

Von Hassell escribió entonces en sus cuadernos: "Para todas las per sonas honestas el sentimiento dominante era la tragedia íntima de no pode desear ni la derrota ni la victoria; esta última porque la victoria de *aquella gentes* abriría perspectivas horribles para Alemania y para Europa".

Tal era el dilema de la Resistencia alemana:[4] "Anhelar y apresura la derrota de Alemania con el fin de salvar una cierta ética, o trabaja

4. Sobre la historia de la resistencia alemana no me es posible sino menciona algunos trabajos esenciales: G. Ritter, *Echec au dictateur,* París, 1956 (trad



por una victoria nazi que aniquilaría con toda seguridad esos valores morales".

Se aprecia la gravedad del caso de conciencia por la amplitud de las controversias en torno a la legitimidad misma de una insurrección. Al comienzo, ni Beck ni Goerdeler eran partidarios de un atentado contra Hitler. Imaginaban un golpe de Estado seguido del proceso de los fautores del régimen. La inutilidad de estos proyectos y el creciente sentimiento de la urgencia condujeron poco a poco a los conjurados a una teoría no solamente del derecho sino del deber de resistir a un poder ilegal, opresor y nefasto. Lo que los nazis denominaban "alta traición" se convertía en el único medio de hacer retornar a la Ley una potencia desencadenada contra ella. El juramento de fidelidad al *Führer* estaba en contradicción con la ley natural. La salvación y el honor de Alemania exigían una política de subversión interior, cualesquiera fuesen los riesgos.

Esos riesgos eran enormes. Cuando la Resistencia alemana establecía contacto con Londres, no sólo exponía la vida de sus emisarios, sino que les daba la apariencia de la más negra traición, sobre todo a la hora en que ya asomaba el ocaso militar del Reich.

En efecto, en junio de 1941, y pese a aquellos de sus generales que habían permanecido fieles a las enseñanzas de Clausewitz,[5] Hitler invadió Rusia. En adelante Alemania luchará tanto en el Este como en el Oeste. Cuando el Estado Mayor retrocede ante las consecuencias lejanas de esta acción militar, Hitler manifiesta su indignación. Para él el ejército debe ser ¡«como un perro encadenado cuyo ardor sanguinario apenas es posible contener»!

Casi a su pesar, el Estado Mayor, humillado pero reticente, ¡gana

abreviada de la obra del mismo autor: *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung,* Stuttgart, 1954); P. Kluke, *Die deutsche Resistance,* en el volumen colectivo *European Resistance Movements (1939-1945),* pp.102-118; Mme. Adler-Bresse, *Aspects de l'historiographie de la Résistance allemande,* en el mismo volumen, pp. 122-133, Londres, 1960. De gran importancia el número especial de la *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale,* dedicado a la oposición alemana durante el régimen de Hitler y publicado bajo la dirección de Henri Michel en París, octubre de 1959. E. Zeller, *Geist der Freiheit. Der Zwanzigste Juli 1944,* 2da. ed. Munich, 1954. U. von Hassell, *D'une autre Allemagne. Journal posthume (1938-1944),* Neuchâtel, 1948. H. B. Gisevius, *Jusqu'à la lie.* t. 2: *De l'accord de Munich à l'attentat du 20 juillet 1944,* París, s. d. A. Delp. *Honneur et Liberté du chrétien.* Testimonio presentado por M. Rondet, París, 1958. H. A. Jacobsen y E. Zimmermann, *La Résistance allemande devant Hitler,* París, 1961. P. Berben, *L'attentat contre Hitler,* París, 1961.

5. Clausewitz (1780-1831) sigue siendo el más célebre teórico de la guerra. Para él, la guerra "es el instrumento de la política continuada por otros medios". En nombre de los principios de Clausewitz, Bismarck siempre evitó la guerra en dos frentes. Hitler, por el contrario, se envaneció de sus triunfos. El cálculo político le faltó a partir de 1939. Cfr. H. Bernard, *La guerre révolutionnaire,* p. 23, Bruselas, 1961.

aún las primeras batallas! Sin embargo, el valor excepcional del ejército[6] y el genio intermitente de su jefe no consiguen, en absoluto, cambiar el curso de la historia. El 7 de diciembre de 1941 los Estados Unidos declaran la guerra. Desde fines de 1942 la gente bien informada no dudaba del destino final de Alemania: sea en Stalingrado o en El Alamein, sea en Africa del Norte o en el Mar de Coral, las potencias del Eje retroceden.

Desde hacía mucho los aliados habían convenido no firmar una paz separada con Alemania, cuando, en enero de 1943, una decisión más grave afectó cruelmente la Resistencia alemana. Durante la famosa conferencia de Casablanca, Roosevelt formuló oficialmente la teoría de la rendición incondicional[7] *(unconditionnal surrender)*. Esta declaración aumentó el ardor combativo de los aliados. Pero al manifestar la pretensión de castigar indistintamente a toda la población alemana aterró a los resistentes y proporcionó a la propaganda de Goebbels la más eficaz de las consignas: ¡guerra total por la defensa del pueblo alemán aplastado por el terrorismo!

Para comprender el valor de esta propaganda, y su papel contra los esfuerzos de la Resistencia interior, debe recordarse que al mismo tiempo las ciudades alemanas eran blanco de bombardeos implacables día y noche. El carácter inhumano de estos bombardeos en nada está justificado por los crímenes nazis perpetrados en Rotterdam o en Coventry. La guerra total desarrollaba su encadenamiento inexorable e inexpiable.

En 1944 ya era demasiado tarde para que la Resistencia alemana pudiese esperar obtener una paz honrosa si derrocaba el régimen. Roma había caído el 4 de junio, los aliados habían desembarcado en Normandía el 6 de junio, los rusos avanzaban rápidamente.

Por su parte, Beck, Goerdeler y el mariscal von Witzleben, decididos a terminar con todo, se habían puesto de acuerdo con representantes de los diversos grupos políticos y sociales, —exceptuados los comunistas—, sobre el gobierno de la futura Alemania. Beck sería jefe del Estado, Goerdeler canciller y Witzleben jefe de la *Wehrmacht*.

Al joven coronel von Stauffenberg le correspondía la ejecución del atentado que debía librar al país de su genio perverso. Con la ayuda de la *Abwehr*, cuya dirección garantizaba el almirante Canaris, Stauffenberg agrupó a los jefes cada vez más numerosos que habían perdido sus últimas ilusiones: generales en pugna con Hitler en el frente ruso; oficiales y funcionarios asqueados por la política de exterminio. También estableció

6. Hassell escribió en abril de 1941: "La *Wehrmacht* es un instrumento extraordinariamente brillante que reúne todas las mejores cualidades del pueblo alemán, repleto de la más absoluta confianza en sí mismo. ¡Esto es trágico! Gracias a este maravilloso instrumento se procede a la destrucción de Europa a la perfección".

7. Sobre la rendición sin condiciones, ver H. Calvet, *La reddition inconditionnelle, idée rooseveltienne,* en la *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*, t. 5, pp. 43-49, París, 1955; P. Kecskemeti, *Strategic Surrender, The Politics of Victory and Defeat,* Stanford, 1958.



contacto con los círculos de izquierda, particularmente con Julius Leber, la más sobresaliente personalidad de la Resistencia socialista. Además, Stauffenberg logró interesar, si no ganarse, a varios jefes del ejército, tanto en el Este como en el Oeste: Kluge, Rommel, Speidel, Stülpnagel, Falkenhausen, etc. Por su parte, Goerdeler asumía la tarea principal, manteniendo el contacto entre civiles y militares y abriendo los caminos de una nueva Alemania.

Al atentado debía seguirle la revolución, y el mariscal von Witzleben firmó las órdenes destinadas a las tropas que participarían desde el comienzo de la operación bautizada Operación Walkiria.

Una circunstancia imprevista favoreció a los conjurados. A comienzos de julio, Stauffenberg fue nombrado adjunto del general Fromm, comandante del ejército interior. De esta manera podía influir en su jefe, perpetuamente indeciso, comunicarse con todas las unidades estacionadas en Alemania y, en fin, participar en las conferencias del Gran Cuartel General. Por el contrario, Rommel, gravemente herido en Normandía, ya no estaba en condiciones de ser útil a la conspiración.

Fue en Rastenburg, en la Prusia Oriental, donde Stauffenberg depositó la bomba en el refugio del *Führer,* el 20 de julio. El día había sido bien escogido: Hitler esperaba la visita de Mussolini, y Stauffenberg pudo abandonar la conferencia antes de la explosión.

Tan pronto Stauffenberg regresó a Berlín, los conjurados organizaron la alerta prevista y comenzaron a movilizar en servicio de su causa tanto las tropas del exterior como las del interior.

En París la revolución militar pareció triunfar completamente. Cuando el general Stülpnagel recibió la consigna de Berlín, hizo arrestar a mil doscientos S. S., junto con sus oficiales, sin disparar un fusil...

¡Pero el atentado había fracasado![8] La noche del 20 de julio la voz de Hitler, más ronca que nunca, anunciaba por radio el crimen de una "camarilla de oficiales sin conciencia". Stauffenberg fue ejecutado antes de anochecer. Beck se suicidó. Las tropas retornaron a la obediencia. Inmediatamente comenzó una represión salvaje en Berlín, en París y en toda la Europa ocupada.

Miles de personas fueron arrestadas: mariscales, generales, estadistas, funcionarios, eclesiásticos. Muchos sospechosos, algunos inocentes: muy pocos lograron salvar su cabeza. Witzleben, Hassell, Stülpnagel, Canaris y Leber fueron ejecutados. Los mariscales Kluge y Rommel se suicidaron.

8. Y, ¿si el atentado hubiese triunfado?... La guerra naturalmente no habría terminado inmediatamente, pero millones de hombres habrían salvado sus vidas: combatientes, prisioneros políticos, deportados judíos, civiles amenazados por bombardeos y matanzas. Además, el triunfo de Beck y de Goerdeler habría puesto a la cabeza de una nueva Alemania a gentes íntegras e inteligentes, sin rastros de nazismo.

Hitler ordenó filmar las audiencias del tribunal del pueblo encargado de juzgar a los conjurados del 20 de julio. Ese documento único no fue destruido. Testimonia contra la voluntad de sus autores y hasta contra sus mismos autores. Las imágenes sonoras destinadas a perpetuar el recuerdo del "crimen capital" del 20 de julio constituyen el mejor testimonio y el más imprevisto, que conserva la memoria de aquellos heroicos alemanes y fundamenta su gloria póstuma.

* * *

La historia de la Resistencia alemana ilustra la importancia y el peso del problema moral en la conducción de la guerra. ¿Cómo saber dónde termina la obediencia a órdenes injustas? ¿Cuándo se hace legítimo el tiranicidio? ¿Puede anhelarse la derrota de su propio país?... Sobre todos estos puntos la Resistencia alemana dio el ejemplo de un debate de conciencia, original y trágico.

La Resistencia alemana demostró a la vez su debilidad y su fuerza. Su debilidad, por su carencia de unidad y su poca eficacia. Su fuerza, por la magnitud y la calidad de sus sacrificios. Los miembros de la Resistencia alemana salvaron el honor de su país, a través del más sangrante de los fracasos.

# *LA CRUELDAD EN LOS SUPLICIOS*

"El decorado y la escenificación de los suplicios tienen algo tan cautivador que hombres a quienes habría podido creerse bastante distantes de las salas de tortura y que no estaban necesariamente encastillados en una ignorancia inexpugnable, han navegado en los viejos veleros de la Inquisición española".

LÉON BLOY

Los relatos de los suplicios del Antiguo Régimen a veces hacen mención de detalles que, a primera vista, aumentan la impresión de horror que producen. Sin embargo, esos "refinamientos de crueldad", como se dice, tenían como efecto, en ciertos casos, abreviar los sufrimientos del condenado y apresurar su muerte.

Dividiré mi exposición en dos partes. Primeramente recordaré y explicaré las opiniones erróneas sobre algunos de esos pretendidos refinamientos de crueldad. Luego, una vez expuesto este fenómeno de opinión, me esforzaré por despejar del examen atento de numerosos relatos de ejecuciones, la prueba de una humanidad relativa, de hecho si no de intención.

* * *

Observamos antes que nada que los suplicios en cuestión no son las torturas destinadas a arrancar confesiones. Me estoy refiriendo no a la prueba de los crímenes sino a su castigo por medio de la muerte.

Ciertamente que mucho habría que decir sobre esa indefendible institución que es la tortura en el sentido estricto del término. En la cuestión de tormento, el sufrimiento no es más que un medio de instrucción jurídica del cual puede prescindirse cuando el acusado se declara culpable, mientras que en el suplicio puede haber cierta proporción entre la culpa

y el castigo.[1] Al contrario, no hay proporción alguna entre la acusación y la tortura, puesto que un inocente es torturado porque nada tiene que confesar, mientras que un culpable se salva de ser sometido a la cuestión si confiesa espontáneamente su crimen.[2]

No se acostumbra describir sin grandes exclamaciones de horror las ejecuciones del Antiguo Régimen. Este horror es, desgraciadamente, muy legítimo, pero una opinión matizada sería más crítica y, por consiguiente, mejor. En su mayoría, nuestros contemporáneos, que no conocen las causas célebres de los regicidas y de los mártires de la intolerancia, no piensan diferente de Víctor Hugo, espejo literario del sentimiento romántico. Para ellos el detalle de los suplicios no puede encerrar sino refinamiento de crueldad, puesto que deriva de un sistema penal inhumano.[3]

Recordemos *Notre-Dame de Paris* y la trágica historia de Esmeralda. En las últimas páginas del libro, el novelista describe extensamente el ahorcamiento de la gitana.[4] Uno de los rasgos que contribuyen a fijar el horror de esta escena es el que nos presenta al verdugo, sujetándose de la cuerda, de pie sobre los hombros de la víctima. Ahora bien, Hugo, —pese a lo que pueda imaginarse—, se preocupaba mucho por la verosimilitud. Los detalles que él reproduce con predilección son apenas forzados, pero extrae de ellos un efecto muy diferente del que la historia puede esperar. El horror espectacular provocado por el monstruoso acercamiento, como él dice, de "la araña y de la mosca", impide pensar fríamente en que la "mosca" habría esperado por largo tiempo la sofocación liberadora sin el peso sobre sus hombros de "la araña-verdugo".

Charles de Coster pone en boca de la bruja estas atroces expresiones: "¡Niñas enterradas vivas! ¡El verdugo danzaba sobre sus cuerpos!".[5] Nueva reacción de horror, y parcialmente gratuita, pues el verdugo apresuraba la muerte de las víctimas sepultadas apisonando la tierra que las cubría.

---

1. No debe pues causarnos asombro encontrar un cruel sistema de pruebas y a la vez suplicios de relativa moderación.
2. "Sin violencias o temor a la tortura". Una ordenanza criminal francesa, de 1670, precisa que era necesario primeramente "someter la cuestión" al acusado. Cfr. L. Tanon, *Registre criminel de la justice de Saint-Martin-des-Champs à Paris au XVIe siècle*, pp. C. y 50, París, 1877. A. Mellor, *La torture*, París, 1961.
3. Sin hablar del sadismo universal tratado con talento por escritores como Edgar Allan Poe, Octave Mirbeau o Paul Morand. J.-P. Sartre dice (en *Une victoire*, p. 118, Lausana, 1958): "La finalidad de la cuestión no es solamente obligar a hablar, a traicionar: es necesario que la víctima se revele ella misma, con sus gritos y su sumisión, como una bestia humana. A los ojos de todos y a sus propios ojos. Es necesario que su traición la destruya y la libre de sí misma. Al que cede en la cuestión no sólo se le ha querido obligar a hablar sino que se le ha impuesto un estatuto para siempre: el de subhombre".
4. V. Hugo, *Oeuvres complètes* (ed. definitiva). *Romans*, t. 4, *Notre-Dame de Paris*, t. 2, pp. 413-414, París, 1880.
5. Ch. De Coster, *La légende d'Ulenspiegel* (ed. J. Hanse), p. 9, Bruselas, 19[illegible]



Los propios historiadores, por razones que explicaré, no han puesto suficiente atención, salvo excepciones, en este aspecto del problema. No se han preocupado lo necesario de analizar los suplicios para comprender no solamente su crueldad, lo que es fácil, sino también su disposición y sus variados efectos.

¿Cómo explicar esta falta de información y, a veces, de curiosidad? En primer lugar por los muchos suplicios en los que nada atenúa el sufrimiento. Impresionados por la historia lamentable de los infelices hervidos en calderas, asados a fuego lento, descuartizados, atenazados, mutilados, rociados con plomo fundido, se necesita un verdadero esfuerzo para buscar y reconocer relativas mitigaciones en las ejecuciones. En aquello en que uno se siente asqueado por la crueldad, no se espera encontrar miramientos.

En este terreno son particularmente fáciles las generalizaciones apresuradas. Un venerable historiador de Gante escribió que otrora a los parricidas de su ciudad se les cosía dentro de un saco y se les precipitaba en las llamas desde lo alto de una torre. Otro, más enterado, demostró que esta errónea opinión estaba imprudentemente basada en un hecho aislado.[6]

En Lila, en el siglo XIV, a los falsificadores de moneda se les ejecutaba mediante inmersión en agua hirviente. Pero se ha hecho observar con razón que si bien "la expresión *hervir*, comúnmente empleada, ha hecho decir que la víctima era sumergida en agua todavía fría y que luego se calentaba", es necesario, por el contrario, pensar "que el condenado era sumergido en agua hirviente, directamente".[7]

Igualmente, "desterrar sobre el puño" no es desterrar después de haber cortado el puño, sino desterrar so pena, para el condenado, de cortarle el puño si no cumple la sentencia.[8]

No es menos exacto que los cronistas, sobre todo los que escribieron sobre los actos de los mártires, novelaron a gusto la muerte de sus héroes.[9] Para tomar sólo un ejemplo, Jean Crespin, autor calvinista del más célebre Martirologio francés del siglo XVI, no puede evitar el cargar la mano a los verdugos. De esta manera, escribirá que los condenados a la hoguera eran atados a una estaca, "con el fin, según él, de aumentar el horror de

---

6. C.-L. Dierícx, *Mémoires sur la ville de Gand*, t. 2, p. 392, Gante, 1814. P. Claeys, *Le bourreau de Gand*, en *Messager des sciences historiques*, t. 59, p. 60, Gante, 1891.
7. S. Poignant, *La condition juridique du bourgeois de Lille au XIVe siècle*, p. 151, Lila, 1929. En Malinas la caldera hervía durante la noche que precedía a la ejecución. Cfr. L.-Th. Maes, *La peine de mort dans le droit criminel de Malines*, en *Revue historique de droit français et étranger*, 4ª serie, t. 27, p. 396, París, 1950.
8. J. Gessler, *Enkele verzen van "Die Hexe" folkloristisch toegelicht*, en *Le folklore brabançon*, t. 19, p. 32, Bruselas, 1932.
9. H. Delahaye, *Les passions des martyrs et les genres littéraires*, pp. 236 ss., 283 ss., Bruselas, 1921. L.-E. Halkin, *Les martyrologes et la critique*, en

los tormentos",[10] lo que es un refrán tan común que a veces se le :ut mal, como en el caso mencionado, pues era absolutamente normal que l condenados fuesen encadenados antes de ser entregados a las llamas. mismo Crespin describirá también con sentimiento el *esteuf,* pelotita in ducida entre las mandíbulas de la víctima y sujeta mediante correas at: en la nuca. Ahora bien, en ocasiones el *esteuf* estaba lleno de pólvora al ser alcanzada por el fuego estallaba ultimando al mártir. Sobrecogido la visión de la cabeza horrorosamente herida por la explosión, Crespir concibe el real alivio aportado a los sufrimientos mediante esta ingen invención.[11]

Cuando leemos que un condenado es sucesivamente decapitado, cuartizado y expuesto,[12] es evidente que toda la atrocidad del castigo destinada a impresionar a los testigos. Los jueces del Antiguo Régir creían que las ejecuciones espectaculares constituían una enseñanza c de desalentar la maldad. Las ejecuciones, reza un antiguo manual de cedimiento, deben realizarse "a pleno día, en plazas públicas, enten que el castigo de los criminales sirve de consuelo a los buenos y de te a los malos".[13] "Indicios suficientes nos prueban que se considerab cadalso, la rueda o la hoguera como maravillosos auxiliares de la virtu De allí a que se rodease las ejecuciones de una escenificación sobrec dora, no había más que un paso. Testimonian del mismo sentir,[15] los merosos casos de suplicios infligidos a cadáveres en presencia de un púb numeroso. No olvidemos que los suplicios póstumos, —muy suficie para obtener el efecto moral deseado—, no podían hacer sufrir sin público, si era sensible.

Veo una última razón de la errónea interpretación de los supl en la dificultad de imaginar hoy lo que fueron realmente esos supl la manera como se practicaban y el material que requerían.

---

*Mélanges historiques offerts à Monsieur Jean Meyhoffer,* pp. 52-72, l sana, 1952.

10. A. Piaget y G. Berthoud, *Notes sur le "Livre des martyrs" de Jean Cre,* p. 176, Neuchâtel, 1930.

11. Jean Crespin, *Livre des martyrs...,* t. 2, p. 156, Tolosa, 1889. Piag Berthoud, *op. cit.* p. 158.

12. C. Desmaze, *Curiosités des Parlements de France,* p. 105, París, 1863.

13. *Style et manière de procéder en matière criminelle au pays de Liège,* p Lieja y Herve, 1779. Ya Cujas decía: "Omnis enim poena non tam ad lictum quam ad exemplum pertinet". (Todo castigo se aplica no al de sino para que sirva de ejemplo). En el mismo sentido, la ejecución se cía en el mismo lugar del crimen.

14. R. Anchel, *Crimes et châtiments au XVIIIe siècle,* p. 231, París, 193 1585, en Spa, los niños fueron invitados a la quema de dos brujas. Cf Body, *Spa. Histoire et bibliographie,* t. 1, p. 336, Lieja, 1888.

15. J. Gessler, *Hasseltsche schooljeugd bij beulswerk toeschouwend,* en V *melde Opstellen... te Hasselt,* t. 17, p. 263, Hasselt, 1942.



Hablando de la pena, por demás atroz, del enterramiento, un historiador moderno, al explicar la expresión del texto antiguo "plantado en tierra", supone que el condenado, de pie, era enterrado hasta el cuello y "moría lentamente de hambre, de sed, de opresión y de horror".[16] Ahora bien, Crespin describe también un enterramiento, pero casi como testigo. Una hereje de Mons había sido condenada a ser "plantada viva en la tierra". El ejecutor, dice Crespin, "la acostó en la fosa, le cubrió la cara de tierra y el resto del cuerpo, y, hecho esto, se colocó sobre el vientre pateándola tanto que finalmente ella rindió felizmente su alma al Señor".[17] Por esta valiosa cita vemos que "plantado en tierra" no implica necesariamente el horror de una lenta agonía, de pie, con la cabeza fuera del suelo.

Igualmente oímos decir corrientemente que el condenado a morir en la hoguera "subía" a la pira. Nada más falso. La mayoría de las víctimas "entraban" en la pira. Los haces de leños los cubrían hasta medio cuerpo.[18] Las imágenes en que se ve al condenado en medio de las llamas, de pie sobre un enorme montón de troncos artísticamente alineados, no tienen, pues, ningún carácter verdadero. Obras de la fantasía, no pudieron producirse y circular sino en nuestros días, en una época en que, extinguidas las hogueras, ya no se sabía cómo se las levantaba en otros tiempos.[19] No por ello es menos cierto que la imagen popular y falsa ha dado del suplicio del fuego una idea todavía más horrible de lo verosímil, puesto que supone llamas de un metro cincuenta y la combustión de los miembros inferiores antes de que la muerte hiciese su tarea.[20]

---

16. H. Caffiaux, *Le bourreau de Valenciennes aux XIVe et XVe siècles,* p. 9, Valenciennes, 1891. M. Bauchond, *La justice criminelle du magistrat de Valenciennes au Moyen Age,* p. 259, París, 1904. G. Des Marez, *Note sur la peine de l'enfouissement,* en *Bulletin de la Commission royale des anciennes lois et ordonnances,* t. 10, p. 122, Bruselas, 1914. Se podría añadir, entre otros ejemplos de amplificación por ignorancia, el suplicio con la prensa aserrada. Cfr. J. Vergote. *Les principaux modes de supplice chez les anciens et dans les textes chrétiens,* en *Bulletin de l'Institut historique belge de Rome,* t. 20, p. 161 ss., Roma, 1939. Ver también O. Jodogne, *A propos de la cruauté judiciaire du XVe siècle...,* en *Les Lettres romanes,* t. 7, pp. 237, 241, Lovaina, 1953.

17. Crespin, *op. cit.,* t. 1, p. 536. Piaget y Berthoud, *op. cit.,* p. 181. Véanse más adelante otros pormenores con respecto al mismo suplicio.

18. Otra miniatura del siglo XVI, entre varios documentos del mismo orden, muestra a un condenado cubierto hasta medio cuerpo en la hoguera. Cfr. H. Fehr, *Das Recht im Bilde,* lámina 111, Zurich, 1923. En el mismo sentido: P. Heupgen, *Le supplice du feu,* en *Annales du Cercle archéologique de Mons,* t. 56, pp. 229-237, Mons, 1939. H.-C. Lea, *Histoire de l'Inquisition au Moyen Age* (trad. del inglés por S. Reinach), t. 1, p. 622, París, 1900.

19. Anchel, *op. cit.,* pp. 210-211.

20. Anchel (*loc. cit.*) se equivocó al aplicar lo que precede al caso excepcional de Juana de Arco. Cfr. A. Billard, *Jehanne d'Arc et ses juges,* p. 359, París, 1933. Me inclino a creer que la reproducción por medio de imágenes de la hoguera de Juana de Arco, ha generalizado la idea de una hoguera sobre la cual debía subir la víctima.

Finalmente, cuando nos enteramos de que "el prisionero será primeramente ahorcado y estrangulado, y luego quemado y hecho cenizas",[21] vemos cuatro suplicios donde no hay sino uno. Si Víctor Hugo se equivocó sobre el papel posible del verdugo en el ahorcamiento, fue porque jamás había visto ahorcar, mientras que un La Fontaine o un Voltaire, menos imbuidos de arqueología, hablaron sin embargo de los suplicios con exactitud de testigos.

* * *

Después de mostrar este interesante fenómeno de opinión, gracias al cual miramientos relativos han sido considerados como refinamientos de crueldad, paso a mi segundo cuadro: los relatos de ejecuciones en los cuales se pueden descubrir atenuantes verdaderos, aportados por e juez o por el verdugo, a la severidad de las sentencias capitales. He leído un gran número de esos relatos, pero tengo conciencia de estar lejos d haber agotado una documentación verdaderamente indefinida. Cuando menos los hechos presentados a lo largo de ese trabajo me parece que merecen ser reunidos y subrayados, sin exagerar su alcance.

La muerte del condenado podía ser causada, entre otros, por el hierro el agua, la cuerda, la fosa o el fuego.

Creo que nada tenemos que decir aquí de la decapitación y de l sumersión. No conozco ningún atenuante de estos suplicios, que la Revolución habría de "perfeccionar" mediante la máquina de Guillotin, pc una parte, y por otra mediante las siniestras barcas de Carrier.[22]

Del ahorcamiento algo dije al recordar la ejecución de Esmeralda ignoro sin embargo de dónde tomó Víctor Hugo ese dato.[23] Lo que m lleva a creer que el novelista, en este como en otros lugares, utilizó u documento, en este caso el relato de una ejecución, es que puedo presentar casos semejantes que pueden parangonársele. En primer lugar, un miniatura del siglo XIV que reproduce una escena análoga.[24] Luego, el hecho siguiente, ocurrido en 1592: pasando Felipe II por Valladolid, vi a un estudiante al que se había llevado a ahorcar y cuya cuerda se rompió; el condenado rodó por tierra arrastrando al verdugo, que estaba en caramado sobre sus hombros.[25] Debo el tercer dato a un cronista del siglo XVI que describe extensamente al verdugo, a horcajadas sobre el patíbulo y dando patadas al ahorcado. La utilidad de esta brutal manera c

21. Desmaze, *Curiosités den anciennes justices,* p. 397, París, 1867.
22. En un grabado de Lucas Cranach hay una prefiguración de guillotina. Cf H. Fehr, *op. cit.,* lámina 93.
23. E. Huguet, *Quelques sources de "Notre-Dame de Paris",* en *Revue d'histoi littéraire de la France,* t. 8, p. 646, París, 1901. Sobre el suplicio del agu cfr. R. Foncke, *De eerste rekening van de Mechelsche schout, Heer Wille Le Clercq (1554-1556),* p. 31, Gante, 1952.
24. Fehr, *op. cit.,* lámina 104.
25. A. Morel-Fatio, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592,* p. 3 Madrid, 1879.



actuar es segura, puesto que nuestro autor precisa que, pese a los golpes recibidos, la víctima sacudió largo tiempo las piernas, negándose a morir.[26]

Creo sin embargo que, con la mayor frecuencia, el condenado, con la soga al cuello, era precipitado desde una buena altura, con el fin de que la violencia del choque a la vez lo asfixiase y le quebrase la columna vertebral.[27] Es lo que un memorialista ingenuo llama "dar el salto en el aire".[28] El ahorcamiento así entendido supone una horca muy elevada, una larga escalera, una cuerda larga y fuerte, pero exige una instalación difícil de improvisar. Era ese el procedimiento más humano, digamos el menos cruel. Con toda seguridad que el más cruel era el ser ahorcado con una cuerda corta sin apretar fuertemente. El más humillante, —pues esta preocupación debe también tenerse en cuenta—, consistía en la altura de la horca. Beaumanoir decía que los guardias que se hicieran cómplices de los ladrones "debían ser ahorcados más alto que otros ladrones, porque se tenía confianza en ellos como guardianes".[29]

La expresión usual "ahorcar alto y corto" parece, pues, asociar la intención del castigo humillante a la del castigo más cruel. Pero creo que en este caso la expresión "corto" no hace sino duplicar el sentido de "alto". La cuerda debe ser relativamente corta para que el cuerpo sea bien visible y a la vez esté fuera de alcance. Un pasaje de La Fontaine hace bastante verosímil esta interpretación:

Si no, él consentía ser en lugar público,
Colgado, la soga al cuello, estrangulado corta y limpiamente.[30]

Estrangulado "corta y limpiamente" significa sin duda ser ahorcado con una cuerda corta, pero para una muerte rápida. Si la palabra corto tiene la misma acepción en las dos expresiones, —"alto y corto", "corta y limpiamente"—, no puede ser otra que la que evoca una cuerda lo bastante corta como para que el condenado sea ahorcado alto, sin que sea necesario suponerla corta hasta el punto de prolongar el suplicio: con ello

26. Van Vaernewijck, *Van die beroerlijcke tijden in die Nederlanden* (ed. F. Van der Haeghen), t. 3, p. 302, Gante, 1872.
27. En Gante la horca tenía alrededor de diez metros de altura; ver un grabado de 1692 publicado por P. Claeys, *op. cit.,* p. 74. Ver también Anchel, *op. cit.,* pp. 168 ss. En Valenciennes, en 1585, ahorcamiento de un hereje que, "por tener una pierna de palo, fue subido a la horca por medio de una rueda", Cfr. P. J. Le Boucq, *Histoire des troubles advenus à Valenciennes* (ed. de Robaulx de Soumoy), p. 150, Bruselas, 1864.
28. J. B. Blaes, *Mémoires anonymes sur les troubles des Pays-Bas (1566-1580),* t. 1, p. 85, Bruselas, 1869.
29. P. de Beaumanoir, *Coutumes du Beauvaisis* (ed. A. Salmon), p. 479, París, 1899. Un diálogo valón de 1632 precisa el castigo merecido por un soldado: "Por mi cuenta, digo yo, que para honrarlo, habrían de subirlo bien alto". Cfr. J. Haust, *Le dialecte liégeois au XVIIe siècle. Quatre dialogues de paysans,* p. 51, Lieja, 1939.
30. La Fontaine, *Fábulas,* Libro VI, fábula 19.

la ejecución no gana necesariamente en atrocidad, puesto que "corta y piamente" supone una muerte pronta.

Es cierto que el horror del ahorcamiento, —como de todo suplici podía ser acrecentado por circunstancias fortuitas, tales como la torpeza verdugo. Un ejemplo característico de esto se ofrece en la historia de mártires de Gorcum, cuyos sufrimientos fueron prolongados muy cru inútilmente por la negligencia de sus torturadores.[31]

¿Deseamos escuchar otra campana? Escuchemos a Voltaire relata ahorcamiento frustrado del doctor Pangloss, en Lisboa: "Imposible peor ahorcado de lo que yo lo fui", hace decir a Pangloss. "El ejec de altas obras de la Santa Inquisición, que era subdiácono, en verdad c maba a la gente maravillosamente, pero no estaba acostumbrado a al car, la cuerda estaba mojada y no resbaló, fue anudada; en suma, todavía respiraba".[32]

Del asombro manifestado tanto por la hagiografía de los márti holandeses como por el filósofo humorista de *Candide,* podemos indu que el ahorcamiento normal era menos cruel que el de Gorcum y más caz que el de Lisboa: la excepción confirma la regla, y no se debe es blecer esa regla según los casos extremos que son los suplicios de criminales famosos.

Finalmente, he aquí un último ejemplo que demuestra la preocu ción de no aumentar los sufrimientos de los infortunados condenados ser estrangulados. En Lieja, a fines del siglo XVIII, a los asesinos se estrangulaba y se les cortaba el puño; sin embargo, no se les secciona el puño sino en el instante mismo del gesto mortal. A este respecto di un testigo: "Un criminal que va a ser mutilado está sentado sobre un

31. G. Estius. Edición francesa reproducida por H. Leclercq, *Les martyrs,* t. p. 349, París, 1907. He aquí el texto original del cronista según E. H. Reusens, *Historia beatorum martyrum Gorcomiensium a Gulielmo Estio h sselio...,* p. 168, Lovaina, 1867: "Ceterum neglecte a lictoribus extre suplicii peracta fuere parum sollicitis, ut, qui pendebant, bene strangulati ci morerentur. Nam alius ore funem velut frenum mordebat, alius exter mento suppositum, alius gutturi quidem admotum sed non satis astrictum hab: Quo factum ut et tardius eis spiritus intercluderetur, et diutius in extremo cr ciatu retinerentur; adeo ut quidam eorum, inter quos venerabilis Nica funem ori immissum habens, in clarum usque diem adhuc spirare investi fu rint". (Además los pasos finales de la tortura que permitían que los co denados a la horca muriesen rápidamente, fueron ejecutados descuidadamen por funcionarios poco celosos. Uno mordía la cuerda como si fuese el boca de un freno; otro la tenía puesta en la punta de la barbilla; otro sí qu tenía atada al cuello, pero no estaba lo suficientemente apretada. Todo es hacía más lenta y prolongada la sofocación de sus alientos y los mantenía e horrible sufrimiento por más largo tiempo. Tanto así que algunos entre ello entre los cuales se encontraba el venerable Nicasio, fueron encontrados vivo aun en pleno día).
32. Voltaire, *Contes et Romans* (ed. Paul Van Tieghem), t. 2, p. 121, París, 193



pequeño bloque de madera, incrustado en la tierra, de alrededor de un pie de alto, con la espalda apoyada contra una estaca que sobrepasa su cabeza en unos tres dedos; estaca en la cual hay un agujero a la altura del cuello del condenado, por el cual pasa una cuerda doble atada a un bastón que, al girar, lo estrangula; el verdugo que mueve ese bastón, al momento de hacerlo girar hace una señal al que debe cortarle el puño, y, *en el mismo instante,* se descarga el hachazo sobre un tajo situado cerca del condenado, sobre el cual se le ha hecho colocar la mano con la que cometió el crimen".[33]

El enterramiento debía causar sufrimientos inimaginables. Sin embargo, a veces a las infortunadas víctimas se las estrangulaba antes de enterrarlas.[34] He aquí cómo se practicaba este suplicio en Brabante: "El verdugo acostaba a la víctima, viva, en una fosa excavada bajo el patíbulo; la cubría de tierra comenzando por los pies y subiendo hasta el rostro, frecuentemente cubierto por un pañuelo; finalmente, saltaba sobre la fosa para asfixiar a la víctima, o bien le clavaba una estaca en el abdomen".[35] Un grabado alemán del siglo XVI representaba muy fielmente este suplicio y la intervención relativamente caritativa del ejecutor.[36]

La hoguera es el castigo que tiene el don de excitar más la imaginación. Felizmente, al respecto podemos consignar algunas iniciativas bastante oportunas. En primer lugar, la cantidad de combustible habitualmente requerida era garantía de una muerte rápida por sofocación, sobre todo si se empleaba leña verde, que produce mucho humo. Un reglamento del Consejo Provincial de Artois, de 1757, establece la cantidad: "El material empleado para quemar ascenderá a cinco cuerdas de leña [...], tres cientos haces de ramas [...], y tres sacos de carbón".[37] En verdad que no se trataba en ese caso de asar a fuego lento, suplicio de otro modo inhumano y felizmente menos frecuente que la hoguera generosamente alimentada.

33. M. Deschamps, *Essai sur le pais de Liège et ses lois fondamentales,* p. 66, Londres, 1785; el subrayado es mío. La misma costumbre en el principado de Stavelot-Malmédy. Cfr. E. Poncelet, *Mélanges,* en *Bulletin de l'Institut archéologique liégeois,* t. 23, p. 479, Lieja, 1894. Se hará notar que en Francia, durante la misma época y aun más tarde, el puño se cortaba en vivo. Cfr. Desmaze, *Le Châtelet de Paris,* p. 362, París, 1870.
34. A. Tardif, *La procédure criminelle aux XIIIe et XIVe siècles,* p. 155, París, 1885. Crespin, *op. cit.,* t. 1, p. 465. Piaget y Berthoud, *op. cit.,* p. 180, muy poco afirmativos sobre este tema. J. Gessler, *Enkele verzen...,* p. 47.
35. E. Poullet, *Histoire du droit pénal dans le duché de Brabant jusqu'à l'avènement de Charles-Quint,* p. 252, Bruselas, 1867. Ver p. 129.
36. Fehr, *op. cit.,* lámina 126. J. Gessler, *op. cit.,* p. 49 ss.
37. Desmaze, *Curiosités des anciennes justices,* p. 338. J. Boca, *La justice criminelle de l'échevinage d'Abbeville au Moyen Age,* p. 220, París. 1930. P. Claeys, *Le bourreau de Gand,* p. 178. En el caso contrario, la sentencia precisa que la hoguera debe ser pequeña. Cfr. L. Ulrix, *Les grands procès de l'histoire de Belgique,* t. 1, p. 194, Lieja, 1946.

Siempre en el mismo sentido, algunos informes complementarios nos son ofrecidos por un documento cuya rareza constituye su valor excepcional: una carta de un testigo serio que vio quemar a una envenenadora en Noyon, en 1759: "Cuando las llamas comenzaron a tomar cuerpo, de golpe se la vio hundirse [a la víctima]; los verdugos lanzaron haces de paja, de ramas; ya no se la vio más . . . y creo que esa operación no duró dos minutos. Es seguro que había un vacío en el interior de la pira. No sé si estaba sentada sobre un haz de leña, si ese haz estaba apoyado en algún haz de paja que, al quemarse, hizo caer el haz de leña. Lo que es seguro es que se la vio descender de un golpe. El poste tenía ocho pies de alto, cuando menos; sobrepasaba la pira en alrededor de tres pies. Ella se halló suspendida del collar [de metal, clavado al poste], y es de presumir que los leños que le habían atado a los brazos los habían puesto con el designio de que pesasen para estrangularla. Por otra parte, teniendo apretado el cuello de esta manera y respirando apenas, el humo la habrá sofocado muy pronto".[38]

Igualmente, era un alivio a los sufrimientos de los condenados el colgarle del pecho, como a veces se hacía, un saquito de pólvora para cañón o de azufre, el cual, por acción del fuego, estallaba y sofocaba a la víctima.[39] También para apresurar su muerte, sin duda, se le ponía en la cara o bajo las axilas "tapones de paja". Se les engrasaba el cuerpo y se les espolvoreaba de azufre para hacerlo más inflamable y favorecer la combustión.[40] Otras veces, la víctima era entregada a las llamas con la boca llena de pólvora.[41] Se conocen también casos de condenados tocados con "un sombrero de azufre sobre la cabeza" o vestidos con una "camisa azufrada" para marchar al suplicio del fuego.[42] En suma, con bastante frecuencia los jueces ordenaban que el criminal sólo recibiese algunos golpes estando vivo, o que fuese estrangulado antes de ser quemado.[43] Mientras que, por otra parte, la intervención caritativa de personas extrañas a la justicia tenía como efecto el suavizamiento de la pena y a veces hasta la gracia del condenado.[44]

* * *

Podría añadir algunos otros ejemplos a los ya citados, pero creo que mi demostración no exige más.[45] ¿Elogiaría yo la intención humanitaria de los jueces? No me siento capaz de hacerlo. Antes del siglo XVIII, no

38. Anchel, *op. cit.*, pp. 214-215. Un caso notable en Crespin, *op. cit.* (ed. de 1608) f° 231 v° (se trata del martirio de cinco estudiantes de Lausana en 1553): "Entonces fueron atados con una cadena, a la redonda, alrededor de dicha estaca. Y habiendo recibido orden de los jueces de apresurar la muerte de los cinco estudiantes, el verdugo le puso a cada uno una soga al cuello y todas ellas atadas a una soga más gruesa que estaba manejada por medio de poleas para así estrangularlos con más rapidez. Después de haberles engrasado los cuerpos, los cubrió con azufre en polvo y, habiendo tomado todas estas medidas para apresurar la muerte, las cuerdas fueron rápidamente consumidas por el fuego y durante cierto tiempo se oyó a estos cinco mártires pronunciar reiteradamente estas palabras en alta voz: 'Coraje, hermanos míos coraje.' Y fueron éstas las últimas palabras escuchadas en medio del fuego que prontamente consumió los cuerpos de los ya nombrados cinco valientes y verdaderos mártires en el Señor".

39. Y no un agravamiento de pena, como escribe L. Stroobant, *Notes sur le système pénal des villes flammandes du XVe au XVIIIe siècle*, p. 10, Malinas, 1897. Ver también: L.-Th. Maes, *De ketterij als delict in het stedelijk strafrecht te Mechelen*, en *Miscellanea historica De Meyer*, p. 805, Lovaina, 1946. Un ejemplo típico en J. Crespin, *Actes des martyrs*, p. 815, Ginebra, 1564.

40. Piaget y Berthoud (*op. cit.*, p. 179) se muestran escépticos acerca de la interpretación que a pesar de todo es correcta. Lea, *op. cit.*, t. 1, p. 621.

41. A veces la relación de la ejecución revela que la hoguera fue alimentada con "pólvora de cañón". Cfr. J. Meyhoffer, *Le martyrologe protestant des Pays-Bas*, p. 18, n. 1, Nessonvaux, 1907.

42. *Castellioniana*, p. 85, Leyden, 1951. L.-Th. Maes, *La peine de mort dans le droit criminel de Malines*, en *Revue historique de droit français et étranger*, 4ª serie, t. 27, p. 395, París, 1950. L. Lallemand, *Histoire de la charité*, t. 4, 2ª parte, p. 154, n. 22, París, 1912. J. Loiseleur, *Les crimes et les peines*, p. 226, París, 1863. P. Dautricourt, *La criminalité et la répression au Parlement de Flandre au XVIIIe siècle*, p. 266, Lila, 1912. R. Anchel (*op. cit.*, p. 212) pone este hecho en duda, pero parece ignorar los autores antes citados.

43. N. Weiss, *La Chambre ardente*, p. 59, París, 1889. Piaget y Berthoud, *op. cit.*, p. 178. Desmaze, *Le Châtelet de Paris*, p. 364; *Curiosités des anciennes justices*, p. 399; *Les pénalités anciennes, supplices, grâces et prisons en France*, p. 102, París, 1866. A veces, el *retentum* de la Corte precisa que el condenado "no sentirá ningún golpe mientras esté vivo, pero será estrangulado lo más secretamente que se pueda hacer". La razón del secreto consiste en la preocupación de no disminuir el valor ejemplar del suplicio. Cfr. P. Dautricourt, *op. cit.*, p. 274. E. Brouette, *Les sorciers de l'Entre-Sambre-et-Meuse*, en *Documents et rapports de la Société royale paléontologique et archéologique de Charleroi*, t. 47, pp. 10-11, Charleroi, 1949.

44. En los siglos XV y XVI se encuentra en la historia de Saint-Omer una gran proporción de intervenciones eficaces; cfr. J. de Pas, *Peines corporelles à Saint-Omer*, en *Bulletin de la Société des antiquaires de la Morinie*, t. 15, p. 581, Saint-Omer, 1935. Acerca de las gracias del Viernes Santo en Ypres y Malinas, ver F. Hachez, *Les coupables de Malines graciés au Vendredi Saint*, p. 1, Malinas, 1900. Cuando se rompía la soga del ahorcado, la multitud veía en ello a veces la mano de Dios y pedía la gracia para el condenado. En la literatura hagiográfica se encuentran casos de ruptura de la soga, especialmente el Viernes Santo; cfr. B. de Gaiffier, *Un thème hagiographique. Le pendu miraculeusement sauvé*, en *Revue belge d'archéologie et d'histoire de l'art*, t. 13, p. 123-148, Amberes, 1943.

45. No entra en nuestro campo el número de casos de salvación de condenados solteros, acordada a veces por medio de un matrimonio *in extremis* con una mujer que se prestase a ello. Además, a veces el condenado no consideraba esta solución como "suerte de ahorcado", como lo prueba la respuesta legendaria: "¡Labios fruncidos, nariz puntiaguda! ¡Prefiero la horca!". Cfr. J. Gessler, *Le mariage sous la potence*, en *Le folklore brabançon*, t. 7, p. 128, Bruselas, 1927. P. Lemercier, *Une curiosité judiciaire au Moyen Age: la grâce par le mariage subséquent*, en *Revue historique de droit français et étranger*, 4ª serie, t. 33, pp. 464-474, París, 1955. La documentación en este campo es infinita y las interpretaciones son divergentes. Critica mi punto de vista J. Gessler, *Tortures et supplices "modérés" sous l'Ancien Régime*, en *Revue belge de philologie et d'histoire*, t. 28, p. 165 ss., Bruselas, 1950. Va más lejos que yo L.-Th. Maes, *L'humanité de la magistrature au déclin du Moyen Age*, en *Revue d'histoire du droit*, t. 19, pp. 158-193, Groninga, 1951.

osaría atribuirle este sentimiento demasiado moderno a hombres habitua a los sufrimientos de sus víctimas y persuadidos de la utilidad social los suplicios. No quiero confundir el efecto con la meta; es más senc y más prudente el no ver, en los casos que he citado, sino un deseo actuar prontamente para garantizar la muerte, preocupación que está c forme, por otra parte, con el espíritu de las leyes penales. Infortuna víctimas se beneficiaron de ello y le debieron el no sufrir tanto como bríamos podido creer.

En el siglo XVIII un nuevo espíritu anima el derecho penal. No lle ré al extremo de saludar en Guillotin a un "ingenioso filántropo". Prefi citar al jurista francés que escribió entonces: "Cuando la ley no es clar evidente para el caso sometido a la decisión de los jueces, y cuando trata de interpretar su decisión, esta interpretación debe hacerse siem de manera favorable al acusado".[46] A veces se ha podido constatar el p greso de la indulgencia en las sentencias de esa época. Las penas n duras, muertes y galeras, se hacen raras; desaparece la perforación de lengua; el destierro es aplicado frecuentemente, mientras que las abso ciones, los destierros de la corte y los "hasta más amplia información" hacen más frecuentes.[47] En 1774, Charles de Lorraine pedía a las Cor de justicia de los Países Bajos que los jueces diesen las órdenes pertine tes al verdugo para que el criminal expirase, por decirlo así, en el i tante mismo de la ejecución.[48] Algunos años más tarde, en 1780, se poc escuchar, por fin, a un procurador general invocar el "sentimiento de h manidad".[49]

Por otra parte, pese a estas huellas de relativa humanidad, lo que ha monstruoso el sistema penal del Antiguo Régimen en su base, es su pı tensión de proporcionar al crimen el suplicio capital y convertirlo en u enseñanza.[50] Desde entonces, pese a la intención manifiesta de justic

46. Por ejemplo, cuando la ley establece la pena del fuego sin señalar que culpable debe ser quemado vivo, se le estrangula antes de ser quemado; c Jousse, *Traité de la justice criminelle de France,* t. 2, p. 596, París, 17 En el mismo sentido: L.-Th. Maes, *De humaniteit der stabinale magistrau onder het Ancien Régime,* en *Handelingen van het Zeventiende Filolog Congres,* pp. 60-62, Lovaina, 1947. M. Giraud, *Tendances humanitaires à fin du règne de Louis XIV,* en *Revue historique,* t. 209, pp. 217-237, Par 1953.
47. Ver para Flandes y Champaña, P. Dautricourt, *op. cit.,* p. 268, y p. 271 s 399, 402.
48. L.-P. Gachard, *Documents sur la législation et l'administration de la justi criminelle dans les Pays-Bas,* en *Procès-verbaux des séances de la Commissi royale pour la publication des anciennes lois et ordonnances de la Belgiqu* t. 1, p. 328, Bruselas, 1848. Es sabido que en todo el imperio había en e época una preocupación por suprimir la tortura y la pena capital. Tambi se sabe que la obra célebre de Beccaria contribuyó a humanizar la Constit ción francesa de 1791.
49. Dautricourt, *op. cit.,* p. 298.
50. Napoleón tenía todavía esta idea. Cfr. E. de Las Cases, *Le Mémorial à Sainte-Hélène,* t. 1, p. 598.



distributiva, la crueldad de los jueces y de los verdugos tuvieron campo libre para ejercerse, para desarrollarse, a veces hasta el sadismo.

No me preocupo en absoluto por la apología del Antiguo Régimen, pero ningún respeto tengo por los "jardines de los suplicios". En definitiva, pretendo creer que el elemento crítico que aporto es capaz de dar una idea más exacta de la justicia del pasado, habida cuenta, evidentemente, de la circunstancias de lugar, de tiempo y de persona. Cuando objetivamente se le haya reconocido su lugar a la hipótesis de un suavizamiento de hecho, —y esto será, infortunadamente, el caso menos frecuente—, no se podrá sino deplorar con mayor seguridad los abusos del sistema penal de otrora.

En 1789, los autores de la *Encyclopédie,* sintetizaban en términos felices su juicio sobre el sistema penal antiguo: "Un diccionario de los diversos suplicios practicados en todos los pueblos del mundo haría estremecerse a la naturaleza; la vastedad de la imaginación de los hombres en materia de barbarie y de crueldad es un fenómeno inexplicable. Gobernar a fuerza de suplicios es querer hacer que los suplicios hagan lo que no está en su poder, quiero decir, formar buenas costumbres".[51]

El mismo año, Babeuf, al presenciar las primeras masacres de la Revolución, reflexionaba de esta manera: "¡Los suplicios de todo género, el descuartizamiento, la tortura, la rueda, las hogueras, los patíbulos, los verdugos multiplicados por doquier, nos han formado tan malas costumbres! Los amos, en lugar de civilizarnos, nos han vuelto bárbaros, porque ellos mismos lo son. Cosechan y cosecharán lo que sembraron".[52]

Qué pensar de este último texto, sino que expresa una comparación lamentable entre dos mundos, el del Antiguo Régimen y el de la Revolución. Babeuf quería echar la responsabilidad de los excesos revolucionarios sobre el derecho penal abolido. Sólo en parte tenía razón. Se puede comparar un régimen con otro, sin duda, pero los hombres permanecen semejantes a sí mismos a través de los siglos. ¿Quién osaría pretender hoy que la crueldad fue el signo de una época pasada? No, los hombres son siempre capaces tanto de crueldad como de humanidad.

51. T. 32, p. 94, Ginebra, 1789.
52. A. Mathiez, *La Révolution française,* t. 1, 7ª ed., p. 60, París, 1939.

# *AVATARES DEL HONOR*

"Sucede con el honor como con Dios, no se deja poner en plural: los dioses no son sino ídolos, los honores no son sino futilezas".

GODEFROID KURTH

"Todo se ha perdido menos el honor", esta frase célebre [1] atribuida a Francisco I después de la batalla de Pavía es comprendida frecuentemente como la perfecta expresión del ideal caballeresco. Ahora bien, las palabras auténticas del rey vencido, —"no me ha quedado sino el honor y la vida. . ."—, expresan solamente la altivez de un jefe que no huyó ante el enemigo, aunque tuviese que rendirse. Esta precisión limitativa nos hace poner el dedo en la desconcertante diversidad de los aspectos del concepto de honor a través de las épocas, los países, las categorías sociales.

El honor no es sólo una palabra, sino una palanca de la historia y de la epopeya. Hay hechos y relatos que con admiración calificamos de caballerescos. ¿Pero no nos seduce con mayor frecuencia el lado espectacular del gesto más que la virtud de su autor? Esto constituye la grandeza y la miseria del formalismo del honor.

* * *

Sírvase el lector observar, ante todo, que no se trata en este caso de volver a trazar la historia muy conocida de una palabra histórica, benévolo auxiliar de la inmortalidad, o de analizar la psicología del com-

1. E. Fournier, *L'esprit dans l'histoire,* p. 147, París, 1867. L.-E. Halkin, *Tout est perdu fors l'honneur,* en *Tendances,* t. 1, pp. 70-74, Lieja, 1936. J. F. Niermeyer, *De semantiek van honor* en *Dancwerc Opstellen aangeboden aan Prof. Dr. D. Th. Enklaar,* pp. 56-63. Groninga, 1959.

batiente animado por el ideal caballeresco. No me corresponde determin en absoluto si es mejor huir ante un enemigo más numeroso o, por el con trario, si debe aceptarse la ley del más fuerte y capitular. Mi único de signio es proponer algunas notas críticas sobre la evolución del ideal ca balleresco y del sentimiento del honor a través de la historia de las cos tumbres y en la literatura.[2]

Recordemos que en el ideal heroico de la Antigüedad el honor er muy exigente. Homero fue el educador de Grecia en este campo y ética es puramente caballeresca. Fuese espartano o romano, el héroe ant guo creía, con Aristóteles, "que es vergonzoso huir", y se conoce el gest famoso del griego que inmoló con sus propias manos al hijo que retr cedió ante el enemigo.[3] En la fábula de los Horacios y los Curiacios, cierto que el romano huye para vencer con mayor seguridad; en Pavía Francisco I se rinde aun cuando puede huir. Estas dos actitudes no contraponen tanto como podría pensarse. Horacio y Francisco I sopes sus posibilidades, preservan y conservan su vida; ambos están igualmen lejos de Rolando, que muere por Dios y por Carlomagno, sin buscar sa vación mediante los recursos de la habilidad o de la casuística.

En efecto, Rolando sigue siendo la más pura encarnación del hon caballeresco, él, que no hace sonar el cuerno sino en el momento cuand último combatiente, va a sucumbir bajo los golpes de sus numerosos en migos. A Rolando le gusta el riesgo; ni huye ni se rinde, muere. Su mane de actuar y de morir es la más heroica, la más sencilla, y también la m popular.[4] Igualmente lo había prometido Vivián: "por lo que sea en mundo, no huiré". Los caballeros temían por sobre todas las cosas el considerados como cobardes. Es su mayor terror. La literatura épica, pa ticularmente la de las cruzadas, abunda en temas de este género: "Mej valdría estar muertos que ser llamados cobardes". Tal es la divisa q repiten sin cesar. Vencer o morir, así se resume su ideal. "He aquí muerte que desciende sobre nosotros —dice uno de ellos—, pero co cuadra a los valientes, moriremos combatiendo".[5]

---

2. Se sabe lo difícil que es la historia de los sentimientos. Ver la revelad exposición de L. Febvre, *La sensibilité et l'histoire,* en *Combats pour l'h toire,* pp. 221-244.
3. H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité,* p. 33 ss., París, 19 C. E. von Erfa, ΑΙΔΩΣ *und verwandte Begriffe in ihrer Entwicklung von mer bis Demokrit,* en *Philologus. Supplementenband,* t. 30, p. 1-209, Leip 1937. Aristóteles, *Moral a Nicómaco, III,* 8. P. Waltz, *Anthologie grecq Première Partie: Anthologie palatine,* t. 4, pp. 155-156, París, 1938. *Macabeos I,* IX, 10.
4. Quizás no está de más hacer notar que el tipo primitivo del intrépido ca llero no ha dejado de alterarse, ya sea coleccionando extravagancias, en Ari y Tasso, ya aventuras amorosas en Boiardo y Tirso de Molina. La imagen cruzado ha conocido los mismos avatares.
5. L. Gautier, *La chevalerie,* pp. 66-70. París, s. d. L. Gautier, *Les épopées f çaises,* t. 4, 2ª ed., p. 442, París, 1882. F. L. Ganshof, *Qu'est-ce que la valerie?* en *Revue générale belge,* nº 25, pp. 77-86, Bruselas, 1947. S. Pain



A la caballería es a la que debemos preguntar el origen del concepto de honor llamado caballeresco, aunque el asunto sea más antiguo que la expresión, como hemos visto. La caballería nació del feudalismo, evolucionó y murió con el feudalismo. No fue solamente "un esfuerzo por darle un estilo al instinto",[6] un medio de canalizar la agresividad natural del combatiente; fue también una de las más características entre las instituciones medievales; menos lograda, por cierto, de lo que podrían hacerlo creer las canciones de gesta.

Cuando aún subsistía la caballería, se había impuesto a la nobleza militar una verdadera religión del honor. Aparecen los convencionalismos; el triunfo demasiado completo del estilo sobre el instinto extenúa el honor y lo vuelve fórmulas; de este glorioso pasado lo que mejor y más frecuentemente se ve es el pundonor, —que difícilmente escapa a la horrible presión de la opinión—.[7] El pundonor penetra en el honor como el gusano en el fruto.

El marco caballeresco habría de ser desbordado y luego rechazado por las implacables transformaciones militares, sociales y políticas que marcan el ocaso de la Edad Media. El creciente papel desempeñado en los ejércitos modernos por la infantería y la artillería, la aparición de nuevas clases en la sociedad, la centralización monárquica, en suma, todo esto concurrió a la decadencia de un orden tan frágil como grandioso. Bayardo es el último de los caballeros, el supremo adiós de la Edad Media heroica.

No obstante, había en el ideal de los caballeros un impulso dramático de tan prodigiosa fuerza que, gracias sobre todo a los poetas y pese a a la esclerosis del formalismo, el honor caballeresco sobrevivió a la caballería como un recuerdo conmovedor, como un ejemplo sin igual, como un tema inagotable.

A fines de la Edad Media el prestigio del nombre de caballero está lo suficientemente vivo como para que Felipe el Bueno funde su orden del Toisón de Oro, "por amor a la caballería", pero una caballería en la que se exhibe el espíritu mundano de los grandes, una caballería que

---

*French Chivalry,* Baltimore, 1940. G. Cohen, *Histoire de la chevalerie en France au Moyen Age,* París, 1949. J.-P. Ritter, *Ministérialité et chevalerie,* pp. 117 ss., Lausana, 1955. M. Bloch, *La société féodale,* t. II, p. 53, París, 1949.

6. D. de Rougemont, *L'Amour et l'occident,* p. 255, París, 1939. Debo precisar que el honor de la mujer no es el mismo que el del hombre, pero sí igualmente meritorio al ser también un aspecto de la lealtad. "En la sociedad caballeresca, la rígida reserva de la mujer corresponde al valor combativo del hombre. Andrómaca es la digna compañera de Héctor". Cfr. E. Dupréel, *Traité de morale,* t. 2, p. 507, Bruselas, 1932. Ver también, G. F. Jones, *Honor in German Literature,* Chapel Hill, 1959.
7. G. Le Bidois, *L'honneur au miroir de nos lettres,* p. 139, París, 1921. M. Bataillon, *Honneur et Inquisition,* en *Bulletin hispanique,* t. 27, pp. 5-17, Bur-

se vuelve una clase cada vez más reducida, una casta cada vez mej( defendida. De esta manera, en nombre de la caballería y de su juramen[ de caballero,[8] Juana de Arco fue reclamada por la Sorbona a Juan de L[ xemburgo. Carlos el Temerario, más y mejor que su padre, quería viv como caballero. En tiempos de Francisco I el éxito de los temas caball rescos es todavía tan grande que el propio San Ignacio de Loyola, ant de fundar su Compañía, hace la "vela de armas" ante el altar de Notr Dame.[9]

Pero estudiemos más detenidamente el caso de Francisco I. ¿Q[ pudo darle una reputación caballeresca indiscutida? Su valor personal, [ bravura en batalla, la imagen que representa al rey armado caballero p Bayardo, en suma y sobre todo la aureola póstuma de una frase históri( resultado de una deformación literaria ya antigua.

Francisco I tuvo el privilegio de convertirse en el tipo de caballe y de héroe por excelencia. Casi no se ha inquirido si en el hallazgo [ esta fórmula no ha tenido más parte la imaginación que la observación.[1]

Por supuesto que la imaginación ha hecho mucho por la gloria Francisco I, mucho más de lo que ha hecho por tantos reyes victorios( Los analistas españoles y franceses, influidos sin duda por el fervor de siglo por la caballería, olvidaron las explicaciones reticentes del rey pa conservar solamente la frase célebre que habría de perdurar en toc las historias de Francia: "Todo se ha perdido menos el honor". Finalme te, en 1847 Champollion-Figeac publicó la versión exacta de la carta [ crita por Francisco I a su madre, en febrero de 1525, al día siguiente de derrota de Pavía: "De todas las cosas", declaraba el rey prisionero, "no [ ha quedado sino el honor y la vida, que está salva".[11] La segunda pa de la frase es menos heroica que la primera, pero ya era demasiado tar[ la leyenda había fraguado, como lo testimoniaba el juicio extraordina de Chateaubriand: "Se ha perdido el original de la famosa carta c contiene las palabras 'Todo se ha perdido menos el honor', pero Fran( que la hubiera podido haber escrito, la considera auténtica".[12]

---

deos, 1925. E. Krakowski, *Bergson et les philosophies de l'héroisme, Mercure de France,* t. 267, pp. 513-528, París, 1923.

8. P. Tisset y L. Lanhers, *Procès de condamnation de Jeanne d'Arc,* t. 1, p. París, 1960.

9. Esto tenía lugar entre Mariñán y Pavía. Otro testimonio contemporáneo mismo carácter: Erasmo intituló uno de sus libros *Manual del caballero* ( *tiano* y al mismo tiempo no tomó en cuenta para nada la literatura c: lleresca.

10. G. Dodu, *Les amours et la mort de François 1er.* en *Revue historique* 161, pp. 130 ss., París, 1929.

11. Champollion-Figeac, *Càptivité de François 1er,* p. 129. París. 1847. Recu: un poco diferente de cómo fue hecho prisionero Francisco I, por el du de Lévis Mirepoix, *François 1er.* pp. 130 ss., París, 1931.

12. Chateaubriand, *Etudes historiques,* p. 128, citado por Fournier, *op. cit.,* 147.

se vuelve una clase cada vez más reducida, una casta cada vez ı defendida. De esta manera, en nombre de la caballería y de su jurar de caballero,[8] Juana de Arco fue reclamada por la Sorbona a Juan d xemburgo. Carlos el Temerario, más y mejor que su padre, quería como caballero. En tiempos de Francisco I el éxito de los temas ca rescos es todavía tan grande que el propio San Ignacio de Loyola, de fundar su Compañía, hace la "vela de armas" ante el altar de N Dame.[9]

Pero estudiemos más detenidamente el caso de Francisco I. pudo darle una reputación caballeresca indiscutida? Su valor persona bravura en batalla, la imagen que representa al rey armado caballero Bayardo, en suma y sobre todo la aureola póstuma de una frase hist resultado de una deformación literaria ya antigua.

Francisco I tuvo el privilegio de convertirse en el tipo de caba y de héroe por excelencia. Casi no se ha inquirido si en el hallazg esta fórmula no ha tenido más parte la imaginación que la observació

Por supuesto que la imaginación ha hecho mucho por la glori Francisco I, mucho más de lo que ha hecho por tantos reyes victori Los analistas españoles y franceses, influidos sin duda por el fervor d siglo por la caballería, olvidaron las explicaciones reticentes del rey conservar solamente la frase célebre que habría de perdurar en t las historias de Francia: "Todo se ha perdido menos el honor". Finalı te, en 1847 Champollion-Figeac publicó la versión exacta de la carta crita por Francisco I a su madre, en febrero de 1525, al día siguiente c derrota de Pavía: "De todas las cosas", declaraba el rey prisionero, "nc ha quedado sino el honor y la vida, que está salva".[11] La segunda p de la frase es menos heroica que la primera, pero ya era demasiado ta la leyenda había fraguado, como lo testimoniaba el juicio extraordin de Chateaubriand: "Se ha perdido el original de la famosa carta contiene las palabras 'Todo se ha perdido menos el honor', pero Fran que la hubiera podido haber escrito, la considera auténtica".[12]

---

deos, 1925. E. Krakowski, *Bergson et les philosophies de l'héroïsme*, *Mercure de France*, t. 267, pp. 513-528, París, 1923.

8. P. Tisset y L. Lanhers, *Procès de condamnation de Jeanne d'Arc*, t. 1, p París, 1960.

9. Esto tenía lugar entre Mariñán y Pavía. Otro testimonio contemporáneo mismo carácter: Erasmo intituló uno de sus libros *Manual del caballero tiano* y al mismo tiempo no tomó en cuenta para nada la literatura c lleresca.

10. G. Dodu, *Les amours et la mort de François 1er*. en *Revue historique* 161, pp. 130 ss., París, 1929.

11. Champollion-Figeac, *Captivité de François 1er*, p. 129. París. 1847. Rcu un poco diferente de cómo fue hecho prisionero Francisco I, por el du de Lévis Mirepoix, *François 1er*. pp. 130 ss., París, 1931.

12. Chateaubriand, *Etudes historiques*, p. 128, citado por Fournier, *op. cit.*, 147.



Sin embargo, en buena crítica se habrá observado que las palabras auténticas del rey presentan una acepción del honor caballeresco que ya no nos seduce más. No era ese el lenguaje de la primitiva caballería. No era así tampoco, sin duda, como se habría expresado Bayardo, "el caballero sin miedo y sin tacha". Francisco I, por su parte, declara formalmente que un jefe vencido y cautivo puede conservar a la vez el honor y la vida. Lo hemos visto en la carta que escribió a su madre; lo vemos todavía en las palabras que dirige a un prelado hecho prisionero junto con él: "El honor", le confiaba, "es triste compañero".[13] Es también lo que pensaba Clemente Marot en una epístola a la reina Eleonora, recordando los infortunios del rey: "Que apresado el cuerpo, conservó el honor".[14]

Las obras poéticas gracias a las cuales Francisco I distrae su cautiverio, nos informan mejor todavía sobre la idea que tenía del honor. En sus versos, dedicados a una mujer amada, se ve claramente que el rey, más sensible de lo que parece a la seducción de la literatura caballeresca, pone toda su altivez en el hecho de no haber huido: era lo que había prometido a su amiga. Lo que reprocha a sus compañeros no es el haberse rendido sino el haber huido.

*Demasiado pronto he visto aquellos que había dejado*
*De todo honor y virtud desamparados;*
*Los muy malvados huían sin combatir,*
*Y entre ellos no sostenían otro debate*
*Que el de huir, abandonando toda victoria,*
*Y así tornando vergonzosa su memoria.*
*¡Ay desdichados! Y ¿quién os conducía*
*A semejante horror y os inducía*
*A abandonar, huyendo en confusión,*
*Honor, país, a amigos y a vuestro rey?*

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Pero volviendo a mi primer propósito,*
*Cuando, indignas de virtudes y reposo,*
*Vi mis huestes, por huida demasiado vergonzosa*
*A su honor y a mi perjudicar,*
*Triste pesar y pena al mismo tiempo,*
*Duelo y despecho en mi corazón se reúnen:*
*A mi alrededor al mirar sólo vi*
*A unos cuantos de los míos, pocos en mi opinión;*
*A éstos alenté, sin duda alguna,*

---

13. J. Paquier, *Jérôme Aléandre*, p. 334, París, 1900. L.-E. Halkin y G. Dansaert, *Charles de Lannoy, vice-roi de Naples*, pp. 67, 72, París, 1934.

14. Fournier, *op. cit.*, p. 152, n. 3.

*A persistir más bien en la esperanza*
*De muerte honrosa o de captura efectiva,*
*Que en faltar un solo punto contra el honor.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Por todas partes despojado entonces fui,*
*Nada lo impidiera, defensa o rechazo;*
*Y el brocado para mí de tanto precio* [15]
*Por pesada mano fue despedazado.*
*¡Ay! ¡Cuanto dolor en mi corazón se introdujo!*
*Cuando sin defensa así me fue arrebatado*
*El feliz regalo por el cual te prometí*
*Jamás huir ante mis enemigos.*
*¡Mas cómo! Por tierra estaba bajo mi caballo,*
*En medio de mis enemigos entonces derribado.*
*¡Ay! ¿qué decir? no lo puedo negar,*
*Vencido fui y hecho prisionero.*[16]

Este poema-alegato no necesita comentarios, por la tanta frecuenc con que se repite en él el tema del honor salvado, con la vida, por s puesto, pero sin la libertad.

No creo que Francisco I haya inventado este formalismo militar q concilia el honor con la seguridad. Mucho antes que él, ya Froissart relat ba que "los caballeros de la Orden de la Estrella juran que, en el combat jamás retrocederán más de cuatro acres; si no, deberán morir *o rendirse*". Un ilustre contemporáneo de Francisco I, el jurista y teólogo español Fra cisco de Vitoria, admitía muy bien que "si la huida acarrea para qui es atacado un gran deshonor, no está obligado a huir, sino que pue rechazar el ataque golpeando al agresor. Sin embargo, si la huida no ac rrea para él la pérdida de su reputación o del honor, como es el caso pa un monje o un campesino atacado por un noble y poderoso señor, le c rresponde más bien huir".[18]

Por otra parte, cuando se indaga cómo se manifestó en Francisco el sentido del honor después de Pavía, nos impresionan actitudes que n

15. Trozo de tela que los caballeros llevaban en los torneos y combates como cuerdo de la dama de sus pensamientos.
16. Champollion-Figeac, *op. cit.*, pp. 122-124.
17. El subrayado es mío. Cfr. J. Huizinga, *Le déclin du Moyen Age* (trad. holandés por J. Bastin), p. 121, París, 1922. Compárese con el formalis del juramento del maestre de la orden del Templo de Portugal. Cfr. A. M rique, *Annales cistercienses*, t. 1, p. 187, Ratisbona, 1739. Ya hay en la Edad Media un formalismo de la guerra el cual procede de la extensión combate singular. Cfr. K. G. Cram, *Iudicium Belli*, Munster, 1955.
18. 1539. Cfr. J. Baumel, *Les leçons de Francisco de Vitoria sur les problè de la colonisation et de la guerre*, pp. 272-273, Montpellier, 1936. Gro criticó este sentimiento poco conforme con el Evangelio y la equidad.



da tenían de caballerescas y que sin embargo no empañaron su gloria. "Sus cartas a Carlos V son de una bajeza impolítica".[19]

Prisionero del Emperador, el rey de Francia acepta el oneroso Tratado de Madrid; compromete su palabra de caballero y de rey. La víspera del día en que se obliga solemnemente, redacta un acta secreta declarando nulo el tratado que sin embargo va a firmar. Puesto en libertad, exhibe su protesta y reniega de sus compromisos. Inmediatamente Carlos V acusa a Francisco I de haber "haber actuado vil y bajamente". Francisco I replica a Carlos V que él "mintió descaradamente", si pone en duda su honor de caballero. Parece inevitable un duelo, ¡pero Francisco I rehusa recibir al caballero de armas del Emperador![20]

Como puede verse, se necesita un esfuerzo crítico para precisar las ideas de Francisco I sobre la bravura infortunada. Este esfuerzo no ha sido intentado por la opinión pública, ferviente pero crédula, que se ha apoderado de la frase ficticia "Todo se ha perdido menos el honor", y que se apoderó de ella con celo tanto mayor cuanto la Francia humillada quería persuadirse de que el rey vencido en nada había faltado al honor. A Francisco I se le exaltó más que a los reyes victoriosos para hacer olvidar su capitulación. Al igual que Francisco I, sus contemporáneos estaban repletos de recuerdos caballerescos: la imagen idealizada del rey mucho debe a las aspiraciones del medio y particularmente a su necesidad de compensación. La sublimación de una realidad demasiado cruel no puede menos que resultarnos sospechosa.[21]

En este caso nos encontramos una vez más ante un fenómeno de opinión que supera en influencia el hecho histórico propiamente dicho. Desde el punto de vista de la historia, no sólo importa saber lo que dijo Fran-

19. J. Michelet, *Histoire de France*, t. 8, p. 241, París, 1855.
20. Mignet, *Rivalité de François Ier et de Charles-Quint*, t. 2, p. 180, París, 1875. Por otra parte se puede dudar de la legitimidad del *Diktat* de Madrid. Jean Bodin (*Les six livres de la République*, libro 5, cap. 6, París, 1576) relata los hechos a su manera, justificando a Francisco I por medio de una casuística discutible. Los adversarios de Francisco I le reprocharon enérgicamente su conducta, ya que él había logrado engañar a muy pocas personas. Uno de estos adversarios escribía en 1526: "Quasi nihil sit violare iusiurandum! Polluere se nota insigni, nimirum perfidiae, cum ille hoc unico ceu dicteriolo iuret: La foy de gentilhomme!" (¡Como si fuese nada violar un juramento! Se ha mancillado claramente, sin duda por perfidia y a él lo único que se le ocurre decir es: ¡Palabra de caballero!). Cfr. H. de Vocht. *Literae virorum eruditorum ad Franciscum Craneveldium*, p. 550. Lovaina, 1928.
21. Cierto instinto de conservación hace que más de uno, conceda al fracaso una grandeza espiritual propia, un valor superior al triunfo. El que muere por su ideal no es un vencido; pero lo que lo engrandece es su sacrificio y no la muerte. El fracaso sigue siendo fracaso y no puede ser bueno más que en sus repercusiones. J. Benda (*Précisions*, p. 122, París, 1937) culpa al cristianismo por esta confusión de valores. Tiene razón al menos con respecto a cierto cristianismo sentimental de acuerdo con el cual Charles Péguy, al oponer honor y dicha y al asociar miseria y cristiandad, no hacía sino definir una doctrina teológica incontestable.

cisco I, sino también lo que la posteridad ha creído que dijo.[22] La imag heroica que nos hacemos de Francisco I es inseparable de la frase que él pronunció tal cual, en el sentido que le damos. El mito atropella la h toria, —como, por otra parte, es lo correcto—, y el lector no inicia olvida que Francisco I se rindió, puesto que su frase histórica ya no rresponde a la verdadera actitud del rey vencido.

Incluso creo posible llegar más lejos y decir que se han estableci equivalencias morales entre la frase de Francisco I y la muerte de Rolan cuando probablemente el caballero habría renegado del rey. En Sedán pronunció Napoleón III ninguna frase histórica, y la leyenda no se la at buye en absoluto: ¡es una gran lástima para su memoria! Haïle-Selas huyó ante un enemigo cien veces superior: todos los periódicos serios taban prestos a echarle en cara la frase de Francisco I.

Esta frase famosa [23] conviene, pues, a nuestra idea actual del hor caballeresco, cuando el gesto de Francisco I es, desde este punto de vis antimoderno. De buen grado se admite en nuestros días que un jefe r litar utilice los recursos de una retirada estratégica sin faltar al honor. E solución parece, en todo caso, con mucho preferible al cautiverio, cuan hay posibilidad de escoger, puesto que quien retrocede hoy podrá vol mañana al combate. A comienzos de la guerra de 1914, Alberto I Bélgica no actuó de otro modo, y nadie pensó en tacharlo de debilid o de impericia. Nadie osa poner en duda que el rey-caballero no h obedecido al honor auténtico, sin consentir sacrificios como Francisco a la vana etiqueta del pundonor.

Después de este esfuerzo crítico por separar la historia de Francis I de su leyenda, prosigamos nuestro estudio del honor y del pundonor la historia de las costumbres y en la literatura.

En el siglo XVI, —para no remontarnos hasta las epopeyas medie les arriba recordadas—, la caballería se había revelado como tema de u feliz fertilidad dramática. Aunque sin duda no había leído las vehemen invectivas de Santa Teresa contra el pundonor,[24] Cervantes se burlaba *Don Quijote* de lo que el código heroico tenía de vano, de complicado de artificial.

22. Lo mismo se puede decir del caso de Roldán, cuya epopeya pertenece a historia mucho más por sus repercusiones sociales que por su realidad his rica. "Las precisiones acerca de Roldán son nada, pero la leyenda de Rol es una verdad capaz de sacudir al mundo". Cfr. G. P. Baker, *Charlemag créateur d'empire*, p. 9, París, 1936. Igual caso es el de Cambronne, quien dijo: "La guardia muere pero no se rinde", no murió en Waterloo y se dió, pero cuya leyenda es un hecho histórico.

23. Como la frase "Disparad vosotros primero" tiene menos que ver con el heroísı puesto que los soldados, que tenían grandes dificultades para cargar de nu sus fusiles, les interesaba muchísimo disparar de último. Cfr. H. Gaub *Les mots historiques qui n'ont pas été prononcés*, p. 98, París. 1939.

24. Teresa de Jesús, *Su Vida*, Cap. XXXI: "Y cualquiera persona que sienta sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame y dé tras este



"Naturalmente eres cobarde, Sancho —dijo Don Quijote—; pero por que no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, en vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré y aparté de este peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o lo dijeres. Y no me repliques más; que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente déste, que parece que lleva algún es, no es, de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aquí solo, no solamente a la Santa Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de las doce tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Cástor y a Pólux, y aun a todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor —respondió Sancho—, que el retirar no es huir..." (Parte I, Cap. XXIII).

No obstante, Cervantes se siente naturalmente inclinado hacia lo sublime, al escribir en su prólogo a la Segunda Parte, "que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga". Si bien se mostró implacable para con las deformaciones novelescas del honor, su Don Quijote permanece grande en la soledad de su corazón generoso. No es una caricatura, es "el sueño de Cervantes, del que Cervantes hace burla sin abandonarlo y sin dejar de amarlo".[25] Cervantes, discípulo de Erasmo,[26] reacciona contra el absolutismo social de un honor aparentemente reservado a una casta.

En la Francia del siglo XVII, Molière pertenece a la misma tradición de sensatez y de honor sencillo. Al lado de su *Don Juan*, que estigmatiza el heroísmo extraviado, *El Misántropo* exalta a un verdadero hombre de honor, un héroe de los combates no sangrientos, un amante leal que nada tiene de caballero errante, aunque Alceste y Don Quijote compartan

miento...". Los teólogos estaban en contra sobre todo de la venganza privada y el duelo, por ejemplo Cristophe de Cheffontaine, *Chrestienne confutation du point d'honneur sur lequel la noblesse fonde aujour'huy ses monomachies et querelles*, París, 1568.

25. P. Hazard, *Don Quichotte de Cervantès*, p. 35, París s. d. Sobre las ideas de los contemporáneos de Cervantes, ver M. de Unamuno, *L'essence de l'Espagne* (trad. de M. Bataillon), p. 177, París, 1923.

26. Ya Erasmo y Vives se oponían al frenesí por las novelas de caballería. En el coloquio *Le chevalier sans cheval ou la fausse noblesse*, Erasmo hace un elogio irónico del código de la caballería: "Es necesario defender infatigablemente este dogma de la caballería: un caballero no peca ni contra el justo derecho ni contra la equidad al quitarle el dinero a un viajero, si ese viajero es un villano. En efecto, ¡qué cosa más insoportable! ¡Un vulgar mercader rebosa de bienes mientras que un caballero no tiene nada que dar a las cortesanas, nada que apostar al juego!" Cfr. L.-E. Halkin, *Les colloques d'Erasme*, 2ª ed., pp. 56-57, Bruselas, 1946.

con igual exceso, un candor semejante y una parecida intransigencia.[27] retrato del misántropo basta para que nos agrade y para que conozcam su familia espiritual:

*Y la sinceridad de que su alma se jacta*
*Algo tiene, en sí, de noble y de heroico.*

Por su parte, Corneille, —como los autores de las epopeyas med vales y como el propio Shakespeare—, hace hablar como caballeros a l héroes de Atenas y de Roma. Toma de la España de Roncesvalles el p sonaje de El Cid y el de Matamoros. Les añade el penacho de Enriq IV y compone la más exigente apología del honor:

*Implacable honor, mortal para mis placeres,*
*¡Cuántos lloros y suspiros habrás de costarme!*

En *Horace,* Corneille no pudo despojar la fábula romana de un ras que, por su misma habilidad, repugna al heroísmo trágico. La huida d último campeón de Roma casi escandaliza al lector subyugado por la gra deza inhumana del viejo Horacio:

*"¿Que habríais querido que hiciese contra tres? — ¡Que muriese*

*Polyeucte* representa un caso límite del testimonio sangriento da a la fe cristiana. Palabra de cristiano y palabra de caballero se equivale El pundonor estalla en esta tragedia religiosa, con un poco de literatu Por ello el héroe se vuelve provocador, agresivo, menos puro en su dev ción, pero también en eso permanece profundamente humano.[28]

---

27. Molière hace de Alceste un caballero que vaga por los salones, engalana con una "nobleza quimérica". Cf. A. Pauphilet, *Le legs du Moyen Age,* 34, Melun, 1950.

28. Es conocida la apóstrofe clásica:

"Vamos, querido Nearco, vamos ante los ojos de los hombres,
a desafiar la idolatría y demostrar quienes somos".

Cfr. P. Corneille, *Polyeucte,* acto II, escena 6. La ética de la gloria no es esencia cristiana. Cfr. O. Nadal, *Le sentiment de l'amour dans l'oeuvre Pierre Corneille,* p. 305, París, 1948. En sentido contrario, observar el r lismo de la heroica humildad del personaje central de G. Greene, *The Pow and the Glory.* Eliot hace decir a santo Tomás Becket: "Un mártir cristia no es (...) el efecto de un deseo del hombre, de una ambición. Un már na desea nada para sí mismo, ni siquiera la gloria de ser un mártir". Cfr. S. Eliot, *Murder in the Cathedral.* Y sin embargo, veinte años después *Polyeucte,* un cristiano de Argel entró en la gran mezquita con un crucif en las manos e instó a los allí presentes a abrazar la religión de Cristo, y negarse él mismo a convertirse al islamismo, fue quemado vivo. Cfr. R. l card, *Pedro de la Concepción, martyr à Alger (1667),* en *Al-Andalus,* t. 1 pp. 65-77, Madrid, 1950.



Sin duda es necesario relacionar el honor corneliano con el duelo,[29] que Luis XIV se esfuerza en vano por suprimir, ese duelo que constituye una etapa sociológica intermedia entre la venganza privada y la justicia del Estado, lejana caricatura del "combate singular" y del "juicio de Dios", desquite ruidoso de una nobleza desposeída que muy pronto Montesquieu y otros autores del siglo XVIII pintarán sin afeites.

"A causa de la pasión general por la gloria que tiene la nación francesa —leemos en las *Lettres Persanes*—, se ha formado en el espíritu de los particulares un no sé qué llamado *pundonor.* Es propiamente el carácter de cada profesión, pero está más acentuado en los militares, y éste es el pundonor por excelencia. Me sería muy difícil hacerte entender lo que es, pues no tenemos una idea precisa de ello. Otrora los franceses, y sobre todo los nobles, no seguían otras leyes que las del pundonor: ellas regían toda la conducta de su vida y eran tan severas que no se podía, sin incurrir en una pena más cruel que la muerte, no digo ya infringirlas, sino siquiera eludir la más insignificante disposición. Cuando se trataba del arreglo de diferencias, ellas prescribían una sola forma de hacerlo, que era el duelo, el cual zanjaba todas las dificultades. Pero lo que había de malo es que con frecuencia el juicio se dictaba entre personas que no eran las afectadas. (...) Esta manera de decidir estaba bastante mal concebida: pues del hecho de que un hombre sea más fuerte o más diestro que otro no se desprende el que haya tenido mejores razones. De manera que los reyes lo han prohibido bajo penas muy severas, pero en vano: el Honor, que siempre quiere reinar, se resbala y no reconoce ninguna ley. Así, pues, los franceses se encuentran en una situación muy violenta: las leyes mismas del Honor obligan a un hombre de bien a vengarse cuando ha sido ofendido, y, por otro lado, la justicia lo castiga con las más crueles penas cuando se venga. Si se siguen las leyes del Honor, se perece en el cadalso. Si se siguen las de la justicia, se es desterrado para siempre de la sociedad de los hombres. No queda, pues, sino esta cruel alternativa: morir o ser indigno de vivir".[30]

En *Alzire,* Voltaire se expresa como un moralista intransigente y muestra lo que el pundonor arrebata al honor:

*Este honor forastero, entre nosotros desconocido,*
*No es sino un fantasma vano al que se confunde con la virtud.*
*Es el amor a la gloria y no a la justicia,*
*El temor del reproche, y no el del vicio.*

---

29. N. A. Benneton, *Social Significance of the Duel in Seventeenth Century French Drama,* Baltimore, 1938. Sobre la reacción en contra del pundonor y el heroísmo exclusivamente guerrero, consultar P. Hazard, *La crise de la conscience européenne (1680-1715),* t. 2, p. 121, París, 1935. Corneille no estaba en favor del duelo. La réplica final del *Cid* habla explícitamente de "vencer un pundonor". Ver también H. Pierquin, *La juridiction du point d'honneur sous l'Ancien Régime...,* París, 1904. Nada que quitar a nuestro punto de vista, a M. Magendie, *La politesse mondaine et la théorie de l'honnêteté en France au XVIIe siècle,* 2. V., París, s. d.

30. Montesquieu, *Lettres persanes,* carta 90.

El duelo sobrevivió al Antiguo Régimen. "Se intercambiaron seis l las sin resultado; ¡se ha satisfecho el honor!" He aquí el pundonor tal ( mo lo entiende la crónica mundana.[31] El código del honor es "la re del juego", pero se concibe lo que el honor pierde al comparársele c el juego. "Hacer honor a su firma" equivale a evitar la sanción de la ju ticia. "Obtener los honores de la guerra" expresa un formalismo que a perdura, pues ¿significa otra cosa que el no entregar sus armas al aba donar una plaza, aunque se las deponga después de la rendición?

También el honor caballeresco sobrevivió al Antiguo Régimen. l 1804 Gustavo IV, rey de Suecia exilado, no pudo soportar el asesinato c duque d'Enghien como lo habría hecho un Bernadotte cualquiera. Este i fortunado príncipe, vejado por el silencio cómplice del rey de Prus le devolvió el cordón del Aguila Negra con el cual también Napole había sido condecorado. Al mismo tiempo declaró al heredero de Fe rico el Grande que: "según las leyes de la caballería", no podía conse tir en llevar los mismos colores que un asesino. Eso es lo que Chateaubria llama "recuerdos casi insensatos de caballería". Las dos últimas guer nos proporcionarían cien ejemplos igualmente hermosos y más sencillos.

*Le Rouge et le Noir* nos ha dado del honor una traducción origin mezcla desconcertante de grandeza de alma, de formalismo, de crueldad hasta de vistosa elegancia. Por otra parte, Julien Sorel es incomprensib sin Napoleón, y más precisamente sin el mito de Napoleón, el héroe q se hizo a sí mismo, que nada debe a la tradición, Napoleón, modelo úni del individualismo exasperado de Stendhal.[32] Héroe fallido, Julien So está más cerca de nosotros que los Tres Mosqueteros, porque Stendh más que Dumas, evita el honor considerado como género literario, "el h nor necio" (es su expresión), y pinta un alma altiva, indomable hasta ( sus crímenes.[33] Así como Don Quijote había leído demasiadas novelas ( caballería, asimismo Julian Sorel se había embriagado con el *Mémori*

31. Otros signos de decadencia del concepto del honor: "Rendir honores", "A pirar a los honores", "Dama de honor", "Deuda de honor", "Asunto honor", "Tengo el honor de saludarlo", "¿Con quién tengo el honor de l blar?". El concepto de deshonor ha tenido un destino semejante: el desh nor de una familia no es el del soldado o el de un jugador, etc.

32. El Napoleón que en vísperas de Waterloo proclamaba: "Para todo franc valiente ha llegado el momento de vencer o perecer". Algunos meses ant Leopoldo de Sajonia Coburgo (Leopoldo I) escribía desde París, adonde hab entrado con los prusianos: "Así acaba miserablemente el gran hombre an el cual Europa ha temblado [el mismo Leopoldo también], y cuyas palab eran oráculos para todos los soberanos; no ha caído honrosamente en el cam de batalla, abdica vergonzosamente preocupado por conservar la vida. Es final me alegra". Cf. C. Bronne, *Lettres de Léopold Ier, premier roi d Belges,* p. 46, Bruselas, 1943.

33. Admirador sin reservas de la Legión de Honor, Stendhal reacciona vigor samente en contra del exclusivismo del honor militar. Veamos cómo enjuic Mathilde de la Mole a los brillantes oficiales que la rodean: "Aborrecía falta de carácter; ésa era su única objeción contra los elegantes jóvenes q la rodeaban. Mientras más bromeaban con donaire de todo lo que se apar



*de Saint-Hélène*. La gloria atrae la gloria y la epopeya se nutre de su pasado.

Nuestra época misma conoce caballeros que no son "caballeros de industria". Todavía se escriben crónicas contemporáneas que equivalen a novelas de caballería: ¿No es *Le Centaure de Dieu* de La Varende, de la misma estirpe de Roldán? Y el *western,* ¿es otra cosa que una novela de caballería para la pantalla?

Hoy hasta el hombre de la calle contrapone el honor y los honores, y un escritor, transponiendo en el pasado sus sentimientos y los de sus lectores, dirá sin asombrar: "Ya no pensaban en salvar su ciudad ni sus vidas, sino solamente su honor".[34] Como se ve por este fragmento banal, rendirse, —sin ser en absoluto deshonroso—, no sería particularmente honroso.

Ciertamente que se puede concebir el honor sin el entusiasmo de un Rodrigo, de un Hernani, de un d'Artagnan o de un Cyrano, y a la vida social le sigue siendo necesario un formalismo armado de un mínimo de casuística, aunque conozcamos sus límites y sus peligros.[35] Pero sería vano y falso el negar la exaltadora y profunda influencia, —es también un hecho histórico—, del heroísmo espectacular, de la retórica del "penacho".[36] Edmond Rostand, eterno retórico hasta en la escena, dio de esta voz una chispeante definición el día de su incorporación a la Academia Francesa: "¡Ah! ¡el penacho! He aquí un término del que se ha abusado un poco, y acerca de cuyo sentido habría que entenderse muy bien. ¿Qué es el penacho? Para tenerlo no basta ser un héroe. El penacho no es la grandeza, sino algo que se añade a la grandeza y que se agita por encima de ella. Es algo revoloteante, excesivo, —y un poco encrespado. Si no temiese pa-

de la moda, o de lo que creyendo seguirla la sigue mal, menos favor encontraban a sus ojos. Eran bizarros y nada más [...] ¿Y eso de bizarros?, se preguntaba. En el duelo; pero el duelo ya no es más que una ceremonia. Se sabe todo anticipadamente, hasta lo que se debe decir al caer. Tumbado sobre la hierba, una mano sobre el corazón, se exige un perdón generoso para el adversario y unas palabras para la amada, a menudo imaginaria o que se ve obligada a ir al baile el día mismo de la muerte del galán para no despertar sospechas. Se desafía el peligro a la cabeza de un escuadrón reluciente de acero, pero ¿cuando se trata del peligro solitario, singular, imprevisto, verdaderamente feo?" Cf. *Le Rouge et le Noir,* t. 2, cap. 14.

34. A. Bailly, *Louis XI,* p. 318, París 1936. Se trata de los habitantes de Lieja sitiados por Carlos el Temerario.

35. "La tierra se tornaría rápidamente inhabitable si cada uno dejara de hacer por educación lo que es incapaz de hacer por amor. Y a la inversa, el mundo sería casi perfecto si cada uno lograra hacer por amor todo lo que hace por educación". Cf. G. Thibon, *L'échelle de Jacob,* p. 49, Lyon, 1942.

36. Se encontrarán buenas observaciones generales en L. Jeudon, *La morale de l'honneur,* París, 1911. A Gay, *L'honneur, sa place dans la morale,* Friburgo, 1913; y sobre todo en E. Terraillon, *L'honneur, sentiment et principe moral,* París, 1912. Excelente exposición por un moralista contemporáneo: R. Le Senne, *Traité de morale générale,* pp. 449-450, París, 1942. Ver también, M. Scheler, *Le formalisme en éthique* (trad. del alemán por M. de Gandillac), pp. 565 ss., París, 1955.

recer demasiado deseoso de trabajar en el *Dictionnaire,* propondría esta definición: el penacho es el espíritu de la bravura. Sí, es la valentía hasta tal punto dominadora de la situación que logra encontrar la expresión exacta. Todos los parlamentos del *Cid* tienen penacho; muchos de los versos de Corneille son de gran agudeza. . . . El viento de España nos trajo esa pluma, pero ella adquirió en el aire de Francia una ligereza de mejor gusto. Bromear frente al peligro es la suprema fineza, una delicada negativa a tomarse a lo trágico; el penacho es, por lo tanto, el pudor del heroísmo, es como una sonrisa mediante la cual uno se excusa por ser sublime. Por supuesto que los héroes sin penacho son más desinteresados que los demás, pues con frecuencia el penacho, por medio de un sacrificio que se hace, es un consuelo por la actitud adoptada. Un poco frívolo, quizá; un poco teatral, sin duda, el penacho no es sino una gracia. Pero esta gracia es tan difícil de conservar incluso ante la muerte, esta gracia supone tanta fuerza (¿no es acaso el ingenio que revolotea la más bella victoria sobre el esqueleto tembloroso?), que, de todas maneras, es una gracia. . ., que yo no deseo".[37]

* * *

Nuestra idea moderna y occidental[38] del honor se asemeja más al concepto caballeresco original: estamos lejos del formalismo de Francisco I y más cerca de la *Chanson de Roland* que del *Orlando Furioso.* Sin duda que lo debemos a los historiadores tanto como a los poetas, a los novelistas y a los dramaturgos románticos. Sin embargo es sugerente constatar que la actitud menos gloriosa, la de Francisco I rindiéndose a Carlos de Lannoy, fue la que dio origen a la famosa frase que mejor ejemplifica la valentía caballeresca.

La historia, la sociología y la literatura nos recuerdan, pues, que el concepto del honor, frecuentemente vago y puramente verbal, varía según los tiempos y los lugares. A veces trágico hasta el heroísmo y hasta lo sublime, convencional sobre todo por temor a la opinión, llega a aferrarse a la ilusión de grandeza o a la vanidad banal, a esconder el miedo malsano de las apariencias del miedo, a revelar el gusto del riesgo por el riesgo, e incluso a ser, como dice Montherlant, "el espíritu de contradicción coronado por un plumero". El honor está por doquier, al menos así se dice; pero no es el mismo para Roldán que para Francisco I, para el *gentleman* que para el hidalgo. No es el mismo para Jimena y para Colomba, para Vigny y para Kipling, para Vatel y para Condé. El honor está por doquier porque todo el mundo lo exige, porque todo el mundo cree tenerlo, sea el honor de un crimen bien logrado o el de "la obra bien hecha", ya parezca "la última riqueza del pobre" o, por el contrario, "un lujo reservado a quienes poseen calesas".[39] El pundonor, esa obra maestra del formalismo, no se confunde con el honor, con el que abusivamente pretende relacionarse. Es con respecto al honor lo que el espíritu de casta es con respecto a la fraternidad, o la gazmoñería con respecto al pudor. El verdadero sentimiento del honor no se conserva puro y fuerte sino a condición de que sea alimentado por una virtud auténtica que lo preserve de todas sus perversiones e incluso de esa "fangosa grandeza" de que hablaba Baudelaire.[40]

37. J. Calvet, *Les types universels dans la littérature française,* p. 293, París, 1926.

38. No es fácil comparar las nociones del occidente con las del oriente. Sin embargo se puede comprender el interés, desde nuestro punto de vista, que despierta el *hara-kiri* japonés y el suicidio de la viuda hindú. Ver más arriba, pág. 141, nota 6.



39. A. Camus, *Les justes,* p. 78, París, 1950.

40. Rimbaud, en *Une saison en enfer,* confiesa: "Todavía niño yo admiraba al forzado intratable sobre quien se cierra siempre la prisión. . . El tenía más fuerza que un santo, más sentido común que un viajero, y sólo a sí mismo, —¡a sí mismo!— como testigo de su gloria y su razón".

# *INTOLERANCIA E INQUISICION*

"La tolerancia no es ni la vacilación ni la transacción sobre los principios, ni la pusilanimidad o el equívoco en su expresión, pues, de ser así, consistiría en no tener principios o en no osar decirlos ... Consiste en afirmar lo que se considera verdad, al mismo tiempo que se reconoce a los demás el derecho a afirmar sus errores, al mismo tiempo que al combatirlos uno se niega a recurrir, para vencerlos, a la injuria, a la violencia o a la proscripción".

CHARLES GRAUX

Hoy como ayer la tolerancia suscita muy poco entusiasmo. Se tolera la inmoralidad, en algunos casos, ¡sin aprobarla y porque no hay más remedio! Incluso cuando la tolerancia sólo se aplica a la religión, —como en el presente caso—, ella suscita ante todo la idea de un mal que se soporta. La tolerancia no es una categoría teológica precisa; es un comportamiento más que una doctrina; es una adaptación dúctil a condiciones cambiantes. Dígase lo que se quiera, bien sabemos que llegó al mundo por la vía de la política, del escepticismo y de la conmiseración; no de la lógica, de la fe o del respeto.[1] No fueron ni San Pío V, ni Calvino, ni Enrique VIII, sino Erasmo, Castellion y Locke quienes predicaron la tolerancia.

La tolerancia fue primeramente un equilibrio de fuerzas entre confesiones rivales o entre partidos sin aliento. No obstante, si bien la tolerancia permanece demasiado frecuentemente resignada, altiva o indiferente, evoluciona sin cesar por medio de una purificación de su concepto histórico. Ahora, dice a veces "os respeto", cuando otrora habría dicho

1. H. Butterfield, *Christianisme et histoire* (trad. del inglés por G. Serve y L. Dechappe), p. 215, París, 1955. Opinión más optimista en J. Leclerc, *Histoire de la tolérance au siècle de la Réforme,* t. 2, p. 411, París, 1955.

"os soporto". Ciertamente que ella no justifica el error ni legitima el ca continúa "soportando" el mal menor, es decir, el mal con miras a bien, pero "respeta" más francamente la conciencia de otro, hasta en s aberraciones: "respeta" la verdad donde quiera que se encuentre, y au que esté mezclada con el error.

De esta manera se hace posible cierto entusiasmo en la práctic de la virtud de la tolerancia, sin que pueda proceder de la sola divers dad de creencias, y ni siquiera de la amplitud de miras. En efecto, divergencia de opiniones, el eclecticismo religioso y todas las formas d agnosticismo constituirían una base demasiado estrecha para una tol rancia constructiva. La más alta tolerancia nace de la conciencia de verdadero progreso moral, y la misma incredulidad exige tanto de quien la profesan como de quienes la soportan, la justicia y la caridad. Pa ser auténtica, la libertad religiosa postula la libertad de fe, la libert de culto y la libertad de proselitismo. Supone la tolerancia individ y comunitaria, dentro de un respeto recíproco sin artificios ni disimul ¡Qué lejos estamos de esto!

Aun es muy pronto para escribir una historia de la tolerancia. Sólo intolerancia es objeto de la historia, ¡y qué objeto! Se formarían bibli tecas con los relatos de la ceguedad y de las crueldades de los homb en materia de religión. En Europa como en Asia, en Africa o en Am rica, antes y después de Cristo, no hay época ni país que no tenga s verdugos y sus mártires.[2]

* * *

La Inquisición, —el tribunal pontificial instituido para la defe de la fe por medio del castigo de los herejes—, es en cierto modo *locus classicus* y la obra maestra de la historia de la intolerancia. Nues actitud con respecto a ella no puede dejar de ser sintomática. Si nues tolerancia se pretende activa, no puede dejar de juzgar la Inquisición. l católicos no deberían vacilar en aborrecerla, ellos, a quienes ata la de la Iglesia: "Que a nadie se obligue a abrazar la fe católica".[3] Los p testantes erigieron un monumento expiatorio a la memoria de Miguel S vet. No basta con que Juana de Arco, la más ilustre de las víctimas

2. "¡Si los odios pudiesen atenuarse ... Pero es necesario que los recue perduren, que tantas desgracias y sufrimientos no se pierdan para siem como ejemplos para los hombres. Es necesario que la primera y más s de nuestras libertades, la libertad religiosa, se refuerce y se reavive al e una mirada sobre las horribles ruinas que ha dejado el fanatismo". Cfr Michelet, *Histoire de la Révolution française,* t. 1, p. 422.
3. *Codex iuris canonici,* can. 1351. Comentario de A. Meunier, *La tolérance, Revue ecclésiastique de Liège,* t. 35, p. 281, Lieja, 1948.



la Inquisición, haya sido elevada a los altares. ¿Cuándo harán los católicos de la Noche de San Bartolomé motivo de reparación?[4]

No extenderé hasta la Noche de San Bartolomé la historia de la intolerancia religiosa. Quiero referirme al problema central de la Inquisición, sin odio y sin prejuicio. Si bien la Inquisición no se justifica, sí puede explicarse. Mejor y más fácilmente se explicaría si sus archivos estuviesen abiertos a los historiadores: la leyenda es más peligrosa que la historia.[5]

Cuando un historiador, olvidando que su bello oficio consiste en decir lo verdadero y en explicarlo, se las ingenia queriendo absolver la represión sangrienta de la herejía, llega hasta brillantes artilugios que no pueden sino decepcionar. Replicar a los detractores de la Inquisición que también sus héroes fueron intolerantes es quizá un buen argumento para un debate público. Pero, cuando así se ha hablado nada se ha hecho. Del hecho de que la Inquisición de Calvino exija reprobación no puede concluirse que la Inquisición eclesiástica escape a todo reproche. La torpe comparación que se establece entre una y otra invita, por el contrario, a pensar que ambas merecen igual tacha.[6]

Igual diría del argumento que se pretendería extraer del número verdaderamente atroz de los muertos de la guerra. Es cierto que, desde hace cuatro mil años la libertad de conciencia ha tenido un número menor de mártires que el de víctimas causadas por el servicio militar obligatorio en una sola de las dos guerras mundiales. Sin embargo, el horror de la guerra no basta para hacer olvidar el horror de las persecuciones religiosas. Aunque no hubiese habido sino una sola víctima de la Inquisición, todavía sería demasiado para pretender justificar la institución.

* * *

A nadie se asombrará al afirmar que el problema de la represión de la herejía no se planteó antes del triunfo del cristianismo en el imperio romano. Hasta el siglo IV los cristianos padecieron la persecución, invocaron la libertad; sin embargo, jamás exaltaron la noción moderna de libertad de conciencia.[7]

4. P. Couturier, A. Latreille y J. Cadier, *La Saint-Barthélemy, jour de réparation,* pp. 104-116 de la obra colectiva *Unité chrétienne et tolérance religieuse,* París, 1950. En 1850, Lacordaire tuvo la valentía de intentarlo, pero fue denunciado a Roma. Treinta años más tarde, una voz menos sospechosa, me atrevo a decir, la de Monseñor d'Hulst, se declaró en el púlpito de Nuestra Señora, en favor de "deshacerse de la Inquisición" porque "en este punto la política de la Iglesia es indefendible".
5. Ver las enérgicas palabras de Pastor en la nota 35 de este mismo capítulo.
6. E. Vacandard, *L'Inquisition,* pp. V-VI, París, 1909.
7. G. Richard, *Les obstacles à la liberté de conscience au IVe siècle,* en *Revue des études anciennes,* t. 48, pp. 498-507, París, 1940. El famoso caso de

Con frecuencia se ha invocado algunos textos bíblicos, unos po partidarios, otros por los adversarios de la represión de la herejía.

En primer lugar, ¿los términos "herético" y "herejía" no están dos en las Actas y en las Epístolas? Uno de esos textos incluso ha t una extraordinaria figuración: *Oportet haereses esse.*[8] Lutero, con to tradición, creía que el Apóstol consideraba las herejías fatales o necesarias.[9] Hoy los especialistas ven en esos pasajes la prueba de división de la comunidad, y no de una desviación de la doctrina.[10]

La noción moderna de disidencia religiosa aparece sin embargo e segundo grupo de textos. San Pedro habla de los *magistri meudaces introducent sectas perditionis.*[11] San Juan denuncia a los *antichristi.*[12] da la Epístola a los Gálatas está dirigida contra las deformaciones c enseñanza recibida: *quod non recte ambularent ad veritatem evangelii.*[1]

¿Cuál es la actitud de los Apóstoles ante los disidentes? San da una respuesta nítida a esta pregunta: *si quis venit ad vos et doctrinam non affert, nolite recipere eum in domum nec ave ei dixeri* Esta política se basa en un pasaje de San Mateo en el cual se rechaz la comunidad al hermano irreconciliable que no se somete a la Igl *sit tibi sicut ethnicus et publicanus.*[15]

¡Que el disidente sea para el cristiano como un pagano! ¿Qué c re esto decir? Con un pagano, no hay relación religiosa alguna y el j debe evitar su contacto impuro. De hecho, los Apóstoles ejercen ya el p de excomunión, aunque este término no figure en el Nuevo Testame Fue así como San Pablo expulsó de la Iglesia al incestuoso de Co y como ordenó a Tito no tener más relaciones con un cristiano rebeld

Se ha preguntado si la excomunión, —tal como la vemos en tien de San Pablo—, no era sino un constreñimiento espiritual y moral. ]

---

Prisciliano, condenado a muerte como hereje por el tribunal imperia 386, suscitó las protestas de San Martín y de San Ambrosio. Ver tam J. Moreau, *La persécution du christianisme dans l'empire romain,* París, 1

8. *I Cor.,* XI, 19.
9. Vacandard, *op., cit.,* p. 52. Ch. Journet, *L'Eglise du Verbe Incarné,* t. 1 334, París, 1941.
10. J. Dupont, *Le schisme d'après saint Paul,* en *1054-1954. L'Eglise et les ses,* p. 225, Chevetogne, 1954. Ch. Saumagne, *Du mot* αἵρεσις *dans l licinien de 313,* en *Theologische Zeitschrift,* t. 10, pp. 376-387, Bas 1954.
11. *II San Pedro,* II, 1.
12. *I San Juan,* II, 18.
13. *Gal.,* II, 14.
14. *II San Juan,* X, 10. Ver también *II Tesal.,* III, 14.
15. *Mateo,* XVIII, 15-17. Este texto se encuentra desarrollado en Dida XV, 3 Cfr. E. Massaux, *Influence de saint Matthieu sur la littérature chréti avant saint Irénée,* p. 630, Lovaina, 1950.
16. *I Cor.,* V, 3-5. *Tit.,* III, 10. Ver también *Act.,* X, 28; *II Cor.,* II, 6.



XXII utilizará el mencionado texto de San Mateo para convertirlo en fundamento del poder coercitivo de la Iglesia.[17] Esta interpretación es abusiva. Sin duda que la excomunión siempre ha tenido repercusiones en el conjunto de la vida, incluso profana, pero no por ello puede decirse que sea una pena temporal. En tiempos de San Pablo, la excomunión era menos que el ostracismo y no conllevaba una especie de boicot de quien la padecía. Apartar del rebaño la oveja sarnosa, echarla hacia la masa de los paganos, no significa hacerle la vida imposible en una época en que los paganos son incontestablemente los más fuertes en número, fortuna e influencia.

No confundamos la comunidad de los tiempos apostólicos con la República Cristiana de la Edad Media. La excomunión sólo se convertirá en una pena temporal en esta organización totalitaria que tendrá sus parias intocables: los excomulgados proscritos de la sociedad. La diferencia del tratamiento se explica por la diferencia de los regímenes según la Iglesia sea minoritaria o mayoritaria.

La represión violenta de la herejía se ha fundado también en una base escriptural. Este tercer grupo de textos fue invocado por teólogos o canonistas para justificar el derecho nuevo que sobrepasaba la excomunión y anunciaba la pira del herético.

Los campeones de la más cruel represión utilizaban sobre todo el Antiguo Testamento. Exaltaban las más draconianas prescripciones de la antigua Ley que penaba de muerte al blasfemo, al idólatra y al falso profeta. Sin esfuerzo se comprende que el Nuevo Testamento ofrecía argumentos sobre todo a los adversarios de la persecución. San Juan Crisóstomo, y más tarde Wazon, Erasmo y Castellion, veían en la parábola de la cizaña[18] la imagen ejemplar de una política de indulgencia y de contemporización. Matar a los herejes es ir contra el espíritu de la Iglesia y contra las palabras mismas de su fundador, quien ordenó dejar crecer la cizaña junto con el buen grano hasta el momento de la cosecha, por temor de que al arrancar la cizaña se arranque también el trigo candeal.

Debemos llegar hasta San Agustín para comprender cómo el Nuevo Testamento pudo ser explotado por medio de una exégesis acrobática durante toda la Edad Media, y más tarde aun, pues San Agustín inspiró sucesivamente a Santo Tomás y a Calvino.

San Agustín compartía la indulgencia de los antiguos Padres cuando compuso sus primeros escritos. De allí que sea más notable su evolución.

---

17. Trato este punto en mi artículo: *De l'excommunication au bûcher,* en *Hommage à Lucien Febvre,* pp. 222 ss., París, 1954.
18. *Mateo,* XIII, 24-43. Sobre la continuación de las interpretaciones de la parábola, ver R. H. Bainton, *The Parable of the Tares as the Prooftext for Religious Liberty,* en *Church History,* t. 1, pp. 67-89, Chicago, 1932. Ver también J. Leclerc, *Littéralisme biblique et typologie au XVIe siècle,* en *Recherches de sciences religieuses,* t. 41, pp. 76-95, París, 1953.

Irritado por los excesos de los disidentes de Africa y ganado po política violenta de los emperadores cristianos, concluía que la repre del error es una defensa legítima.[19]

Cediendo a la tentación de la eficacia, San Agustín aceptaba el curso al brazo secular, el empleo de la violencia contra los herejes, no, sin embargo, la pena de muerte. Sus conclusiones, diestramente b das tanto en la psicología como en la historia, no podían menos ganar terreno con los años, con los progresos y los reveses de la eva lización.[20]

Los tiempos estaban maduros para la Inquisición. Por supuesto la herejía es ilegal allí donde exista la religión de Estado; para un teól el error carece de derecho alguno, es un pecado grave. La simplicidad estos principios conducirá siempre a los peores excesos a los espíritus s máticos incapaces de distinguir, en la realidad cotidiana y no en te solamente, la tesis de la hipótesis. Contemporáneo y cofrade de los meros inquisidores, Santo Tomás de Aquino interpretó la parábola de cizaña en un sentido imprevisto. Según él, el Señor atenuó su prohibi de cortar la cizaña al precisar: "por temor de que al arrancar la ciz arranquéis al mismo tiempo el trigo candeal". Donde no exista este tem concluía el Doctor Angélico citando a San Agustín, la persecución de herejes es legítima.[21]

El célebre canonista Hostiensis, se esforzó por otra parte en jus car la pena de la hoguera recurriendo a la comparación con el sarme echado al fuego: *si quis in me non manserit, mittetur foras sicut pal et arescet, et colligent eum et in ignem mittent, et ardet.*[22]

No puede asombrarnos tal desconocimiento del alcance escatoló de las parábolas. Ya San Agustín había interpretado a su modo el *c*

---

19. Los historiadores se han ocupado más de una vez en describir la evolu psicológica de San Agustín. Ver, entre otros, J. Bouvet, *Saint Augustin e répression de l'erreur religieuse.* Macon, 1918; P. Batiffol, *Le catholicisme Saint Augustin,* pp. 331-335, París, 1929; R. Joly, *Saint Augustin et l'i lérance religieuse,* en *Revue belge de philologie et d'histoire,* t. 33, pp. 2 294, Bruselas, 1955. Obsérvese también que San Agustín fue reedi para apoyar la Revocación. Cfr. L. Dubois, *Bayle et la tolérance,* pp. 33 París, 1902. Por otra parte, la evolución de Calvino ante el problema de disidencia religiosa recuerda la de San Agustín, Cfr. F. Wendel, *Cal Source et évolution de sa pensée religieuse,* pp. 31, 67, París, 1950. Por veces Calvino apela al doctor africano para defenderse contra la acusación intolerancia. Cfr. L. Smits, *Saint Augustin dans l'oeuvre de Calvin,* t. ., 101, Assen, 1956.
20. No se debe olvidar el progreso del derecho canónico y sus relaciones con derecho romano.
21. *Summa theologica,* 2ª 2ae, qu. 10, art. 8; qu. 11, art. 3. En contra de Sa Tomás, Vacandard, *op. cit.,* p. 204. En favor de Santo Tomás, Journet, *cit.,* t. 1, p. 333.
22. *San Juan,* XV, 6.



*pelle intrare** de la parábola del banquete [23] para motivar el endurecimiento de su política religiosa.

* * *

Después de analizar estos textos en sí mismos y en sus prolongaciones exegéticas, veamos lo que nos enseña la historia de la Inquisición.

El momento en que esta extraordinaria institución nació y se desarrolló se caracteriza por un verdadero drama colectivo en el cual parece haberse desarrollado peligrosamente un complejo de depuración. Era la época de las cruzadas, "en la cual se luchaba con las armas en el Norte y al Sur por el honor del cristianismo y la propagación de la Iglesia. Se abrigaban entonces esperanzas exaltadas; cuando se edificó el imperio latino en Constantinopla, se esperaba no solamente el retorno de los griegos a la Iglesia de Roma, sino también la destrucción del Islam y la conversión de la mayoría de los tártaros. En tiempos de guerra siempre se desconfía mucho de quienes dudan de la finalidad de la guerra, de quienes debilitan y hasta niegan el interés general de la lucha. El no combatir a los enemigos de la Iglesia en el seno de la cristiandad parecía entonces como dejar traidores en una fortaleza asediada. Es por ello que en ninguna parte la Inquisición era puesta en duda en principio. Todo el mundo aprobaba la persecución de los herejes. El pueblo dio el primer impulso al clero, que, al comienzo, se inclinaba más bien hacia la lenidad. Los soberanos estaban dispuestos a aplicar de inmediato las más severas penas. Al querer reglamentar esas penas y emplearlas para proteger la fe, los papas únicamente siguieron la corriente de los tiempos. Las crueldades inherentes al establecimiento de este sistema expresan demasiado bien el carácter bárbaro de una época, tal como se nos presenta sobre todo en el derecho penal. Siempre, mediante nuevas crueldades, se trataba de acentuar cada vez más el horror del crimen, y puesto que, de más en más, el interés de la fe estaba en juego, quienes de otro modo habrían vacilado pensaban que la fe era algo hasta tal punto precioso que debían emplearse todos los medios para salvaguardarla".[24]

Al organizarla ellos mismos, los papas quisieron fortalecer la represión de la herejía. Ahora bien, el procedimiento criminal primitivamente en uso en los tribunales eclesiásticos, —no me refiero a las penitencias, ni a los castigos disciplinarios—, era el procedimiento acusatorio, según el cual el juez no actuaba por sí mismo; el informe debía serle presentado por un acusador responsable, como si se tratase de una causa civil. Dejada en manos de la iniciativa privada, la represión no estaba asegurada. Así, pues, bajo la influencia del derecho romano de nuevo en moda, los papas

---

* Obliga a entrar.
23. *San Lucas,* XIV, 23.
24. G. Schnürer, *L'Eglise et la civilisation au Moyen Age* (trad. del alemán por G. Castella), t. 2, p. 631, París, 1935.

Lucio III e Inocente III permitieron a los jueces eclesiásticos un pro miento de oficio, el procedimiento inquisitorio, conducido contradic mente con el acusado y luego del cual se dictaba sentencia. Sin emb los papas, al igual que San Agustín, no habían previsto la pena de m para los herejes.

La Inquisición no era más que un modo de procedimiento crimi —este mismo procedimiento universalmente adoptado hoy—, cuand papa Gregorio IX estableció su estatuto a comienzos de su reinado (1 1241). Mediante el *Inquisititio haereticae pravitatis*,* la Santa Sede d gó jueces extraordinarios en materia de fe, dándoles los más amplios deres y prescribiendo la entrega al brazo secular del hereje condenado la Iglesia. Los dominicos y los franciscanos tuvieron una participación da vez mayor en la represión, sin que por lo mismo fuese suprimid jurisdicción ordinaria de los obispos.[25]

La célebre apóstrofe de Joseph de Maistre sobre las responsa dades laicas de la Inquisición es, pues, singularmente tendenciosa. "S remos", proclamaba, "y digamos muy exactamente, cuando razona sobre la Inquisición, la parte del gobierno y la de la Iglesia. Todo lo este tribunal muestra de severo y aterrador, y sobre todo la pena de mu corresponde al gobierno; es asunto suyo; a él y sólo a él hay que ped cuentas. Por el contrario, toda la clemencia, que tan gran papel des peña en el tribunal de la Inquisición, es obra de la Iglesia, que no terviene en los suplicios sino para suprimirlos o atenuarlos".[26] Por gracia, fue el espíritu religioso de la época el que inspiró este terri aparato de defensa religiosa. Y cuando el poder civil quita a la Iglesi conocimiento de las causas de herejía, —pues la Inquisición estuvo le de monopolizar la represión—, todavía en nombre de los principios de la ortodoxia católica que instruye, juzga y condena. En suma, si la dicta popular previene la acción legal y aplica "justicia sumaria" a herejes, es porque el pueblo está movido por una mística burda, fuente lejana es siempre religiosa, aun cuando no sea auténticamente tiana. "Una Iglesia impotente para golpear puede ser moralmente resp sable de haber solicitado o aconsejado los golpes".[27]

---

25. H. Maisonneuve, *Etude sur les origines de l'Inquisition*, 2ª ed., París, 1 C. Thouzellier, t. 10, pp. 294 ss., de la *Histoire de l'Eglise* por A. Flich V. Martin, París, 1950. R. Morghen, *Medioevo cristiano*, pp. 212 ss. 1951. M. Pacaut, *Tolérance et laïcité au Moyen Age*, en *Cahiers d'histo* t. 4, pp. 7-18, Lyon, 1959. Y. Dossat, *Les crises de l'Inquisition toulous au XIIIe siècle*, Burdeos, 1959.

26. *Lettres à un gentilhomme russe sur l'Inquisition espagnole*, primera e París, 1815.

27. A. Vermeersch, *La tolérance*, p. 65, París, 1912. Ver también los valie artículos de E. Jordan, *La responsabilité de l'Eglise dans la répression l'hérésie au Moyen Age*, en *Annales de Philosophie chrétienne*, 4ª serie, mos 4, 6, 8, 9, París, 1907-1909. Desde el punto de vista histórico: A. Ch

* Inquisición acerca de la depravación de los herejes.



La Iglesia, otrora "consagrada por mano de los perseguidores", como lo cantara San Hilario, se vuelve ella misma perseguidora, aceptando sin vergüenza el procedimiento de Diocleciano. Uno se engañaría viendo en la Inquisición una explosión de salvajismo. Procede, por el contrario, de una justicia injusta de tanto ser lógica. "Se hace un ídolo de la verdad misma —decía Pascal—, pues la verdad sin la caridad no es Dios, sino su imagen y un ídolo que no se debe amar ni adorar". El proceso de Juana de Arco, "esa catedral de lógica y teología",[28] es el caso límite de ese "juridicismo" inhumano; su condena era fatal; ella demuestra el valor de la institución.

Al mismo tiempo que la Inquisición, aparecen los inquisidores que la desarrollan, la enriquecen con sus silogismos, sientan su jurisprudencia. Uno de ellos escribe: "La meta de la Inquisición es la destrucción de la herejía; ahora bien, la herejía no puede ser destruida si no son destruidos los herejes; y los herejes no pueden ser destruidos si al mismo tiempo no son destruidos quienes los reciben, los favorecen y los defienden".[29]

Nada más impreciso que la noción de inquisidor. En principio sus funciones eran más bien las de un confesor con respecto a un penitente, si el acusado se arrepentía y abjuraba. El tribunal de la Inquisición, —que no está hecho para los judíos, los musulmanes o los paganos—, parece una extensión del tribunal de la penitencia y sus penas son frecuentemente obras satisfactorias.[30]

---

*Histoire de l'idée de tolérance*, en *Revue de l'histoire de l'Eglise de France*, tomos 27, 28, París, 1941-1942. N. Paulus, *Protestantismus und Toleranz im 16. Jahrhundert*, Friburgo en Brisgovia, 1911. H. A. E. Van Gelder, *Vrijheid en onvrijheid in de Republiek. Geschiedenis der vrijheid van drukpers en godsdienst van 1572 tot 1798*, t. 1 *(1572-1619)*, Haarlem, 1947. M. J. Mispelbloem Beyer, *Tolerantie en fanatisme. Een studie over verdraagzaamheid*, Arnhem, 1948. A. Latreille, *L'intolérance religieuse entre chrétiens séparés en France sous l'Ancien Régime (1598-1789)*, en *Mémorial J. Chaine*, pp. 235-255, Lyon, 1950. J. Orcibal, *Louis XIV et les protestants*, París, 1951. *Castellioniana.* Cuatro estudios sobre Sébastien Castellion y la idea de la tolerancia, por R. H. Bainton, B. Becker, M. Valkhoff y S. van der Woude, Leyden, 1951. H. S. Bender, *The Anabaptists and the Religious Liberty...*, en *Archiv für Reformationsgeschichte*, t. 44, pp. 32-51, Friburgo, 1953. J. Lecler, *Histoire de la tolérance au siècle de la Réforme*, 2 v., París, 1955. Sobre los orígenes del antisemitismo: M. Simon, *Verus Israel*, pp. 239 ss., París, 1948.

28. P. Champion, *Procès de condamnation de Jeanne d'Arc*, t. 2, p. 9, París, 1921.

29. Bernard Gui († 1331); Cfr. B. Gui, *Practica Inquisitionis* (ed. C. Douais), p. 217, París, 1886. Igual razonamiento en un inquisidor del siglo XVI; Cfr. R. H. Bainton, *Michel Servet*, p. 49, Ginebra, 1953.

30. Por medio de una especie de poder indirecto, la Inquisición termina por alcanzar excepcionalmente a los no cristianos; Cfr. L. Garzend, *L'Inquisition et l'hérésie*, p. 108, París, 1927; H. C. Lea, *Histoire de l'Inquisition au Moyen Age*, t. 1, p. 450, París, 1900. No se debe perder de vista que lo que aquí se dice de la Inquisición, se aplica generalmente también al tribunal eclesiástico ordinario, es decir, la oficialidad.

Pero si no tiene éxito el confesor, aparece el justiciero y obliga a cristianos a sufrir las consecuencias jurídicas de su compromiso con Iglesia. Si han violado las lejanas promesas del bautismo, esos cristian aunque jamás hayan tenido conciencia de las obligaciones de la fe, se castigados como perjuros. Los inquisidores nos hacen pensar en los po cías que siguen la pista a los sospechosos; también en los peritos hoy mados ante los tribunales para ilustración de los magistrados. A ve desempeñan el papel del ministerio público, calificando la acusación leg mente e informando a un tribunal ordinario. Finalmente, hacen pen en los jurados de nuestras cortes, en esos jueces de excepción que pronuncian sobre la culpabilidad de los acusados y obligan a la corte formular sus fallos en consecuencia.

Los derechos modernos de la defensa y las elementales garantías equidad de los juicios a veces eran denegados o violados, en virtud carácter legalmente excepcional del procedimiento referente a la herejía

Instituidos para la conversión de los herejes, los inquisidores se pre cuparon también por la protección de los creyentes. Para garantizar c mayor seguridad la fe de los fieles se aficionaron a la escenificación los castigos públicos y, sobre todo, a la solemnidad apologética de abjuraciones, los autos de fe propiamente dichos.

Si juzgaban necesaria, sea para la expiación, sea a modo de ejemp una pena capital, los inquisidores "entregaban al brazo secular" a los r cidentes y a los obstinados, pidiendo que no se les aplicase ninguna "pe de sangre". Esta misericordia no era más que una ficción legal, conserv da por rutina, y que no tenía efecto práctico alguno, salvo preservar juez eclesiástico de la irregularidad que habría cometido participando una sentencia de muerte. Es el horror a la sangre lo que explica este e crúpulo cruelmente irónico hacia los ajusticiados. Recordemos que ya S Ambrosio había recomendado a quienquiera que había causado la muer de un hombre, fuese soldado o magistrado, el abstenerse de los sacrame tos. En cuanto al brazo secular, no habría osado entender literalmente fórmula del tribunal eclesiástico; no habría podido escatimar las víctim de la Inquisición sin que pareciese favorecer gravemente la herejía; es p ello que habitualmente se contentaba con el papel de ejecutor del tribun espiritual.

Las penas pronunciadas por los inquisidores mismos casi nada tiene en común con nuestro actual derecho. Las penitencias eclesiásticas, per grinajes, signos de infamia, la confiscación de bienes o la prisión era los castigos habituales para los culpables "leves". Los herejes obstinad eran excomulgados antes de ser entregados al brazo secular.

31. A. P. Evans, *Hunting Subversion in the Middle Ages*, en *Speculum*, t. 3 pp. 1-22, Chicago, 1958.



Tal fue, a muy grandes rasgos, el procedimiento general de la Inquisición. Algunos autores han estimado que en tanto que se tratase de reprimir las herejías antisociales de los cátaros o de los flagelantes, se podía creer que la Iglesia asumía la defensa del orden contra criminales de derecho común. Aun en el siglo XVI, les parece digno de todos los castigos el comunismo anabaptista. Estas consideraciones, bajo las cuales se advierte un hábil alegato, no carecen de valor.[32] En la Edad Media se castiga la herejía como un delito social porque ella tiende a romper la unidad religiosa considerada como el fundamento de la sociedad. Es cierto, por otra parte, que la Inquisición purgó la tierra de algunos monstruos y que la causa de la Iglesia está estrechamente vinculada con la de la civilización. Pero lo que la Inquisición procuraba atacar fundamentalmente en la herejía no era su carácter antisocial. La ofensa a la sociedad interesaba menos que la ofensa a Dios. La Inquisición golpeó a los herejes como tales, abstracción hecha de sus incidencias temporales. El sospechar de las doctrinas porque son peligrosas es una idea moderna, nacida de la noción de orden público. La Edad Media perseguía las herejías porque las consideraba falsas.

Hoy ya no es la noción de error la que predomina en nuestra legislación, sino la de orden público y de bien común.[33] Ya no se reprime el delito de opinión como tal, sino el atentado contra el orden. Se ignora el crimen de las almas para conocer solamente el de los cuerpos. Ya no es la objeción de conciencia lo que contemplan nuestras leyes, como tampoco la inmoralidad, sino únicamente la negativa de prestar servicio militar o el ultraje a las costumbres.

32. Aunque en ciertos casos la justificación es discutible. Encuentro excesivas las conclusiones, en este punto, de Ch. Journet, *L'Eglise du Verbe Incarné*, t. 1, p. 336, París, 1941.

33. Evidentemente, la noción de orden público y de bien común puede ser explotada y deformada en nuestros días, como lo fue en la Edad Media la de verdad objetiva, pero la jurisprudencia de los Estados democráticos da a veces prueba de vanos escrúpulos. El caso de los "Protocolos de los Sabios de Sión" merece ser mencionado. En 1935, un tribunal suizo condenó a dos individuos como culpables de haber publicado y propagado los "Protocolos", documentos falsos malignamente atribuidos a los judíos. Los condenados apelaron y fueron absueltos. Se podría creer que la Corte de Apelación juzgó que los "Protocolos" eran auténticos. No. Pero la Corte consideró que la ley cantonal se refería solamente a la literatura inmoral o pornográfica, y que por consiguiente el tribunal no estaba capacitado para castigar a los autores de una falsificación que correspondía al campo de la literatura política. "El juicio en primera instancia corría el riesgo de crear un antecedente peligroso. Casi todas las controversias religiosas habrían ido a parar ante el tribunal. Si un protestante acusa a los católicos de mariolatría, por queja de estos últimos el juez tendría que dictar sentencia sobre el culto de hiperdulía. Si un católico declara que Calvino o Zwinglio son culpables de herejía, el tribunal tendría que pronunciarse sobre la ortodoxia de la Institución Cristiana". Cfr. P. Charles, *Les Protocoles des Sages de Sion*, en *Nouvelle Revue théologique*, t. 65, p. 57, Lovaina, 1938.

La Edad Media temía más "la soberbia del espíritu" que la "conc piscencia de la carne"; la herejía era entonces castigada más seve mente que la inmoralidad porque amenazaba más que esta última la u dad de la fe. Por el contrario, hoy, cuando la disidencia religiosa ya nos escandaliza, asistimos a una evolución extremadamente curiosa: la moralidad nos choca más, lo que infortunadamente no significa que costumbres mejoren. Nuestro tiempo es más susceptible y más severo q el de los inquisidores de la fe en materia de obscenidad.[34]

La represión eclesiástica de la herejía se mantuvo durante todo Antiguo Régimen, —al menos en el derecho—, pese a la competencia d poder laico, pese al progreso de las ideas de tolerancia. En 1527 Erasm en su *Paráfrasis de San Mateo,* había comentado la parábola de la cizai en el más amplio sentido. La Sorbonne censuró esa interpretación pre sando: "Es de fe católica el que no solamente se puede sino que se de castigar con el último suplicio a los herejes pertinaces, cuando ello es p sible sin poner en peligro el Estado". En 1542, en vísperas del Conci de Trento,[35] fue instituida una congregación pontificial de la Inquisició El "gran miedo" de los creyentes continuó replicando con la fuerza a l disidencia religiosa. En efecto, un celo auténtico por la fe puede concili se con el temor del adversario, un temor enconado, generador de las pe res incomprensiones, de los más crueles abusos del "legalismo". La presión de la herejía era una nueva cruzada. El apoyarla ruidosamen asistir a las ejecuciones como si fuesen espectáculos piadosos, era d prueba fácil de un catolicismo militante. La delación misma se convirt en fuente de mérito, en un deber, puesto que el refractario era considera igual que un enemigo público.

---

34. J.-P. Haesaert, *Etiologie de la répression des outrages publics aux bon moeurs,* Bruselas, 1931. Otros ejemplos: Retif de la Bretonne autor del *P nographe* (obra muy bien titulada), sólo encontró cumplidos, hasta de pa de José II. En el siglo XX, Víctor Margueritte fue borrado de la Legión Honor por una obra que, además de ser chata y grosera, resulta pálida lado del *Pornographe.* Hoy día resulta difícil comprender el texto de las c tumbres de Fonsorbes (Alto Garona) de 1279: "Item, adulter et adult si deprehensi fuerint in adulterio si in die faciens fuerit clamor, vel p homines fide dignos convicti fuerint super hoc, vel in iure confessi quilib in sexaginta solidis Tolosanis pro iustitia puniatur, vel nudi currant villa et sit opsio eorumdem". (Si un adúltero y una adúltera son sorprendidos adulterio, son convictos de eso por personas dignas de fe o por confesi espontánea ante la ley, pueden escoger entre pagar una multa de sesenta su dos tolosanos o correr desnudos por la ciudad). Cfr. P. Ourliac. *Les sauve du Comminges,* en *Recueil de l'Académie de législation,* t. 18, p. 129, Tol sa, 1947.
35. "Es imposible para un historiador describir y juzgar la actividad desplega por la Inquisición reorganizada de esa manera por Pablo III, porque ning documento sirve de testimonio para ello. Los archivos del Santo Oficio Roma deben contener un cierto número de documentos, pero no se pued consultar completamente. Si la congregación actual del Santo Oficio p siste en el sistema, ya casi totalmente abandonado en todas partes, de guard un secreto absoluto acerca de actas históricas de más de tres siglos y med de antigüedad, no solamente causa perjuicio a los estudios históricos, si



Sin embargo, la Inquisición fracasó parcialmente en su labor de depuración espiritual. Es un error el concebir la República Cristiana de la Edad Media olvidando sus terribles revoluciones internas. Algunas herejías se han mantenido hasta nuestros días, pese a la crueldad de la represión. Incluso a veces la severidad desplegada en la defensa de la ortodoxia parece haber favorecido la causa de los disidentes, al exaltar su espíritu de sacrificio, al publicar su fidelidad. Tanto para los herejes como para los fieles la sangre de los mártires fue simiente de cristianos.[36]

En suma, la Iglesia padeció y padece aún los rencores y los odios suscitados por la represión sangrienta de la herejía. La violencia ayudó y comprometió, al mismo tiempo, la predicación del Evangelio. Si, de hecho, extinguió focos de error y alejó de muchos la tentación doctrinal, aportó a algunos el escándalo de la idea combatida por la fuerza y no adoptada por la persuasión. No daré sino un ejemplo de ello, el del canciller de Catalina de Médicis, el católico Michel de l'Hôpital, quien defendió la tolerancia con tanta convicción como el protestante Sébastien Castellion. Michel de l'Hôpital tuvo el valor de decir a los obispos reunidos en Poissy: "es maravilloso haber visto aquí mismo en la muerte de muchos de los ejecutados por la religión, una conciencia admirable y una dirección más que humana, mediante la cual dominaban los horrores y aprensiones de la muerte, cantando en medio de las llamas, invocando en alta voz el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y, de cualquier manera que se interprete, aparece claramente que tales gentes están resueltas y persuadidas de que poseen una buena doctrina". Admiremos también esta apóstrofe del mismo a los Estados Generales: "Mirad cómo y con qué armas vuestros predecesores los antiguos padres vencieron a los herejes de su tiempo; debemos por todos los medios tratar de levantar a quienes están en el error, y no hacer como el que, viendo un hombre o una bestia cargada caídos en un foso, en lugar de sacarlos le da con el pie; debemos ayudarlos sin esperar a que se nos pida socorro. Quien actúa de otra manera no tiene caridad; es odiar más a los hombres que a los vicios. [...] Si se trata de la religión cristiana, quienes quieren plantarla con armas, espadas y pistolas actúan contra su profesión que es padecer la fuerza, no hacerla. [...] No vale el argumento en que se apoyan: dicen que toman las armas por la causa de Dios, pero la causa de Dios no necesita ser defendida con armas. [...] Desechemos esas palabras diabólicas, nombres de partidos, facciones y sediciones, luteranos, hugonotes, papistas, no cambiemos el nombre de cristianos".[37]

---

a ella misma, pues todavía son innumerables las personas que continúan creyendo en las peores acusaciones hechas contra la institución de la Inquisición romana". Cfr. L. Pastor, *Histoire des Papes* (trad. del alemán por A. Poizat). t. 12, p. 916, París, 1930.

36. El jurisconsulto católico Baudoin pensaba igual. "Por cada uno que se mate, vendrán otros diez". Cf. P. Imbart de la Tour, *Calvin,* p. 361, París, 1935.
37. R. Anchel, *Michel de l'Hôpital,* en *Hommes d'Etat,* t. 2, pp. 358 ss., París, 1937. J. Lecler, *op. cit.,* t. 2, p. 52.

Se concibe el destino de semejante doctrina política, —pues pr samente de política se trataba—, en un siglo en el cual la tolerancia apenas imaginable. Michel de l'Hôpital murió luchando, pero sus id tras garantizarle un lugar de relieve entre los hombres de su tiempo, o servan un alcance general que aún nos conmueve.

* * *

Podría detenerme aquí. Prefiero sin embargo considerar una últ vez el cadáver de la Inquisición y tratar de comprender mejor su gico destino.

La Inquisición fue dura, pero, dentro del espíritu de la Edad Me no fue escandalosa. De manera general puede decirse que el ideal his rico de la Edad Media estaba regido por dos factores dominantes: por parte, la idea o el mito de la fuerza al servicio de Dios; por la otra, hecho concreto de que la civilización temporal misma era de algún mo una función de lo sagrado e implicaba imperiosamente la unidad de ligión.[38] Es el ideal "eclesiocrático" de la Edad Media, ideal bien o servido por una lógica implacable y sin inconsecuencias, ya que las fal creencias sólo engendran acciones perversas, y las acciones perversas latan infaliblemente las falsas creencias. No podemos olvidar que la C tiandad medieval está, en último análisis, basada en la pureza de la En la Edad Media la Inquisición aparecía como una vasta empresa proteccionismo religioso, una aduana confesional e incorruptible; tamb correspondió al culto de la fuerza que constituye las mentalidades co tivas, al mismo tiempo que al admirable intento de una comunidad hu na centrada en la sola verdad. En suma, el agustinismo político y teoría de las dos espadas reunían en la mano del jefe de la Iglesia vigilancia del poder temporal y la dirección del poder espiritual.

Ahora bien, cuando este ideal "eclesiocrático" fue poco a poco re plazado, en el mundo dividido del Renacimiento, por el del individual mo,[39] la Inquisición, al cesar de ser adecuada al medio, se convirtió un monstruo, una barrera anacrónica; tuvo que apartarse, desapareo mientras se elaboraba dolorosamente la doctrina moderna de la toleranc

Hoy, bajo el signo de la libertad, la Inquisición no sólo nos par cruel y anacrónica, sino que es inconcebible en un mundo imbuido por Declaración de los Derechos del Hombre y a veces incluso de un hun nitarismo muy poco evangélico. Ya no hay Inquisición, salvo la inqui ción fiscal; no hay más inquisidores, salvo los rastreadores de herej siempre dispuestos a sospechar de sus correligionarios.

38. J. Maritain, *Humanisme intégral,* p. 156, París, 1936. Es lo que P. Rico *(Histoire et vérité,* p. 163) llama "la unidad clerical de lo verdadero".

39. La palabra es reciente, pero la idea a que se refiere es antigua.



Hasta los teólogos católicos rechazan la hipótesis de un eventual retorno a los procesos de religión. Los tiempos han cambiado, dicen en su mayoría, la unidad religiosa está rota, y la Iglesia ya no podría, sin grave peligro para la sociedad y para ella misma, pretender ejercer todavía un poder coercitivo de esa especie. Uno de ellos escribe: "El mismo ideal de justicia al que los inquisidores noblemente obedecieron, frecuentemente con riesgo de su vida, nos prohibe para siempre el volver a erigir sus tribunales. Para la represión violenta de la herejía como de cualquier otro desorden, es necesario, en efecto, según los principios de Santo Tomás, no sólo que la herejía sea una falta, sino también que el trastorno causado por esa represión sea ampliamente compensado por el bien que se espera de ella. En la Europa cristiana de la Edad Media, católica en masa, tranquila en la posesión de una sola y misma fe religiosa, no sólo podía presumirse culpable al hereje, sino que había la seria esperanza de que extinguiendo los pequeños focos de discordia religiosa que se encendían aquí y allá se previniese la renovación del gran y lamentable cisma del arrianismo, por el que los pueblos habían sufrido tan cruelmente durante los siglos IV, V y VI, y a propósito del cual escribía San Jerónimo: *Arius in Alexandria una scintilla fuit, sed quoniam non statim oppressus est, totum orbem eius flamma populata est.** En adelante las condiciones serán muy diferentes. Imposible considerar presuntos culpables a disidentes nacidos y criados fuera de la Iglesia; su caso es asimilable al de los infieles. ¡Respeto para su buena fe! Imposible igualmente soñar con suprimir el error en su foco, cuando con los medios de comunicación de los tiempos modernos las ideas se propagan tan rápida y fácilmente de un extremo a otro del mundo. La violencia sería, pues, injusta y hasta inútil, incluso en un país donde la Iglesia tuviese a su servicio el poder temporal".[40]

En estas explicaciones sutiles se esconden una generosidad verdadera y cierta turbación.[41] Demasiado preocupado por salvar la reputación de los

40. R. P. Hugueny, *Le Principe de l'Inquisition,* en *Revue du clergé français,* t. 41, pp. 759-762, París, 1906. Respuesta del ex abate Turmel, *ibidem,* pp. 762-766. Contestaciones de ambos polémicos, t. 50, pp. 314-317, 1907. Sabia conclusión del debate por el abate H. Leduc, *ibidem,* pp. 539-541: "Nuestros padres de la Edad Media creyeron que la fe, la unidad de la fe, es el más precioso de los bienes: tenían razón. Pensaron que el empleo de la fuerza sería saludable para los individuos y para la Iglesia: la experiencia parece haber demostrado que en eso se equivocaron. Tengamos pues el mismo ideal, pero tratemos de realizarlo con medios diferentes, con medios más conformes al espíritu de Nuestro Señor Jesucristo". Ver también la polémica entre Paul Imbart de la Tour y el R. P. Yves de la Brière, en *Etudes* del 5 de octubre y del 20 de diciembre de 1911.

41. Igual sutileza en Vermeersch, *op. cit.,* p. 200. El pensamiento teológico hace a veces increíbles rodeos cuando se trata de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Es necesario leer, por ejemplo, las distinciones establecidas entre "soberanía esencial", "subordinación accidental", "poder directo", "poder indirecto", "poder directivo", "subordinación impropia", etc. Cfr. Ch. Journet, *La juridiction de l'Eglise sur la Cité,* París, 1931.

* Arrio fue una chispa en Alejandría, pero como no se reprimió inmediatamente, todo el mundo fue invadido por su llama.

inquisidores, el Reverendo Padre no logra "echar por la borda" la In quisición y proclamar francamente que la tolerancia es indivisa. Retorn al ideal "eclesiocrático" del cual la Edad Media dio una idea aproxim da sería una componenda con lo temporal y haría temer la minoració de lo espiritual, la devaluación de lo único que puede perfecciona evangelización universal.[42] No fueron personas como Torquemada sin personas como Santa Teresa quienes salvaron la Cristiandad.[43] Todavía el siglo XVI se podían ver a buenos y sinceros católicos concertar el hu manismo con la Reforma, ¡para mejor combatir el protestantismo! Lo qu mata el error y hace volver al extraviado es solamente la "virulencia de verdad".[44] El más grande servicio que el mundo moderno haya hecho la Iglesia es el haber suprimido con su poder temporal el ejercicio de derecho penal.

Y sin embargo, la Iglesia, pese a todo lo que pueda reprochársele la persecución de los disidentes,[45] transformó poco a poco a los hombr "Porque el espíritu de dulzura cristiana ha penetrado en las costumbr los procedimientos de la Inquisición han llegado a sernos insoportabl Es probable que sin la Iglesia no seríamos capaces de sentirnos ofus dos por ellos. Tácito y Marco Aurelio, que eran paganos muy civilizad no se asombraban de las persecuciones contra los cristianos".[46]

La libertad civil de todos los cultos constituye "un principio gene de la civilización contemporánea".[47] Por otra parte, sabemos que la libert no es un bien sin impurezas, ya que no es sino una fuerza negativa. S

---

42. Es fácil ponerse de acuerdo sobre este punto, como lo demuestra la consi ración de la evolución histórica, hasta en la época moderna. Veamos, ejemplo, como un publicista presentó la *Deutsche Geschichte im neunzehn Jahrhundert* (4 vol., Friburgo en Brisgovia, 1937) de F. Schnabel: "Apr demos a conocer de esta manera el gran pecado de los cristianos aleman su sumisión al Estado, su tendencia a apoyarse en el brazo secular para fender y para propagar la fe, lo que conduce fácilmente a funestas con cuencias: el brazo secular se apodera de la Iglesia y la maneja a su ant Los que se rebelan contra una forma concreta del Estado, lo hacen al mis tiempo contra la fe que ese Estado aborrecido protege; finalmente, el espí político invade la Iglesia y le inculca conceptos y aspiraciones que no pue acordarse con la doctrina cristiana pura. Tal fue el destino del catolicismo cado por el josefismo, ... tal fue el vicio original del protestantismo mán". Cfr. O. Forst de Battaglia, en *Revue catholique des idées et des* del 30 de setiembre de 1938, pp. 20-21. ¿Y qué no se podría decir de España contemporánea y de su "guerra santa"?...
43. Igualmente se podría reducir a sus justas proporciones la importancia "e ritual" de las cruzadas.
44. E. Mounier, *Court traité du catholicisme ondoyant*, en *Esprit* del 1° de viembre de 1937, p. 304.
45. K. Adam, *Le vrai visage du catholicisme*, p. 274, París, 1935.
46. J. Guitton, *La pensée moderne et le catholicisme. Perspectives*, p. 94, Aix, 19
47. Y. de la Brière, *A propos de la tolérance civile*, en *Miscellanea Vermee* t. 2, pp. 171-186, Roma, 1935. Ver también A. Hartmann, *Vraie et fa tolérance*, París, 1958.



Agustín tenía razón cuando evocaba la seducción del error, ese misterioso peligro que se cierne sobre las almas débiles, pero él respondió a esta amenaza con el ejemplo irresistible de sus virtudes, mejor que con su política represiva. En fin, hay incluso restricciones a la "libertad del mal" que son intolerables, porque son restricciones a la libertad general; ellas anuncian, por consiguiente, restricciones a la "libertad del bien".

Al igual que debemos padecer, sin admitirlas, las mentiras y las fealdades[48] de la propaganda comercial o política, debemos soportar la intolerancia misma, precaviéndonos contra ella mediante un constante esfuerzo de discernimiento y de crítica. Cuando la francmasonería fue suprimida en Italia y en la Alemania del Tercer Reich, a los obispos suizos se les propuso un proyecto de *referendum* para hacer lo mismo en su país. En nombre del principio superior de la libertad de todos, los obispos rechazaron un proyecto de ley cuya intolerancia fundamental les parecía poco digna y, a largo plazo, peligrosa para la Iglesia misma.

Todo esto muestra la complejidad de la aplicación de los principios más sencillos. La limitación de la intolerancia no le corresponde a los individuos sino a la autoridad encargada del orden público. Además, siempre habrá hombres para quienes la verdad y la justicia pierden todo atractivo y, momentáneamente, todo valor cuando se exige que "un hombre muera para que no perezca todo un pueblo". Nadie puede creerse doctor en tolerancia. Es vano el proclamar que la verdad tiene todos los derechos.[49] No es la verdad lo que es objeto de derecho, sino antes bien el comportamiento individual. Todo hombre tiene el deber absoluto de no actuar jamás contra su conciencia firme, aunque esta fuese objetivamente errónea.[50]

Admiremos, para terminar, el drama del hombre que oscila entre una fidelidad sin devaneos a la verdad y un acendrado apego a la libertad. La sensibilidad religiosa contemporánea está particularmente atenta al valor de la libertad, pero hoy como ayer no puede concebirse una fe auténtica sin verdad religiosa.

¡Libertad, verdad, grandes ideas, grandes ideales en cuyo nombre, sin embargo, tantos crímenes se han cometido! Sólo hay una conciliación posible entre la verdad y la libertad: la del amor. Sólo a ese precio triunfará la ética de la coexistencia sobre el mito de la cruzada.

---

48. La tolerancia parece infinita solamente en materia estética.
49. No estamos lejos de llegar a un acuerdo sobre este punto: H.-L. Miéville, *Tolérance et vérité*, p. 49, 117, Neuchâtel, 1949; Rouquette, *Chronique de la vie religieuse*, en *Etudes*, n° 8, p. 257, París, 1949; Meunier, *op. cit.*, p. 228; *Unité chrétienne et tolérance religieuse*, p. 62; J. Leclercq, *Intégration sociale et tolérance*, en *Conscience et liberté*, t. 3, p. 59, París, 1950; Y. Congar, *Mentalité de droite et intégrisme*, en *La Vie Intelectuelle* de junio 1950, pp. 644-666.
50. San Pablo en *I Cor.*, X, 25-29, ya proclamaba la primacía de la conciencia; cfr. J. Dupont, *Syneidesis. Aux origines de la notion chrétienne de conscience morale*, en *Studia hellenistica*, t. 5, pp. 119-153, Lovaina, 1948.

# *BIBLIOGRAFIA*


Ph. Ariès, *Le temps de l'histoire,* in-12, Mónaco, 1954.

R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique,* in-8º, París, 1938.

R. Aron, *Dimensions de la conscience historique,* in-8º, París, 1961.

F. Battaglia, *La valeur dans l'histoire* (trad. del italiano por M.-L. Roure), in-12, París, 1955.

K. L. Bellon, *Wijsbegeerte der geschiedenis,* in-8º, Amsterdam, 1953.

E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode,* 6ª ed., in-8º, Berlín, 1908.

H. Berr, *La synthèse en histoire,* 2ª ed., in-8º, París, 1953.

M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien,* in-8º, París, Cahiers des *Annales,* 4ª ed., 1962.

L. Bréhier y G. Desdevises du Dezert, *Le travail historique,* 2ª ed., in-12, París, 1907.

J. Bruhat, *Destin de l'histoire,* in-12, París, 1948.

R. Bultmann, *Histoire et eschatologie* (trad. del alemán por R. Brandt), in-8º, Neuchâtel, 1959.

H. Butterfield, *History and Human Relations,* in-8º, Londres, 1951.

E. Callot, *L'histoire et la géographie au point de vue sociologique,* in-8º, París, 1957.

A. Chamson, *L'homme contre l'histoire,* in-12, París, 1927.

A. Chamson, *Clio,* in-12, París, 1929.

A. Choulguine, *L'histoire et la vie. Les lois, le hasard, la volonté hum*
in-8º, París, 1957.

R. G. Collingwood, *The Idea of History,* 5ª ed., in-8º, Nueva York, 1

A. A. Cournot, *Traité de l'enchaînement des idées fondamentales da sciences et dans l'histoire,* 2ª ed., in-8º, París, 1922.

R. Cousinet, *L'enseignement de l'histoire et l'éducation nouvelle,* i París, 1950.

B. Croce, *La storia come pensiero e come azione,* 2ª ed., in-12, Bari,

B. Croce, *Teoria e storia della storiografia,* 5ª ed., in-8º, Bari, 1943.

J. Daniélou, *Essai sur le mystère de l'histoire,* in-12, París, 1953.

E. Dardel, *L'histoire, science du concret,* in-12, París, 1946.

Ch. de Smedt, *Principes de la critique historique,* in-12, Lieja y
1883.

W. Dilthey, *Introduction à l'étude des sciences humaines. Essai sur le dement qu'on pourrait donner à l'étude de la société et de l'hi* (trad. del alemán por L. Sauzin), in-8º, París, 1942.

W. Dray, *Laws and Explanation in History,* in-8º, Oxford, 1957.

L. Febvre, *Combats pour l'histoire,* in-8º, París, 1953.

L. Febvre, *Pour une histoire à part entière,* in-8º, París, 1962.

K. Federn, *The Materialist Conception of History,* in-8º, Londres, 19

P. Gardiner, *The Nature of Historical Explanation,* in-8º, Oxford,

P. Geyl, *Use and Abuse of History,* New-Haven, 1955.

P. Geyl, *Debates with Historians,* in-8º, Groninga, 1955.

H. Gouhier, *L'histoire et sa philosophie,* in-8º, París, 1952.

R. Grousset, *L'homme et son histoire,* in-12, París, 1954.

D. Halévy, *Essai sur l'accélération de l'histoire,* in-12, París, 1948.

L.-E. Halkin, *Eléments de critique historique,* in-8º, Lieja, 1960.

L. Halphen, *Introduction à l'histoire,* 2ª ed., in-12, París, 1948.

P. Harsin, *Comment on écrit l'histoire,* 5ª ed., in-12, Lieja, 1949.

*L'histoire et ses méthodes.* Obra colectiva publicada bajo la direcci Ch. Samaran, in-12, París, 1961.

H. C. Hockett, *The Critical Method in Historical Research and W* in-8º, Nueva York, 1958.



*L'homme et l'histoire.* Actas del VI Congreso de las Sociedades de Filosofía de lengua francesa, in-8º. París, 1952.

*L'homme, le monde, l'histoire.* Cahiers du College philosophique, in-12, París, 1948.

J. Hours, *Valeur de l'histoire,* in-12, París, 1954.

J. Huizinga, *De wetenschap der geschiedenis,* in-8º, Haarlem, 1950.

K. Jaspers, *Origine et sens de l'histoire* (trad. del alemán por H. Naeff), in-8º, París, 1954.

A. Labriola, *Essai sur la conception matérialiste de l'histoire* (trad. del italiano por A. Bonnet), 2ª ed., in-12, París, 1902.

P. Lacombe, *De l'histoire considérée comme science,* 2ª ed., in-8º, París, 1930.

J. Lacroix, *Histoire et mystère,* in-8º, París y Tournai, 1962.

Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques,* 5ª ed., in-12, París, 1902.

Th. Litt, *Die Wiedererweckung des geschichtlichen Bewusstseins,* in-12, Heidelberg, 1956.

K. Löwith, *Meaning in History,* in-8º, Chicago, 1949.

G. Luckàcs, *Histoire et conscience de classe* (trad. del alemán por K. Axelos y J. Bois), in-8º, París, 1960.

M. Mandelblaum, *The Problem of Historical Knowledge,* in-8º, Nueva York, 1938.

J. Maritain, *Pour une philosophie de l'histoire,* in-8º, París, 1959.

H.-I. Marrou, *De la connaissance historique,* 4ª ed., in-12, París, 1959.

P. Masson-Oursel, *La morale et l'histoire,* in-8º, París, 1955.

F. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus,* 2 vol., in-8º, Munich, 1936.

Ch. Morazé, *Introduction à l'histoire économique,* 2ª ed., in-12, París, 1948.

R. Mousnier y D. Huisman, *L'art de la dissertation historique,* in-12, París, 1960.

Ch. Oman, *On the Writing of History,* in-8º, Londres, 1939.

G. Plekhanov, *Essai sur le développement de la conception moniste de l'histoire* (trad. del ruso por L. Galinskaïa), in-8º, Moscú, 1956.

K. Popper, *Misère de l'historicisme* (trad. del inglés por H. Rousse in-8º, París, 1956.

M. Reinhard, *L'enseignement de l'histoire,* in-12, París, 1957.

G. J. Renier, *History, its Purpose and Method,* in-8º, Londres, 1950.

P. Ricoeur, *Histoire et vérité,* in-12, París, 1955.

J. M. Romein, *Theoretische geschiedenis,* in-8º, Groninga, 1946.

G. Roupnel, *Histoire et destin,* in-12, París, 1943.

H. Sée, *Science et philosophie de l'histoire,* 2ª ed., in-12, París, 193

E. R. A. Seligman, *L'interprétation économique de l'histoire* (trad. del glés por H.-E. Barrault), in-12, París, 1902.

G. Soranzo, *Avviamento agli studi storici,* in-8º, Como, 1943.

F. Stern, *The Varieties of History,* in-12, Nueva York, 1947.

J. R. Strayer, *The Interpretation of History,* in-8º, Princeton, 1943.

Eg.-I. Strubbe, *Inleiding tot de historische critiek,* in-8º. Amberes, 1

G. M. Trevelyan, *L'histoire et le lecteur* (trad. del inglés por C. Sere in-12, Bruselas, 1946.

P. Vendryès, *De la probabilité en histoire,* in-8º, París, 1952.

A. von Brandt, *Werkzeug des Historikers,* in-12, Stuttgart, 1958.

F. Wagner, *Geschichtswissenschaft,* in-8º, Friburgo en Brisgovia, 19

W. H. Walsh, *An Introduction to Philosophy of History,* in-8º, Lon 1951.

A.-D. Xenopol, *La théorie de l'histoire,* 2ª ed., in-8º, París, 1908.

Desde hace poco tiempo una revista se dedica al estudio de los blemas teóricos de la historia: *History and Theory,* La Haya, 1960 Sus editores han publicado también la obra complementaria de J. C. I *Bibliography of Works in the Philosophy of History (1945-1957),* i La Haya, 1961.



# INDICE

*INICIACION A LA CRITICA HISTORICA*
SE TERMINO DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 1968
EN LA
IMPRENTA UNIVERSITARIA DE CARACAS.
EDICION DE 3.000 EJEMPLARES

